

*Prepara a tu corazón,
porque él viene en busca de su Redención.*

el **MAESTRO**

BROKEN SOULS 2

MEGHAN REED

El Maestro

Broken Souls 2

*Prepara a tu corazón,
porque él viene en busca de su Redención.*

MEGHAN REED

El Maestro
Serie Broken souls 2
Libro 2

Primera Edición: Agosto, 2019.

©Meghan Reed 2019.

Fecha de publicación: Agosto del 2019.

Corrección ortotipográfica y de estilo: Paola C. Álvarez

Maquetación física y digital: H. Kramer

Portada: H. Kramer/Banco de imagen Adobe Stock

©Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781086421965

Independently published

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su difusión en cualquier medio informático, sin la debida autorización por escrito de la Autora.

La presente es una obra de ficción. Nombres, así como situaciones o, cualquier similitud con personas o hechos, es pura coincidencia.

SINOPSIS

¿Crees en los cuentos de hadas?

Han pasado treinta meses, catorce días y ocho horas y media desde el día en que corrí con todas mis fuerzas y escapé de los brazos del hombre que, se suponía, me amaba. De aquel caballero de brillante armadura que creí que me daría lo que nunca tuve en la vida... *amor*.

Ahora estoy en una nueva ciudad, viviendo la vida de alguien más y no existe nada en el mundo que me lleve de regreso a él. O, al menos, eso pensé.

Eso fue lo que deseé.

Ella se estrelló en mi vida como un huracán de categoría cinco y yo no podía haber estado menos preparado para ello.

Habla demasiado.

Parece que no puede permanecer mucho tiempo quieta.

Pero a pesar de que me enerva como nadie más podría, parece ser que también es la única que me entiende. Imagino que es porque también ha lastimado.

También ha causado dolor y angustia a otra alma.

Es por ello que tiene demonios que la persiguen, al igual que a mí.

Y cuando la mierda golpea el ventilador y parece que las cosas no pueden ponerse más difíciles, el hombre que la *ama* viene a reclamarla. Aunque eso sea lo último que ella desea.

Solía creer que los pecadores seguíamos siendo pecadores, aunque un hermoso ángel besara nuestros labios, pero ella me enseñó que no había nada de malo en ser un pecador, siempre y cuando no me convirtiera en un demonio; mi alma aún podía gozar de la salvación.

Aún tenía una oportunidad de ser feliz. *Y la creí.*

La redención está más cerca de lo que crees y esta vez tus besos no son el premio. Hoy he venido a por el máximo galardón y la pregunta es: ¿me entregarás tu alma?

Porque esta vez no me iré sin mi *felices para siempre*.

*A todas aquellas personas que han amado, sufrido y llorado.
El amor es imperfecto, pero eso lo hace la cosa más
maravillosa que nos podría ocurrir.*

«Me enamoré de la vida,
es la única que no me dejará
sin antes yo hacerlo».

Pablo Neruda

AGRADECIMIENTOS

Por supuesto, no podía dejar de agradecer a mi querida correctora Paola C. Álvarez su paciencia y cariño invertidos en este libro.

A mi querido H. Kramer por plasmar de manera maravillosa todas mis ideas y hacer estas portadas y maquetación impresionantes.

A ustedes, mis queridos lectores, por enamorarse de estos personajes y haberlos hecho eternos. Confieso que jamás me planteé hacer este libro, pero gracias a sus inmensos corazones, que querían regalarle un final feliz al idiota que nos rompió el corazón en *La Aprendiz*, es que esto ha sido un sueño hecho realidad. Espero que la historia les dé aquel cierre que muchas necesitan.

Un agradecimiento a los administradores de los grupos que me permiten llegar a más lectores. Un millón de gracias. Sin ustedes, la labor sería más complicada.

ÍNDICE

[Sinopsis](#)

[Agradecimientos](#)

[Índice](#)

[1. ¿Lazos de sangre?](#)

[2. Vida](#)

[3. Excusas cobardes con sabor a vodka](#)

[4. Sin resentimientos](#)

[5. Mentiras piadosas](#)

[6. Dolorosas presentaciones](#)

[7. Viejas traiciones](#)

[8. Desastres](#)

[9. Verdades a medias](#)

[10. Cuéntame un secreto](#)

[11. Dime una mentira](#)

[12. Un minuto de silencio](#)

[13. Verdades a medias](#)

[14. Misericordia](#)

[15. Pesares](#)

[16. Pequeños placeres](#)

[17. Calamidades con sabor a caramelo](#)

[18. Arrepentimientos](#)

[19. Chocolates con sabor a mentiras](#)

[20. Segundas oportunidades](#)

[21. Turbulencias y mentiras](#)

[22. Juicios](#)

[23. Culpas](#)

[24. Una disculpa](#)

[25. Turnos de mierda](#)

[26. Pecados capitales](#)

[27. Tristes pensamientos](#)

[28. Sin suerte](#)

[29. Melifluo](#)

[30. Misógino](#)

- [31. Infumable](#)
- [32. Favores piadosos](#)
- [33. Chocolates y dulces](#)
- [34. Amor a primera vista](#)
- [35. Insólito](#)
- [36. Un cuento que empieza con chocolate y mentiras felices](#)
- [37. Velas, amor y mentiras](#)
- [38. Una mentira con sabor a verdad](#)
- [39. Una amiga llamada locura](#)
- [40. Un beso por compañía](#)
- [41. Un amor de verdad](#)
- [42. Una taza de café con sabor a dolor](#)
- [43. Disculpas caras e innecesarias](#)
- [44. Dime que sí](#)
- [45. Un difícil momento para empezar de cero](#)
- [46. Resacosos encuentros](#)
- [47. Demonios con sabor a miel](#)
- [48. Tú y yo: caos total](#)
- [49. Cuando el río suena...](#)
- [50. Malditos celos](#)
- [51. Corazón partido](#)
- [52. Citas desastrosas](#)
- [53. Una admisión](#)
- [54. Secretos](#)
- [55. Secretos que no son secretos](#)
- [56. Un segundo para respirar](#)
- [57. Leyendas](#)
- [58. Apuestas](#)
- [59. Dulces mentiras](#)
- [60. Momentos](#)
- [61. Verdades a medias](#)
- [62. Segundas oportunidades](#)
- [63. Superfluo](#)
- [64. Deseos imperdonables](#)
- [65. Misericordia](#)
- [66. Inefable](#)

[67. Inconmensurable](#)

[68. Etéreo](#)

[69. Demonios](#)

[70. Deseos que no son deseos](#)

[71. Decisiones](#)

[72. Un corazón nuevo](#)

[73. Adiós, amor](#)

[Epílogo](#)

[Epílogo 2](#)

[Sinopsis de Devórame](#)

[Sinopsis de La Aprendiz](#)

[Sobre la autora](#)

1. ¿LAZOS DE SANGRE?

Los Ángeles, California.

Dos años antes.

Enero 8, 2026.

Que la sangre era más espesa que el agua... ¡Ja!... Puras tonterías. Confieso que en mi vida nunca ha estado completamente *bien*. En mis momentos lúgubres, sufrí episodios de pánico que habían requerido mi asistencia a terapia; descubrí que mis padres habían decidido internarme en un centro especial de *ayuda psicológica* —es la manera dulce con la que llamo al espantoso hospital psiquiátrico de mala muerte y con dudosa reputación donde habían pagado una generosa cantidad de dinero para internarme en contra de mi voluntad, luego de que *pagaran* otra pequeña fortuna a un juez corrupto para que este me declarara incapacitada—. Pensaba con jovialidad que este preciso momento podría ser considerado como el mejor de todos mis años.

Empezar en una nueva ciudad, donde las personas que me rodeaban jamás sabrían del infierno del que escapé, me daba la seguridad de que todo podría ir de mejor a excelente. Sería así si mi desesperante, y algo pasadito de peso, asesor de la oficina central de empleos fuera capaz de conseguirme un maldito trabajo.

No era por dramatizar y ser pesada —el cielo sabe que se me da de muerte eso del drama—, pero estaba, literalmente, a punto de *morir* de hambre.

¡Lo juro!

—¡Vamos, Cris! —me atreví a tutearlo, aunque me arrepentí inmediatamente y quise azotar mi cabeza contra la puerta de entrada cuando su ceño se frunció de manera alarmante. Incluso estuve tentada de preguntarle si, por casualidad de la vida, se encontraba sufriendo alguna parálisis facial.

Dios quisiera que fuese el caso.

Hice una mueca y alisé de manera casual la falda negra que complementaba mi atuendo profesional del día: «¡Ahórrate tu burbujeante personalidad!»,

me reprendió duramente mi cabeza.

Hoy no había escatimado en gastos por lucir bien, con el firme propósito de dar buena impresión en las posibles entrevistas de trabajo que me salvarían de morir por desnutrición, pero, como siempre, mi malhumorado y algo cachondo asesor no tenía buenas noticias.

¡Dios!

Me esperaba otra larga semana a base de papas fritas y gaseosa *light*, y temía que las consecuencias las pagara mi pronunciado trasero. Ya podía ver mi futuro, próximamente sin hogar y sin culo. Sin duda, todo ello me volvería la mujer con más mala suerte de todo California del este.

—Comprendo tu desesperación.

Mi atención regresó de golpe a mi verdugo. Dudaba de que fuese así, pero me limité a observarlo con cara de póker. Después de todo, tenía que guardar energía para el largo día que me esperaba por delante. Una larga jornada sin comer.

«Dios, por favor, tiene que haber algo... Lo que sea, no soy exigente».

Cris se acomodó en la silla mientras acercaba su enorme rostro un poco hacia el mío. Por preservación, recargué mi espalda contra el respaldo de la silla, como si mi vida dependiera de ello.

¡Jesús!

Alguien debería decirle que sus ojos azules eran absolutamente terroríficos.

¡Absolutamente terroríficos!

Me aclaré la garganta para disimular lo incómoda que me sentía con su escrutinio. Lo que estaba experimentando en estos momentos podría ser catalogado como *espantoso*, tanto que con el paso de los segundos mi cerebro era incapaz de ponerse de acuerdo y decidir cómo reaccionar. Romperle la nariz encabezaba el primer lugar entre las opciones, pero también podría ponerme tras las rejas.

«Al menos, allí encerrada tendré tres comidas al día», pensé con sorna.

—Pero siento decirte que, esta vez, ha sido un ligero detalle en tu hoja de vida lo que ha provocado que cancelaran la entrevista. —Relamió sus labios resecos, provocando que mi piel se erizara en repelencia—. Y es una pena, porque el sueldo es cinco veces más que lo que ofrecen otros...

¿De qué hablaba?

—¿Qué detalle? —lo interrumpí y me esforcé sobremanera por sonar casual y no aterrada y desesperada, como realmente me sentía; si no conseguía

empleo, era probable que amaneciera muerta.

No podía ser saludable alimentarme solo de fideos y papas fritas.

Podía ver mi rostro demacrado encabezando los titulares de *Los Ángeles Times*. Mi peor ángulo era el derecho y apostaba a que los medios utilizarían ese para vender miles de ejemplares. El morbo era lo que movía a la arrogante industria de la información y yo les daría semanas de qué hablar.

Todo porque no era capaz de conseguir un maldito empleo.

Dicho de otra manera, encontrar un empleo que ofreciera un sueldo decente ya era un desafío, por lo que tener la suerte de encontrar uno en el que estuviesen dispuestos a pagar un exorbitante sueldo era para gritar dónde tenía que recostarme para que me quitaran uno de mis riñones.

Sí, así de desesperada me encontraba.

Una pequeña duda vestida de rojo levantó la mano y, sin pedirle su acotación, me recordó lo que profesaba el viejo refrán: «Demasiado bueno como para ser verdad...»; la deseché de mi cabeza sin pestañear. Cuando estás a punto de comerte las sobras de tu vecino, es hora de dejar la dignidad a un lado y subirse al tren de los desesperados.

Por otro lado, una voz asustada susurraba que quizás debería pensármelo bien porque era posible que todo fuera un señuelo, que hubieran descubierto mi fachada. Rehusaba a creer que, luego de tanto tiempo huyendo ellos, me hubieran encontrado y perdieran el tiempo en orquestar todo esto cuando tranquilamente podían venir y llevarme a rastras.

Dos años y medio habían sido demasiado cortos para disfrutar de esta nueva libertad.

Mi mirada deambuló discretamente por toda la sala y, para mi tranquilidad, comprobé que no estaba desértica. Al menos, unas cien personas se encontraban allí pululando, riendo, o llorando, imaginaba que por ese motivo mi desquiciante asesor se encontraba sentado aún en su silla negra y no se había abalanzado sobre mí, como gritaban sus ojos que quería hacer.

¡Maldición!

Cuando me marchara, pondría una pequeña queja por acoso en la oficina de recursos humanos. Esperaba que eso ayudara a que me cambiaran de asesor. Que me asignaran uno que *sí* me consiguiera un trabajo que pondría comida real sobre mi mesa. Y dejaría claro que, de no hacerlo, no podía prometer que nuestra próxima cita acabara de manera *saludable*. No para él, que tendría que visitar la sala de urgencias si seguía mirándome de aquella espeluznante

manera.

—Creo... —aquella mirada de la que te hablaba cayó sobre mi discreto escote—, que el problema ha sido tu nombre...

—¿Mi nombre? —dije frunciendo el ceño. Ahora era yo la que parecía que estuviese a segundos de sufrir una parálisis.

¿Por qué alguien en su sano juicio tendría problemas con mi maldito nombre? Era un hecho que este planeta estaba plagado de personas locas.

—Míralo por ti misma.

Mi funesto asesor volteó la delgada pantalla del computador y, allí, con letras gigantes teñidas de un feo rojo chillón, parpadeaba una maldita advertencia que envió escalofríos a mi columna: «¡DEMANDARÉ A SU MALDITA EMPRESA SI ME ENVÍAN A UNA JODIDA “NINA”!».

La sangre corrió vertiginosamente a mis oídos. ¿Qué rayos le pasaba a este sujeto para discriminarme solo por mi nombre?

Mejor dicho..., ¿qué clases de problemas psicológicos podría tener una persona para llegar ser así de idiota?

Antes de que Cris, *alias el acosador de tetas*, acomodara la pantalla plana en su sitio, memoricé la dirección del maldito capullo. Él y yo tendríamos una seria conversación. Un enfrentamiento donde saldría victoriosa con el empleo de mis sueños a cuestas. Iba listo si creía que permitiría que sus estúpidos prejuicios me dejaran sin comer. O en la calle.

Nadie, absolutamente nadie, me discriminaría por llamarme Nina y una mierda iba a permitírsele a ese sujeto. Estaba más que calificada para el maldito trabajo. Tenía que existir un mejor argumento para rechazar mi postulación por el simple hecho de no gustarle mi jodido nombre. Pero claro, poco iba a imaginar que me encontraría con algo a lo que no estaba preparada.

Mejor dicho, que me encontraría con un hombre que mi vida, de por sí rota, no esperaba, pero que, sin duda, marcaría un antes y un después.

Un futuro lleno de risas, amor, dolor y sangre.

Sangre que enterraría a la mujer que quería ser y me convertiría en lo que jamás hubiera soñado.

2. VIDA

Alexey

Sus dedos apretaron tan fuerte mi ojo derecho que por un momento mi visión se llenó de luces blancas y deseé... morir.

Morir en las manos de la mujer que siempre amaría, quizá eso hubiera sido mil veces mejor que vivir sin ella.

—¿Duele?...

Abrí la boca para contestar, pero ella me silenció colocando su cálido dedo índice sobre mis magullados labios. Su toque siempre será una de las cosas que más extrañaré en la vida.

—Shhh... ¿Escuchas eso? —Su mirada abandonó mi rostro y deambuló por toda la habitación como buscando aquel sonido que era imperceptible para mí.

—No... —Negué con la cabeza.

Esto era nuevo.

Pero no importaba. Nuestro final siempre sería el mismo. Sujeté su rostro con desesperación y lo atraje hacia el mío; su tiempo y su amor eran un presente que ahora disfrutaba otro hombre.

Un hombre que jamás volvería a ser yo.

—Nina... yo... yo...

Te amo...

Te amo...

Sus ojos conectaron con mi mirada y sonrió. Colocó el arma contra su cabeza.

¡Mierda! No otra vez...

No tan rápido.

Cerré los ojos porque esa era la parte que más dolía. La parte en la que comprendía que el daño que le había hecho a nuestro amor era irreparable. Y jamás podría tenerla conmigo.

—¿Es acaso un bebé llorando...?

¡¿Qué?!

Abrí los ojos y, antes de procesar la pregunta, apretó el gatillo.

¡Nooo!

Me levanté sobresaltado gracias al llanto angustioso de mi hijo, que resonaba desesperado por toda la habitación salvándome de quedar atrapado en otra pesadilla junto a ella... *otra vez.*

Otra maldita vez.

En algo había tenido mucha razón, ahora me era imposible pensar en ella sin recordarla sosteniendo aquella arma apuntando a su cabeza. Y eso no era lo aterrador, lo que me ocasionaba el insomnio desde hacía siete años era que, en aquellas pesadillas, yo no era lo suficiente rápido y no solo no era capaz de cambiar lugares, sino que la bala en la primera oportunidad salía. Y ella caía en mis brazos... muerta.

Al igual que nuestra hija.

Restregué con furia las manos por mi rostro antes de levantarme y arrastrar mis pies hasta la cuna, que estaba a pocos metros de mi cama. La misma que había sido colocada ahí hacía poco menos de tres meses. Para ser específico, cuando me convertí oficialmente en padre soltero.

Desde que me habían obligado a estrenarme con aquel título, mi respeto hacia esas valientes mujeres que ejercían los roles de padre y madre había incrementado considerablemente. Con apenas tres meses al exclusivo cuidado de mi pequeño hijo y con cinco niñeras despedidas en mi haber, todas ellas porque intentaron meterse en mi cama mientras dormía —a una casi le rompí el cuello pensando que era un asesino enviado por la familia de Ekaterina—, ya quería tirar la toalla.

¡Era tan agotador!

Necesitaba una niñera rápido o, de lo contrario, mi nuevo bufete de abogados se iría a la quiebra. No estaba jodiendo, necesitaba una mujer que no me viera como el padre soltero más codiciado de la ciudad y que, por una maldita vez, hiciera el puto trabajo por el cual le pagaba casi una fortuna.

Resignado, recogí a mi pequeño hijo de apenas dos años y su rostro se iluminó inmediatamente cuando me vio.

Pero bien valía aquella pequeña fortuna.

—Hola, campeón —lo arrullé mientras lo acercaba a mi pecho y lo remecía suavemente—. Vamos a ver si tu inútil padre es capaz de prepararte esta vez un biberón decente.

Era desesperante que pudiera matar a una persona de quince diferentes maneras, pero que no pudiera preparar una maldita botella de leche. Esto de la paternidad estaba subestimado.

Malditamente subestimado.

Ya en la cocina, coloqué a mi pequeño en su trona y miré fijamente la lata de leche. Por amor a todo lo sagrado, solo era un maldito biberón, el cual preparaban sin problema muchas personas; yo también debería ser capaz de hacerlo. Miré unos cuantos segundos más la lata y suspiré, giré sobre mis talones, de la alacena superior cogí un biberón desinfectado y lo coloqué junto a la lata de leche.

Había comprado un termo que prometía mantener el agua a temperatura perfecta para preparar de manera rápida y eficaz los biberones, evitando así quemaduras no deseadas en los niños debido al uso inadecuado de hornos microondas.

Y sí, lo había comprado en un punto donde la desesperación había hecho mella y mi miedo de ocasionarle una quemadura a mi hijo me superó.

En momentos así, pensaba en la dulce niña que me hubiera enseñado a hacer esto sin problemas. Si tan solo hubiésemos sido capaces de tenerla a nuestro lado... Si tan solo ella no se hubiera ido tan pronto... Yo... *quizá yo...* Nosotros... Elevé mi mano derecha y acaricié mi pecho suavemente tratando de aliviar el dolor sordo que siempre me invadía cuando pensaba en mi pequeña hija.

«Mi dulce Naomi, espero de corazón que el cielo sea tan hermoso como dicen».

Las palabras algo arrastradas de mi hijo me regresaron al presente y negué. Me concentré en la tarea que tenía enfrente. Pensar en las cosas que no podía cambiar no solucionaría mi torpeza a la hora de atender las necesidades de mi hijo. Seguro que otros hombres lo hacían de forma natural y, créeme, deseaba con todas mis fuerzas ser uno de ellos.

—¡Papá! —Miré sobre mi hombro y sonreí a mi hijo—. Papá. Papá. Tengo ham... bre.

Sus ojos grises, iguales que los míos, estaban llenos de lágrimas y se veía fatigado. Era comprensible su estado de impotencia y depender de un adulto que debería saber cómo prepararle una papilla o un biberón.

Leo, así se llamaba mi hijo, era como una pequeña copia mía. Y me sentía muy agradecido por ello. Aunque lo habría amado igual si se hubiera parecido

a su madre, considerando lo inestable que fue nuestra relación, el que este pequeño ser tuviera mis rasgos le daba una tranquilidad a mi alma que no sabía que necesitaba.

Dios sabía que esa mujer solía acostarse con todo lo que tuviera una polla.

—Lo sé, campeón. Esto debería ser remotamente fácil para un hombre de cuarenta y seis años, pero te juro que estoy tratando de hacer mi mejor esfuerzo. —Mi boca se secó cuando imaginé a Nina haciendo esto con naturalidad.

La mejor madre del maldito mundo.

—Te juro que siempre te daré mi mejor esfuerzo, pero a cambio te pido solo un poco de paciencia. Aprenderé. Puedes estar seguro de ello.

Le acerqué uno de los caros juguetes que compré por recomendación de mi nueva secretaria, quien tenía ocho hijos. *Vaya temeraria*. Si con uno ya quería a veces tirarme de un rascacielos, no podía ni imaginarme cómo habría sido mi vida si hubiera tenido que criar a ocho hijos.

Suspiré aliviado cuando Leo olvidó momentáneamente su hambre y se distrajo con su cubo de colores y formas. Aquello me daría unos malditos minutos para probar cómo de bien había entendido los extensos tutoriales que había visto en YouTube antes de irme a dormir.

Quince tutoriales que prometían volverme un experto en la crianza de un niño tenían que servirme de algo.

Esperaba que esta vez mi hijo lo aceptara a la primera y que no me lanzara la botella a la cabeza como había hecho con los últimos cuatro biberones que le ofrecí antes de acostarnos. Era un hecho que este niño había sacado el brazo lanzador de su madre, a la cual le encantaba arrojarme cosas cuando estaba enojada.

Levanté la mirada y lo observé.

—Jamás permitiré que te parezcas a ella... o a *mí* —juré—. Lo prometo.

Mi garganta sufrió un espasmo y contuve el deseo de estrellar mi puño contra la pared. Una vez tuve la suerte de tener a una mujer maravillosa en mi vida, que demostró que sería una madre espectacular, pero lo había echado a perder. Y hoy estaba pagando las consecuencias.

—Papá... —Su rostro delicado se arrugó y sus ojos se llenaron de lágrimas; me prepararé para lo que venía—. ¿Dónde está mamá? ¡¿Mamá?! —llamó compungido y desesperado.

Sus pequeños ojos revolotearon por toda la cocina, queriendo hallarla

escondida en algún rincón de esta. Un dolor agudo azotó mi corazón.

¿Cómo explicarle que su madre nos había abandonado? ¿Cómo decirle que era una arpía sin corazón que solo había fingido el tiempo suficiente para quedar embarazada y luego sacarme dinero?

—Mamá tuvo que irse... ¿recuerdas? —Me sofoqué un poco.

Varias lágrimas hicieron un corto camino por sus regordetas mejillas y me miró confundido. Me acerqué hasta él, tomé su pequeña mano derecha y la besé, tratando de aliviar en algo su confusión y dolor por llamar a la persona que debió amarlo sin condición y no lo hizo.

—Pero me tienes a mí, que, aunque soy un inútil preparando tu biberón y papillas, eres la persona más importante de mi vida. Y jamás te abandonaré, lo juro.

Poco sabía si mi hijo entendía lo que le estaba prometiendo, pero iba en serio con eso de que jamás lo abandonaría.

Ni por una mujer.

Ni por nadie.

Seríamos él y yo contra el mundo.

Por siempre.

3. EXCUSAS COBARDES CON SABOR A VODKA

Catrina

Lámame cobarde. Vamos, te doy el permiso de hacerlo, porque no me atreví a hacerle la visita *sorpresa* y de mal gusto que había planificado en mi cabeza al hombre que me había rechazado de manera tan ruin. Y no lo hice porque mi vida no era un maldito cuento de hadas o un maravilloso libro de romance, esos que tanto me gustaba devorar cada noche, donde la protagonista, después de armar semejante *espectáculo*, terminaba casada con el multimillonario, quien, como todo macho alfa que quiere proteger a su mujer, le regalaría su propia empresa para que no fuese esclava de nadie.

Con mi suerte, que había decidido darme la espalda para que mi tortura fuera verle el gran trasero que tenía —no olvides que el mío pronto sería cosa del recuerdo—, mínimo terminaba presa por allanamiento de propiedad privada e intento de agresión.

Cargos que me alejarían de encontrar cualquier trabajo próspero que no incluyera sacarme la ropa para hombres obesos y con mal olor.

Suspiré mientras cavilaba mis opciones. Reconocí que era hora de bajar la intensidad a la lectura y concentrarme más en la vida real. Porque en la vida real que me había tocado vivir, aquellas cosas estaban muy alejadas de la realidad. Y no me refería a encontrar el empleo de tus sueños, yo hablaba directamente sobre eso de encontrar a un hombre con una polla de veinticinco centímetros que supiera qué hacer con ella.

Esas cosas sí que estaban subestimadas.

Miré fijamente el tablero superior, donde los pequeños números que marcaban mi ascenso hasta mi pequeño apartamento, en el piso veinte, se iluminaban despacio; piso diez y contando. Cuando me mudé a esta nueva y prometedor ciudad, siempre tuve la idea clara de que lo primordial era poner un techo sobre mi cabeza. Me las arreglé, con algo de esfuerzo y varias desilusiones, para conseguir un cómodo aunque algo pequeño apartamento

dentro de un elegante edificio, con una vista decente del este de la ciudad. Sin pensarlo mucho, del dinero que me acompañaba pagué tres años anticipados dejando solo una pequeña cantidad, diez mil dólares, para mis necesidades más básicas, pensando que conseguir empleo sería *pan comido*. Como ya habrás adivinado, fue un pensamiento estúpido e iluso.

Más estúpido que iluso.

Treinta meses después, podía ver sin problema mi error. Mi gran error. Otro que se sumaba a la larga lista de malas decisiones que había tomado por seguir a mi intuición.

A veces, creía que la perra me odiaba, pero otras, solo reconocía que era pésima y punto.

El elevador hizo su peculiar sonido y sus puertas se abrieron silenciosamente. El suspiro que abandonó mi garganta fue de resignación más que de cualquier otra cosa. Por suerte, mi apartamento estaba a tan solo dieciocho metros de distancia, detalle que también había influido mucho para que yo aceptara el contrato y me mudara de inmediato. Salí del elevador en el momento preciso en que la puerta de al lado de la mía se abría.

¡Me llevaba el diablo!

Mis pasos titubearon y, antes de que tuviera tiempo de arrojarme por las escaleras de emergencia, el pecado salió luciendo hermoso y sexi. Arrebatadoramente sexi.

«Me cago en la maldita suerte y su deslumbrante trasero».

Sus hermosos ojos negros sonrieron, como siempre hacían cuando se encontraban con mis ojos verdes. Forcé una sonrisa y disimulé mi nerviosismo. Aparte de ser endiablamente sexi, había algo que no lograba precisar con exactitud qué era, pero me ponía un poco nerviosa.

En algún momento, todas teníamos un vecino que lucía tan bien que lo lógico era pensar que podía tratarse de un asesino serial. Como Ted Bundy, quien utilizaba su buena apariencia y buenos modales para conquistar a las mujeres y, luego de satisfacer sus más bajos instintos, asesinarlas con una saña que fue llevada con éxito a la gran pantalla.

Hollywood tenía un interesante sentido del humor.

Dadas mis circunstancias, sería la víctima perfecta. No tenía familiares cercanos que vinieran a visitarme cada semana. Yo era la típica vecina solitaria, pero aún más extraña porque no vivía rodeada de gatos, como era el común denominador de estas *peculiares* mujeres.

Puso los seguros a la puerta sin quitarme la mirada de encima y no pude evitar notar cómo su pulcra camisa de manga larga blanca se tensaba por el movimiento decidido de sus dedos y manos.

Me aclaré la garganta y grazné un saludo educado.

—Buenos días.

Así, a secas, sin adornos ni coquetería.

Sus apetecibles labios se contrajeron. Imaginé que confundía mi incomodidad con un torpe coqueteo.

Pobre, ignoraba que ya me había quemado por la atracción desmesurada que sentí hacia un hombre atractivo y que, si la vida me lo permitía, estaba más que lista para pasar de todos ellos.

Reconocía que su cabello oscuro y recortado a los lados le daba un aspecto formidable. Su rostro ensombrecido constantemente por aquel rastrojo de barba que se negaba a desaparecer lo volvía...

—¿Mañana ocupada? —Lo miré confundida hasta que recordé cómo diablos iba vestida.

—Ah... ¿esto? —Alisé mi conjunto mientras me detenía frente a mi puerta. Su exquisito aroma serpenteó entre mis fosas nasales.

¡Dios! ¿Era necesario que oliera tan delicioso? Me aclaré la garganta sonrojándome.

—Me gustaría decirte que sí, pero lo cierto es... que no llegué ni a salir de la oficina de empleo, como siempre. —Traté de sonar animada—. Aun así, me alegra comunicarte que me cambiaron de asesor, así que esta mañana no todo ha sido una pérdida.

—En ese caso, felicitaciones. —Miró su caro reloj y, cuando me volvió a mirar, sus ojos brillaron de manera amigable—. Tengo tiempo para invitarte a desayunar. ¿Te gustaría?

—Yo... —No era la primera vez que me invitaba a salir. Y hoy entre todos los días tenía razones más que suficientes para aceptar, pero no se me iba de la cabeza la imagen de... *Ted Bundy*.

—No quiero sonar pretencioso o acosador, pero estoy seguro de que a estas alturas no estás en posición de despreciar una inocente invitación a tomar café. He notado cómo cada mañana en los últimos cinco meses sales vestida para comerte el mundo y con pesar escucho tu puerta otra vez siendo desbloqueada a las pocas horas. —Mis mejillas empezaron a quemar—. Estimo que tus ahorros ya han mermado y te encuentras en la bancarrota.

Lo miré boquiabierto por un largo minuto.

¡Mierda!

Recogió del piso su caro portafolio negro, que no había notado.

—Vamos —apremió cuando se enderezó—, que el café es capaz de aliviar hasta el estrés más apabullante y quién sabe... —su tono bajó una octava—, puede que conversando con alguien diferente a ti misma encuentres la solución.

Giró sobre sus talones y caminó con paso decidido hacia el elevador mientras yo me hundía internamente en una espiral de vergüenza.

¡Oh, diablos!

Había olvidado lo delgadas que eran las paredes y lo alto que podía llegar a ser mi timbre de voz. Sin duda, este sería un desayuno incómodo. El hombre me había escuchado llamarlo asesino.

Muchas veces.

¡¿Cómo rayos le explicaría aquello?!

4. SIN RESENTIMIENTOS

Cole, que así era como se llamaba mi apuesto vecino, no hizo amago de darme detalles de a dónde nos dirigíamos, pero pronto se hizo obvio que me estaba llevando a la cafetería Dolce Incontro. Un hermoso lugar que servía las mejores tartas de manzana y que se encontraba a pocas cuadras de nuestro edificio, cerca del parque infantil Raymond Kimbell.

—Por favor, siéntete libre de elegir lo que desees —dijo una vez que nos sentamos en unas de las elegantes mesas de cristal para dos.

Negué, no muy convencida mientras me aferraba a mi pequeño monedero. Mientras hacíamos el corto trayecto por la transitada avenida Golden Gate, me atreví a abrirlo para revisar si me alcanzaba, al menos, para el metro de mañana y casi lloré de angustia cuando mis cinco monedas de un dólar se abrazaron desesperadas para que no las separara. En pocas palabras y como decía mi nana: «La pobreza había tocado a mi puerta y yo estaba muy jodida».

—El café será suficiente. Gracias.

Me miró con fijeza.

—Sé que no nos conocemos y el cielo sabe que no es por falta de intentos por mi parte —casi me ahogué con mi lengua por lo brusco de su sinceridad—, pero creo que, si estuviera en tu posición y una guapa mujer me invitara a desayunar, incluso aunque ello pudiera ofenderla, me pediría algunas cosas para llevar a casa, solo en caso de que no tuviera qué comer en la noche.

Mis mejillas quemaron salvajemente con su apreciación real de mi verdadera situación. Dolía recordar las veces que di por sentada la comida en mi casa, ahora que vivía por mi cuenta comprendía la verdadera suerte que fue tener no solo tres comidas calientes al día, sino el de contar siempre con una nevera llena y a mi entera disposición. Si tenía hambre solo tenía que ir a la cocina y prepararme lo que me apeteciera.

Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde...

—¿Estás seguro? —Asintió—. Porque soy de las que comen bastante —advertí no tan en broma.

Soltó una risa que hizo que algunos rostros giraran hacia nosotros. Mi

vientre se agitó luego de tanto tiempo sin estímulo. O tal vez solo era mi estómago tratando de comerse mis intestinos y los pobres estaban poniendo resistencia.

—Contaba con ello.

Para mi tranquilidad, Cole fue fiel a su palabra y permitió que degustara cada capricho y antojo que tuve sin mirarme de manera repugnante. Mientras me abría paso para romper un nuevo récord Guinness como la glotona del siglo, conversamos de cosas como dos viejos amigos. Atrás había quedado la incomodidad que aparecía como aquel novio feo que habías tenido en la secundaria cada vez que salías al pasillo.

Incomodidad que, si era sincera, provenía principalmente de mi parte.

Me sorprendí al saber que tenía treinta y ocho años, pues no los aparentaba, y que trabajaba para una empresa de seguridad. Era hijo único pero muy cercano a toda su familia, incluso llegó a invitarme a una de sus famosas barbacoas. Mis ojos se anegaron de lágrimas porque me hacía ilusión ver en directo cómo se comportaba una verdadera familia.

También me confesó que le gustaban la pesca y los deportes extremos y lo que más me sorprendió fue que estuvo casado por casi diez años con su mejor amigo antes de enamorarse perdidamente de una mujer. Un drama que prometió contarme un día mientras bebíamos una botella de Bourbon.

«Las buenas historias siempre van acompañadas de algo fuerte», dijo sonriendo y bebiendo un trago de su taza de café. Lo único que se había pedido. Me sentí agradecida cuando no indagó en mi vida y se conformó con pequeños detalles aquí o allá.

No era justo que habiéndose mostrado tan amable y abierto yo le pagara diciendo mentiras a diestro y siniestro.

Mentiría si dijera que, luego de escuchar que se encontraba perdidamente enamorado, mis defensas se mantuvieron porque no fue así. Escucharlo admitir que el verdadero motivo de invitarme siempre a salir era tener una amiga que no estuviera ligada a su círculo de trabajo trajo algo de paz a mi alma y me hizo sentir como una completa idiota.

Muy creída la niña, ¿no?

Y ahí estaba yo, evitándolo como la peste porque pensaba que quería ligar conmigo cuando el hombre ya estaba colado por otra mujer, una que lo había flechado hacía muchos años atrás y con la que actualmente tenía una relación estable y feliz. Alguien que lo convertía en el hombre que siempre había

soñado.

Pensé en lo hermoso que sería poder encontrar algo así en mi vida. Pero descarté la idea. Para mujeres como yo, que tenían tantas espinas en el corazón y era complido amarlas, sería un verdadero milagro encontrar un hombre dispuesto a quedarse.

Dispuesto a luchar.

Dispuesto a amarme.

—Todo estuvo delicioso —admití agradecida una vez terminé de devorar las rosquillas recién horneadas que nos habían servido—. Si solo pudiera venir aquí a comer todos los días, yo sería tan...

—De hecho, puedes.

Parpadeé sin comprender a qué se refería. Bueno, en realidad me hacía una idea, pero ignoraba el verdadero contexto de su afirmación. Era consciente de que podía venir a mi antojo, pero para hacer eso debía tener dinero. Y era lo que menos poseía en aquel momento.

—Por supuesto. —Lo miré y sonreí—. Espero ser capaz de encontrar pronto el trabajo que me saque de esta mala racha y así darme el gustillo de vez en cuando —bromeé mientras me limpiaba la boca con la servilleta de tela. Le di el último y delicioso sorbo a mi quinta taza de café y disfruté de la sensación.

Sí, sin duda sería el primer lugar al que iría una vez cobrara mi primer cheque, e invitaría a Cole para devolverle el favor.

—No me refería a eso. —Su voz perdió algo de humor, pero sus ojos seguían conservando la amabilidad con la que siempre me miraba—. Hace un momento, cuando me he acercado al mostrador, he abierto una cuenta a tu nombre con el suficiente dinero para que cubra tus cinco comidas al día por al menos por un mes. —Abrí la boca, pero él rápidamente acotó—. No quiero que pienses en esto como un caso de caridad o que te estoy coaccionando para ser mi amiga. —Negó y sus preciosos ojos negros brillaron—. Solo quiero que lo veas como algo que harías por mí si los papeles se invirtieran.

No supe qué decir. El nudo que apresó mi garganta fue insoportable y me tomó algunos minutos poder librarme de él.

Esto... esto era demasiado. Hacía mucho tiempo que nadie había sido tan generoso. Tan... Tacha eso. Ningún hombre jamás había sido tan amable sin esperar algo a cambio.

—Cole... yo... —Me aclaré la garganta y sonreí conmovida por su detalle—. Prometo que en cuanto consiga empleo te devolveré todo.

—No tienes que hacerlo. —Me derribó con un guiño sexi—. Créeme, estoy seguro de que tú harías lo mismo por mí.

Asentí porque tenía razón. A pesar de los golpes que había recibido en la vida, no era de las personas que podían ver la necesidad de otros y actuar indiferente. Aquel rasgo de mi personalidad a algunos les podría resultar tierno, pero a... Me sacudí el feo recuerdo que amenazaba con llevarme a las lágrimas y sonreí con más fuerza hacia mi generoso vecino.

—Gracias. —Aquella simple palabra no podía transmitir todo lo que estaba sintiendo.

Se aclaró la garganta y dijo:

—Ahora, con relación a lo que me conversaste de la oficina de empleo, te puedo sugerir algunas alternativas que creo que podrían darte resultado.

Entre las muchas cosas que habíamos platicado, fue imposible no tocar el tema de mi desempleo. Era como aquella tía chismosa y sus hijas odiosamente perfectas de las que no podías evitar hablar. Aunque quisieras.

—¿Cuáles? Estoy dispuesta a intentar cualquiera cosa, siempre y cuando sea legal.

Sonrió enigmático mientras colocaba su grueso portafolio sobre la mesa con suavidad. Introdujo con destreza la clave y este se abrió. Dentro solo había un sofisticado ordenador portátil de color dorado y algunos sobres de color blanco.

—¿Has intentado el contacto directo?

—¿Cómo? —Pensé que había escuchado mal.

Encendió el ordenador y luego de unos segundos la pantalla azul exigió una contraseña. Miré hacia otro lado para darle un poco de privacidad. Qué molesto era cuando las personas figoneaban descaradamente.

—Soy un hombre que cree que las oportunidades las fabricamos nosotros mismos y no son accidentes del destino, como muchos afirman.

Miré su rostro y asentí. La lógica en su pensar tenía mucho sentido y me dio mucho sobre lo que meditar. Repetí sus palabras en mi cabeza esperando que no se me olvidaran para escribirlas en mi diario y leerlas siempre que lo necesitara.

«Las oportunidades las fabricamos nosotros mismos porque no son accidentes del destino como muchos afirman».

Sonreí cuando logré crear una frase que pudiera recordar sin problema.

—Entonces, ¿a quién hay que matar?

Eso le robó una carcajada.

—Esa es la actitud. —Alabó mientras sus dedos volaban sobre el teclado—. Pero tranquila, al menos hoy, no tendremos que matar a nadie. —Sonreí.

—¿Entonces?

—Sería conveniente que si tu deseo es trabajar para este hombre trates de conseguir una entrevista por otros medios. Y que, en lo posible, no sea con él.

—¿Y las hay? —Lo miré esperanzada—. Digo, ¿existe un medio para evadir su estúpido prejuicio y lograr la entrevista?

—Claro, es solo que tenemos que buscar los recursos y atacarlos de frente. —Tomó un bolígrafo y sobre uno de los sobres blancos empezó a escribir—. Ten... —Extendió el sobre—. Es la dirección del edificio donde tienes que ir para concretar una entrevista. O, si prefieres, envíala a la dirección de correo electrónico que está más abajo para ver si tienes suerte —explicó—. Haciendo las respectivas modificaciones y basándome en tu preparación, estarían locos si te rechazaran por segunda vez.

Asentí mientras aceptaba el sobre.

—La segunda parte del plan será que omitas tu primer nombre.

—¿Crees que eso dará resultado?

Apagó el computador portátil y me miró.

—Por supuesto que sí, además, no lo sabremos hasta que lo intentes, ¿verdad?

Rápidamente, cerró su portafolio y se levantó mientras me ofrecía su mano; acepté mientras lo imitaba. Su altura y atractivo eran capaces de detener el tránsito y ahora que había tratado un poco con él algo me decía que a su paso dejaba algunos corazones rotos.

Sin duda, Cole Jacobs era un hombre cordial y un buen amigo.

—Espero verte por allí. —Su hermosa sonrisa resplandeció y mis rodillas se sintieron algo débiles.

Sí, este hombre iba rompiendo corazones en el camino.

—Eso es un hecho, ahora que sé que no eres un psicópata. —Sofiqué un gemido y negué con la cabeza avergonzada—. Por cierto, discúlpame por haberte llamado algunas veces así.

Quise morir cuando me confesó que todo este tiempo había sido capaz de escucharme hablando de él. Al principio pensó que lo hacía con alguna amiga, hasta que los meses pasaron y la única voz que siempre escuchaba hablar de lo sexi pero extraño que se veía era la mía. La vergüenza me llevó en peso

cuando dijo que incluso se había sentido algo preocupado de que su vecina estuviera loca y en varias ocasiones estuvo a segundos de llamar a la policía.

Fue un momento vergonzoso el cual esperaba que pudiéramos olvidar pronto. *Ipsa facto* si era posible.

Le expliqué que hablar sola siempre me daba paz y me hacía sentir menos sola. Traté de disimular el bochorno, pero ya era tarde, el hombre frente a mí sabía mi secreto mejor guardado y no había nada que pudiese decir sin perjudicarme.

—Tranquila, ya te dije que estaba más preocupado por tu salud mental que por mi seguridad.

Soltó mi mano y se alejó no sin antes regalarme otra sonrisa en la puerta y hacerme un ademán de su fuerte mano. Desapareció entre la masa de personas que corrían por vivir sus vidas y lidiar con sus problemas.

Pensé en todas las cosas locas que había dicho sobre él. Por supuesto, ninguna se acercaba realmente a lo que representaba en la vida real; a pesar de toda la vergüenza experimentada, me alegraba haberme equivocado. Y la alegría de saber que ya no estaba tan sola fue como un bálsamo para la herida de mi corazón.

Para el hueco que se había formado cuando tuve que renunciar a mis hermanas. Las únicas mujeres de mi vida por las cuales un día valdría la pena regresar a los brazos del demonio.

5. MENTIRAS PIADOSAS

Cuando llegué a casa hice las cosas tal cual me indicó Cole y, aunque los nervios quisieron echarme para atrás, les di una mirada de muerte y me apegué al nuevo plan.

Era de vida o muerte.

Modifiqué mi hoja de vida y, sin darle oportunidad a la razón de persuadirme, envíe el correo electrónico desde mi cuenta personal de Outlook. Cuando la notificación de que el mensaje había sido enviado apareció casi sufrí un ataque al corazón. Ya era tarde para arrepentimientos. ¿Qué era lo peor que podría pasar? ¿Que me volvieran a decir no?, pues en ese caso no había mucho que perder.

La dignidad no daba de comer y no era justo abusar de la amabilidad de mi sexi vecino.

La tarde pasó lentamente y una parte de mí esperaba ansiosa escuchar los seguros de la puerta de al lado siendo retirados, pero eso jamás pasó. Cuando la noche llegó, ya había revisado y actualizado un millón de veces mi bandeja de entrada; me di por vencida. Apagué el móvil y me fui a dormir. No tenía cómo quemar el tiempo y olvidarme un poco de mi apestosa vida, por lo que decreté que eso de no tener redes sociales apestaba.

Desde que había empezado esta etapa, con la nueva identidad, siempre había procurado mantener a las personas a una distancia segura, por lo que no tenía amigos. No era que en mi anterior vida me hubiesen sobrado amistades, pero tenía a mis hermanas. Alma, la mayor que ahora tenía treinta y dos años, seguida de Ellisa con treinta años y Amber y Katerina, las gemelas con veintiocho años, siempre habían sido todo lo que necesitaba para ser feliz. Y ahora ni eso tenía.

Había días donde dolía tanto extrañarlas que me esforzaba sobremanera en evocar sus voces y risas. Mi corazón suplicaba que regresara para poder recibir uno de aquellos abrazos grupales. O, incluso, solo para discutir y enzarzarnos en una larga conversación sobre las cosas que debería hacer mejor.

A diferencia de muchas personas, siempre fui muy cercana a mis hermanas y mientras algunos podrían suponer que por ser la menor era una molestia para ellas, fue todo lo contrario. Mis hermanas me amaban más que a ellas mismas y la prueba indiscutible de ese amor fue cuando las cosas se pusieron tan oscuras e insoportables que fueron ellas las que idearon el plan que me ayudó a escapar del infierno. Un infierno que yo misma había decidido vivir.

Ahora era tarde para pensar en las cosas que hubiera hecho diferente.

Me cubrí totalmente con la manta sin poder evitar llorar. Por más que las extrañara y mi corazón doliera por estar lejos de ellas, no podía obligarme a regresar a aquella pesadilla. No después del esfuerzo que supuso sacarme de ahí, para empezar. Era libre, pero pagaría las consecuencias toda la eternidad. Me parecía perfecto que mi castigo fuera no volver a verlas, porque todas habían sufrido y no era justo que yo saliera ilesa. Además, mi aparición solo podría asegurar sus muertes.

«¡Huye! No mires atrás... —había susurrado Alma abrazándome fuerte mientras me empujaba por el pequeño hueco del cobertizo—. Sé feliz y olvídate de todo esto. Olvídate de nosotras... Olvida tu dolor. Tu vida está allá afuera... —Había ahogado un sollozo—. En los brazos de un hombre diferente».

Con eso en mi memoria, me dormí y las pesadillas no se hicieron esperar. Era difícil olvidar cuatro años de maltrato y no empezaría esa noche. Ni a la siguiente.

A las cinco de la mañana, luego de batallar sin suerte contra ellas, me di por vencida y me levanté sintiéndome cansada y triste. Encendí el móvil y me agarré al lavabo del baño. Había un mensaje en mi bandeja como respuesta a mi correo anterior.

¡Dios!

Me senté sobre la tapa del baño y mi corazón casi se me salió por la boca cuando me informaban que con gusto procederían a realizarme la entrevista por la mañana.

¡Oh, Dios!

¡Oh, Dios!

Tenía que estar soñando.

Me pellizqué varias veces y releí el mensaje. Cuando no me quedó duda de que era real, lloré. No me preguntes por qué, pero las lágrimas vinieron y solo me quedé ahí, sentada sobre la fría tapa y las dejé salir mientras me permitía

saborear el momento.

La dicha de que algo al fin me estaba saliendo bien.

A las nueve de la mañana me encontraba lista para arrojarme por la ventana del baño si no me llamaban pronto. Incluso el hambre, que se había convertido en mi fiel compañera, se había quedado en alguna parte del amplio y hermoso vestíbulo porque, aunque no había comido nada en toda la mañana, me sentía lista para luchar contra diez personas.

Lo juro, no bromeaba.

Mis tacones negros y vestido oscuro, que cubría perfectamente mis piernas y me daba una apariencia profesional, me hacían sentir poderosa. Hoy no me marcharía a casa sin este empleo. Por más intimidante que fuera el edificio o su dueño.

Cuando salí del baño, algunos de los empleados me echaron miradas de reojo, me sentía vigilada, pero procuré ignorarlo y disfrutar del precioso ambiente regalando alguna que otra sonrisa educada. No había venido a hacer amigos, pero tampoco quería ser la perra de la oficina.

—¿Señorita Jones?

Una mujer ataviada con un ajustado e impoluto traje negro hecho a medida se detuvo frente a mí. Su largo cabello rubio caía en cascada con un leve balanceo tras su espalda, haciéndola lucir como si hubiese un ventilador en alguna parte. Por si acaso miré para ver si había uno ubicado próximo, pero no, todo era producto de su hermosa apariencia. Se veía tan segura y exitosa que solo podía imaginar que era la directora de recursos humanos.

—Sí, soy yo. —Me puse de pie casi cayendo sobre mis rodillas gracias a la tira de mi estuche de violín. Era mi mejor amigo y pocas veces salía de casa sin él, así, si tenía que huir, no tenía que preocuparme de regresar a por él.

Estiré mi mano y me aclaré la garganta cuando ella me la estrechó, rezando para que no se hubiera percatado de que mi pálido rostro le hacía una toma doble al brillante piso.

—Soy Margaret Mitchell, directora de recursos humanos, es un placer conocerla. ¿Puede acompañarme para empezar la entrevista? —Soltó mi mano y yo asentí presa de los nervios.

Esperaba que mi sudor pronto desapareciera de su mano, porque sin duda se la había dejado empapada.

Emprendimos el corto camino y enmudecí cuando entré en su oficina. Colores sobrios y enormes paredes de vidrio mostraban una vista perfecta de

la ciudad; la oficina era tan hermosa como ella.

—Me siento honrada y agradecida de que hayan encontrado interesante mi preparación y me concedan esta entrevista —dije de sopetón cuando me senté en la silla negra que estaba frente a su escritorio y acomodaba mi violín a mis pies.

—Todos los días esperamos que nos lleguen nuevos talentos. —Se sentó en su enorme silla reclinable y se cruzó de brazos—. Es cierto que somos un bufete de abogados bastante nuevo, pero estamos creciendo considerablemente gracias a que hemos ganados todos los casos que hemos aceptado. Cada día son más los clientes que quieren nuestros servicios. —Sonrió orgullosa—. Aspiramos este año a ser capaces de ampliar nuestra plantilla y contratar indefinidamente a dos nuevos abogados *juniors*, quienes desempeñarán diversas funciones y si demuestran que están listos podrán aceptar sus propios casos en poco tiempo.

La sonrisa en mi rostro era genuina. Me sentía dentro de un sueño. Jamás imaginé que luego de tanto tiempo al fin conseguiría una entrevista real, mucho menos después de dos años intentándolo y solo conseguir trabajos que no tenían nada que ver con mi sueño.

Encontrar solo empleos de medio tiempo como camarera en puestos de comida rápida me hizo pensar que jamás encontraría la oportunidad de vivir de mi pasión.

La carrera de Leyes había sido mi motor, lo único que me mantuvo cuerda durante todo este tiempo y me moría de ganas por pararme frente a un estrado real y defender a un cliente. Siempre había sentido una conexión tan especial con esta carrera que me impedía pensar en desempeñar toda mi vida una labor diferente.

—En todo caso, señorita Jones, la responsabilidad que tendrá sobre sus hombros será en muchas ocasiones demandante, pero según leí, viene recomendada por uno de los profesores más antiguos de la Universidad Bocconi; si le soy franca, fue uno de los principales motivos que nos llamó fuertemente la atención de su hoja de vida. —Asentí—. Usted es italiana y siempre es bueno tener diversidad cultural. —Su móvil vibró sobre el amplio escritorio y lo recogió sin dejar de hablar mientras tecleaba—. Eso da aires nuevos a las relaciones. —Lo dejó a un lado y me miró directamente a los ojos—. Pero cuénteme, ¿qué hace que una prometedora ingeniera en administración de empresa decida estudiar dos carreras al mismo tiempo? Dos

carreras que son muy diferentes.

Una sonrisa superficial adornó mis labios. Había llegado el momento de mezclar la verdad con algunas mentiras. Me aclaré la garganta y rogué a Dios que me ayudara antes de meterme de cabeza en algo que podría, si no cubría bien las bases, llevarme de vuelta a mi deplorable vida.

Y esta vez, ni siquiera mis hermanas podrían salvarme. Ni siquiera un milagro.

—Provengo de una familia humilde de las afuera de Verona, de un pueblo llamado Recoaro Terme. —Deseaba con toda mi alma que no lo conociera. Cuando no acotó nada, supuse que había acertado. Ella no lo conocía por lo que no había peligro de que descubriera mi primera mentira—. Debo reconocer que, a pesar de nuestros escasos recursos, mis padres siempre le dieron prioridad al estudio. Así, a los diecisiete años, y en vista de que la pequeña granja de mi familia necesitaría a alguien que buscara mejores oportunidades, decidí que los negocios serían mi vida.

Cuando la segunda mentira salió de mi boca, pude imaginarme a mis padres echando espuma por la boca al referirme a sus trecientas mil hectáreas de viñedo como una *pequeña granja*.

—Usted entenderá que si queríamos mejorar nuestra situación económica era necesario que alguien lo hiciera para poder buscar nuevas oportunidades en el sector. Le confieso que yo estaba más que dispuesta.

Imaginé que estaba mintiendo bien porque ella permanecía inmutable, con una amable sonrisa en el rostro. Perfecto. Todo iba bien.

—Es cierto que primero me inscribí en la carrera de Economía, pero luego, a mitad de camino, para ser más específica, dos años después y gracias a una serie de problemas personales, encontré que Derecho me llenaba de una manera que no lo hacían los números.

Eché la cabeza hacia atrás y rio a todo pulmón descolocándome totalmente. Los nervios se construyeron una casa en mi estómago y me preparé para levantarme y salir corriendo si es que esto se trataba de alguna emboscada.

Aquella risa no podía significar nada bueno.

Una de las principales cosas que siempre me provocaban ansiedad era saber hasta dónde tenían alcance los tentáculos de mi despreciable familia. Cuántas cosas podían comprar con su asqueroso dinero y a dónde estaban dispuestos a llegar con el fin de regresarme a mi calvario.

Aunque muchas personas inocentes murieran en el proceso.

—Te comprendo perfectamente... —Me mantuve estoica esperando a que se explicara, con mi mano firmemente sujeta a la correa de mi violín—, porque por un tiempo creí que quería ser modelo. —Forcé una pequeña sonrisa. El alivio acarició mi corazón—. Creo que incluso cuando era muy pequeña no paraba de hablar de lo hermosa y famosa que sería cuando cumpliera aquel sueño y, ¿sabes qué?, que lo hice. —Se acomodó la americana negra y pude verla con facilidad en las grandes pasarelas de Milán como una modelo de alta costura—. Pero al igual que tú, me encontraba viviendo lo que *aparentemente* era mi sueño, sentía que no me llenaba tanto como había esperado y empecé a notar que, en lugar de felicidad, desempeñar ese papel me hacía sentir...

—¿Normal? ¿Infeliz? ¿Triste?

Sus ojos brillaron y supe que me la había ganado. Menos mal, porque las mentiras estaban bien hasta cierto punto, pero con este trato tan sencillo y acogedor que había recibido por parte de ella, me di cuenta de que Margaret Mitchell era una buena mujer. Una persona que no merecía que ensuciara su vida con mis mentiras.

—Exacto. —Acercó lo que supuse era su libreta de anotaciones y escribió algo—. Me gustaría que, si el tiempo te lo permite... —empecé a asentir rápidamente la cabeza para hacerle saber que tenía todo el día libre—, rellenas la información para el contrato y darte un pequeño recorrido por la empresa.

Se puso de pie y la imité.

—Solo he escuchado cosas maravillosas de este bufete. —Nos detuvimos en la puerta y miramos hacia el mar de actividad que se desarrollaba frente a nuestros ojos. La adrenalina enviaba fuertes ráfagas a mi torrente sanguíneo. Me sentía realmente ansiosa por empezar a trabajar.

—Estoy segura de que encontrarás tu lugar aquí y podrás vivir tu sueño. Tu pasión.

Yo también lo creía.

Porque para ser feliz en esta nueva vida solo necesitaba volcarme de cabeza en ella. Y que esta me ayudara a vivir cada día diferente, que me alejara cada vez más de la mujer que alguna vez había sido.

No contaba con que algunas desgracias estaban destinadas a estrellarse en tu vida y que, a veces, esas desgracias... tenían ojos grises.

Hermosos ojos grises.

6. DOLOROSAS PRESENTACIONES

Mi nombre real era Catrina Antinnori-Lamberti y tenía veintiséis años, no los treinta y cinco que rezaban en mi identificación falsa. Y aunque para ti quizás aquel apellido no significaba nada, para los amantes del vino era otra historia.

Era la quinta hija de una de las trece familias más poderosas de toda Italia por su exquisita producción de vino. Nuestras más de treinta bodegas lujosas de vino se encontraban repartidas en diferentes regiones italianas de Toscana, Umbría y España. Las mismas que eran visitadas al año por millones de turistas que deseaban ver el proceso de cultivo y fabricación del famoso Carbenet Sauvignon Franciacorta 13.5 %, una exquisita mezcla de 75 % Cabernet Sauvignon y 20 % Pinot Nero y Merlot, cuyo proceso de envejecimiento duraba tres años antes de estar listo para ser embotellado y distribuido a nivel internacional.

Nuestras elegantes bodegas contaban con auditorios capaces de albergar hasta mil turistas y en el que cada dos horas se proyectaba un video, para nada realista, sobre la historia de la familia y el proceso de cultivo que generaba millones de dólares anuales para mi familia.

Para cuando la cinta, que duraba treinta minutos y recopilaba solo la parte amable y *bonita* de esta historia cruel y llena de dolor, llegaba a su fin, los turistas se sentían parte de la familia.

Sí, así de manipuladores podían llegar a ser mis padres.

Era como un encantamiento que obraban sobre los visitantes, quienes se marchaban acompañados de grandes compras de nuestras caras reservas.

Lo cierto era que crecer dentro de ese clan había sido una cruz demasiado pesada de llevar. Aun así, de alguna manera y contra todo pronóstico me las había ingeniado para sobrevivir.

«—¡Huye! ¡Maldición! ¡Haz caso! ¡Y, por un demonio, no te atrevas a mirar atrás! —había gritado Katerina desesperadamente cuando los guardaespaldas salieron de las sombras y la sujetaron con rudeza de los brazos. Para cuando me atreví a mirar atrás, Alma yacía inconsciente sobre la madera. Ellisa,

Katerina y Amber luchaban contra cinco de los siete hombres que habían sido enviados para evitar mi huida. Los otros dos habían saltado la barra de hierro y ahora corrían demasiado cerca de mí—. ¡Corre, Catrina, corre!».

Aquel recuerdo siempre me atormentaría. Por un largo tiempo no supe qué había ocurrido con ellas. Logré salir de Italia con la ayuda de un amigo de Alma, Will, un hombre de mediana edad que había conocido en algún momento durante su corta estancia en la enorme ciudad de Nueva York. Me ocultó durante cinco meses dentro de un establo en el pequeño pueblo de Recoaro Terme y no me trajo a América hasta que las cosas estuvieron aparentemente en calma. Me había entregado un pasaporte con mi nueva identidad y varios documentos de certificados de estudios y diplomas. Me sorprendí cuando antes de despedirnos, el hombre al que le debía esta segunda oportunidad me entregó una libreta que pertenecía a un banco en California. La misma que tenía cincuenta mil dólares depositados y listos para su retiro.

Mis ojos se anegaron de lágrimas porque ellas habían pensado en todo; a pesar de que las primeras noches que había dormido en la pequeña granja había llorado hasta quedarme dormida, no podía evitar sentirme agradecida. Más aún cuando dos meses después de llegar a California mis hombros perdieron su usual tensión al verlas lucir radiantes durante un evento en la ciudad de Verona, donde mi familia actuaba con naturalidad y anunciaba que yo estaría un tiempo alejada debido a un *quebranto* en mi salud.

«Puras mentiras».

Llegué al apartamento exhausta, pero sintiéndome feliz. Antes de desaparecer en el interior, toqué varias veces la puerta de Cole, pero este no salió. Ya me había comentado que podía pasar semanas enteras sin verlo porque así lo demandaba su trabajo.

Metí dentro del horno la pizza que recogí del Dolce Incontro y marché hacia la habitación para tomar una larga y muy necesitada ducha. Mañana sería mi primer día de trabajo y tenía que estar descansada.

Después de comer un poco, porque los nervios tenían amordazado mi estómago, guardé las sobras en la nevera y me acosté. Rogué al cielo para que las pesadillas no vinieran a mi encuentro, pero no tuve suerte. Estas me encontraron.

Y no pude evitar pasar la madrugada recordando el momento exacto en el que mi vida se fue a la mierda.

7. VIEJAS TRAICIONES

Doce años antes.

Verona, Italia.

Solía creer que los príncipes azules realmente existían. Y de ello tenía la culpa directamente Disney, por vendernos la absurda idea de que era posible. Ya sabes, encontrar el amor y vivir felices para siempre. Pensar aquello mientras crecía había hecho que soñara en más de una ocasión con una boda de ensueño que se quedaría grabada en mi corazón y en la de mi futuro esposo por la eternidad. Pero qué equivocada había estado; los príncipes azules no existían para princesas como yo. O mis hermanas. En el mejor de los casos, los matrimonios de conveniencia eran nuestra definición de... *comieron perdices para siempre.*

Y vaya perdices.

—¿Estás nerviosa? —pregunté alisando mi largo vestido blanco. El peinado me estaba dando migraña, pero como no quería enojar a nuestra madre me abstuve de expresar en voz alta mi incomodidad. Dios sabía que este día era importante y su humor era tan estable como las turbulencias.

Alma negó con la cabeza.

—Me he estado preparando para este día desde hace mucho tiempo. —Se encogió de hombros—. Solo estoy deseando que termine la velada y saber el día correcto donde tengo de lucir endiabladamente perfecta y decir: «Sí, acepto».

Ellisa puso los ojos en blanco.

—¿Al menos sabemos cómo luce el idiota?

Las gemelas fruncieron el ceño y negaron.

—No —corroboró Katerina mientras alisaba un mechón rebelde que se había escapado de su apretado y doloroso peinado—. Y creo que padre lo prefiere así.

Asentimos y nuestros ojos se reunieron en el espejo de cuerpo entero donde, hasta hacía unos segundos, Alma había estudiado con detenimiento su aspecto.

Hoy lucía increíblemente hermosa y sofisticada con un ceñido vestido negro. Esperaba que cuando cumpliera su edad —los veinte años no podían llegar lo suficientemente rápido—, mi cuerpo adolescente adquiriera aquellas curvas de infarto. Si no, que el cielo se apiadara de mí y mis padres pudieran conseguirme un hombre que no le importara tener sexo con una tabla por el resto de su vida.

—Quiten ya esa cara. —Alma nos enfrentó. El recogido que madre había elegido para su largo cabello rubio era muy elaborado, pero realzaba de manera sublime sus facciones. A pesar de lo incómodo que era, tenía que reconocer el buen gusto de ella para estas cosas. Mi hermana mayor parecía una mágica princesa, una muy hermosa—. Lo peor que podría pasar es que padre haya decidido casarme con un viejo arrogante y con la polla pequeña.

Empezamos a reír. Un golpe en la puerta hizo que nos volteáramos a ver a nuestra querida Nana, luciendo imponente con su largo vestido azul, de pie con la puerta entornada a sus espaldas.

—Estáis preciosas, pero si no os apresuráis, vuestra madre entrará hecha un obelisco y arrasará con todo a su paso. —Su sonrisa decía lo hilarante que encontraría aquella escena—. Y, sinceramente, no pasé dos horas sufriendo por entrar en una ridícula faja para caber en este estúpido vestido, y así lucir presentable el día en que, al menos, una de ustedes escape de este manicomio. Dios sabe que, si hubiera podido, me las hubiera llevado a todas cuando eran pequeñas.

Otra ronda de risas afloró en la habitación mientras salíamos en una fila india hacia el enorme salón, donde se llevaría a cabo la *íntima* y discreta petición de mano. No sabía que tan íntima podía ser con más de dos mil invitados, pero, según madre, solo eran las familias más cercanas a la nuestra.

—Vas a hacerlo asombroso. —Nana sujetó las manos de Alma y cruzaron una mirada cómplice mientras caminaban lentamente frente a nosotras.

A lo largo de mi vida me había percatado del vínculo intenso que existía entre estas dos mujeres que amaba con el corazón. Era una pena que Nana no pudiera ser nuestra verdadera madre.

En ocasiones, no podía parar de pensar en lo fantástico que sería enterarnos que el desprecio y falta de empatía, por parte del ser que nos dio la vida, se debía a que todas éramos producto de la infidelidad de nuestro padre con la mujer de confianza que conocía cada centímetro de esta inmensa casa. Pero no tuvimos tanta suerte. Odiaba sobremanera que, en cierta forma, las cinco

hubiéramos heredado rasgos inconfundibles de nuestra madre. Todas éramos rubias, del mismo tono de cabello que ella; nuestros ojos verdes eran atterradoramente parecidos a la mujer que nos miraba con indiferencia, y mejor no hablar de la estatura.

¿Era mucho pedir que midiéramos al menos un metro sesenta?

Dios, éramos como una horda de Minions rubios. Minions rubios con enormes pechos y pronunciados traseros. Al menos, era el caso de mis hermanas. Yo, por otro lado, estaba en fase de desarrollo.

Un desarrollo que se estaba tirando largas vacaciones porque mi cuerpo aún estaba a años luz de verse como los de ellas. Aunque mis hermanas insistían en que no había nada de espectacular lucir como una maldita mujer con curvas de infarto, no podía sacudirme estos deseos de que mi *floreCIMIENTO tardío* llegara y me convirtiera en una mujer capaz de quitar la respiración por su belleza, ya que por mi comportamiento muchos ya estaban espantados.

Y, según madre, gracias a ello sería una misión suicida conseguirme marido.

Nuestra enorme casa, que parecía una mala copia de un castillo medieval, albergaba más de treinta habitaciones. Contaba con un salón increíblemente hermoso. El mismo que hoy estaba decorado con hermosas flores blancas y luces brillantes que le otorgaban un ambiente romántico y perfecto. Ideal para una petición de mano. Los más de dos mil invitados habían llegado puntuales, con más de una hora de anticipación. La fama de mi madre como mujer intolerable hacia el retraso trascendía regiones y nadie quería provocar su ira, por lo que la fiesta hacía una hora que estaba en marcha, aunque la invitación decía que la velada empezaba oficialmente a las nueve.

Los nervios hicieron su casa en mi pecho mientras trataba de visualizarme como la protagonista dentro de unos años de un evento similar. Con pesar, podía ver en mi futuro una caída monumental al caminar hacia los brazos de mi amado mientras mi madre moría de la rabia y la vergüenza.

Sí, podía ver el glorioso momento a cámara lenta. Una y otra vez.

Por lo que hoy, trataría de concentrarme en el comportamiento y gestos de mi hermana mayor para emularlos el día que me tocara a mí atravesar las enormes puertas de este hermoso y abarrotado salón. Quería dejar atrás mi fama de rebelde y concentrarme en traer felicidad y elogios a mi familia. Una juventud llena de desprecio podía quedar atrás si aprendía a comportarme el tiempo suficiente y conseguía un buen marido.

Cuando llegamos a la enorme puerta de roble que nos separaba de la

maravillosa velada, abrazamos fuertemente a Alma y nos despedimos entrelazando nuestros dedos, como siempre hacíamos cuando íbamos a estar separadas un largo tiempo. Una promesa silenciosa de que nuestros corazones, sin importar cómo, estarían siempre juntos. Lo hicimos más que nada porque era probable que no viéramos a nuestra hermana mayor hasta mañana bien entrada la tarde.

Nuestra madre se tomaba en serio las cosas como preparativos y lista de invitados, y era un hecho que Alma y su duque —sí, mi padre se las había ingeniado para conseguir que un duque pretendiera la mano de su perfecta hija — estarían encerrados ultimando detalles, aun cuando lo que ellos desearían era ir a dormir la mona.

Hasta casi sentía pena por el hombre que se había animado a pedir la mano de Alma. ¡Si supiera la clase de suegra que se estaba echando encima!

Habríamos visto su excelentísimo trasero atravesar las colinas de Verona en un abrir y cerrar de ojos.

Pobre hombre.

Nana se alejó con Alma hacia el ala este no sin antes indicarnos que ingresáramos al salón sin llamar mucho la atención. Mi padre había ordenado que esta noche nos mezclásemos con los invitados, pues la celebración era exclusiva de Alma y quería toda la atención puesta solo en ella. Obedecimos y, de la manera más sutil, entramos en el salón y nos quedamos en el extremo izquierdo para no llamar la atención. Era de conocimiento público que siempre que estábamos las cinco juntas en una habitación, las personas tenían la mala costumbre de perderse en sus pensamientos tratando de diferenciarnos.

Como dije, era una pena inmensa que todas nos pareceríamos físicamente a nuestra madre.

Sonreí cuando las luces se atenuaron dejando el salón entero sumido en un discreto velo oscuro y dando la impresión de ser un baile de máscaras. Nunca había asistido a uno, pero por las novelas de época que había leído, donde las escritoras recreaban un baile romántico y mágico, me daban deseos de experimentar uno en carne propia. Ojalá a mi futuro esposo le gustara la locura de celebrar nuestro matrimonio con aquella temática.

Los redobles sonaron y la puerta enorme se abrió; el famoso duque había llegado y hacía su dramática entrada. Me incliné un poco sobre las puntillas de mis tacones para vislumbrar el rostro del hombre que desposaría a mi hermana y la respiración quedó atorada en mis pulmones.

¡Santo cielo...!

Era simplemente magnífico.

Mis mejillas se tiñeron de rojo cuando mi mirada bebió de su atractivo. Su fuerte mentón, ensombrecido por una sexi barba recortada, y su nariz perfilada le atribuían una belleza sacada de mis mejores novelas de romance erótico. Libros que guardaba bajo llave porque, si mi madre los descubría, estaba segura de que me encerraría en un convento para que jamás fuera capaz de ver una polla.

Los segundos pasaron y mi boca se secó de manera alarmante mientras más admirábamos al futuro marido de Alma.

Dios, hombres así de ridículamente atractivos de verdad existían.

Su alto y fornido cuerpo estaba cubierto por un esmoquin negro hecho a medida. Cada centímetro del mismo gritaba poder y dinero. Sus labios eran una fina línea, pero era apresurado por mi parte asumir que era porque también se sentía irritado, como Alma, por tener que soportar este tipo de celebraciones; quizá solo era un idiota. Su piel bronceada contrastaba con su cabello negro y espeso, peinado elegantemente, y sus ojos... *¡Dios!...*

El color de sus ojos oscilaba entre un azul profundo y el turquesa más brillante que hubiera visto en la vida. Eran del mismo tono que las aguas que bañaban la playa Cala Rossa, en la isla Favignana. Mi hermana sin duda tenía mucha suerte.

—Es guapísimo —alabó con admiración Ellisa—. Cuánta suerte ha tenido nuestra hermana. Seguro que su polla roza los treinta centímetros.

Mis hermanas rieron mientras yo trataba en vano de disimular el temblor que recorrió mi espina dorsal. *¿Qué diablos pasaba con nosotras?* Aquel hombre iba a convertirse en nuestro cuñado y estaba mal que estuviéramos desvestiéndolo con la mirada. Y peor aún, imaginando el tamaño de su...

—Dios, vaya noche de bodas que tendrá Alma. —Miré a Amber sin creerme lo que había dicho—. Casi hasta siento deseos de hablar con padre para que me permita a mí ser la opción para él, en caso de que encuentre a Alma demasiado perfecta y aburrida.

Se limitó a encogerse de hombros y sonreír cuando se percató de nuestras miradas asombradas.

—¿Qué? —susurró—. Siento un poco de celos de que padre la haya comprometido con semejante espécimen. —Suspiró anhelante con la mirada hacia el frente. El duque estaba saludando a varios patriarcas y ofrecía

pequeñas sonrisas que le atribuían una belleza excepcional. Sus rasgos me recordaban mucho a Matt Bomer, pero más alto e intimidante—. Espero que me consiga uno parecido o más sexi. —Se abanicó el rostro, sonrojada—. Dios sabe que no me enojaría si es capaz de emparejarme con un hombre mucho más delicioso que aquel.

—Yo también. —Katerina sonrió como el gato que se comió al canario—. Después de todo, y viendo al futuro marido de nuestra hermana, no está nada mal esto de los matrimonios concertados. ¡Al diablos los cuentos de hadas!, *hola* matrimonios de conveniencia.

Las gemelas rieron por lo bajo, pero Ellisa solo negó con la cabeza. Sus mejillas estaban igual de encendidas que las mías.

Guardamos silencio cuando el futuro novio caminó cerca de nosotras. Era un alivio que nuestros padres se encontraran presidiendo la reunión en el pequeño balcón de la estancia porque nos habrían dado un porrazo a cada una para que guardáramos silencio y no dijéramos aquellas atrocidades.

—Shhh, ahí viene —susurró Ellisa ahogándose un poco con su lengua porque, efectivamente, el atractivo duque se encontraba a pocos pasos de nosotras.

¡Genial! Era hora de aparentar que éramos las hijas ejemplares.

Katerina se acomodó el vestido al igual que Amber, pero yo me limité a poner los ojos en blanco. Un error, porque cuando regresé la mirada al frente me di cuenta de que el novio se había detenido justo delante de nosotras y aquellos impresionantes ojos azules estaban clavados en mi rostro.

¡Diablos!

Un extraño tirón se apropió de mi pecho mientras me perdía en la mirada más profunda y misteriosa que había tenido la suerte de ver tan de cerca.

Estos eran los hombres en quienes se inspiraban las escritoras para describir a sus protagonistas masculinos.

Cuando el peso de las miradas de los presentes se volvió insoportable sobre mi rostro, me aclaré la garganta mientras imitaba a mis hermanas y hacía una pequeña, torpe y tardía reverencia. Los duques eran muy estrictos, por lo que me sorprendió cuando levanté la mirada y este esbozó una pequeña sonrisa.

«Dios, que mis mejillas no se hayan vuelto rojas. *¡Que mis mejillas no se hayan vuelto rojas!*».

—Señoritas... —Su profunda voz envió látigos de fuego a mi vientre y dejé escapar un suspiro cuando su mirada recorrió los rostros de mis hermanas—.

Ustedes deben de ser las hermanas de Alma. El parecido es indiscutible.

Su mirada regresó a mi rostro y algo brilló en sus profundidades. Algo que casi parecía a... Elisa se aclaró la garganta atrayendo la atención del duque y asintió. Yo retrocedí buscando alejarme un poco de la atención algo confusa del futuro integrante de la familia.

Me desconecté cuando mi hermana aprovechó para hacerle una serie de preguntas ridículas al hombre que había robado la respiración de cada mujer presente. A lo lejos podía escuchar cómo le respondía educadamente con su voz ronca y aterciopelada.

¿Dónde diablos estaba Alma?

—... Y tú debes de ser Catrina.

Un codazo a mi derecha me hizo volver a mirar al apuesto hombre frente a nosotras. Me tomó algunos segundos registrar su pregunta en mi cerebro. Tartamudeé un poco al responder.

—Sí, sí... soy Catrina. —Forcé una sonrisa—. Bienvenido a la familia, distinguido duque.

Él entornó sus ojos y el codazo que recibí esta vez fue más fuerte. Le lancé una mala mirada a Amber.

¿*Qué diablos?* La interrogué con la mirada.

Pero ella se limitó a ofrecer una sonrisa educada al futuro marido de nuestra desaparecida hermana mayor.

—Le pedimos disculpas, su excelencia, nuestra hermana aún no comprende lo que realmente representa este enlace y que, en todo caso, es Alma quien se convertirá en la nueva integrante de su legado, no viceversa.

Quise que la tierra se abriera y me tragara entera al percatarme de mi avasallante error.

¿*Se podía ser más idiota?*

—Lo siento, yo... —Mi disculpa murió cuando nuestra madre, ataviada con un hermoso vestido color marfil, desfiló hasta nosotros. Su ceño fruncido decía mucho sobre su estado de ánimo.

Era momento de desaparecer.

—Veo que ya ha conocido a nuestras hijas. Y a Catrina...

El duque asintió sin quitarle la mirada a Amber. Un revoloteo de algo muy parecido a los celos azotó mi estómago, pero lo aplasté y le eché insecticida. No debía empezar a pensar en este hombre como mío.

Además, ¿desde cuándo me ponía celosa y competía por la atención de un

hombre? Un hombre que me era ajeno.

Tendría que disculparme con Alma por tener estos sucios pensamientos. Quizá solo eran las malditas hormonas de la adolescencia.

Cuando la conversación se extendió a lugares que poco o nada me importaban, aproveché para desaparecer entre los cuerpos de los invitados que se habían acercado con el afán de saludar personalmente al famoso duque. Los murmullos fueron imposibles de escuchar. El futuro esposo de mi hermana era un noble que provenía de la gran y respetable familia Médicis. Aunque se creía que, por la abierta homosexualidad del Gran Duque de la Toscana, Juan Gastón de Médicis, este no había procreado hijo alguno, la realidad era que había cosas en la historia que nadie había contado. Y Bruno de Médicis era la prueba tangible de ello.

—Mi niña —Nana apareció con cara de circunstancias—, ¿qué ha ocurrido?

La miré sin saber bien qué responder. ¿Cómo justificar mi metedura de pata?

—No lo sé. —Negué y busqué con la mirada a mi hermana mayor—. ¿Dónde está Alma?

—Tu madre ha decidido que haga una entrada dramática. —La mujer que nos había criado negó con la cabeza decepcionada—. Quiere que el duque quede impresionado con su belleza para que así no tenga ojos para nadie más.

Asentí. Aquello sería fácil. Alma era la más guapa de todas y la que prometía que sería una esposa ejemplar. Siempre se había mostrado deseosa de complacer a nuestra madre y su comportamiento siempre era reconocido por nuestro padre.

«Si tan solo todas ustedes pudieran imitar a Alma, yo sería un hombre muy afortunado. El más afortunado del mundo entero», decía apesadumbrado cuando había bebido una botella entera de licor en la soledad de su despacho.

—Solo te voy a pedir una cosa, mi niña. —Cerré los ojos porque sabía lo que venía—. Mantente alejada de los problemas para que así tu madre no te culpe de arruinar la noche de tu hermana.

El dolor en su voz golpeó duro mi corazón.

—Lo prometo —accedí mientras la estrechaba en un fuerte abrazo—. Prometo que me mantendré alejada de madre, para que así el guapo duque no descubra la horrible suegra que está a punto de echarse encima.

—Cat... —Se alejó y me echó una mirada de advertencia mientras trataba en vano de ocultar una sonrisa—. Lo digo en serio —advirtió.

—Y yo también —repuse.

Bianca, nuestra ama de llaves, apareció en ese momento y le hizo una castañeta a su jefa antes de desaparecer por la puerta que conducía al comedor. Nana me miró una última vez antes de alejarse en la misma dirección.

—Busca a tus hermanas y, por lo que más quieras... —su mirada se desvió un poco hacia mi izquierda y su voz mermó—, mantente cerca de ellas.

Cuando frunció el ceño y dejó de caminar me entró la curiosidad y miré tras de mí. Padre se había alejado lo suficiente de los invitados y parecía que estaba sosteniendo una conversación algo desagradable con el duque y su acompañante, un hombre cuyo atractivo rivalizaba con la del futuro marido de Alma. Aunque sus ojos no eran tan impresionantes, transmitían más emociones que los del mismo *novio*.

Quizás Alma podía presentarme a...

Las luces volvieron a atenuarse y la armoniosa melodía de un violín flotó en el aire mientras las enormes puertas de roble oscuro se abrían. Alma, con paso seguro, hizo su maravillosa entrada; jamás había lucido más hermosa. Su caminar era delicado y pausado pero imponente. Una princesa verdadera. Su hermoso vestido ceñido un poco a su cintura realzaba sus senos copa C y le daba un toque espectacular a su firme trasero. Sin duda se veía muy hermosa y atractiva. La esposa perfecta para un hombre como el duque de Médicis.

Los dos eran tan guapos que tuve curiosidad por ver cómo serían mis futuros sobrinos. Seguro que los más guapos de todo Verona.

Busqué inmediatamente a mi padre, para ver sus ojos brillar de orgullo como siempre hacía cuando mi hermana aparecía en una habitación, pero había desaparecido con el prometido. Busqué a mi madre y la hallé dirigiéndome una mirada de muerte.

¡Mierda!

Mi hermana empezó a saludar a los presentes mientras atendía educadamente a las palabras de halagos que le profesaban con admiración.

—Juro que no tengo nada que ver... —Miré con desesperación a Nana.

Esta asintió y se alejó en la misma dirección por donde había desaparecido mi padre. Esperé hasta que mi hermana mayor hubo realizado su caminar obligatorio por todo el salón. Cuando vi que se reunía con mis hermanas y miraban algo en la mano de Alma, enfilé hacia ellas.

—¿Qué rayos acaba de pasar? —pregunté angustiada en voz baja cuando llegué hasta ellas. Alma me miró, su rostro rivalizaba con la palidez del vestido de mi madre.

—Padre me ha enviado un mensaje... —La pantalla de su móvil se volvió oscura.

Mi estómago se revolvió. Los rostros desencajados de mis hermanas me dieron la pista de que ellas ya sabían lo que este decía.

—¿Y qué? —La culpabilidad me estaba dando ganas de vomitar. A pesar de estar en contra de todo esto, no quería ser una perra y arruinar la noche que debería ser una de las más especiales para mi hermana. Ella sostuvo mis manos entre las suyas.

—Cat... —Su garganta hizo un sonido extraño, como de asfixia—. Él...

—Dime, dime ya... —la apremié. Esperaba que no fuera que padre había decidido que me retirara por el resto de la velada. No sería la primera vez que se molestaba por algo que había dicho o hecho y le pedía a Alma que me dijera que era libre de abandonar la recepción. En pocas palabras, que me largara si no quería que él mismo me lo pidiera. O peor, que me sacara a la fuerza. Pero no tuve suerte. Alma cerró los ojos y cuando los volvió a abrir su mirada era una mezcla de tristeza y agonía que hizo retorcer mis intestinos, pero rápidamente la disimuló cuando un fotógrafo de la prensa de espectáculos, invitado para la cobertura de la petición, se detuvo frente a nosotras y nos tomó una foto. Deberían habernos dado un premio por las hermosas sonrisas que le regalamos.

¡Maldición!

—¿Quiere que me marche? ¿Es eso? —pregunté una vez que el fotógrafo se alejó lo suficiente. La decepción golpeó profundamente mi orgullo cuando ella asintió despacio.

Contuve el deseo de llorar y maldecir a mis estúpidos padres y le ofrecí una sonrisa sincera. Le había prometido a Nana que no estropearía su día y cumpliría mi promesa. Aunque eso me doliera.

Aunque irme me destrozara el corazón.

No podía culpar a nadie más que a mí misma por abrir la boca cuando no era debido y soltar lo primero que se me había cruzado por la mente, molestando al duque. Era lógico pensar que mi futuro cuñado era del mismo tipo de persona que mi madre.

Un idiota pesado y sin sentido del humor.

Abracé a cada una de ellas y me alejé lo más rápido que mis piernas me lo permitieron. No quería que me vieran llorar.

Cuando llegué a mi habitación mi móvil sonó, era una llamada por Skype de

Katerina. Estaba grabando en vivo el discurso de mi padre y ella me estaba permitiendo verlo. Me recosté sobre mis esponjosas almohadas y me relajé un poco. Le debía una grande a mi hermana. Después de todo, no me perdería la petición.

Mi madre se colocó al lado derecho de mi padre, pero su semblante dejaba mucho que desear. Algo definitivamente no iba bien.

Dios, ¿tan ofendido se había sentido por mi inadecuada *bienvenida* que había armado todo un berrinche? Vaya maridito le esperaba a Alma.

—Muchas gracias a todos por venir... —Mi padre, un hombre fornido y de metro ochenta, casi parecía un niño a lado del duque. Alma, que estaba a pocos pasos al lado de mi madre, tenía una pose rígida y su sonrisa, al igual que la de esta, era fingida y rígida. Se notaba a kilómetros de distancia que algo había sucedido.

Quizás, ahora que el aristócrata había mostrado sus verdaderos colores, mi hermana ya no quería obedecer ciegamente a mis padres y era ahí el porqué mi madre parecía que hubiera tomado sidra y mi padre luciera más pálido que la cal. La hija perfecta al fin se estaba rebelando.

«Bien por ti, hermanita».

—Sé que todos ustedes han venido esperando una petición de mano, pero...

Mi estómago se revolvió y me senté cuando creí haber escuchado mal. El duque ese no se atrevería...

—Pero su excelencia ha decidido que no desea desposar a Alma, nuestra hija mayor... —era como si a las palabras le costaran salir de su boca—, porque desea... —se aclaró la garganta como si quisiera quitarse una piedra atorada en ella y por más que tratara le era difícil—, que quiere por esposa a... a Catrina, mi hija menor.

Un jadeo colectivo inundó el salón mientras el móvil temblaba en la mano de mi hermana; segundos después vi su rostro pálido mientras cortaba la videollamada.

¿Qué diablos?

Me levanté de la cama asustada, sin creer lo que mis oídos habían escuchado. Mi corazón latió enardecido.

¡Me llevaba el diablo!

¡Mierda!

¡Mierda!

Esto tenía que ser una maldita pesadilla. Tal vez, mientras caminaba hacia mi

habitación, había tropezado y me había golpeado la cabeza y ahora me encontraba en un coma inducido. Pero la realidad se estrelló con fuerza contra mí cuando un furioso golpe estremeció la puerta de mi habitación.

¡Oh, Dios mío!

Esto era la puta realidad y yo acababa de arruinar la vida de mi hermana.

¿Qué habías hecho, Bruno de Médicis?

8. DESASTRES

*Los Ángeles, California.
Presente.*

La mañana había llegado demasiado pronto y el discurso de agradecimiento, que tanto esfuerzo me había tomado memorizar durante gran parte de la madrugada, murió de sopetón cuando al entrar en la que sería mi nueva oficina, mis cuatro compañeros me ignoraron por completo.

Parecía que alguien hubiera muerto y estaba segura de que se trataba de mis posibilidades de tener nuevos amigos.

—Buenos días —me arriesgué a saludar de manera animada.

Ni siquiera miraron en mi dirección.

«Por favor, guardemos un minuto de silencio, porque mi pobre entusiasmo acaba de morir apuñalado por la indiferencia».

Tomé asiento en el escritorio que obviamente gritaba nuevo y acomodé mi violín en la esquina inferior de este, oculto de la mirada de los curiosos. Sobre el escritorio ubiqué mi móvil y la agenda que había comprado hacía más de dos años para este día y encendí el computador. Me rehusaba a demostrarles que me dolían y molestaban su indiferencia y mal trato, aunque fue inevitable que mi buena energía saliera volando por la ventana.

El correo que me había sido asignado como abogada júnior esta mañana estaba repleto de mensajes nuevos por parte de nuestro jefe directo, Bob O'Connell, un irlandés con espesa barba negra y ojos marrones, que hacía honor a su descendencia y que tenía un serio problema con trabajar bajo presión. Su altura me había impresionado, pero no más que su profunda y agradable voz.

—Esto es para aprender y divertirse. —Me había dicho mientras me estrechaba entre sus fuertes brazos. Un abrazo que se sintió eterno y muy incómodo—. Quiero que sepas que, aunque Mark es un pesado y adicto al trabajo —se alejó y me miró directamente a los ojos. Imaginé que se refería al dueño de todo el bufete, el mismo idiota que había rechazado mi solicitud de

empleo por mi primer nombre—, puedes estar segura de que yo siempre tendré la puerta de mi oficina abierta por si te sientes agobiada y quieres solicitar un permiso especial. Qué mejor que un abogado para entender a otro abogado.

¿Qué?

Sonreí agradecida cuando me soltó.

—Anda y conoce a tus nuevos compañeros, estoy seguro de que están ansiosos por conocerte. Quién sabe, quizá hasta te hayan preparado una fiesta de bienvenida. Me encanta el pastel de bienvenida, estaré esperando un pedazo —dijo muy animado con sus ojos echando chispas de alegría.

En alguna parte había una equivocación o quizá era yo, que me había equivocado de oficina. Por si las dudas, decidí revisar el número de la puerta de manera disimulaba mientras me levantaba y me acercaba al pequeño dispensador de agua, colocado junto a la puerta, y fingía tomar un vaso. No, no había ni una maldita equivocación, este era el lugar correcto.

Era oficial. Estaba atrapada en la oficina más *divertida* de toda la firma.

—Hola, chicos, soy Emilia. —Una hora después, y cansada de ser ignorada, decidí ser la primera en dar el paso para entablar una relación, pero me sorprendí cuando continuaron ignorándome.

Dios, ¿qué era lo que tenía que hacer para que estos me aceptaran en su grupo y me incluyeran? ¿Tirarme al suelo y fingir un ataque?

Luego de varios segundos sin recibir una mirada o respuesta, decreté que más vida, cariño y hospitalidad había en un cementerio a las doce de la noche.

—¿Alguien podría decirme dónde se encuentra la copiadora? —Lo intenté de nuevo con una pregunta razonable dos horas después.

Pero ni siquiera aquello obligó a que me contestaran. Genial. Me aventuré al pasillo y deambulé sin rumbo fijo.

El bufete de abogados Wrigth & Asociados era un hermoso edificio de acero y paredes de vidrio que gritaba poder e influencia en cada uno de sus rincones; los cuarenta pisos que lo comprendían marcaban una diferencia notable sobre el resto de los nuevos bufetes.

Había leído un poco sobre la biografía del hombre que había forjado desde cero este lugar hacía más de dos años y me sorprendí al ver lo joven y guapo que era. Los abogados solían ser atractivos, pero si le sumabas el hecho de que este hombre lucía melancólico y sexi como el infierno en las fotos, la palabra *atractivo* adquiriría una nueva definición o concepto.

«Debe de ser un verdadero espectáculo tenerlo enfrente...».

Sus ojos grises capturaban la esencia perfecta de lo que era un alma atribulada. Solo podía imaginar los motivos del porqué sus labios siempre formaban una fina línea que no estropeaba su atractivo, pero sí cortaba las alas a cualquier mujer con deseos de acercarse a conocerlo.

Su rostro decía: «No te acerques a mí», mientras su cabello te invitaba a pasar tus manos a través de él. «Vamos, que yo sé que tú quieres». Algo así imaginaba que decía el malvado cabello incitador.

Mark Wright no solo era guapo, era una máquina en los juzgados. Sus casos eran conocidos por toda la ciudad y debía reconocer que me sentía extasiada al saber que trabajaba no solo en un buen bufete, sino en el mejor de estos últimos años.

Mi sueño no podía haber empezado mejor.

Varias puertas estaban cerradas por lo que no me animé a interrumpir. Sus habitantes se veían profundamente concentrados en sus actividades a través de las pequeñas ventanas ubicadas en la parte superior de las puertas. Además, era mi primer día y no quería terminar en urgencias porque me lanzaran una taza o una perforadora a la cabeza. La única solución era seguir buscando sin inmiscuirme en los asuntos de otro.

—¿Estás perdida?

Me sobresalté y me giré rápidamente hacia el lugar de donde había provenido la ronca voz. Un hombre atractivo de cabello oscuro en silla de ruedas me sonrió. Mis mejillas se tiñeron de rojo y asentí. Su rostro era anguloso y tenía la barba justa en su mentón, que le agregaba carácter a su sonrisa y mirada gris.

—Eres la nueva, ¿cierto?

—Soy Emilia. —Metí la carpeta bajo mi brazo izquierdo y extendí la mano—. Y estoy más perdida que una jirafa en un centro comercial. —Un hoyuelo se formó en su mejilla derecha—. Te agradecería mucho si me dices tu nombre y donde puedo encontrar la oficina de copias. Si es que existe una.

Asintió y rodó un poco más en su silla de ruedas. A pesar de estar sentado, podía decir que era alto, un metro ochenta o noventa, y con una amable sonrisa aceptó mi mano y dijo:

—Soy Alex Cavanagh y el centro de copiado está en el décimo piso.

Hice una mueca porque mi oficina se encontraba en el piso quince. Soltó mi mano y sonrió.

—Es decir que...

—Que tienes que tomar el elevador y bajar los cinco pisos para poder hacer uso de las sofisticadas máquinas que nuestro querido jefe ha adquirido de nuestros buenos amigos lo japoneses. —Sus ojos brillaron—. Te sorprenderás cuando admires el lugar.

Asentí.

—Muchas gracias, Alex.

—Siempre es bueno ayudar a los nuevos compañeros. Ven, te acompaño hasta el elevador.

Suspiré aliviada, al menos, Alex parecía que sí disfrutaba de mi compañía. Quizá podía pedir que me transfirieran a su departamento.

Cuando llegamos a los elevadores presionó el botón. Unos segundos pasaron y las puertas se abrieron. Di un paso hacia el interior y presioné el botón para que aún no se cerraran las puertas.

—Muchas gracias, Alex. —Esperaba que mi voz transmitiera mi agradecimiento—. Lo digo en serio. He tenido una mañana de mierda, pero, sin duda, tu ayuda la ha mejorado notablemente.

La sonrisa que me dedicó me hizo estremecer. Era un hombre muy guapo. De seguro estaba casado y tenía hijos.

—El placer ha sido todo mío. —La puerta hizo un extraño ruido y soltamos una pequeña risa—. Por cierto —dijo rápidamente mientras las puertas empezaban a cerrarse—, bienvenida, Emi... —Las puertas se cerraron completamente y sonreí.

Cole había tenido razón, después de todo, quizá no sería tan difícil esto de hacer nuevos amigos.

9. VERDADES A MEDIAS

Cuando llegué a mi apartamento, la cabeza quería explotarme y mi trasero capuñárame por las largas horas que había pasado sentada. Las ocho horas encerrada en esa oficina y rodeada por unos compañeros que fingían que yo no existía me habían borrado la sonrisa que el casual encuentro con Alex había puesto en mi rostro.

¿Por qué diablos no podían ser un poco más parecidos a Alex Cavanagh y ser más amables?

Pero sabía la respuesta a aquella pregunta.

No fue hasta unas cuantas horas después, cuando logré revisar el primer correo que me había enviado Bob, sepultado bajo varias asignaciones, que entendí su hostilidad. Al final del año solo dos de nosotros quedaríamos dentro de la plantilla del bufete y los otros tres dirían *ciao, ciao*.

Desde aquel momento, no había podido quitarme la sensación de que había entrado por voluntad propia en algo así como *Los juegos del hambre*, pero esta versión se llamaba *Los juegos de quién mata más rápido con la indiferencia*. Yo ya iba perdiendo por desventaja.

Cole me miró y esbozó una sonrisa cuando se lo comenté. Fue bueno encontrarlo en su apartamento. No había dormido en su casa la noche anterior porque le habían asignado resguardar la mansión de una celebridad a las afuera de la ciudad.

Según su evaluación de la situación, dijo que quizá estaban haciéndose los *difíciles*, a lo que respondí que no iba a esperar a que los chicos envenenaran el agua del dispensador para saber si realmente no querían saber nada mí. Por si acaso, pensaba mañana llevar mi propia botella.

No había que subestimar a los abogados.

—Entonces, mi querida [Katniss Everdeen](#) —puse los ojos en blanco—, este chico, Alex, ¿cómo dijiste que es su apellido? ¿Cavanagh? —trató en vano de suprimir una carcajada—, ¿viene a ser como tu Peeta Mellark?

Rodé con tanta fuerza mis ojos que mi cabeza protestó.

—Y yo... ¿quién vendría a ser? —Parecía genuinamente preocupado—. Ya

sé. Soy tu mentor y siempre ebrio Haymitch Abernathy, ¿verdad? —Acarició su fuerte mentón. Sus hermosos ojos negros se clavaron en los míos—. Siempre me he preguntado cómo me vería con cabello rubio, barba descuidada y olor a licor.

Me levanté cuando siguió con las bromas y propuso que teníamos que conseguir a los siguientes personajes haciendo algún tipo de audición en Facebook.

Jamás hubiese imaginado que mi atractivo vecino fuera fanático a las distopías. O que fuera tan friki.

—Pero dime la verdad... —Recargó su hombro contra la pared lateral de la cocina y me miró intensamente—. A pesar de la actitud de tus compañeros, y sabiendo que sin importar cuánto te esfuerces es posible que al final del año uno de ellos se quede con el puesto de tus sueños, ¿quieres intentarlo?

Asentí. Deseché los contenedores en el tacho de basura y cerré la pequeña puerta de madera.

—Si al final del año no consigo quedarme con el puesto de abogada, solicitaré una recomendación. Al menos, eso me pondrá un par de peldaños más arriba a la hora de solicitar una entrevista en otro bufete. —Desde mi punto de vista, aunque no ganara, era mejor que estar ocho meses desempleada y viviendo de la caridad de Cole—. Además, no olvidemos toda la experiencia que ganaré y el dinero que podré reunir para sobrevivir un par de meses hasta que consiga algo.

Sonrió.

—Buen plan. —Miró su caro reloj—. Mejor te dejo descansar porque ya se está haciendo tarde.

Lo acompañé hasta la puerta.

—Gracias otra vez por salvarme de morir de hambre.

Negó mientras sonreía y depositaba un pequeño beso en mi frente. Ahora la enorme efusividad que sentía en el estómago se había convertido en una pequeña corriente de algo muy parecido a admiración y cariño. La primera vez que lo hizo, esa misma noche cuando abrí la puerta, me asusté tanto que me disculpé y corrí al baño para llorar. Como no quería que me escuchara sufrir aquel ataque, encendí la ducha. Había pasado tanto tiempo desde que alguien había besado mi frente que se sentía doloroso recordarlo.

La última persona había sido Katerina.

Cuando Cole se alejó y escruñó mi rostro, disimulé mis ojos húmedos con un bostezo.

—Estoy seguro de que ellos no tienen deseos de destruir tu vida.

Asentí. Yo más que nadie sabía cuánta verdad albergaban sus palabras.

—Tienes razón, a veces, lastimamos más sin darnos cuenta que teniendo toda la intención de hacerlo.

Luego de eso nos despedimos. Cuando me recosté sobre las cálidas sábanas de mi cama, tenía miedo de dormir. Las pesadillas cada vez eran menos amables y yo estaba atorada en un bucle de recuerdos y pesares que muchas veces me hacían sentir que no merecía haber escapado del infierno.

Que no merecía esta segunda oportunidad.

10. CUÉNTAME UN SECRETO

Doce años atrás.

Verona, Italia.

Tres meses habían transcurrido desde aquella fatídica noche donde había echado por tierra el futuro de mi hermana.

Madre había cortado todo contacto conmigo y mi padre a duras penas se dirigía a mí.

—No me interesan tus miedos o dudas. —Se restregó con furia el rostro—. El duque te quiere y te tendrá.

Los nervios me habían convertido en una sombra y un manojo de llanto y dolor. Mis hermanas poco podían hacer para consolarme y yo necesitaba urgentemente que alguien me ayudara a escapar de mi destino.

Un destino que ya tenía fecha de ejecución.

—El duque ha accedido esperar hasta que cumplas los dieciocho años para contraer oficialmente matrimonio contigo. Mientras tanto... —bebió atolondradamente un trago de su Bourbon, se aclaró la garganta y me apuñaló con su fría mirada—, serás conocida como la novia del duque de Médicis. Él vendrá mañana temprano porque quiere conocer a su futura *esposa*. Y Dios quiera que, en los próximos dos años, el hombre entre en razón. —Hizo una pausa mientras se levantaba y miraba hacia los viñedos que se expandían por toda la región—. De mis cinco hijas, el maldito idiota ha escogido a la peor.

Cerré los ojos y contuve un grito. Había sido esa mañana cuando mi padre había irrumpido en mi habitación y había empezado a gritar improperios, histérico, alegando que mi falta de madurez y poco juicio llevarían a la deshonra a toda la familia. Me acusó de ser la culpable directa del colapso que había sufrido nuestra madre por las murmuraciones de las que era víctima nuestra empresa.

—Padre... —Alma apareció en la entrada de la oficina de nuestro patriarca—, siento interrumpirte, pero si me dejas conversar con él estoy segura de que podré...

—Podrás ¿qué?! —El vidrio de la ventana junto a la que estaba parado vibró por su rugido—. ¿Crees que un hombre como él hará lo que le pida una desconocida?

El semblante de mi hermana perdió color.

—No seas ridícula, Alma —dijo un poco más calmado mientras se acercaba a ella y tomaba su rostro entre sus manos—. Tú eras la elegida. —El pesar goteó, espeso, de su voz—. Tú eras la que lograría que esta familia entrara en los libros de historia, pero la impresentable de tu hermana... —suspiró y soltó bruscamente su rostro. Se giró para mirarme y el desprecio que desprendían sus ojos quemó un sendero de fuego en mi corazón—, te lo ha arrebatado todo.

Aquella noche en mi habitación lloré inconsolablemente porque más que nunca había sentido el desprecio que hacía años sabía que albergaba por mí. No comprendía por qué, aun siendo mi padre le costaba aceptar que esta vez yo no había tenido la culpa de la desgracia.

Era cierto que mi comportamiento dejaba mucho que desear, incluso a mis dieciséis años de vida era terriblemente consciente de que, en algunas ocasiones, había llevado las cosas un poquito al extremo, rozado casi en lo absurdo, pero eso no me hacía mala hija ni merecedora directa de su odio.

Por Dios, era una maldita adolescente que solo quería un poco de atención.

Comprendía la indiferencia de mi madre. Sufrir de depresión posparto en todos tus embarazos tenía que joder tu cabeza de alguna manera. Principal motivo por el que ella nunca se había mostrado especialmente amorosa mientras crecía. Siempre había sido reservada con sus emociones e incluso la incomodidad se reflejaba en su rostro cuando una de nosotras la abrazaba de improviso.

Algunos años atrás nos había confesado que nos amaba, pero que no sabía cómo ser más amorosa. Esa fue la primera y última vez que había hablado sobre su falta de demostraciones de afecto y nos había dicho que nos quería. Un poco.

—¿Estás despierta? —Ellisa asomó su cabeza por la puerta.

—Lo estoy.

Pronto, mis cuatro hermanas se precipitaron a la habitación y saltaron a la cama. Sus rostros iban de la desolación a la rabia.

—¿Cómo ha podido? —susurró Katerina. Su cara estaba roja mientras jugueteaba con mi mano—. Será idiota.

Amber bufó mientras se acomodaba a mi lado y empezaba a acariciar mi cabello, que estaba trenzado en una larga cola de sirena.

—Madre ha llorado toda la tarde. —Suspiré y miré a Alma mientras las palabras de Amber se asentaban en mi piel—. Creo que la noticia la ha golpeado muy duro y no sabe qué hacer o cómo lidiar con su rabia.

Alma sonrió y dijo:

—Madre está haciendo este asunto demasiado espinoso y es por ello que padre ha sido severo. —Una lágrima se escapó de mi ojo izquierdo—. Sabes que él te ama, ¿verdad?

Negué mientras me fundía entre los mimos de las gemelas.

—Ellos no me aman...

—Lo hacen... es solo que... —Ellisa buscó la palabra correcta—, es solo que a veces... —Los segundos pasaron y me animé a ayudarla.

—A veces soy difícil —admití.

—Exacto —convino Amber mientras me daba pequeños besos en el dorso de la mano—. Eres inteligente, pero juro que a veces parece que solo buscas enloquecer a nuestros padres. Y que disfrutas haciéndolo.

Soltamos una pequeña risa porque tenía razón. Al crecer, siempre había sentido la imperiosa necesidad de sacarlos de sus casillas. Pensaba que enloquecerlos haría posible que me prestaran un poco más de atención e hiciera que mi madre se soltara con sus sentimientos. Pero luego de todo este tiempo, reconocía avergonzada que no había sido la mejor de las ideas y que, en todo caso, su amor por mí se había perdido en alguna parte entre sus aspiraciones mundanas y sed de reconocimiento.

—Nos tienes a nosotras —afirmó Katerina—. Y mañana, cuando venga el duque, trata de enseñarle cómo será su joven esposa y, quién sabe, quizá por sí solo desista de esta estupidez, regrese a sus cabales y pida la mano de Alma.

La aludida arrugó la nariz.

—¿Qué? —Ellisa entrecerró los ojos y miró fijamente a nuestra hermana mayor—. ¿Acaso ya no te gusta?

Negó con la cabeza.

—No es eso. —Miré con curiosidad a Alma, atenta para saber sobre sus verdaderos sentimientos. Esta sería la primera vez que emitiría un juicio en voz alta sobre su exprometido—. Hay algo en él que no me gusta. Parece demasiado perfecto, demasiado guapo...

Ellisa soltó una risa con sorna mientras ponía los ojos en blanco.

—Pues hazte revisar los ojos, porque quien logre desposar a ese hombre tendrá una noche de bodas inolvidable. Y muchas noches.

Otra ronda de risas siguió a su comentario. Les había prometido a mis hermanas que estaría bien, pero lo cierto era que sentía un tirón en el pecho al recordar las palabras de mi padre: «Porque de mis cinco hijas, el maldito idiota ha elegido a la peor...».

¿Él realmente lo pensaba o solo lo había dicho en el calor de la discusión? Esperaba que Alma tuviera razón y él de verdad me amara. Era mi padre y tenía que amarme de alguna manera.

Qué equivocada había estado.

Mis padres me demostrarían que, cuando estaban en juego el dinero o el buen prestigio, la sangre no era más espesa que el agua.

Jamás lo sería.

11. DIME UNA MENTIRA

*Los Ángeles, California.
Presente.*

Cole me había demostrado que podía contar con él en más de un sentido y, después de un largo tiempo, afirmaba con una sonrisa en el rostro que me sentía cómoda teniendo a alguien cuidando mi espalda. Y que ese alguien fuera un hombre.

—Celebremos tus cuatro meses en Wright & Asociados.

Hizo estallar el corcho de una botella de champán que había traído especialmente para este día y sirvió el espumoso líquido rosado en unos vasos de plástico. La comida china había corrido por mi cuenta, ahora que no era una mujer pobre podía invitarlo en ciertas ocasiones a una comida decente. Él siempre bromeaba con ello. Me entregó el pequeño vaso blanco y sonreí. Los cuatro meses habían pasado volando. Poco quedaba para saber si continuaría viviendo mi sueño o tendría que buscar otro lugar donde vivir mi pasión.

—Gracias. —Bebí un largo trago y carraspeé un poco—. Dios, cuánto necesitaba esto.

Asintió mientras se sentaba frente a mí. Nuestras meriendas siempre eran en la pequeña mesa que estaba en medio de sala. Él decía que teníamos un comedor perfectamente funcional a escasos pasos de la cocina y que podíamos usarlo cuando quisiéramos, pero siempre acabábamos utilizando la mesa de centro que había conseguido en una rebaja.

Nos gustaba la informalidad de nuestras comidas y seguiría siendo así por un largo tiempo.

—Me alegra ver que has vencido aquella estúpida apuesta que hicieron tus compañeros.

Fruncí el ceño recordando el incómodo momento que había tenido que afrontar esta semana cuando Alex, mi único amigo en la oficina, me había felicitado por ganar *la apuesta*. Una que no tenía ni la menor idea que existía, para empezar.

—Por favor, ni me lo recuerdes.

Me había quedado con mi cara de idiota varios minutos antes de darle sentido a su emoción y palabras de felicitación.

¿Qué mierda?

—¡Enhorabuena, Emilia! —había dicho con júbilo Alex, mientras me extendía la mano. Sobre sus piernas llevaba varios folios y carpetas que fueron la causa principal por habernos encontrado en el piso de las copias—. Sé que este año los *juniors* están tenaces, pero tengo la impresión de que tú eres más fuerte que ellos. Ya puedo verte celebrando con Bob tu victoria. A ese hombre le gusta mucho el pastel.

Para cuando terminamos de sacar las copias respectivamente a nuestros papeles, él se había encargado de ponerme al tanto de la maldita apuesta.

Quise vomitar por todo el lugar.

Las lealtades estaban ya declaradas y nadie me había querido *adoptar*, por lo que habían planificado hostigarme hasta el punto de hacerme renunciar. Por un lado, eso les dio mucho sentido a las cosas extrañas que pasaban en aquella oficina. Cosas que me habían llevado a pensar que tal vez me estaba volviendo loca: carpetas que desaparecían de mi escritorio, correo que llevaba semanas desaparecido y que luego misteriosamente aparecía en el cajón inferior. Eran detalles que habían hecho cuestionarme mi estabilidad mental.

—Los abogados le dan una nueva definición a la palabra competición.

Gemí mientras bebía otro sorbo.

—La vergüenza aún quema mis mejillas cada vez que pienso en volver a ver a Alex. —Su cara de tristeza y pena quedó grabada en mi retina cuando le confesé que no era consciente de la dichosa apuesta—. Si hubieses visto su rostro...

Esta vez me tomé todo el líquido y suspiré. Cuando regresé a la oficina ya no los podía ver igual. Lo sentía mucho por ellos, pero en vista de las circunstancias decidí cerrar mis puertas. Ya no me interesaba mantener una buena relación con ellos. Podían besar mi gordo trasero cuando se marcharan a final de año con los ojos llorosos al ver que yo me había quedado con su glorioso puesto.

—Te gusta —sentenció luego de unos segundos.

—¿Quién? —Lo miré sintiéndome confundida.

—Este sujeto. —Frunció el ceño—. Alex Cavanagh.

—Por supuesto que no. —Bufé, sintiéndome incómoda con su escrutinio—. Digo, somos amigos y en ocasiones almorzamos juntos, pero nada más.

—Pero siempre en nuestras conversaciones su nombre flota aquí o allá. —Parpadeé—. O estás en fase de negación o necesitas urgentemente ampliar tu lista de amigos.

Se me escapó una risa.

—Créeme, es lo segundo. —Sofiqué una risa amarga—. Si estuviera enamorada de Alex, ya te habrías dado cuenta. —Me encogí de hombros mientras recogía la botella y rellenaba mi vaso—. Digamos que soy algo transparente cuando de sentimientos y atracción se trata. Y eso a la larga solo puede significar problemas para mí.

Tomó un trago y su rostro se volvió sereno.

—Dices eso porque te lastimaron —adivinó.

Tragué forzosamente y negué.

—Lastimado no, lo siguiente.

El silencio sedujo al buen humor y salieron juntos por la puerta.

—Siento oír eso.

Forcé una sonrisa y disimulé las ganas enormes de llorar que azotaron mis ojos.

—Y yo siento contártelo. —Suspiré mientras sopesaba sobre cuánta verdad podía decir sin revelar mi verdadera identidad—. Cuando creces en un hogar donde te hacen sentir como la paria de la familia, es posible que confundas cualquier cosa con amor.

Y no mentía cuando dije aquello. Ya no era una adolescente y ahora podía ver cuan fácil fue confundir la avaricia desmedida de mi padre con la oportunidad perfecta para ganar su amor. Desesperadamente necesitaba que ellos me demostraran que me querían. Aunque fuera un poco. Tanto fue así que accedí a cometer una locura que tiempo después casi acabó con mi vida.

Los cuentos de hadas no trataban de la princesa y el príncipe viviendo felices para siempre, sino de las consecuencias de nuestros actos.

Y los actos que se cometen por *amor* son los más peligrosos del mundo.

12. UN MINUTO DE SILENCIO

Doce años atrás.

Verona, Italia.

Bruno Gagliardi, duque de Médicis, era un hombre atractivo de veintiocho años quien creía que proponerle matrimonio a una jovencita de dieciséis no debería resultar tan escandaloso.

—Madre... —siseé cuando de un fluido tirón apreté las tiras de mi corsé—, me estás cortando la respiración

¡Dios, esto dolía!

—¿Y crees que me interesa?

Las lágrimas pincharon mis ojos. Se alejó de mí. Sus labios eran una fina línea que demostraba abiertamente su descontento.

El famoso duque —hijo de puta como le llamaba Ellisa a puerta cerrada— tardó una semana en encontrar tiempo para venir y poder conversar personalmente conmigo, la mujer que, se suponía, se convertiría en su esposa dentro de dieciocho meses.

Aunque había dicho que quería reunirse conmigo al día siguiente después de que padre me comunicara su decisión, llamó disculpándose, alegando que había surgido un inconveniente. Un inconveniente que le había llevado una semana solucionar. Gracias a ello, había pasado la semana entera pensando en la clase de matrimonio que me esperaba. Noches sin saber de él me hacían de la mano a lo lejos y se reían de mí.

Sí, sería un matrimonio inmensamente feliz.

—Tu padre espera que sepas comportarte y que por una vez en tu desastrosa vida puedas hacernos quedar bien.

Me abstuve de poner los ojos en blanco y me concentré en la mujer que me regresaba la mirada en el espejo de cuerpo entero ubicado en la esquina de mi habitación.

Lucía como una mala imitación de Alma.

Una maquilladora profesional había sido contratada con la finalidad de que

me diera un aspecto *feliz y saludable*. La sombra de color gris les daba a mis ojos verdes una intensidad muy parecida a la de una desquiciada y mis labios pintados de un rojo cereza hablaban de un supuesto mal gusto por los colores. Sin contar el horrible vestido color anaranjado que engullía por completo mis pocas curvas y caía suelto y sin gracia sobre mis rodillas. No tenía que ser muy inteligente para saber que mi madre me estaba saboteando.

Y no era tan discreta en su intento.

—Luces perfecta. —Nuestras miradas chocaron en el espejo—. Seguro que cuando te vea, queda impactado con tu belleza. —Se atrevió a mentirme mirándome a los ojos.

Abandonó la habitación sin darme un abrazo o palabras de aliento y me dejó caer sobre la cama mientras trataba de pensar en cómo librarme del maldito corsé. Por Dios, era el siglo XXI, debería ser ilegal que te comprimieran el estómago con eso.

—Ya llegó. —Katerina se precipitó a la habitación. La miré con celos, llevaba unos vaqueros y una camisa holgada—. Date prisa, cuanto más rápido hables con él, más pronto entenderá su error y podremos dejar de pensar en ustedes teniendo sexo.

Hice una mueca. Otra de las cosas que también me había quitado el sueño era el hecho de que mis hermanas no pudieran ocultar su curiosidad y morbo al imaginarme siendo poseída por un hombre que lucía como él.

—Ahora está en la sala común conversando con Alma... —Fruunció el ceño cuando me miró la cara—. ¿Qué diablos te has puesto en el rostro?

Acercó su dedo índice y retiró un poco de sombra de mi ojo derecho con una horrible mueca en sus labios.

—¿Tengo que darte un curso intensivo de automaquillaje?

—Olvídalo, no he sido yo. —Me levanté y calcé mis pies con los *stiletos* color negro y de veinte centímetros que madre me había ordenado poner. Quizá con la esperanza de que me rompiera una pierna. O tal vez, su esperanza mayor era que quedara lisiada de por vida.

—Como sea, aquel hombre parece que está a punto de morir de aburrimiento.

No sabía por qué, pero el pensamiento de que encontrara aburrida a mi hermana mayor envió una corriente de satisfacción a mi vientre.

¿Qué rayos me pasaba?

Me di una última mirada en el espejo y reconocí que me sentía nerviosa, a

una pequeña parte de mí le hacía ilusión que un hombre como él, tan atractivo y poderoso, me encontrara seductora.

Me encontrara *mejor* que la hija perfecta, la princesa del vino.

—Si ya dejaste de admirar el desastre de tu rostro, sería conveniente que fuéramos inmediatamente a reunirnos con tu prometido. —Acomodó un poco su largo cabello—. El infierno sabe que nuestro padre está buscando motivos para subirse por las paredes y maldecir tu nacimiento.

Sonreí y salimos en busca del hombre que me ayudaría a salir de este infierno. Tal vez, no fuera una completa tragedia que me convirtiera en su esposa.

Quizás estaba más cerca de lo que al verdadero amor se refería y no me había dado cuenta.

La sala común era un amplio espacio adornado con enormes pinturas de nuestros antepasados y hermosas arañas de cristal. Los muebles color blanco que decoraban la habitación habían sido elaborados a mano por un artista contemporáneo de París. Las vetas grises del brillante piso de mármol blanco se extendían a lo largo y ancho del mismo y hacían un mágico contraste con las paredes pintadas de un suave blanco perla; nos transportaban a un lugar cuya luz natural iluminaba de manera perfecta.

Un hogar cálido y reconfortante, al menos en apariencia.

Traté de mostrarme serena aun sin entender por qué él había elegido casarse conmigo cuando podía desposar a la princesa del vino, Alma. Quizá mis hermanas tenían razón y cuando hablara conmigo, cuando me conociera realmente, era probable que entrara en sus cabales y anulara nuestro futuro compromiso.

Por algo ningún chico en el instituto se me acercaba. Así como la fama de mujer fría e intolerable precedía a mi madre, lo mismo ocurría conmigo y mi vena rebelde y testaruda.

—Ahí estás. —Madre se levantó e interpretó correctamente el papel de madre cariñosa. No era la primera vez que podíamos ver su farsa en acción. Cuando se acercó a darme un beso en la mejilla, susurró—: Por favor, esfuérzate para que ese hombre desista de casarse contigo. Es evidente que Alma y él fueron hechos el uno para el otro.

Se alejó y miró al duque. Desde que había entrado en la sala no me había atrevido a mirarlo, ni siquiera sabía cómo iba vestido. Por la periferia de mi ojo vi algo alto y fornido a mi izquierda mientras mis ojos se clavaban en

Alma. Su rostro estaba limpio de maquillaje y aun así su belleza dejaba sin respiración. Por otro lado, ahí estaba yo, frente a mi futuro prometido luciendo como el maldito payaso de *It*.

—Buenas tardes. —Me arriesgué a mirarlo.

¡Dios!

¿Este hombre había venido vestido para matar o simplemente siempre vestía así? Mis manos se llenaron de sudor ante su elegante belleza. Se veía imponente en su traje negro y camisa blanca sin corbata.

Sí, sé que los hombres no podían considerarse hermosos, pero eso era porque quien había escrito el diccionario en ese entonces no había tenido frente a él al duque de Médicis.

—Catrina. —Me obligué a no reaccionar ante su tono de barítono. ¿Acaso este hombre practicaba por horas para que le saliera aquella voz?—. Luces...

Trató en vano de ocultar una sonrisa y una leve sorpresa. Puse los ojos en blanco.

—Sí, supongo que tengo que elegir mejor los tutoriales que veo en internet. Algunos prometen que podrás maquillarte como una profesional, pero lo cierto es que terminas luciendo como una loca que se levantó a las dos de la mañana y se maquilló con la luz apagada mientras insultaba mentalmente a su marido.

Padre, quien se encontraba sentado en el enorme sillón al otro lado de la sala, se agarró el pecho como si estuviera a punto de sufrir un paro cardíaco. Fue casi una misión imposible no volver a poner los ojos en blanco al ver su reacción exagerada.

—Bueno, es hora de irnos. —Madre dio una fuerte palmada mientras forzaba una sonrisa, una más falsa que las carillas de sus dientes—. Los futuros *novios* tienen tanto de qué conversar...

Alma titubeó un poco, pero obedeció cuando padre, quien ya se había levantado como un resorte de su sillón, la tomó suavemente del brazo. Ella me lanzó una mirada resignada.

—Espero que acepte nuestra invitación para cenar, su excelencia. —Mi hermana hizo una pequeña reverencia cuando el duque la miró—. Sería todo un honor contar con su presencia.

¡Mierda! Y yo pensando que su visita sería corta y al grano.

—Por supuesto que acepto... —me encogí disimuladamente lamentando mi mala suerte—, si así lo desea Catrina. —Bueno, quizá no fue tan discreto.

Mi rostro sufrió una quemadura de tercer grado por la intensidad de la

mirada de mis padres. Carraspeé un poco al tiempo que mis ojos se encontraban con los de él.

¿Por qué tenía que poseer ese exquisito color de ojos?

—Sería todo un honor, como ha dicho mi hermana.

Mis hombros se tensaron como un cable eléctrico cuando sus labios, sexis como el infierno, sonrieron en todo su maldito esplendor.

¡Dios! Ahora podía entender por qué mis hermanas estaban tan conmocionadas con la idea de que tuviera sexo con él.

Mi madre brilló como una estrella en el firmamento oscuro y mi padre, por primera vez, me regaló un lento asentimiento. Al menos, una cosa había hecho bien.

Aquel gesto de mis padres me ayudó a relajarme lo suficiente para poder sentarme en el sofá mientras ellos abandonaban la sala.

—Entonces... —el maldito corsé estaba comprimiendo mis costillas, por lo que luché un poco para conseguir la postura correcta. Parecía una foca queriendo parir sin éxito—, escuché que anuló su compromiso con mi hermana por...

—Por ti.

Azoté su atractivo rostro con mi mirada.

—¿Cree que es prudente para un duque de su *categoría*... —sabría Dios si en el mundo era correcto utilizar aquel contexto, pero cuando no me corrigió supuse que no estaban tan equivocada—, casarse con la oveja negra de la familia Antinnori?

Desabotonó su saco negro y se sentó frente a mí, en una pequeña butaca de cuero blanco, y me sostuvo la mirada.

—¿Piensas que mi mejor elección debería ser Alma? —declaró—. ¿La dulce mujer con la que acabo de pasar media hora en la que, confieso, consideré seriamente pegarme un tiro?

Hice una mueca. Ellisa no había estado tan errada en su presunción.

—Sí, me comentaron algo. —Sus ojos brillaron.

—¿Y debo suponer que por ese motivo has querido impresionarme y te has esmerado en verte *diferente*?

Negué mientras me relajaba. No era como si quisiera impresionarlo.

—¿Me creería si le dijera que mi madre trata de sabotearme?

Lo miré atentamente. Sonrió y asintió.

—Hace un momento tuve aquella impresión. —Se encogió de hombros—.

Cuando pasó quince minutos hablando de todas las virtudes de la mujer que ya no es mi prometida y echó por tierra cualquier intento mío por obtener información sobre mi verdadera prometida. Cosas como cuál es tu color favorito o qué tipo de música escuchas. Las cosas que un novio debería saber de la mujer con la que va a compartir el resto de su vida.

La vergüenza que sentí me hizo mirar hacia otro lado. La sensación placentera de sus palabras quedó aplastada por el comportamiento de mis padres. No era que estuviera celosa de mi hermana, de hecho, era dolorosamente consciente de que si tenía esta mala relación con ellos era por mi desobediencia, mi temperamento y mi maldita forma de ser.

—Lo cierto es que anulé mi matrimonio con Alma porque, incluso sin antes verla, supe que no seríamos felices.

Lo miré sorprendida.

—Sé que es tu hermana y la amas, pero no quiero una dulce y mansa oveja que tenga miedo de rebelarse contra su pastor. —Su mirada me sostuvo en el aire—. Necesito una mujer que no tenga miedo de llevarme la contraria de vez en cuando, que no permita que juegue con ella como si de un peón de ajedrez se tratara. —Su tono se volvió granito—. Quiero que tenga voz propia y que no dude en hacerse escuchar. —Tragué forzosamente el nudo que se había instaurado en mi garganta y traté de disimular mi desilusión—. Quiero una compañera de vida, no una seguidora o fanática. —Se inclinó un poco hacia mí, pero no retrocedí—. Rehúso a casarme con un robot.

Ahí estaba la dolorosa verdad vestida de rojo y sentada al lado de nosotros. Me quería porque era la rebelde. No había secretos. Le gustaban los retos y yo era uno.

Solo un maldito experimento.

Los segundos pasaron y nos contemplamos, solo eso, mientras sus palabras hacían un hueco en mi cabeza. Me sentía mal por su pobre apreciación de mi hermana, pero no me enfrentaría a un duelo con él solo para terminar enemistada con mis padres.

Era una pena que no pudiera ver que Alma era mucho más que el peón de mis padres. Ella era inteligente y hermosa, graciosa e infernalmente leal. En cambio, mis hormonas solían jugarme malas pasadas que él pronto terminaría encontrando insulsas y de mal gusto. Mis arrebatos y travesuras sacarían canas verdes a su hermoso cabello espeso.

Me relajé cuando el pensamiento de que pronto se daría cuenta de aquello

adormeció el dolor que se despertó en mi corazón. No era que me sintiera enamorada del duque, era consciente de que no podía confundir el deseo que despertó en mi vientre con amor, pero era el pensamiento de que me casaría con un hombre que no me quería lo que me hizo sentir enferma.

Sus ojos empezaron a recorrer lentamente cada ángulo de mi rostro estropeado con el feo maquillaje. Aproveché para hacer lo mismo. Luego de unos minutos de analizar su rostro, llegué a la conclusión de que todos sus rasgos, tanto su nariz griega como sus hermosos ojos, cabello negro y barba de dos días, confabulaban a su favor para convertirlo en un gran partido. Además, era un hecho que su personalidad estaba a años luz de cómo pensé que realmente sería.

Era un gran alivio. Al menos, no me iba a casar con un arrogante *snob*.

—Siento mucho haber tardado tanto en venir a visitarte para así conocernos —dijo al cabo de unos minutos. Me sobresalté cuando su fornida y cálida mano envolvió la mía—. Confieso que el matrimonio, hasta hace unos meses, no era algo que me llamara la atención o que me hiciera ilusión. —El calor que desprendía su toque se sintió reconfortante y a la vez diferente. Era una calidez que empezaba en mi vientre y se cobijaba en mi corazón, remendando la herida que habían provocado sus palabras—. Y espero que mi sinceridad no haya abierto una mecha entre nosotros que más adelante nuble tu juicio y te haga rechazar mi petición formal.

—Yo... —Me aclaré la garganta—. No entiendo cómo un hombre que luce como tú... *¡Oh, mierda!* —Me tapé la boca y me puse pálida cuando la realidad de lo que había dicho se estrelló contra mí—. Perdón. Digo... usted, su excelencia... —La intensidad de su mirada fue demasiado y no supe dónde esconderme—. Por favor, no les diga mis padres que dije una palabrota en su presencia —rogué desesperada. Seguro que después de aquello, el duque sería quien anulara su segundo compromiso por encontrarme vulgar—. Ellos me matar...

Sus labios secuestraron los míos en un beso infinito, en una caricia lenta y sensual que cavó en lo más recóndito de mi piel y la hizo suya. Sin permiso, tatuó su nombre donde ningún hombre hasta ese día había posado su boca.

Mi casto gemido se ahogó en las profundidades de su boca mientras su cálida mano abandonaba la mía y acunaba suavemente mi mentón para subirlo solo un poco y darnos el ángulo perfecto, donde la intensidad de mi primer beso me hizo olvidar por qué esta relación estaba mal a muchos niveles.

Posicionó su mano libre y me atrajo hacia él para desaparecer juntos en un mundo que él estaba construyendo para nosotros, en el cual prometía que viviríamos cosas que ninguno de los dos sería capaz de cumplir.

Un hermoso sueño que me sedujo.

La atracción que se desarrolló desde aquel día entre nosotros fue intensa y malditamente adictiva, pero nos quemó hasta convertirnos en ceniza mucho antes de ser capaces de llegar a la cúspide.

Mis padres estaban a punto de demostrarme que las némesis también podían amar. Y que, cuando lo hacían, asolaban todo a su paso.

13. VERDADES A MEDIAS

*Los Ángeles, California.
Presente.*

Dos meses habían pasado y las cosas parecían que estaban encaminándose al lugar correcto. Mathew, uno de mis compañeros de oficina, empezó a fijarse en mí. De los cuatro que estábamos en el departamento, era el que parecía que quería tener una amistad, aunque fuera solo profesional, conmigo.

Levantó la mirada y me observó. Era un hombre con un atractivo decente, de metro ochenta, sonrisa discreta y hermosos ojos azules. Siempre modulaba un *hola* cuando nuestras miradas coincidían y yo no podía sentirme más agradecida de que, al menos, uno de ellos mostrara signos de no encontrarme tan desagradable.

Comprendía los motivos por los que los demás querían mantener distancia. Maya, Edward y George habían convertido nuestra oficina en un frente de batalla. Parecía que, de alguna manera, se habían enterado de mi preparación y me veían como una amenaza directa.

¿Qué pasó con la sana competencia? Supuse que esta se perdió de camino al baño. Sin importar cuánto lo intentara sentía que, a pesar de mis esfuerzos, no lograba conectar con ellos. Y después de la apuesta, las cosas habían pasado de difíciles a insoportables.

—Emilia, ¿cierto?

Levanté la mirada del computador a tiempo de ver a Maya acercarse con paso seguro hacia mí. Me tendió la mano derecha y yo la estreché; hoy no quería jugar a «vamos a ignorar despiadadamente a la nueva».

Incluso por su saludo, parecía que recién estuviera ingresando y no que llevara ya seis meses sentada en aquella silla soportando su indiferencia.

Aunque su elegante ropa de diseñador y caro perfume enviaban un claro mensaje de «soy mejor que tú, hazte a un lado», quise darle una oportunidad. No era correcto juzgar a las personas por su apariencia.

—Y tú eres Maya. —Sonreí sin poder sentirme agradecida por su primera

muestra de cordialidad—. He escuchado que eres letal en las negociaciones.

Consideré que decirle un cumplido haría que bajara la guardia y pudiera relajarse a mi alrededor. No era una persona rencorosa. Además, si al final del año tres de nosotros se marcharían no veía por qué no podíamos mantener una relación sana, cordial y amistosa. Hacer que el tiempo que estábamos obligados a pasar juntos sumara y llevar con nosotros una buena experiencia. Ya luego podíamos fingir que jamás nos habíamos conocido si esa era su decisión.

Hizo un ademán con su mano como quitándole importancia al halago. La hubiese creído de no ser por el brillo de orgullo que resplandeció en sus ojos verdes, una sed de reconocimiento que me recordó a mi madre, una mujer que estaba dispuesta a llegar hasta la última consecuencia para lograr el éxito. Aun cuando tuviera que sacrificar la felicidad de su hija menor.

Quizá no era tan buena idea eso de tenerla como amiga.

—Provengo de una de las familias más famosas de abogados de esta ciudad. Era lógico que, siendo la única hija de William Ford, magnate de la firma B&Q, siguiera la tradición. —Asentí. Toda la soberbia y nepotismo convertido en mujer—. Pero mis aspiraciones van más allá. —Acomodó su corto cabello oscuro sobre su hombro y me lanzó una sonrisa benevolente—. Estás frente a la futura mejor abogada en derecho civil.

Recogí una carpeta y me levanté; había tenido suficiente.

—En ese caso —alegué mientras le ofrecía una sonrisa cortés y rodeaba mi escritorio—, aprovecharé el tiempo que tengo a tu lado para aprender nuevas tácticas.

La sonrisa de suficiencia que me dedicó puso la cruz sobre nuestra fallida amistad. Lo sentía mucho, pero no me iban las pesadas e hipócritas, aquellas mujeres a las que no les importaba pisotear al resto con tal de obtener lo que querían. Había vivido con una el tiempo suficiente para saber que, por mi salud psicológica, tenía que desechar a personas tóxicas antes de que fuera muy tarde y se sumaran a mi larga lista de arrepentimientos.

Sin darle otra mirada, salí de la oficina y caminé por el largo pasillo. No tenía claro a dónde quería ir, pero necesitaba respirar aire fresco. Decidí visitar a Alex, pero a unos cuantos pasos de su oficina me desvíe hacia la izquierda y llamé a uno de los elevadores.

Necesitaba relajarme y sacudirme esta fea sensación. Alex era muy intuitivo y sabría que algo malo pasaba. Y no quería mentirle. Era un buen amigo y tenía

que procurar no llevar las cosas a otro lado o crear confusión en nuestra bonita amistad. Si recurría a él siempre que me sentía ofuscada o triste nadie podría culparlo por suponer cosas que no eran.

Cuando las puertas se abrieron, me metí rápidamente y presioné el botón con el número treinta y ocho grabado sobre él. Iría al único lugar donde me sentía tranquila, donde los malos recuerdos no podían alcanzarme.

La guardería.

Las puertas empezaron a cerrarse justo cuando alcancé a divisar a Alex saliendo de su oficina. Cuando detuvo su silla de ruedas en la entrada, me lanzó una sonrisa feliz acompañada de una mirada interrogativa que no tuve tiempo de responder; las puertas elegantes y brillantes se habían cerrado mostrando solo mi reflejo.

Era lo mejor. Yo no era buena y jamás lo sería.

Y menos para un hombre como él.

14. MISERICORDIA

Once años antes.

Verona, Italia.

El año pasó rápidamente y me ajusté a los nuevos cambios que sufrió mi vida a raíz de haber aceptado a Bruno como novio.

Ahora tenía guardaespaldas, el cual no me dejaba sola ni un minuto. Incluso me acompañaba al instituto y se paraba en el fondo del auditorio donde recibía las clases.

Era como mi sombra y su nombre era Alessio, Alessio Ricci, el acompañante de aquella fallida noche donde sin desearlo saboteé el compromiso de mi hermana. Un hombre de treinta años que no solo era mi guardaespaldas, sino también el mejor amigo de mi futuro marido.

Le pregunté a Bruno una noche, antes de escabullirse de mi habitación, algo que hacía con bastante regularidad, por qué ponía a su mejor amigo como mi niñero las veinticuatro horas del día, él se limitó a echar la cabeza hacia atrás y soltar una profunda carcajada. No sabía qué parte había encontrado graciosa de mi pregunta.

—Catrina, ¿quién más sino él? —Su dedo pulgar acarició suavemente mi labio inferior. Gracias al leve brillo que se filtraba por la ventana de mi habitación, fue fácil distinguir sus emociones—. ¿Acaso no es obvio que solo confío en él? ¿Que eres demasiado importante para mí y que solo puedo mantener la calma en mis pensamientos porque sé que él te está protegiendo? ¿Que es tu sombra?

Abrí la boca para seguir cuestionado su exageración, pero me acalló estrellando sus labios contra los míos mientras deslizaba lentamente sus manos bajo mi blusa de algodón y acariciaba mis costillas. Era tan dolorosamente consciente del poder que tenía su tacto sobre mi cuerpo que, incluso cuando quería mantenerme firme, bastaba con el susurro de sus labios sobre los míos para mandar al diablo el tren de mis pensamientos y bloquear cualquier duda razonable.

Me puso a horcajadas sobre él y gemí bajito cuando el roce de su dureza, recubierta por su caro pantalón negro, envió corrientes eléctricas a mi centro.

—Eso es, preciosa... —susurró sobre mis labios mientras con sus manos acompañaba mis caderas con sus movimientos—, ¿quieres ver las estrellas?

Asentí mientras me regalaba una de las experiencias más intensas de la vida. Mis caderas empezaron a moverse como si tuvieran mente propia mientras buscaban desesperadas aquel tesoro que ocultaba las ondulantes y sensuales acometidas de mi futuro esposo.

¡Dios!

Mi centro se apretó y cerré los ojos con más fuerza.

Cuando su boca se cerró sobre uno de los picos de mis senos a través de la blusa, exploté en millones de fragmentos.

Bruno era mi adicción, un torrente de emociones que vestía traje a medida y lucía caros relojes y a quien ya le había entregado mi virginidad hacía algunos meses atrás. Precisamente el día que cumplí los diecisiete años. Padre ignoraba que mi caminar gracioso al día siguiente de la enorme celebración, que se llevó a cabo por primera vez en mi honor, era porque Bruno se había colado en mi habitación para darme mi regalo de cumpleaños. Aquella noche solo fue una pequeña muestra de las cosas que disfrutaría sin tapujos una vez que dijera: Sí, acepto.

Y yo estaba ansiosa de que ese día llegara.

La noche en que me hizo suya por primera vez siempre quedaría grabada a fuego en mi corazón y mente. Él había sido paciente cuando la timidez de revelarles mi cuerpo, aún escaso de curvas, azotó sin piedad mis nervios; mi torpeza fue elogiada y apreciada. Incluso vi un atisbo de orgullo cuando confesé que él sería el primero. Su toque fue delicado y pausado, se tomó su tiempo para enseñarme cómo tenía que moverme para buscar mi propio placer. El mismo que se sintió completamente diferente a cuando me provocaba placer yo sola en la intimidad de mi habitación.

Cuando las palpitaciones de mi centro cesaron y mi cabeza se aclaró lo suficiente como para conectar una idea con otra, lo miré fijamente a los ojos, que refulgían de manera escandalosa, y lo supe. Estaba perdidamente enamorada. De todo él. No solo de su buena apariencia, sino también de su sentido del humor e incluso de aquellos pequeños momentos en los que vislumbraba al hombre al que muchos temían. Mi amor estaba tan atravesado en mi corazón que me era imposible no verme caminando hacia el altar con él

aguardando por mí al lado del sacerdote.

—Muero porque llegue el día en que pueda sacarte de estas cuatro paredes y empezar a construir nuestro hogar.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Por primera vez me sentía querida, apreciada, por una persona distinta a mis hermanas. Pero me sentí traviesa y quise jugar con él un poco.

—Estás muy seguro de que diré que sí. —Negué mientras rodeaba su cuello con mis manos y acercaba tímidamente mis labios a los suyos—. ¿Qué sucedería si dijera que no?

Su mano agarró fuertemente mi cabello y la sonrisa en mi rostro titubeó.

¡Jesús!

—Bruno... —susurré algo preocupada. No era la primera vez que me agarraba del cabello. Siempre lo hacía mientras arremetía contra mi centro una y otra vez hasta alcanzar el clímax, pero esta vez se sintió diferente. Amenazador. Sus ojos se oscurecieron y mi corazón trastabilló.

¿Qué...?

—Te amo... —mi respiración quedó atorada en mis pulmones; era la primera vez que me lo decía—, pero ni por un momento creas que puedes jugar conmigo.

Asentí rápidamente mientras trataba de bajarme de su regazo. Las olas de placer habían quedado rezagadas y ahora solo tenía una fea sensación en la boca del estómago. Hui de la intensidad de su mirada. Estaba a segundos de llorar, pero no lo haría en su presencia. Tenía que pensar cómo Alma reaccionaría frente a este tipo de comportamientos.

No me engañaba creyendo que nuestro matrimonio serían rosas, pasteles y días soleados. Sabía que tendríamos discusiones. Algunas sin importancia y otras, muy fuertes. Días nublados y de intensas lluvias. Todas las parejas las tenían, tal vez era mi edad lo que me hacía sentir tan... herida.

—Catrina...

No lo miré. Me liberé de sus brazos y me alejé en dirección al baño. Tenía que poner tanta distancia como fuera posible entre su exquisita esencia y mi orgullo herido. No era momento de comportarme como una niña mimada y consentida, aunque jamás lo había sido.

—Catrina... —Su espalda chocó con la mía un segundo después y envolvió mi cintura con sus brazos, impidiendo que diera un paso más para alejarme.

Por más que me obligué a relajarme para que no preguntara por mi raro

comportamiento, fue imposible. Estaba más tiesa que una tabla. Mi respiración salía a trompicones y sentía un pozo donde debía estar mi corazón.

—Siento haber sido tan brusco... —rogó—. ¡Dios! En estos momentos me siento tan estúpido. —Acarició mis caderas y un estremecimiento serpenteó por mi columna vertebral—. Pero si pudieras entrar un momento en mi corazón... Si solo pudieras permanecer un momento dentro de él y saber los estragos que provocaron tus palabras...

Me giré lentamente y lo encaré. La escasa luz que se filtraba por mi ventana abierta me permitió ver el profundo arrepentimiento arremolinado en las turbulentas piscinas de sus ojos.

Rodeé su cuello y me puse de puntillas. Su metro noventa hacía que la labor de besarlo de pie se complicara en ocasiones.

—También te amo, pero yo... —No sabía cómo decirlo, cómo explicar que tal vez era mi edad la que me había hecho tener este momento de drama. Suspiré y decidí ser sincera—. No me he sentido cómoda cuando me has agarrado del cabello. Yo, yo... pensé...

Me atrajo hacia sus brazos, instándome a que envolviera mis piernas desnudas en su cintura.

—Me vuelves tan loco, Catrina... —sus labios acariciaron mi cuello, gemí en respuesta—, que solo pensar en que quizá puedas dejarme plantado... yo...

Esta vez fui yo quien acallé sus miedos con mis labios. Permití que su sabor consumiera el mío mientras su lengua salía y jugaba un poco con la mía. Qué bien se sentía que alguien te necesitara y no tuviera miedo a confesarlo. Luego de varios segundos, me regaló el último beso en los labios y pegó su frente contra la mía. Nuestros pechos subían y bajaban y todo rastro de incomodidad desapareció de mi cuerpo. De mi corazón.

—¿Prometes que jamás me harás daño? —rogué mientras abría los ojos y trababa nuestras miradas.

Asintió seriamente sin dudar.

—Lo prometo —juró—. Prometo que jamás te haré daño, mi dulce y bella Catrina. Seré el mejor esposo del mundo y tú serás completamente feliz. Porque nos tendremos el uno para el otro. Por siempre.

Y le creí.

Creí que estaba segura.

Creí que seríamos felices.

Creí tantas estupideces que no le di importancia a la manera en que se habían

oscurecido sus ojos cuando me hizo aquella promesa.

Después de todo, nadie ve venir el infierno hasta que este golpea tu casa y te deja fría, desnuda y sin amor.

15. PESARES

*Diez años antes.
Verona, Italia.*

El tiempo se había ido consumiendo entre mis encuentros clandestinos con el que se convertiría en pocas horas en mi esposo y las súplicas de mis hermanas para que huyera.

—¡Perfecta! —alabó Dianora, la hermana de Bruno, una reconocida maquilladora profesional en toda Italia. Forcé una sonrisa para disimular la mueca que arrugó mi rostro cuando me atrajo a un fuerte abrazo.

Cuando se alejó y estudió mi rostro recé a los dioses para que no descubriera lo adolorida que me sentía.

—Confieso que cuando escuché que mi hermano rechazó a tu hermana Alma porque había decidido casarse contigo, pensé que era una reverenda estupidez. —No había malicia en su voz, solo una melancólica verdad sobre sus sentimientos. No podía enojarme con ella por ser sincera cuando yo también había pensado lo mismo—. Pero ahora que he tenido tiempo para conocerte, sé que serás la mujer perfecta que ayude a mi hermano a dejar atrás una vida solitaria y triste.

Francamente, lo dudaba. Más ahora que ya conocía ciertas cosas sobre el temperamento de Bruno; era difícil creer que la solución estuviera en la compañía. Cuando los eventos de la noche anterior relampaguearon en mi mente, la mueca que amenazaba con destruir mi fachada se volvió imposible de ocultar. Suspiré aliviada cuando sonó un golpe en la puerta y ella cesó en su escrutinio.

—¿Terminaste con la novia? —Alma ingresó en la habitación luciendo espectacular en un ceñido vestido verde que realizaba el color de sus ojos y destacaba sus hermosos atributos físicos—. Quisiera tener una pequeña charla con ella —guiñó un ojo con coquetería—, si sabes a lo que refiero.

Dianora asintió y me abrazó una última vez. La mueca apareció en mi rostro y, por más que traté de ocultarla, no fui lo suficientemente rápida. Alma la

había visto.

—Os dejo entonces para que la pongas al tanto de lo que va a suceder esta noche —correspondió al guiño de mi hermana, luego me miró—. Eres aquella luz que necesita mi hermano y estoy muy feliz de ello.

Salió de la habitación llevando consigo su enorme maletín, donde guardaba toda su magia. Aseguré la tira de mi albornoz, me senté en la silla blanca de mi cómoda y miré a Alma.

—Padre me ha enviado para que te ayude a vestirte...

Negué.

—Estoy bien, aunque creí que de verdad venías a hablarme de sexo; ya sabes que he devorado todas las novelas románticas que han caído en mis manos y estoy segura de que eres consciente de que las escritoras me dieron una clara idea de lo que tenía que hacer. —Solté una risa feliz tratando de ocultar las ganas de llorar que sentía.

Frunció el ceño mientras me estudiaba. Los nervios apuntalaron mi columna, pero me mantuve recta y serena, aunque por dentro una maraña de dudas e incertidumbre tenían una asamblea urgente.

—Sé que no necesitas mis consejos. —Bufó—. Pero en serio, me gustaría ayudar a vestir a mi pequeña hermana. Solo una vez se casa en la vida y me gustaría ser la que te ayudara a quedar perfecta.

Se levantó tan rápido que no me dio tiempo a reaccionar. Sus manos me sujetaron sin cuidado de los brazos y me instaron a levantarme de la pequeña silla. Ahogué un gemido, que intenté disimular con una tos, y me alejé de ella con una sonrisa.

—Sé que quieres, de verdad, pero me gustaría...

—No seas tonta. —Empezamos a luchar contra el nudo que tenía apesada la gruesa tela en su sitio—. Deja de hacer tanto berrinche y...

Su voz murió de golpe cuando el nudo del albornoz no obedeció mi orden y este se deshizo, provocando que la prenda que ocultaba mi mar de secretos le siguiera. Pronto quedé ante ella luciendo solo el blanco y amplio corpiño y un tanga de encaje. Rápidamente, levanté el albornoz y empecé a cubrirme con él, pero ya era demasiado tarde.

—¡Oh, Dios mío! —chilló. Sus hermosos ojos verdes se hicieron enormes mientras se acercaba y me arrebatava el albornoz otra vez del cuerpo.

Me encogí y traté de alejarme de ella.

—¡¿Qué diablos, Catrina?! —vociferó enojada impidiendo mi huida—.

¿Estás embarazada? —Me encogí y retrocedí de su toque—. ¡Dime! ¡Maldita sea! ¿Y quién diablos te hizo esos moretones en los brazos? ¿Fue padre?

Negué y dejé de comportarme como una cría. Era hora de empezar a asumir las consecuencias de mis decisiones: la enfrenté.

—¿Puedes bajar la voz? —Sus ojos lucían heridos, pero asintió—. Si te tranquilizas un poco, puedo explicarte. —Pensé en mis siguientes palabras—. Puedo contarte las cosas que han pasado en este último año. —Abrió la boca, pero la volvió a cerrar. En su lugar, clavó su mirada en mi vientre ligeramente abultado—. Estoy de casi cuatro meses de embarazo. —La emoción se construyó en mi garganta y acaricié mi vientre como pidiendo fuerza y valor; amaba a mi bebé, aunque este me estaba dando un mal momento con náuseas y dolores de cabeza—. Y es un niño.

Sus ojos se anegaron de lágrimas. Dio un paso dudoso hacia mí con la pregunta no vocalizada vibrando en sus emocionados ojos. Asentí dándole permiso para que me envolviera en sus brazos y, antes de que la próxima respiración pudiera abandonar mis pulmones, ella ya me tenía encerrada en su cálida esencia.

Oculté la pequeña mueca que estiró mis labios, los brazos me dolían demasiado.

—¿Por qué no has dicho nada? —Se alejó un poco y me miró a los ojos. La preocupación se entrelazaba con la sorpresa y la emoción.

—Porque no quería que os preocuparais... —la culpa amenazó con tragarme entera—, o que estuvierais decepcionadas —musité bajito.

Alma se limpió las lágrimas y sonrió.

—Jamás podrías decepcionarnos. —Mi corazón aporreó mi pecho—. De las cinco eres la más valiente, la que nunca ha dudado en decir lo que piensa. Ya quisiéramos ser más como tú, nuestra pequeña oveja negra. —Eso despertó una sonrisa en mis labios. Era la primera vez que me decía algo parecido y mi pecho se tornó febril—. ¿Es por eso que adelantaron la boda? —preguntó, aunque por su tono de voz ella ya sabía la respuesta; aun así, asentí para que no tuviera dudas—. ¿Y que son estos moretones? —Examinó mis brazos preocupada—. ¿Bruno acaso te golpea? —La ira estaba apenas contenida en su voz cuando ese pensamiento se atoró en su cabeza—. Porque si es así, nosotras...

Me alejé un poco y suspiré, mis mejillas se tiñeron de rojo y negué.

—Yo... —Me aclaré varias veces la garganta sin saber cómo explicarle las

cosas—. Él y yo estamos... —Su ceño se frunció. ¡Mierda! Decirlo en voz alta quizá nos haría parecer unos perversos—. Él y yo... Es decir, le pedí que recreáramos algunas cosas que había leído en los libros, ya sabes, como nuestra noche de despedida de novios.

Sus ojos se ampliaron. Había captado lo que tanto problema me daba admitir en voz alta.

—Le pediste que te atara y practicara aquellas cosas que leíste en varios libros sobre el BDSM. Lo que me comentaste hace unos años atrás. —Dejó escapar una risa—. ¿Y él accedió? —Lucía sinceramente sorprendida.

Asentí. La vergüenza navegó por mi conciencia.

—Él me ama...

—No lo dudo. Si aceptó jugar contigo a eso, por supuesto que debe amarte.

Soltó una ligera risa mientras se acercaba y me abrazaba. Su tacto ahora era gentil.

—Y yo aquí creyendo que mi pequeña hermana necesitaba consejos sobre sexo.

Empezamos a reír cuando un golpe resonó otra vez en la puerta. Me puse rígida y la miré al rostro cuando la voz de madre se abrió paso a través de la pesada puerta.

—Queridas... —su voz carecía de amor y alegría y si no fuera porque mi vestido de novia aguardaba colgado en el armario, habría creído que estaba a punto de asistir a un funeral—, los invitados ya llegaron y el sacerdote no tiene todo el día.

Puse los ojos en blanco mientras Alma miraba hacia el tumbado y se acariciaba la sien.

—Por supuesto, madre. —Mi hermana fingió una voz cantarina y alegre. Sofoqué una risa—. Estamos a punto de terminar con el vestido. Sigue y entretén a tus invitados, haz lo que mejor sabes... —murmuró bajito la última parte, pero no lo suficiente porque madre preguntó unos segundos después.

—¿Qué cosa? —Disimulé la risa que abandonó mi garganta con una tos—. ¿A qué te refieres, Alma?

Pobre mujer.

—¡A que vayas y luzcas impresionante! —Mi hermana sofocó también una risa—. Y hagas de esta boda la envidia de la alta sociedad.

Su halago hizo magia porque mi madre se alejó de la puerta y pudimos escuchar lo feliz que de pronto se volvió su voz mientras gritaba nuevas

órdenes.

—Solo quiero que sepas que estamos muy felices por ti. —Sus manos buscaron las mías y las estrechó fuertemente—. Y al igual que yo, las chicas se van a emocionar por el bebé.

La sensación de desasosiego abandonó mi pecho y fue reemplazada por la euforia.

—Eso espero.

Alma me ayudó a colocarme el vestido, un diseño exclusivo de la casa Dior que se había convertido en el orgullo de mi madre.

Por suerte, Bruno había solicitado que el vestido no fuera muy ceñido a la cintura y mi hermana me ayudó a amoldar mi pequeño vientre dentro de este. Para cuando terminó de colocarme el velo, Alma dio un paso atrás y me admiró con lágrimas desbordándose de sus ojos.

—Luces como una princesa... —Hizo una mueca—. O debo decir, como una hermosa duquesa embarazada.

Sonreí y la abracé.

—Gracias. Gracias por quedarte conmigo. Por haberme soportado todos estos años y perdonarme por haberte robado el novio.

Se alejó y negó con la cabeza.

—Tú no me robaste nada. —Acarició tiernamente mi vientre—. De hecho, aunque el duque no sea mi persona favorita, tenía razón al asumir que los dos hubiésemos sido muy infelices.

Lo dudaba. Alma era maravillosa.

—Cuando os veos juntos, veo la química que hay entre vosotros. Química que por supuesto jamás existió entre los dos. Aunque me parece algo obsesivo por su parte los guardaespaldas y todo eso, imagino que en su mundo es lógico que su futura mujer tenga la espalda bien cuidada.

Asentí.

—Me ha prometido que cuando vivamos juntos no será necesario que los tenga. También prometió que podría venir a visitaros o que, si lo deseáis, podréis ir cuando queráis a nuestra casa. Padre no lo sabe, pero él ha decidido quedarse a vivir aquí, en Verona. Ha comprado la mansión de la familia Bosco a las afuera de la ciudad y planea quedarnos a vivir por una larga temporada.

Alma vaciló un poco, pero asintió.

—Entonces, ¿lista para caminar hacia al amor de tu vida y padre de tu hijo?

Sonreí emocionada mientras enlazaba nuestros brazos.

—Sí. Más lista imposible.

—Entonces, vayamos.

Cuando salimos de la habitación, la enorme limusina aguardaba por mí. Mis hermanas vinieron a despedirse, todas ataviadas con impresionantes vestidos verdes que realzaban su belleza natural. Qué más podía pedir. Tenía como damas de honor a mis hermanas y estaba a media hora de sellar mi vida para siempre con el hombre que amaba.

Si solo hubiese sabido que el día más feliz de mi vida se convertiría solo en el inicio de mi descenso al infierno, quizás hubiera dado la vuelta y huido con mi hijo.

Cuando aún tenía el corazón intacto y lleno de amor.

16. PEQUEÑOS PLACERES

Los Ángeles, California.

Presente.

Siempre he pensado que cuando estás en presencia de niños es como si estuvieras rodeada de ángeles. Por lo que, en ocasiones, cuando me sentía muy abrumada me gustaba venir y disfrutar de su compañía, recordar que el mundo no era tan malo ni egoísta. Y aunque todos los niños me parecían hermosos, había uno que destacaba entre todo ellos.

Como no cargaban membrete, no sabía cómo se llamaba, pero aquella tristeza que siempre emanaba de él y su falta de interacción con el resto de niños robaron mi corazón. Lucía muy solo y me preguntaba qué buscaban sus pequeños ojos en la puerta.

Para ser tan pequeño poseía una mirada que te robaba el aliento, que te hacía preguntarte qué podías hacer para que recuperara su sonrisa. Las señoras que los cuidaban intentaban en vano hacerlo participar, pero él rara vez lo hacía. Era como si temiera que al dejar de mirar por la puerta se le pasara aquello que llevaba tiempo esperando.

Y yo me moría de ganas por saber qué era.

—¿Cuál es su hijo?

El corazón casi se me salió por la garganta y miré hacia mi derecha, sobresaltada. La respiración se atascó en mi pecho cuando me percaté que mi sueño se había convertido en realidad y, por primera vez en seis largos meses, estaba en presencia de Mark Wrigth. Y yo... yo tenía que pensar en algo rápidamente para justificar que perdiera tiempo mirando hijos ajenos. Tiempo que le pertenecía a él y por el que me estaba pagando una considerable cantidad de dinero.

¡Diablos!

Mi vientre sufrió un espasmo cuando volteó completamente su precioso rostro hacia mí y enarcó una tupida ceja esperando una respuesta. Una pequeña cicatriz estropeaba el extremo superior de esta, pero no le restaba atractivo.

En todo caso, tenía el efecto contrario.

¡Dios mío!

Algo malo debían de tener las cámaras porque no habían capturado la verdadera belleza de este hombre. ¡Jesús!, era mil veces más impresionante en persona. Aquellas baratas fotografías que salían en los diarios no le hacían verdadera justicia.

¡Lo juro!

Sus labios rellenos y sexis se contrajeron en una disimulada sonrisa y yo gemí interiormente. Podía sentir cómo mi braga se humedeció. Leer libros eróticos estaba haciendo estragos en mi extinta vida sexual. Me aclaré la garganta y decidí que era mejor fingir ser una madre. Al menos, eso me salvaría de no ser despedida por acoso a menores. O que pensara que estaba loca.

Demente.

—Aquel... —Señalé temblorosamente al niño que había capturado mi corazón y simpatía—. El más hermoso de toda la sala.

Me arriesgué a mirarlo y mi corazón sufrió un electrochoque. Ahora una sinuosa sonrisa tiraba de sus labios.

Sí, efectivamente, aquellas cámaras que usaban los periodistas debían tener algún desperfecto.

Aquellos ojos grises brillaron mientras arrancaba la mirada de mi rostro y miraba hacia los niños pensativamente.

—Ya veo...

—Sí, ya sé que todas las madres dicen que sus hijos son preciosos... —estaba decidida a que creyera mi mentira. Además, era improbable que conociera a todos los padres que dejaban aquí a sus hijos. Estaba a salvo—, pero puedo asegurarle que mi *hijo* es el niño más inteligente y maravilloso del mundo. No miento.

Cuando sus ojos se encontraron nuevamente con los míos ya no había humor en su mirada.

¡Mierda!

Quizás no tenía que haber dicho todo eso.

—Entonces, ya que usted es su madre —dijo sin darle tregua a mi mirada—, ¿podría decirme qué es *aquello* que tan desesperadamente busca con la mirada cada vez que la puerta se abre?

Tragué audiblemente. Abrí la boca para soltar una mentira piadosa, pero el

dueño del lugar aún no había terminado con sus preguntas.

—¿Qué es eso que lo mantiene triste? —Parpadeé—. Siempre que he venido lo encuentro con la mirada perdida y me parece curioso, puesto que usted está aquí, pero ni siquiera ha mirado en su dirección. —Sus ojos brillaron con algo parecido a la hostilidad—. ¿Es correcto pensar que todo está bien en casa?

Asentí lentamente.

Ya me había embarcado en el crucero de las mentiras y poco podía hacer para abandonarlo a estas alturas.

Tenía que morir virgen, como decía Amber.

—Todo está bien en casa. —Limpié mi voz de cualquier rastro de miedo.

Nuestras miradas tuvieron un duelo. Una batalla campal donde descubrí con vergüenza que de alguna manera él sabía que estaba mintiendo.

¡Maldición!

¿Pero cómo?

—Le aconsejo que regrese a sus actividades, señorita como sea que se llame. —Mis hombros se tensaron por la dureza de sus palabras—. Y, si aprecia su trabajo, espero no volver a sorprenderla acosando a estos niños, pues está claro que ninguno de ellos es suyo. O pediré su hoja de vida para despedirla personalmente.

Mis piernas temblaron.

Caminó hacia los elevadores y golpeó bruscamente el botón. No podía permitir que se fuera y mañana me llamaran para que recogiera mi cheque de liquidación.

—¿Y cómo está tan seguro de que no es mi hijo? —Me atreví a preguntar. Sí, definitivamente estaba loca, pero la desesperación me dictaba que intentara cambiar su visión de mí.

Abrí la boca para seguir escupiendo mentiras, pero sus siguientes palabras me robaron el aliento.

—Porque aquel niño que luce roto es mi *hijo*. —Sus ojos grises me clavaron en mi sitio. ¿Cómo había podido ser tan idiota?—. Y sí realmente fueras su madre, estoy seguro de que hace meses hubiese dejado de mirar hacia aquella maldita puerta como si estuviera esperando un milagro que en el fondo sabe que no va a ocurrir.

El elevador sonó cuando sus puertas metálicas se abrieron y él dio un paso en el interior.

—Yo...

Pero ni siquiera me dio tiempo a disculparme. Clavó su atribulada mirada en mis ojos, que me advertían que era mejor que guardara silencio. Las puertas se cerraron llevándose consigo mi oportunidad de decir en voz alta el millón de disculpas que querían salir de mi corazón.

¡Santo Dios!

¿Qué diablos había provocado?

17. CALAMIDADES CON SABOR A CAMELO

Alexey

Cuando las puertas se abrieron en el piso donde estaba mi oficina, la ira poco había mermado, al contrario, me sentía más furioso que nunca.

—Quiero que Sam revise las putas cámaras de seguridad del piso treinta y ocho y me diga quién es la maldita mentirosa que recursos humanos ha contratado.

Mi secretaria tartamudeó un poco, pero asintió mientras levantaba el auricular del teléfono y marcaba la extensión del departamento de seguridad.

Una mierda si permitía que esa mujer trabajara un segundo más en mi bufete. O que siguiera burlándose de mí.

«Ese de ahí, ese es mi hijo». Su voz resonó alta y clara.

Vaya estupidez.

—Quiero que su hoja de vida golpee mi escritorio en los próximos minutos y convoques una reunión extraordinaria con Margaret. —Abrí la puerta de mi despacho—. Dile que necesito que su trasero aparezca inmediatamente o serán dos las despedidas.

Algunos de los abogados que pululaban en ese momento huyeron despavoridos, y no los culpé. No sería la primera vez que despedía a un mentiroso y arrasaba con sus amigos.

¡Malditos desleales!

Existían fuerte rumores de que el bufete BM Sullivan había logrado infiltrar a uno de sus patéticos abogados entre mis filas para no solo robarme clientes, sino también estrategias e información que podrían poner tras las rejas a varios de mis clientes más importantes.

Que el infierno los ayudara, porque estaban a punto de conocer de primera mano por qué los otros despachos preferían claudicar que enfrentarse a mí en los juzgados.

Azoté la puerta y esperé.

Hoy correría la cabeza de alguien y no me sentiría mal por ello.

18. ARREPENTIMIENTOS

Catrina

Me llevaba el diablo.

El elevador no podía descender lo suficiente rápido. Mi móvil vibraba sin cesar y no tenía que conjeturar para saber que era Bob preguntándome dónde diablos estaba metida.

Cuando las puertas se abrieron, me sorprendí al ver la actividad en pleno apogeo.

¿Qué diablos pasaba?

Me aventuré sin perder tiempo en la oficina, donde me sorprendí al ver que cuatro pares de ojo hostiles me estaban esperando: tres de ellos con sonrisas triunfales en el rostro. Mathew era el único que parecía un poco triste.

—Así que alguien se las ingenió para enojar al maldito dueño del lugar. — Maya alardeó mientras caminaba un poco hacia mí—. Ni te molestes en recoger tus cosas.

Miré el lugar donde su barbilla había señalado y mis piernas se sintieron débiles. Todas mis cosas, incluyendo mi violín, yacían de manera descuidada dentro de un cartón que lucía sucio y maltratado.

¡Oh, maldición!

—¿De qué diablos hablas? —pregunté, rehusándome a creer que Mark Wright me hubiera despedido.

¿Lo hizo?

Negué. Tenía que tratarse de alguna mala broma. Él solo había amenazado con hacerlo. No dijo que *iba* a hacerlo.

—Margaret te está buscando —ofreció educadamente Mathew, sus ojos lucían preocupados—. Creo que sería conveniente que hablaras primero con ella.

Su pequeña recomendación le ganó miradas de muerte por parte de sus compañeros. Puse los ojos en blanco. Esto se parecía mucho a la escuela secundaria.

Salí de la oficina sin molestarme en recoger mis cosas. Quizá todo este malentendido era producto de... mi móvil empezó a vibrar.

Margaret...

¡Maldición!

—Juro que no tengo...

—Ahórrate la penosa explicación y sube inmediatamente al piso cuarenta. — Su voz era distante y reservada—. Sea lo que sea que hayas hecho, él te lo hará pagar.

La llamada se cortó.

¿Cómo es que una pequeña mentira podía haber creado tanto alboroto?

Los nervios apuntalaron mis piernas y me sentí débil. ¡Mierda! Iba a quedarme sin empleo y, no solo eso, por la forma en que lo había dicho Margaret quizá mi atractivo jefe se encargaría de que no me emplearan en ningún otro lugar.

Malditas yo y mi boca.

19. CHOCOLATES CON SABOR A MENTIRAS

Alexey

Me encontraba lívido de la ira. Era increíble cómo el departamento de recursos humanos había obviado semejante calamidad.

Nina.

La maldita mujer, que muy posiblemente era un espía de la competencia, no solo era una mentirosa compulsiva, sino que también se llamaba Nina.

¡Maldita sea!

—Pensé que era ese tipo de nombres donde solo llevan la inicial. — Margaret golpeó mi escritorio con otra copia de la hoja de vida de la nueva interna, que había impreso de camino a mi despacho—. Te juro, Mark, que ignoraba que aquella N fuera por Nina.

Torcí mis labios, asqueado.

Si tan solo pudiera vivir sin escuchar aquel nombre...

En algún punto entre mi desastroso divorcio y mi bucle de decadencia, había considerado buena idea tener una relación con alguien que ostentara el mismo nombre que la mujer que siempre llevaría entre sus manos mi corazón.

Muy mala idea.

Terrible idea.

Eso de que un clavo sacaba a otro clavo era algo que estaba muy alejado de la realidad. Y peor si se llamaba igual que la mujer que ahogaba tu corazón de dolor y amor a partes iguales.

Porque la Nina que había conseguido y que era la madre de mi hijo estaba años luz de la verdadera mujer que dejaba en ridículo la definición de la expresión *buena esposa*. No te voy a mentir, aquello me daba algo de paz, pues todos atribuían aquel repelús a lo mal que había terminado nuestra corta y tormentosa relación, y no se preguntaban el motivo real de por qué ese nombre me provocaba un profundo dolor.

«¡Jodidas Ninas!», solía vociferar Dmitri cuando estaba ebrio.

—Tus patéticas excusas no reponen el daño que hubiera ocasionado esta mujer. —La miré directamente a los ojos—. ¿Tienes idea de lo jodido que hubiera sido si en lugar de las malditas tareas que pasó realizando en estos seis meses, Bob la hubiese puesto cerca de los peces gordos? ¿Tienes idea?

Sus labios se convirtieron en una fina línea.

—Ya viene de camino. —Se alejó del escritorio cuando un sonoro golpe estremeció la puerta—. Y hablando del diablo...

La puerta se abrió y frente a mí apareció aquella hermosa mujer de espesa cabellera negra y penetrantes ojos verdes, que me miraban como un maldito venado frente a los faros.

Era hora de batear fuera de mi vista a la tercera Nina. Y esperaba que fuera la última.

Ya estaba demasiado viejo para lidiar con estos putos dramas.

20. SEGUNDAS OPORTUNIDADES

Catrina

Mis piernas me sostuvieron el tiempo suficiente para dar un golpe en la puerta cuando la secretaria del maldito hombre que me iba a despedir rehusó a acercarse a la puerta.

—He visto despedir a personas por menos y, créeme, tú tienes en tu registro de nacimiento la razón número uno por la que hará rodar tu cabeza —susurró asustada la señora mayor que era la asistente.

Hice una mueca porque sabía perfectamente a qué se refería. No solo me estaba despidiendo por la mentira dicha en el piso treinta y ocho, sino por haber omitido mi nombre completo.

Vaya idea que me había dado Cole.

Abrí la puerta porque era lógico pensar que me estaba esperando; la jefa de recursos humanos, la siempre amable y jovial Margaret, me miró con desprecio.

¿Dónde diablos estaba la feliz mujer que conocí hacía seis meses? Supuse que cuando tu cabeza estaba en juego, tu personalidad se veía seriamente comprometida.

—Yo...

—Me encargaré de remitir una carta a nivel nacional para que no vuelvas a trabajar en ningún otro bufete. —Caminó hacia mí—. Impostora. —Su hombro golpeó con fuerza el mío cuando pasó a mi lado.

¡Dios, cuánta...!

—Puede pasar, señorita... *Nina* Emilia Jones. —Mi piel se erizó. Malos recuerdos se precipitaron haciéndome retroceder un paso—. Usted y yo tendremos una seria conversación donde no puedo prometer que sus ojos no se llenarán de lágrimas.

¡Demonios!

¿Qué rayos hacía ahora?

¿Podía huir?

Podía...

Cualquier pensamiento murió en mi cabeza cuando el impresionante hombre que tenía mi futuro entre sus manos rodeó su enorme escritorio y se cruzó de brazos.

Y Cole había dicho que todo esto sería una gran idea.

Sí, Cole, que gran idea había sido.

21. TURBULENCIAS Y MENTIRAS

Llegué a mi apartamento acompañada de la caja sucia y maltratada que contenía mis cosas y con mi rostro bañado en lágrimas.

Había sido la reunión más estresante que había tenido en la vida. Mark Wright me había acusado de ser una *espía* de un bufete que jamás había escuchado. Traté de defenderme, pero aquel guapo e intimidante hombre era como un perro con un hueso y no me dejó hablar. Ni siquiera me permitió explicar de manera breve el motivo de por qué había omitido mi primer nombre. Sin darme otra mirada, lanzó sobre su pulcro escritorio mi cheque de liquidación mientras me amenazaba con una demanda si no abandonaba su empresa en cuestión de minutos.

Me las ingenié para conservar la dignidad y no llorar en su presencia. Ni siquiera durante el largo viaje que me tomó llegar hasta la oficina. Tampoco lo hice en presencia de mis excompañeros. Recogí el cartón, me acomodé el violín en mi hombro izquierdo y abandoné la empresa en una neblina de incredulidad y dolor. Me pareció ver a Alex en el vestíbulo de la planta baja haciéndome señas para que entrara a hablar con él, pero seguí de largo y tomé un taxi.

Dejé el cartón al lado de la puerta cerrada y suspiré mientras lo admiraba y colocaba a mi mejor amigo sobre la pequeña mesa que estaba en la entrada.

—¿Y ahora qué se supone que debo hacer? —Me senté en el piso al lado del cartón y pensé en llamar a Cole, pero me arrepentí y tiré el móvil dentro de este—. Por suerte, tengo algo de dinero ahorrado que cubrirá mis necesidades algunas semanas.

El silencio batió sus banderines en señal de apoyo.

Restregué mi rostro arruinando mi discreto maquillaje en el proceso. Pero qué importaba ya, era un desastre y siempre había sido de esa manera. Era como si la mala suerte me persiguiera e hiciera de mí un experimento social para ver cuán jodida podía estar una persona antes de pensar en pegarse un tiro.

Los minutos pasaron y la discusión con Mark se reprodujo de mil maneras

diferentes en mi cabeza; en todas, su odio y desprecio era tan fuertes e intensos que quemaban mi corazón. Podía ver su dolor y entender su enojo por haber dicho la mentira que comprometía a su hijo. Incluso lo entendí aún más cuando me explicó y recriminó que aquello que con tanta ilusión esperaba al final de cada día era a su *madre*. Mi corazón se había resquebrajado. Y mientras gritaba sus falsas acusaciones y planteaba los hechos que supuestamente me hacían parecer culpable de un supuesto *tráfico de información*, no podía quitarme de la cabeza una pregunta. Una pregunta que estaba llena de sentimientos de impotencia y dolor.

¿Quién en su sano juicio podía abandonar a su hijo pequeño?

¿Quién podía solo irse?

Cuando la culpa amenazó con traer nuevas lágrimas a mis ojos, me levanté no sin antes apagar el móvil. Hoy quería desaparecer y, por primera vez, deseé que las pesadillas vinieran y me tragarán entera.

Merecía sentir dolor.

Porque hoy, sin desearlo, se lo había provocado a un hombre que tenía que vivir con la amarga realidad de que sin importar lo que hiciera o dijera, su hijo esperaría por siempre a aquella mujer que tanto daño les había hecho.

Amar definitivamente era mágico, pero otras... otras veces, solo desgarraba sin piedad.

22. JUICIOS

*Diez años antes.
Verona, Italia.*

El matrimonio era... era... Limpié de mis mejillas bruscamente las lágrimas que habían abandonado mis ojos sin mi consentimiento, estropeando por quinta vez mi maquillaje. La frustración se hizo cargo y en un arranque de ira lancé todo el maquillaje al piso.

¡Diablos!

Me arrodillé y recogí el desastre. Cuando acomodé todo otra vez sobre la pulida madera de mi cómoda, me senté y acaricié mi vientre.

¿Qué diablos ocurría conmigo?

Las hormonas estaban volviéndome loca y mi estado de ánimo fluctuaba entre la alegría y la tristeza. Con más tendencia a la tristeza.

—Mi señora. —Alessio, el que se había convertido en mi sombra y tal vez único amigo, apareció en la entrada de la puerta de mi habitación. Sus hermosos rasgos se torcieron preocupados—. ¿Ocurre algo malo?

Asentí mientras lo enfrentaba. Apenas podía contener toda la ira.

—Ocurre que estoy embarazada de casi seis meses y mi marido, el famoso duque de Médicis, se ha ido más de dos días y no responde el maldito móvil. ¿Dónde diablos puede estar que ni siquiera es capaz de responder a mis malditas llamadas?

El silencio llegó atropellando la poca cordura que me quedaba.

Quise gritar cuando no ofreció una explicación sobre el paradero de mi marido. Era obvio que él sabía dónde demonios estaba, pero no quería decirlo. Cuando vio lo herida que lucía mi mirada, abrió la boca para decir algo, pero fue interrumpido por el diablo.

Sí, el mismo diablo de ojos verdes que erizaba mi piel y enervaba mi ira a su máxima potencia.

—¿Otra vez con tus estúpidos berrinches? —Dante Rocco, el maldito jefe de seguridad, quien también era mejor amigo de mi marido, irrumpió con toda su

apabullante gloria.

Su cabello estaba arreglado de manera perfecta y su rostro estaba limpio de barba. Como no podía ser de otra manera, lucía un caro traje de tres piezas impoluto que se ajustaba en los lugares correctos, logrando así que las mujeres que le echaran un pequeño vistazo no tuvieran dudas de que debajo de tanta tela se escondía un cuerpo bien trabajado. No podía negarlo, era un hombre atractivo, pero con el alma negra. Y por alguna extraña razón yo no le simpatizaba mucho. Eso a mí no podría importarme menos.

Me aclaré la garganta y me esforcé por sonar como una señora y no como la joven inmadura de dieciocho años plagada de hormonas que en realidad era.

—No recuerdo haberte llamado. —Me echó una mirada en blanco, inafectado por mi provocación—. En todo caso, ¿no tienes que ir a acosar a alguna de nuestras empleadas? ¿O acostarte con alguna puta?

Su barbilla se tensó. Yo tensé mis hombros. Nuestras miradas se entrelazaron en una lucha sin cuartel.

—Escucha atentamente, mocosa maleducada, si no fuera porque...

—Ya es suficiente —atajó Alessio dando un paso amenazador hacia él—. La *duquesa* necesita descansar y estoy seguro de que Bruno lo que menos desea es que importunemos a su esposa. —Me miró, sus ojos perdieron intensidad y su voz sonó menos severa—. En cuanto tenga noticias, será la primera en saberlo.

Asentí. El diablo vestido de Armani me lanzó una última mirada de desprecio antes de desaparecer por el largo pasillo que conectaba la sala común.

En mi mente le saqué el dedo de en medio mientras le gritaba: *Jódete*. Cuando hablara con mi marido, exigiría que lo mantuviera varios metros alejado de mí.

—Sería mejor si empezara a entender que su esposo tiene responsabilidades, sin contar la empresa que dirige.

Enmudecí más por respeto que por cualquier otra cosa. En estos dos años, Alessio siempre se había mostrado educado y muy atento. Entendía por qué mi esposo confiaba ciegamente en él. La lealtad hacia su mejor amigo rivalizaba con el amor que yo sentía por mis hermanas y por derecho le debía, aunque fuera un poco, de amabilidad.

—Descanse, duquesa.

Salió de la habitación sin echarme otra mirada llevándose consigo la

compañía que tanta falta me hacía.

Aquella noche no pude dormir en absoluto. Luego de dar muchas vueltas en la cama me levanté a prepararme algo de comer. Quizá si mi estómago engullía la comida suficiente este enviaría las órdenes correctas a mi testaruda cabeza y podría conciliar el sueño. Por el bien de mi hijo necesitaba dormir bien y mantener una dieta balanceada.

Aunque teníamos a nuestro servicio un chef internacional las veinticuatro horas del día, no creí correcto levantarlo a las dos de la mañana solo porque yo no podía dormir. Abrí la nevera y tomé lo necesario para prepararme un pequeño aperitivo. Estaba a punto de cerrar la puerta de la nevera cuando unas manos fuertes me sujetaron por la cintura, obligando que me volteara sin ceremonia. El grito que rasgó mi garganta se ahogó en el delicioso calor de unos labios que, sin dudarlo, arremetieron contra los míos y exigieron que me convirtiera en su esclava.

¿Pero qué demonios...?

La cara esencia que no dudó en filtrarse por mi nariz corroboró la identidad de mi asaltante. Me relajé entre sus brazos mientras profundizaba aquel beso que nadie más podría darme. Gemí mientras trataba en vano de levantarme de puntillas para envolver mis pequeñas manos en su cuello y atraerlo más a mi codiciosa boca.

Dios, cuánto había extrañado a mi marido.

Sus manos hurgaron con desesperación dentro de mi bata de dormir y encontró mis senos, que ya habían empezado a llenarse de alimento vital para la nueva vida que crecía feliz dentro de mí. Su cálida boca abandonó mis labios y recorrió mi cuello con una suavidad que envió una corriente eléctrica a mi columna. Una maldición aguda abandonó mis labios cuando sus manos dejaron al descubierto por completo mis sensibles picos y sus labios no dudaron en rastrillar mi pezón derecho.

¡Jesús!

—Me informaron que mi esposa se ha estado comportando mal —susurró seductoramente. Mi centró se apretó con deseo de sentirlo dentro de mis paredes bombeando sin parar.

Bruno tenía la aterradora cualidad de encenderme con su ronca voz.

—¿Y desde cuándo crees las mentiras que dicen las personas? —musité mientras echaba la espalda hacia atrás, ofreciéndole mis senos para que se diera un banquete.

En lugar de premiarme con una respuesta, lamió y succionó con vigor mi pequeño pezón. Me estremecí cuando de un fluido movimiento me colocó sobre el mesón de granito y algunos de los frascos cayeron al piso. Ni siquiera fuimos conscientes del estruendo que estos hicieron al chocar con el piso. Sus manos deshicieron el débil nudo y con urgencia me desvestió hasta quedar únicamente con mis bragas de seda negra. La bata había quedado rezagada como un manto silencioso que resguardaba mi espalda de la fría superficie tras de mí.

—Dios... —Ahogó un gemido entrecortado—. Eres como un puto sueño. Uno del que no quiero despertar.

Me sonrojé sin poder evitarlo. Hacía poco menos de un año que mi cuerpo por fin había florecido como el de mis hermanas. Gracias a mis casi seis meses de embarazo estas nuevas curvas se habían acentuado y me daban un aspecto más apetecible y sexi. Al menos, eso era lo que me decía mi marido.

—¿Dónde has estado? —Me esforcé por preguntar mientras me ahogaba en las profundidades de sus ojos azules. Sonrió mientras los cerraba y besaba tiernamente mi cuello. Me obligué a concentrarme. No podía permitir que él siguiera desapareciendo sin decirme a dónde iba. Esta semana habían sido dos días, pero antes había desaparecido tres y algo me decía que pronto podrían ser más si no ponía un alto.

—Aunque no lo creas, me encontraba en esta misma casa.

Me alejé lo suficiente de sus caricias y lo miré confundida.

—¿Cómo? —Eso no podía ser verdad. Yo misma había visto cómo empacaba una pequeña maleta para luego despedirse sin decirme dónde estaría—. Te vi marcharte en el coche.

Asintió y sus manos recorrieron mi vientre con reverencia. Mi corazón saltó. Mi hijo pateó suavemente.

—Solo te hice creer que me marchaba, pero regresé cuando ya estabas dormida y ocupé una de las habitaciones de invitados en el ala norte. —No pude evitar hacer una mueca de incredulidad—. Necesitaba terminar unos asuntos de suma urgencia y contigo... —besó cariñosamente mi clavícula—, hermosa duquesa de Médicis, es una misión imposible.

El rubor que azotó mis mejillas podía haber iluminado sin problema la catedral de Santa María del Fiore en Florencia. Las imágenes de nosotros dos teniendo sexo en cada superficie de esta casa relampagueó en mi cabeza; mi núcleo exigió ser llenado con la dureza que escondía en su pantalón de tela y

que electrificaba cada célula de mi cuerpo.

Me alegraba mucho que sus dos mejores amigos se marcharan por la noche a sus respectivas casas. Me encantaba tenerlo todo para mí sin tener que luchar contra las distracciones que siempre traían con ellos.

—Eso explica por qué siempre que despertaba tu olor me rodeaba.

Sonrió acariciando mi mejilla.

—Aunque quisiera, no podría permanecer mucho tiempo alejado de mi hermosa y algo testaruda esposa.

Lo besé de manera descuidada mientras frotaba mi cuerpo contra el suyo y le ayudaba a librarse de la camisa que cubría su pecho. Sus grandes manos correspondieron y me ayudaron a quitar la prenda. Pronto quedó espléndidamente desnudo. Su falo, furioso e imponente, se irguió en medio de los dos exigiendo atención. Lo tomé sin miedo entre mis manos y lo acaricié con seguridad hasta que de su garganta reverberó una maldición seguida de un gruñido. Sin perder tiempo, su boca se cerró sobre mi sensible pezón izquierdo y lo succionó con urgencia, como un hombre hambriento, como si la pasión que lo consumía lo volviera loco.

Mi mano derecha colocó su gruesa longitud contra mi húmeda entrada e hice presión con mis piernas en sus caderas para que estas empezaran a trabajar el placentero ascenso hasta el cielo.

La primera embestida arrancó un agudo gemido de mi garganta.

—¡Bruno! —grité consumida por el placer y la exquisitez que era tener todo su falo abriéndose paso a través de mis cálidas profundidades.

El mesón había sido construido a la altura perfecta, lo que ayudaba en gran manera a que mi hermoso marido pudiera follarme como me gustaba y en el ángulo correcto.

—El puto cielo —dijo abandonando mi pezón y recorriendo mi cuello con sus labios.

Los minutos pasaron y nos perdimos en un frenesí de gemidos, maldiciones, sudor y gloria mientras bailábamos una danza erótica que nos abría la puerta para encontrar de manera distinta nuestro propio clímax. Sus manos agarraron mis caderas con una delicadeza que dolía de mil maneras diferentes.

—¡Maldición! —Embistió duramente mientras su boca le hacía cosas maravillosas a mi cuello—. Voy a correrme tan duro que estarás empapada por días —siseó en mi oreja. Mis paredes se comprimieron y él dejó escapar otra maldición.

—Hazme ver las malditas estrellas —exigí.

Y lo hizo.

Me consumió entera y me elevó hasta el firmamento para que pudiera ser capaz de tocar con mis manos las estrellas que tanto quería. Las mismas estrellas que él me había presentado un año atrás.

Luego de que nuestro clímax nos arrasara hasta convertirnos en una masa de sudor y respiraciones trabajosas, me recogió entre sus brazos y caminó con paso seguro y decidido hacia nuestra habitación.

Aquella noche, mientras lo veía desaparecer en los confines de nuestro cuarto de baño, permití que Morfeo me llevara en sus brazos creyendo que realmente me había casado con el mejor marido del mundo. La maldita sensación me hizo tener sueños perfectos.

Cosa muy estúpida, porque olvidé que Lucifer alguna vez también fue un hermoso ángel. Y yo me había casado con un hombre que pronto me demostraría que, sin importar cuánto me esforzara, jamás sería capaz de recuperar sus alas. En todo caso, él estaba decidido a cortar las mías.

Para siempre.

23. CULPAS

Alexey

Si pensaba que el drama con la mentirosa de Nina Jones había llegado a su fin, estaba muy equivocado. Para cuando la hermosa mujer, que estuvo a punto de provocarme un aneurisma y matarme en el acto, se marchó de la empresa, mi hermano entró en mi oficina con el ceño fruncido y una mirada que dejaba poco a la imaginación.

Era como un obelisco en silla de ruedas, pero aun así lucía intimidante.

—Solía preguntarme por qué las mujeres te abandonan, pero me alegro informarte de que ya tengo mi respuesta a ese interrogante —ironizó con voz ácida mientras se empujaba con fuerza hasta llegar a mi escritorio.

Ni me molesté en alzar la mirada. Gracias al trabajo de Sam, había descubierto que la maldita mentirosa había entablado una sólida amistad con el idiota de mi hermano.

Vaya sorpresa. Porque él siempre era el primero en decirme que a mí me gobernaba la polla.

—No sé de lo que hablas. —Encendí mi ordenador portátil. Un Asus ZenBook que en sus entrañas guardaba información que podría significar el fin de Mark Wrigth & Asociados—, pero si te refieres al hecho de haber despedido a tu ligue mensual...

—Ni siquiera te atrevas a insinuar algo de lo que no tienes la menor idea —amenazó rodando un poco más hacia el escritorio.

Enarqué una ceja en su dirección al tiempo que lo miraba fijamente.

¿Pero qué teníamos aquí?

—No eres el primero en criticarme y exhortarme mientras dice: «No permitas que tu polla gobierne tus pensamientos», pero he aquí al sabio maestro haciendo caso omiso a su perla de sabiduría.

Puso los ojos en blanco.

—Considerando tu pasado, eres el menos indicado para aconsejarme tal cosa. —Estrechó la mirada.

Nos enfrentamos a duelo un par de segundos. Un duelo que me testificó lo atraído que se sentía por Emilia Jones. Cuando comprendí que no retrocedería con su guerra de miradas, cerré los ojos y suspiré.

—Debe de gustarte mucho la mentirosa...

—No la llares así. No sin conocerla.

Abrí los ojos sintiéndome cansado de sostener esta estúpida conversación y lo miré de nuevo. Sin duda, mi hermano menor estaba más allá de la razón. Me crucé de brazos, era hora de sacar al maldito conejo de la bolsa.

—Mintió sobre tener un hijo...

—Porque quizá la intimidaste con tu arrogante trasero y malos modales. —Chasqueó la lengua contra los dientes mientras acariciaba su barba oscura y me daba una mirada condescendiente—. La pobre mujer quedó atrapada entre mentir o noquear de un fuerte golpe al idiota de su jefe. Difícil decisión si tu trasero depende de que el maldito imbécil frente a ti autorice tu cheque mensual para poder alimentarte como un ser humano decente.

Puse los ojos en blanco y miré su hoja de vida, que aún permanecía sobre mi escritorio. Su fino rostro estaba libre de aquella abundante caballera oscura, la misma que estaba recogida en un moño discreto y sencillo en la cima de su cabeza. Un traje negro, que apostaba que era el mismo que lucía hoy, le daba una imagen decente y profesional.

Imagen que estaba muy lejos de la realidad.

—Obviando el hecho de que *mintió* descaradamente y utilizó a tu sobrino para salvar su trasero... —Hizo una mueca, pero no retrocedió.

¡Maldición!

La señorita, nominada a la mentirosa del año, lo tenía bien agarrado por las bolas. Leo era su adoración y si no reaccionaba después de saber que su querida *novia* lo había usado para su conveniencia, dudaba que consiguiera hacerle cambiar su perspectiva. Tenía que darle un motivo suficientemente racional para ponerlo de mi lado y justificar mi decisión, a pesar de no tener *aún* las pruebas que apoyaran su despido intempestivo. Si mi hermano se lo proponía, podía llegar a ser un gran dolor en el trasero y costarme miles de dólares luego de que él terminara conmigo en los juzgados. No tenía que hacer la ridícula pregunta para escucharlo de sus labios, era un hecho que el maldito convencería a Emilia Jones para que me demandara y él serviría gustoso a la causa.

—Además, tu protegida es la infiltrada por los Sullivan, así que...

Negó con la cabeza mientras tiraba sobre mi escritorio un sobre de color blanco. Arrugué el ceño, pero no me moví ni un milímetro; esperé una explicación.

—Solo quiero que esta noche, cuando te largues a dormir, recuerdes que dejaste en la calle a una buena mujer, que quizá su único delito fue apiadarse de tu hijo. Y a diferencia de lo que crees que sabes, mi interés por ella no está ligado al hecho de que la encuentre atractiva. Porque incluso tú, teniendo un palo atravesado en el trasero, tienes que admitir que perdiste tu mierda por cosas del pasado que no la atañen a ella y que realmente son puros y exclusivos prejuicios de tu atormentada conciencia. Una conciencia que pide a gritos ser purgada.

Si me hubiera dado un golpe en la cara hubiera dolido menos.

Rodó lejos de mi escritorio, ajeno a la tempestad que sus palabras habían creado en mi pecho. Me quedé inmóvil sin saber qué decirle, a diferencia de cómo irrumpió en mi oficina esta vez su andar fue pausado y taciturno. Antes de abandonar el despacho, se detuvo en la puerta entornada y miró sobre su hombro. Cuando sus ojos se encontraron con mi mirada, quise desviar mis ojos, pero me mantuve firme.

«Una conciencia que pide a gritos ser purgada», había dicho. Pero lo que omitió fue el hecho de que no existía tal purga para mí. El infierno tenía un lugar inhóspito con mi nombre grabado en sus acerados y pesados eslabones.

No había salvación para hombres como yo, que habían lastimado a la mujer que amaban...

—Y felicitaciones... —sus ojos brillaron con satisfacción—, la maldita espía que tantos dolores de cabeza te ha dado en estos últimos meses es tu maldita jefa estrella: Margaret Mitchell, la jodida directora de recursos humanos de tu puto bufete.

¡Mierda!

24. UNA DISCULPA

Catrina

Un mes después.

Gracias a Cole, había podido encontrar un trabajo decente en tiempo récord. Ahora era la nueva y flamante camarera de Dulce Incontro y por primera vez en mucho tiempo no me sentía deprimida por estar trabajando en algo que no era mi pasión.

Era extraño, pero era la verdad.

Aquella nueva sensación que calentaba mi corazón por las noches se debía a la familia Bennet, los dueños de la cafetería. Personas muy hospitalarias que no dudaron en abrirme las puertas de su negocio, cuando mi increíble vecino les comentó que me habían despedido injustamente del bufete Wright & Asociados sin darme una justa liquidación. No se podía llamar *justa* a la miseria que había firmado Mark Wright para finiquitar mis servicios.

«¡Maldito imbécil!», rugió Cole varias veces mientras me veía beber hasta perder el conocimiento. Había sido una noche triste y miserable y a la mañana siguiente, después de pasar la peor noche de mi vida en el sofá de mi único amigo, el sol apuñaló sin misericordia mis ojos, recordándome que no había sido una horrible pesadilla. Me hubiera gustado seguir compadeciéndome de mi mala suerte en la comodidad del sofá que me había adoptado, pero tenía que ponerme en movimiento, el tiempo avanzaba y el dinero no crecía en los putos árboles.

Si solo fuera así de fácil.

Puesto que el señor Wright no me había dado oportunidad para defenderme de sus intrincadas acusaciones, decidí abandonar el bufete cuando él lo ordenó.

Al llegar a casa solo quería esconderme bajo el edredón de mi cama y desaparecer del mundo, olvidar las últimas tres horas de mi vida y seguir adelante, tratar de buscar ánimo y fuerza donde solo había remordimiento y rabia.

Remordimiento por haber metido en mis mentiras a un niño inocente y rabia

porque aquel hombre, que cuando te miraba sentías que tu corazón daba tumbos por toda tu caja torácica al igual que un borracho en la rueda moscovita, me había acusado de ser espía. En mi vida había espiado algo. Solo el cielo sabía lo desastrosa que podía ser sin proponérmelo, por lo que era mejor mantenerme alejada de esas actividades fraudulentas.

Sin embargo, al día siguiente, cuando me sentí algo compuesta y más tranquila, me animé a llamar a Bob con la esperanza de que quizá no todo hubiera sido una gran pérdida de tiempo y energía, pero me estrellé contra una muralla. Mark Wright había decidido que el que me quedara sin trabajo no era suficiente: había prohibido que se me entregara una carta de recomendación. En pocas palabras, gracias a él otra vez estaba en el punto muerto de mi carrera sin contar que pasé casi media hora tratando de consolar al tierno irlandés, que no daba crédito de todo lo que había pasado mientras estaba en su hora de almuerzo.

Cuando finalicé la llamada más emocional que había experimentado en mi vida, en la que prometí a Bob mantenerlo al tanto de mi búsqueda de trabajo y que lo agregaría a mi Facebook imaginario, quise morir otra vez. Y luego otra vez. Al menos así me sentí hasta que Cole llegó horas más tarde, luego de escuchar mi horrible nota de voz que duraba casi cuarenta y cinco angustiantes minutos y con la que le explicaba, mientras sorbía los mocos por la nariz, parte de la historia y despotricaba contra el demonio de ojos grises.

¡Qué Dios bendijera a ese hombre y su paciencia de acero!

—¿Tienes planes para hoy? —Becca, mi compañera de labores, una rubia despampanante con preciosos ojos azules y labios finos, preguntó mientras se acuclillaba a mi lado y me ayudaba a reemplazar los pasteles viejos por los recién horneados dentro de la vitrina principal.

—No. —Abrió la boca para soltarme el mismo discurso que ya me sabía de memoria sobre que éramos jóvenes, guapas y solteras. Levanté mi mano y dije —: Cole llega hoy y me imagino que haremos lo de siempre.

Enarcó una perfecta ceja maquillada en interrogación.

—Ya sabes... —ofrecí.

—No, no lo sé —aseguró. Puse los ojos en blanco.

—Comprar comida chatarra y beber vino barato mientras me escucha divagar y hablar de lo mismo y de lo mismo.

Suspiró decepcionada.

—¿Me estás diciendo que prefieres pasar un viernes perfectamente

festejable hablando con tu amigo sobre el gilipollas que te despidió hace más de un mes?

Abrí la boca para contestar, pero mi lengua quedó pegada al paladar cuando una mancha de color negro llamó mi atención y miré fijamente el frente.

¡Oh, mierda!

¡Mierda!

¡Mierda!

Antes de que pudiera llenar mis pulmones de un muy necesitado aliento, el idiota de mi exjefe, Mark Wright, atravesó el umbral. Su paso firme y seguro robó mis pensamientos y, por un momento estúpido, mi mirada quedó cautivada por sus fuertes piernas. El pantalón hecho a medida, que seguro costaba más que todas las cosas de mi apartamento, hacía maravillas en la parte inferior de su cuerpo.

«Dios, qué piernas...».

Salí de mi estúpida ensoñación cuando su presencia inundó la cafetería, robando las bragas a las mujeres que estaban en un radio de cinco metros. Me levanté torpemente, giré mi espalda lo más rápido que pude y cerré los ojos.

Esto tenía que ser una jodida pesadilla.

—Señorita Jones... —dijo formal. Su voz seguía siendo tan condenadamente profunda y rasposa que el cosquilleo que atormentó mi columna vertebral me recordó por qué debería mantener las defensas altas y mi ropa interior en su sitio.

«¡Quieta ahí, desvergonzada! El capullo fue quien nos despidió, que no se te olvide».

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó sorprendida Becca mientras se colocaba frente a mí. La confusión adornó su lindo rostro.

—Estoy tratando de ignorar al *maldito imbécil* que me despidió y arruinó mi vida. Ya sabes, el mismo *infeliz* del que hablo cada fin de semana porque jodió mi futuro —expuse lo suficientemente alto para que no quedara duda de que Mark Wright me había escuchado.

Los ojos de mi compañera se hicieron enormes cuando sumó dos más dos y miró tras de mí. Fue imposible para su desprevenido rostro disimular el impacto que fue tenerlo en persona y corroborar que mi descripción sobre su atractivo estaba, quizá, algo distorsionada. Confieso que en mi vaga descripción le resté un poco *demasiado* a su atractivo y exageré a conciencia su desagradable personalidad.

Becca, como desentrañando la situación que se avecinaba, después de pasar un minuto entero memorizando su rostro, se aclaró la garganta y dijo diplomáticamente:

—Estaré atendiendo tus mesas, por si me necesitas.

Echó una última mirada al capullo que había venido a fastidiarme y se alejó hacia algunas mesas que tenían recipientes sucios y necesitaban ser limpiadas y desinfectadas. Para mi completa mortificación, tanto como el insufrible como mi persona fuimos incapaces de ignorar aquella sonrisa coqueta de dientes completos que lanzó en mi dirección, la misma que prometía que luego tendríamos una muy larga conversación. Conversación que incluiría escucharla divagar sobre lo atractivo que era, como si no fuera consciente de ello.

Cuando mi compañera se alejó lo suficiente, el imbécil exigió:

—Me gustaría que pudieras girarte para conversar como dos adultos.

Ignoré su petición y su pobre intento de intimidarme con su provocación.

Yo era la adulta aquí. Él, por el contrario...

—Señorita Jones —sentí en mi piel el suspiro que abandonó su garganta—, he venido a disculparme y, sinceramente, no soy muy bueno en esto...

Retrocedió un paso cuando me giré bruscamente y lo enfrenté. La rabia era muy mala consejera y recordar cómo me había tratado hacía poco más de un mes en su oficina hizo que los colores se tornaran de un rojo brillante mientras visiones de él siendo atropellado varias veces por mi coche imaginario inundaron mi mente.

«Daría varias veces retro solo para volver a pasarle el coche encima. Muchas veces. Hasta que mis neumáticos desaparezcan».

—¿En qué específicamente no es *bueno*? —pregunté con tono burlesco mientras me cruzaba de brazos y estrechaba los ojos—. ¿En pedir disculpas o en que se las acepten?

Nuestras miradas se enfrentaron en un duelo caótico donde poco quedaba a la imaginación; las palabras sobraban y las intenciones estaban a flor de piel. Mark Wright no estaba acostumbrado a que le dijeran que no, y era una pena, porque esa era mi palabra favorita en esta nueva vida.

Poco me importaba lo atractivo y poderoso que fuera, el recuerdo de nuestra discusión unilateral donde me destrozó y no me dio oportunidad para disculparme me perseguiría por siempre. Con esta actitud, tal vez me convertiría en la primera de una larga fila de mujeres que no podían plantarle cara sin entregarle las bragas en bandeja de oro, pero estaba más que lista

para llevarme al mundo por delante. Total, ya no trabajaba para este tormentoso hombre, por lo que no tenía poder sobre mi futuro.

En resumidas cuentas, podía tratarlo como me viniera en gana y mi trasero estaría a salvo.

—Escuche, señor Wright, comprendo que hombres como usted... —frunció el ceño como si no comprendiera a qué me refería. Por mi lado, moriría con la duda porque no estaba de humor ni tenía tiempo para acariciar su ego—, que van caminando por la vida creyéndose el maldito ombligo del mundo, encuentren difícil de aceptar que los seres humanos que no nacemos con una cuchara de oro metida en el trasero podamos ponernos de pie sin su divina intervención. Siento tirar de su tapete y decirle que esta mujer que tiene enfrente no necesita de la caridad de nadie. Y mucho menos la suya.

Abrió la boca para quizás ponerme en mi lugar, pero lo atajé de golpe mientras señalaba la salida. Rogaba que el valor que se había apoderado de mí se mantuviera el tiempo suficiente para que no viera lo asustada que me sentía.

—Así como usted aquel día me echó de su bufete como si fuera un vil ladrón, esta soy yo, *Nina* Emilia Jones, exigiéndole que abandone este local si no ha venido a comprar una maldita cosa.

Para cuando terminé mi diatriba, mi pecho subía y bajaba y la cafetería se encontraba silenciosa. No me atreví a mirar a mi alrededor porque podía sentir el peso de las miradas de los pocos clientes sobre mi rostro, y eso era indicativo suficiente de que habían sido capaces de escuchar mi alegato.

¡Maldición!

Enrojecí furiosamente, pero no iba a dar mi brazo a torcer. Ya me había embarcado en el crucero de «vamos a insultar a nuestro exjefe», sería una falta de educación por mi parte si me retractaba o pedía disculpas.

Mark Wright permaneció imponente e inamovible. Los nervios atacaron mi espíritu cuando los segundos se convirtieron en minutos y él seguía de pie, frente a mí, sin decir una maldita palabra.

—Creo que ha roto un récord. —Frunció el ceño y miró su caro reloj, que reconocí como un Vacheron Constantin.

Me obligué a arrancar la mirada de su muñeca y lo miré a los ojos antes de preguntar confundida:

—¿Qué ha dicho?

Los minutos siguieron pasando, pero no contestó. O este hombre tenía

problemas auditivos o solo era un imbécil. Metió su mano en su bolsillo mientras daba dos pasos y cementaba mis pies contra el piso con aquella intensa mirada.

—He dicho que usted ha roto un récord.

—¿Récord? —Sus ojos brillaron y no me gustó las cosas que eso le hizo a mi vientre—. ¿A qué se refiere exactamente? Y no se ande con sarcasmos. —Apreté aún más mis brazos y lo miré.

Esperaba que no pudiera ver que me sentía ligeramente atraída por su aura oscura y peligrosa.

Un tirón en mis bragas me hizo apretar los muslos y reprender a mi cuerpo. «Vamos, no reacciones a este capullo».

—A excepción de aquella vez en mi oficina —su mirada apresó la mía—, esta se podría considerar la primera vez que guarda silencio por un tiempo largo, y lo más increíble... es que ha sido por voluntad propia.

Hijo de...

Abrí la boca para gritarle que se marchara, pero señaló con su dedo índice un pastel de arándanos que se encontraba en la vitrina lateral. Un pastel que tenía un día entero y debí haber cambiado hacía más de una hora.

—Me gustaría llevarme aquel. —Extendió una tarjeta negra—. Y para que quede constancia, hoy vine con el sano propósito de pedirle disculpas. Al parecer cometí un error de juicio y quería resarcirlo.

Si no fuera el bárbaro que me había despedido, le diría amablemente que me concediera tres minutos y correría a la cocina para reemplazar el pastel por el recién horneado.

Pero esperaba que se atragantara.

Tomé la tarjeta, pero me sorprendí cuando vi que, en lugar de entregarme una tarjeta de crédito, había aceptado una tarjeta personal. El color negro era tan intenso como las alas de un cuervo, con vetas doradas que se disparaban y formaban de manera delicada el nombre del idiota frente a mí y su número personal de contacto.

¡Mierda!

Levanté la mirada sintiéndome un poco ofendida. Lo que me faltaba, que creyera que con un polvo yo estaría entre la línea de sus fanáticas.

—Mire, señor Wright, puede usted meterse su finísima tarjeta por el...

—¿Le han dicho que habla demasiado? —Su mirada perdió un poco de acero y yo estreché mis ojos mientras le lanzaba dagas imaginarias a su frío

corazón—. Como sea, solo quería decirle que, si todavía le interesa su puesto como abogada júnior, la estaré esperando el lunes a las ocho de la mañana en mi oficina para discutir los términos de su nuevo contrato. En caso de no asistir, entenderé que está muy bien trabajando como camarera... —su mueca llena de sarcasmo me demostró que subestimaba este lugar—, y me sentiré menos comprometido con su futuro, por lo que mi hermano podrá dejarme en paz.

¿Hermano? ¿De qué hermano hablaba este hombre?

Abrí la boca para preguntarle a quién diablos se estaba refiriendo, pero prosiguió con su patentado discurso de disculpas. O eso creí que era todo este espectáculo. Pedir perdón no era su fuerte, entre otras cosas.

Perdí la noción del tiempo mientras veía sus carnosos labios moverse. Eran tan sexis que me pregunté si los cuidaba con cera de abeja. ¿Serían tan suaves como parecían? ¿Cómo se sentiría si su boca bajara a mi...? *¿Pero qué preguntas eran esas?* Me obligué a regresar a la jodida realidad justo a tiempo para escucharlo decir de manera misógina:

—Si me permite aconsejarle...

—No, no le permito. —Le di la espalda para sacar el pastel que quería llevarse. El insufrible hombre ignoró lo que dije y siguió, inafectado, con su discurso. ¡Menos mal que era él quien decía que yo tenía un problema con mantener la boca cerrada!

Puse los ojos en blanco mientras escuchaba a medias. Al menos, esta vez no me lo imaginé desnudo, mientras aquella pecaminosa boca me comía el co...

—... Si usted se considera una mujer empoderada e inteligente creo que debería meditar muy bien sus opciones.

Sería idiota.

Lo miré fijamente mientras colocaba el pastel sobre la mesa.

—Soy un hombre que ha aprendido a reconocer cuándo se equivoca, pero eso no significa que vaya a permitir que nadie se aproveche de eso para chantajearme. Aunque esa persona lleve mi sangre.

¿Qué diablos?

Ahí estaba otra vez la referencia sobre el hermano que no conocía.

—Suponiendo que tengo una mínima idea de a quién diablos se refiere —envolví con fuerza el recipiente de aluminio que portaba el pastel y cerré bruscamente la caja de cartón con el logo de la cafetería sin quitarle la mirada de encima—, quiero decirle que no necesito que me haga ningún favor. O, en

este caso, que se lo haga a un hombre que claramente no conozco...

Estrechó los ojos.

—¿Me está diciendo que no conoce a Alex Cavanagh?

Enmudecí mientras mi corazón sufría un choque eléctrico. Pero *¿cómo...?* Los profundos ojos grises de Alex relampaguearon en mi cabeza y, como si de una bombilla se tratara y recién se encendiera, los rasgos atractivos del que consideraba mi único amigo en el bufete cobraron un horrible y entrañable parecido con los del hombre que me miraba como si fuera una mosca en su taza de café.

¡Oh-por-todos-los-diablos!

—Y por cierto, señorita Jones —dijo mientras arrebatava la caja de mis temblorosas manos y depositaba un billete sobre el mostrador—, antes de que su infantil y loca cabeza empiece a hacerse ilusiones absurdas sobre que esto es un idílico comienzo de una hermosa historia de amor, atribuyéndolo directamente a que he venido hasta este lugar a disculparme —sus hermosos ojos grises centellaron, pero de alguna extraña manera siguieron muertos y eso me perturbó—, quiero que quede claro que esta visita se la hubiera realizado a cualquier otro de mis empleados si lo hubiese despedido injustamente. Y para que quede constancia, venir a verla no ha sido la más placentera de las actividades, ni algo que quisiera repetir en los próximos mil años.

Dejándome congelada en mi sitio, giró sobre sus talones y salió de la cafetería en una nube de caro perfume y malas decisiones. Cuando desapareció por completo de mi vista, dos cosas se estrellaron violentas contra mi cuerpo. La primera, que tenía que hablar inmediatamente con Alex. Y la segunda, que no había una maldita duda: Mark Wright era el idiota número uno de toda California.

Y eso solo podía significar problemas.

25. TURNOS DE MIERDA

MI turno finalizó con preguntas y comentarios muy cachondos sobre lo guapo que era mi exjefe. Traté de continuar con mi desastroso día, pero Becca dejó claro que había desarrollado un flechazo cósmico por el idiota ese, mientras que yo había adquirido un caso severo de dolor de estómago al imaginármelo teniendo sexo con ella.

Me estremecí, por quinta vez. Definitivamente, el idiota iba robando bragas a su paso.

Pero no estaba preocupada por las mías. Estas seguirían en su sitio siempre y cuando recordara lo imbécil que era. En todo caso, dejando a un lado los comentarios inapropiados, algunos de los cuales me provocarían pesadillas eróticas, Becca había insistido en que merecía regresar a mi antiguo empleo. Obligar a que el maldito *cara de dios griego* cumpliera con su noble ofrecimiento, pero yo no estaba tan segura.

Aunque Mark Wright había sido severo aquel día cuando me acusó de ser una espía, algo absolutamente ridículo, él había hecho lo correcto al despedirme.

No solo había obviado mi nuevo primer nombre, sino que también me atreví a utilizar a su pequeño hijo, a un ser indefenso que merecía y necesitaba todo el amor del mundo y no a una loca usándolo como tapadera de sus mediocres mentiras.

Para el final de la jornada, me sentí miserable y aquel sentimiento estaba más que justificado.

Mis jefes se habían marchado temprano luego de felicitarme por no dejarme impresionar por la buena apariencia y el dinero. También me confesaron que, aunque habían sido capaces de escuchar toda nuestra bochornosa conversación, prefirieron guardar distancia y no interferir. Además, me dieron la enhorabuena por ser capaz de venderle uno de los pasteles a pesar de que lucía como alguien que odiaba profundamente los postres. Las ventas, al parecer, se me daban de maravilla. *¿Quién lo diría?*

Cuando el reloj marcó las nueve de la noche, Becca se despidió de mí, no

sin antes hacerme prometer que pensaría la propuesta. Lo hice. Sobre todo, porque quería llegar lo más pronto posible a mi apartamento y hablar con Alex. Necesitaba con urgencia llenar algunas lagunas, como por qué tenían apellidos diferentes.

Emprendí la corta caminata hasta mi apartamento sintiendo un agudo vacío en la boca del estómago. No era un secreto que los nervios sacaban lo peor de las personas, pero en mi caso, estos hicieron un trabajo profesional.

Me sentía a la deriva entre lo que creía merecer por mis acciones y las oportunidades que me ayudarían a tener la vida estable y feliz que tanto anhelaba. No quería la caridad de nadie, pero no podía sacudirme del cuerpo la sensación de que, quizá, si no tomaba este bache y lo utilizaba como catapulta podría quedarme estancada entre la promesa de un mañana mejor y un presente algo precario.

Un presente donde me sentía feliz pero que no pagaría las futuras facturas que vendrían cuando el depósito del apartamento se venciera y tuviera que pagar mes a mes si quería seguir viviendo allí.

Cuando salí del elevador quince minutos después, me dirigí directamente a la puerta de Cole. Golpeé varias veces, pero este no contestó. Saqué mis llaves dejando escapar un suspiro de alivio y abrí mi puerta. Necesitaba hacer esto sola y tenerlo en mi apartamento, mientras sostenía este improvisado interrogatorio, podía interferir de manera indirecta sobre lo que quería saber.

Preguntas que comprometerían demasiado la imagen de chica fresca y relajada que me esforzaba mucho por proyectar.

Ya no era Catrina Antinnori, la esposa del duque de Médicis, una mujer culta y refinada que renunció a su alma el día que dijo «Sí, acepto».

Ahora quería creer que era una nueva versión de mí, resurgida de las lágrimas y sacrificios de mis hermanas.

Me desvestí rápidamente y deseché el horroroso uniforme color naranja en el tacho de ropa sucia antes de meterme en el baño. Tenía que lavar algo de la angustia que persistía. El apetito me había abandonado en el momento en el que el señor Wright había salido de Dulce Incontro, por lo que ni me molesté en calentar las sobras de la pizza de ayer.

Cuando el agua de la ducha se tornó insoportablemente fría, entendí que era el momento correcto para abandonarla. No podía seguir dilatando la pequeña confrontación.

Luego de ponerme mi cómodo pijama, un pequeño pantaloncillo negro con

una blusa desahogada de color azul, me senté en mi pequeño sillón blanco y busqué el contacto de Alex. Mi dedo dudó solo un milisegundo. Cuando ya estaba a punto de cancelar la llamada, el hombre que me ayudaría a decidir mi futuro habló.

—Siempre me he preguntado qué necesitaba para que un día esta hermosa dama con la que almorzaba en ocasiones me llamara. —Una tímida pero muy necesitada sonrisa ensanchó mis labios—. Porque si hubiera sabido que hacía falta la visita de mi exasperante hermano mayor, te lo hubiera enviado hace algunos meses. Para ser más exactos, el día en que nos conocimos.

No pude evitarlo y solté una carcajada. Solo Alex era capaz de romper la tensión que acuchillaba mi espalda. Me relajé mientras elevaba mis piernas y las pegaba a mi pecho. El clima estaba haciendo difícil esto de mantenerme fresca e hidratada.

—No llamé antes porque realmente no quería que... —Dudé en cómo acabar la oración.

No podía encontrar la manera correcta para explicarle que mi cabeza era un revoltijo de problemas, y ni hablar de mi corazón. Mi pecho estaba tan lleno de pesar y culpa que dudaba de que estuviera listo para dejar ir aquellos sentimientos y abrazar la idea de querer a otro hombre sin hacerle daño.

«Tú estás maldita, ¿me escuchas? —Mi madre había zarandeado mi brazo bruscamente mientras yo me protegía el rostro para no recibir otra abofeteada—. Tú has sido lo peor que le ha pasado a ese buen hombre».

Esa confrontación había ocurrido luego de que buscara su consejo matrimonial al ver cómo mi esposo estaba siendo manipulado y no sabía cómo ayudarlo. Pero como siempre, ella supuso lo peor de mí y me culpó de las desgracias. Desde la perspectiva de mis padres, yo era una maldición que había recaído sobre ellos y que ahora le estaba causando problemas a mi esposo.

Me sacudí el mal recuerdo y forcé que las palabras salieran de mi garganta.

—No quería...

—Que el amigo paralítico sacara de contexto la amistad. Lo sé y lo entiendo perfectamente.

Mi estómago se revolvió y me sentí como la mierda.

¡Maldición!

—Yo... no. Alex, ¡Dios!, discúlpame. —Me apresuré a decir. La sangre bullía furiosa mientras el arrepentimiento y la culpa se arrastraban por todo mi

cuerpo—. Te juro que no me refería a eso. Yo, yo realmente soy...

Demonios. Las cosas se estaban complicando y así no era cómo quería que fuera la conversación.

—Digamos que, aunque parezca trillado y algo desalmado de decir, la cuestión aquí es... que no eres tú, *soy yo*.

Cerré los ojos y me preparé para su explosión, porque incluso a mis oídos aquello se había escuchado estúpido y para nada sincero. Esperé a que terminara la conversación mientras me llamada por todos los improperios que existían, pero casi se me cayó el móvil de la mano cuando en lugar de insultos desagradables, lo que resonó fue su fuerte carcajada.

—Voy a fiarme de tu palabra. —La sinceridad que proyectó su voz calmó mi angustiado corazón—. Mi intuición dice que estás diciendo la verdad, aunque hayas sonado como la mierda; además, yo sería demasiado para manejar en estos momentos. Ya sabes —podía imaginármelo arrastrando una mano por su espeso cabello negro, como solía hacer mientras disfrutábamos de un café y él me hacía olvidar que tenía que regresar al infierno de mi oficina—, soy un hombre *difícil* de complacer en la cama por lo que tendrías noches enteras de desvelos. Noches enteras que culminarían contigo caminando gracioso al siguiente día y la oficina hablando de ello.

Su risa gutural y rasposa hizo que mis mejillas quemaran, miré hacia el techo.

Alex Cavanagh era definitivamente muy atractivo y un gran partido. Era tierno, divertido y muy hablador. Muy parecido a mí. Me gustaba aquella sencillez que fluía sin problema mientras sosteníamos una conversación y aquella manera tan brillante en la que sus ojos resplandecían cuando decía algo ingenioso y él asumía lo peor. Pero todo eso fue antes de saber que su hermano era el hombre que había truncado mi futuro. Ahora solo se sentía mal que incluso él hubiera hablado con su hermano motivado principalmente por nuestra reciente amistad.

—Serás el primero en...

—Ambos sabemos que no lo seré.

Guardé silencio porque tenía razón. La estima que había desarrollado por Alex Cavanagh era demasiado importante como para echarla a perder por un estúpido rollo de una noche. Me aclaré la garganta y vi mi oportunidad para cambiar el tema y preguntar lo que me atormentaba.

—Quisiera saber por qué no me dijiste que el dueño del maldito bufete

donde trabajaba y del que me quejaba constantemente era de tu hermano. Dios, siento esta imperiosa necesidad de lanzarme bajo un coche en movimiento cada vez que recuerdo la vez que te mencioné que lo había espiado por internet. Maldita sea, hablé de eso una semana y tú no dijiste ni una palabra.

Ahora fue su turno de soltar una carcajada. Algo muy parecido al crujido de sábanas sonó de fondo, por lo que asumí que él ya estaba acostado.

—Porque... —su voz se volvió espesa y las mantas volvieron a crujir—, me gustaba que no tuvieras miedo de hablarme de todo y nada. Eras simplemente Emilia Jones hablando con el paralítico del bufete y por primera vez sentí que estaba disfrutando de una amistad que no venía con segundas intenciones. Solo éramos un hombre y una mujer razonablemente solteros —soltó una risa carente de emoción y yo quise salir para dar caza a todas aquellas personas que alguna vez lo utilizaron para conseguir favores o ascensos—, disfrutando de su tiempo juntos mientras se quejaban de sus trabajos. Se podría decir que fui egoísta y por ello me aferré a la ilusión, me aferré a ti, Nina Emilia Jones, y confieso que disfruté cada maldito minuto.

Enmudecí. No necesitaba un espejo para corroborar que el color había abandonado mi rostro.

¿Cómo diablos se podía responder a aquello?

Mi cabeza no dejó de repetir varias veces lo que acababa de confesarme y razoné los pros y los contras de tener una relación con él; los contras ganaron por varios puntos de diferencia, pero aun así mi núcleo se calentó igualmente.

Sabía que su discapacidad era mínima. Un accidente de auto le había arrebatado la movilidad de sus rodillas, pero era un hombre muy activo. A mi cabeza acudieron recuerdos indeseados de cómo su camisa se tensaba siempre que me preparaba el café. A simple vista se veía que se ejercitaba con regularidad y... *Dios*, no hablemos de su rostro. Era atractivo y punto.

Era cierto que Mark Wright era guapo, pero su hermano menor no tenía nada que envidiarle. Las cosas estaban bastante parejas.

Como era cobarde, omití responder a su confesión y en su lugar pregunté con voz ahogada:

—¿Fue por ello por lo que cambiaste tu apellido? —deduje mientras me aclaraba la garganta—. Tuviste que renunciar a tu vínculo legal con tu hermano para tener una vida normal.

Soltó una ráfaga de aire y rio.

—Sí y *no*. —Suspiró pesadamente y por alguna extraña razón el aire cambió

—Un día te diré por qué lo hice.

—No tienes que hacerlo... —Me apresuré a decir. Yo también tenía secretos, por lo que era la menos indicada para reclamar la verdad de otros labios.

—Pero quiero.

Luego de eso guardamos silencio. Era extraño, pero a pesar de conocer los sentimientos de Alex, no tenía ganas de echarme a correr colina arriba.

—Entonces, ¿vas a volver? —preguntó suavemente, obligando a que mi atención regresara a él.

Me acurruqué en el sillón. Cerré los ojos, pero me sobresalté y los abrí cuando la calidez de una errante lágrima golpeó mi pecho. Asombrada, llevé mi mano libre a la cara y la noté húmeda.

Con el dedo índice toqué la esquina de mi ojo derecho y la humedad lo empapó de inmediato. Ni siquiera había sido consciente de que había empezado a llorar. Existían recuerdos que sin importar cuánto corriera te perseguirían siempre. Ahogué un suspiro y traté de recomponerme antes de contestar.

—Aceptar el puesto sería como si estuviera aceptando sus disculpas. Y tampoco quiero ponérselo fácil. —Me aclaré la garganta—. Llámame loca, pero siento que por el bienestar de la población femenina debería hacerlo sufrir un poco más. Ya sabes, para que tenga un duro momento y tenga más razones para odiar mi primer nombre.

Alex soltó una carcajada.

—Chica lista.

Sopesé mis opciones y decidí ser honesta con el hombre causante del encuentro que podría devolverme el futuro que tanto anhelaba.

—Por otro lado, tengo que recordar también que el dinero no crece de los malditos árboles, así que es probable que me veas el lunes en aquella jungla —confesé no sintiéndome del todo bien por la admisión.

Dios, solo imaginar regresar a la fría indiferencia de mis compañeros me daba razones más que suficientes para quedarme bajo la calidez de la cafetería.

Esta vez la risa que abandonó su garganta fue sensual. Aquel sonido ronco y bajo aflojó el nudo que había estado atormentando mi vientre desde la inesperada visita de su hermano.

—Te entiendo. Y creo que la idea es buena, en contexto, pero poco realista.

—Tenía razón. Esto no era el instituto y yo la chica *nerd* tratando de darle su merecido al chico popular que había herido mis sentimientos—. Me gustaría verte el lunes.

El silencio cayó como un pesado manto y me revolví nerviosa sobre el sillón. Alex suspiró como lamentando haber dicho aquello. Sus siguientes palabras quizás hubieran convencido a otra persona, pero yo lo conocía un poco y me sentí como la mierda cuando dijo:

—Ha sido un largo día y me siento algo agotado... —Podía imaginarlo mirando fijamente a la nada mientras mentía—. Cuando he dicho que me gustaría verte el lunes lo he dicho estrictamente en el plano de amistad. —Guardé silencio para no hacer la situación más precaria—. Descansa, hermosa Emilia Jones, que yo trataré de hacer lo mismo.

Luego de eso cortó la llamada y me quedé por una hora sentada en medio de mi sala contemplando el móvil.

No dudaba de que Alex Cavanagh fuera capaz de satisfacer a una mujer en la cama. Incluso iría más allá y apostaría a que el hombre se las ingeniaría para que la afortunada ni notara que no podía mover sus pies.

En uno de nuestros almuerzos me confesó que desistió de la fisioterapia hacía un año. Su familia lo ignoraba. Y aunque se había esforzado sobre manera de ocultar que estaba bien con la idea de no caminar otra vez, pude percibir el dolor real en sus ojos.

Recordé que aquel día me sentí triste al ponerme en su lugar e imaginarme tener que aprender a disfrutar de mi vida con esa limitación, y lo cierto era que no me veía aceptándolo pronto.

Quizás nadie podría hacerse a la idea hasta que no le tocara vivirlo realmente.

Cuando el reloj marcó las doce de la noche, me levanté del sillón y caminé hacia mi oscura habitación. Era hora de intentar conciliar el sueño. Mientras Morfeo venía a por mí, me encontré pensando en el aterrador hombre de ojos grises.

Era estúpido por mi parte soñar con él, pero me sorprendí cuando, por primera vez en más de treinta meses, las pesadillas llegaron vestidas de un caro traje negro hecho a medida y con atormentados ojos grises.

Ojos grises que hicieron humedecer mi cuerpo y hacerme vibrar de anticipación.

Mark Wright vino y se quedó conmigo hasta que el sol despuntó en el

horizonte y el reloj marcó las ocho de la mañana. Una sonrisa afluó en mis labios. Había sido la mejor noche que había tenido en años. Era una lástima que la realidad me dijera que era una mala idea trabajar juntos. Y el sueño que había tenido era una clara señal.

26. PECADOS CAPITALES

Alexey

El lunes llegó demasiado pronto y mientras que durante el fin de semana pude con éxito no pensar en el problema que se me avecinaba al volver a contratar a la mentirosa de la señorita Jones, hoy, para mi desdicha, era otra historia.

Cuando a las once de la mañana, Gwen, mi asistente, me llamó para comunicarme que la familia Quatermane, con quien tenía una reunión ya pactada desde hacía tres meses, había llegado, acepté con renuencia que quizás había subestimado a la señorita *mentiras piadosas*.

Vaya faena la que me esperaba lidiar con mi hermano.

Mi suerte no podía volverse más insufrible ya que luego de mi extensa reunión, que se prolongó innecesariamente tres horas gracias a que tuve que aclarar demasiados términos inequívocos a los interesados, medité si la señorita Jones no sería alguna clase de bruja y me habría lanzado un hechizo para que mi día fuera una completa desgracia.

—¿Señor Wright? —Fruncí el ceño y levanté la mirada de los expedientes que estaba revisando manteniendo a raya mi sorpresa. Allí, en la entrada de mi oficina, se encontraba vestida con un traje negro de negocios impecable la madre de todos mis males.

Nina Emilia Jones.

Su cabello oscuro estaba recogido elegantemente y su rostro tenía la cantidad correcta de maquillaje. Me sorprendí al admitir que lucía demasiado joven para los treinta y cinco años que supuestamente tenía. Pero me reprendí. Tenía que parar de juzgarla y poner en tela de juicio cada maldita cosa que la involucrara.

Lo último que me faltaba era enloquecer por otra Nina o que esta volviera mi vida un completo infierno.

Había conocido a la mamá de Leo durante un improvisado almuerzo de negocios. Ella, una modelo famosa que gracias a ser la hija de un magnate

hotelero se codeaba con las altas esferas, había hecho lo imposible por ser el centro de atención en aquella velada. Al principio, no llamó mi atención, me parecía simple y su apariencia y modales demasiados forzados. Pero todo eso cambió cuando me la presentaron: *Nina Brigham*, y no hubo vuelta atrás. Esta Nina, tan diferente a mi exesposa, seducida por mi dinero y buena apariencia, correspondió a mi descarado coqueteo y, pese a las advertencias de mi hermano, me enredé en una de las peores relaciones de mi vida.

La peor.

Ni siquiera mi desastre con Ekaterina Konstantinovka podría comparársele.

Cuando quedó embarazada dejó ver sus verdaderas intenciones provocando que mi pecho se llenara de agujas al imaginarme que podría quitarme a mi hijo. Pero había estado muy equivocado. Para empezar, jamás debí temer que me quitara a Leo; en mi cabeza aún estaba fresco el amor y fiereza con la que Nina se había aferrado a nuestra hija y creí que ella haría lo mismo.

¡Vaya error!

Cuando Leo nació, nuestra relación estaba deteriorada. *Acabada*. Ya no había vuelta atrás. Dos años habían quedado sepultados bajo dramas absurdos, mentiras descaradas y falsas promesas de cambiar. Los numerosos engaños por su parte provocaron que la amenazara con dejar de mantener su costoso estilo de vida si no se dedicaba a nuestro hijo. Allí fue cuando las cosas se fueron al diablo. Mi amenaza, lejos de incentivar un verdadero cambio, desencadenó un arranque de ira en el que confesó que no quería a nuestro hijo y exigió una cuantiosa fortuna para cederme la patria potestad completa. De no hacerlo, ella, a pesar de no quererlo en lo más mínimo, se lo llevaría. Y cedí. Este era mi desastre y ahora tenía que limpiarlo sin afectar en lo más mínimo a mi pequeño hijo.

Después de lo ocurrido, no tardé ni veinticuatro horas en firmar el cheque y empezar el papeleo. La relación era más que insostenible, pero por el bien de Leo continuamos viviendo juntos en cuartos separados. Ese fue el trato al que la obligué a sujetarse hasta que los documentos se hicieran oficiales. Para cuando los papeles estuvieron listos y sellados una semana después, le prohibí que se acercara otra vez a nosotros, que si pensaba regresar a extorsionarme yo mismo me encargaría de poner su flaco trasero tras las rejas. Ingenuamente pensé que esperaría a la noche para hacer sus maletas e irse, pero me probó que había monstruos a los cuales la naturaleza había bendecido con tener hijos. Con cheque en mano y siendo apenas las dos de la tarde, salió de

nuestra casa ignorando por completo a un Leo de dos años que se aferraba a su pierna llorando para que se quedara. *Para que no lo abandonara.*

¿Pero acaso eso le importó?

Mi hijo sufrió un colapso. Un momento duro mientras su frágil mente trataba de entender por qué su madre se iba. *Por qué lo dejaba.* No pude hacer nada más que sentarme impotente con él en la entrada de nuestra casa y sostener su pequeño cuerpo, que temblaba incontrolablemente. Había tenido que sujetarlo con fuerza contra mi pecho para impedir que corriera tras la mujer que le había dado la vida, pero que ni siquiera había querido acostarlo y besar su rostro por última vez antes de salir para siempre de su vida.

Por eso perdí la cabeza cuando la señorita Jones usó a mi hijo para tapar sus mentiras. Estaría demente si permitiese que otra mujer usara a mi hijo para sus egoístas intenciones. Por muy hermosa que esta fuera, utilizaría todo mi poder para acabar con ella.

Después de ponerle punto final a mi nefasta reunión con la familia Quatermane y rehusar su caso, me encerré en mi despacho para lidiar con algunos casos que ameritaban que fuera personalmente yo quien los defendiera. Antes de cerrar mi puerta, le indiqué a mi asistente que no me interrumpieran, así que imaginé que por eso, Ellen, mi asistente, no me había llamado para anunciarme que la cita *especial* programada a las ocho de la mañana llegaba con casi seis horas de retraso.

No me sorprendía que Emilia Jones se hubiera arriesgado a irrumpir en mi oficina aun sin ser debidamente anunciada. Esta mentirosa temía poco por su vida.

Enarqué una ceja y me crucé de brazos.

—O tiene un grave problema con acatar órdenes o simplemente hace estas cosas para irritarme.

Lancé la pregunta retórica sin arrancarle la mirada de encima. Era de caballeros admitir cuándo te encontrabas frente a una mujer hermosa, pero Emilia Jones caía en la categoría de impresionante.

Sus labios se contorsionaron de una manera insulsa, pero que extrañamente no quitó ni un ápice a su belleza. Cerró la puerta tras ella, sin esperar una invitación, y caminó con paso seguro hasta detenerse frente a mi enorme escritorio. Cruzó sus brazos y me sostuvo con su verde mirada. Una mirada que, si hubiera podido inyectarme veneno directamente en la yugular, ya hubiera caído en el piso brillante de mi oficina dando mi última bocana de

aliento.

«Jugar con ella a adivine al personaje debe de ser una auténtica locura».

—Quería hacerlo sufrir un poco. —La sinceridad goteó espesa—. No lo niegue, después de cómo me trató, no debería haber venido, pero como el orgullo no mantendrá un techo sobre mi cabeza ni mi estómago abrigado decidí aceptar su propuesta, bajo mis condiciones.

Contuve una carcajada arrogante. Descrucé mis brazos, los apoyé sobre el pálido y fino material de mi escritorio y la enfrenté.

—¿Cree que está en posición de negociar, señorita Jones? —pregunté con toda la condescendencia que fui capaz de reunir.

Mañana a primera hora pediría un examen de sustancias ilegales para saber qué tipo de drogas tomaba esta desquiciada mujer. No había otra opción, o estaba loca o se drogaba; si la pantomima que montó cuando nos encontramos aquella primera vez en el piso de la guardería no fue una prueba irrefutable, su actual discurso se llevaba el premio a la idiotez del año.

Emilia Jones asintió, inafectada por mi obvio sarcasmo y ajeno a mi plan B para despedirla en el acto.

—Por supuesto.

—¿Y eso sería por...?

Nada de mañana, hoy mismo ordenaría que se realizara aquellos exámenes al terminar la reunión y, cuando los resultados golpearan mi escritorio, Dmitri no tendría ni una maldita cosa que recriminarme.

Sus ojos ardieron mientras colocaba una mano sobre mi escritorio e inclinaba un poco su cuerpo hacia mí.

—Porque puedo demandarlo por despido improcedente... —Una inesperada tensión se apropió de mis hombros. *Maldito Dmitri*—. Y tanto usted como yo sabemos que ni siquiera siendo el mejor abogado del mundo podría librarse de pagarme una generosa cantidad de dinero, y ni hablar de la ola de especulaciones que se levantaría en torno a su trato hacia sus demás empleados. Para cuando acabara con usted en el juzgado, pocas personas desearían trabajar para el hombre que dejó en la calle a una huérfana y sobreviviente de maltrato, y que no tuvo piedad al acusarla injustamente de ser una espía cuando ni siquiera tenía pruebas de ello.

Cuando la última palabra abandonó sus apetitosos labios quise poder matar a mi hermano. Él la había asesorado. Y había hecho un puto trabajo profesional.

«Maldito seas, Dmitri».

—¿Eso es todo?

Se retiró y por unos escasos segundos mi respuesta la desestabilizó.

—Creí que había quedado claro. A diferencia de lo que usted cree, señorita Jones, yo no me dejo chantajear por nadie. —Me esforcé por controlar mi timbre de voz y mostrarme imperturbable cuando lo que en realidad quería era gritarle y sacarla a rastras de mi oficina—. *Ni siquiera por mi propia familia.*

Su cuerpo sufrió un espasmo y retrocedió un paso. Ahora ya no se veía tan segura ni tan animada. Era una pena. Encontré divertida aquella versión de mujer fría y calculadora. Algo que definitivamente chirriaba con el aura fresca y divertida que salía a oleadas de su curvilínea figura.

—Le sugiero que, si quiere tener un techo sobre su cabeza y que su estómago disfrute de las cinco comidas al día, siente su osado trasero en la silla y firme el maldito contrato que le voy a ofrecer. En caso contrario, me veré en la obligación de defenderme en los tribunales con una copia de los videos de seguridad de los últimos seis meses, donde se la puede apreciar acosando a los niños de la guardería privada. Estoy seguro de que si nos asignan a la jueza Robert, quien suele ser la encargada de presidir este tipo de audiencias y quien tiene diecinueve nietos más uno que viene de camino, encontrará más que razonable su despido. E incluso, porque he tratado con ella en varias ocasiones y he cenado en su casa, no tengo duda de que si presiono lo suficiente aceptará mi petición de que se le realice una exhaustiva valoración psiquiátrica. —Sus brazos cayeron e hizo una mueca, pero no desvió la mirada. Como era un caballero, suprimí mi sonrisa de victoria. Dos podían jugar a esto, aunque uno de nosotros saliera herido. Realmente herido—. Claro está, que si todavía se siente con ánimos de demandarme bien puede largarse inmediatamente de mi despacho y dejarme continuar con mi maldito trabajo.

No hizo movimiento alguno y por un momento creí que sería necia y tomaría el camino difícil, pero al cabo de dos minutos, con satisfacción disimulada, admiré cómo rodeaba la silla y se sentaba. Su rostro era un intenso y feroz poema que me mandaba a la mierda mientras aquella mirada tan hermosa me decía cosas que sus labios jamás se atreverían a pronunciar en voz alta. Palabras mal sonantes y deseos profundos sobre mi prematura muerte.

—Quiero que le quede claro que esta será la última vez que piense que puede venir a imponer su voluntad a mi despacho. O hablarme así. —Levantó la barbilla en señal de desafío, pero sabiamente mantuvo la boca cerrada—. Y

solo me permito disculpar que se haya tomado estas licencias conmigo porque entiendo su disconformidad por cómo la traté aquella tarde un mes atrás. —Me mostré indulgente—. Está en su derecho de sentirse herida, pero el mundo no se va a detener porque el jefe malo hirió los sentimientos de su empleada. —Bufó, pero proseguí mientras ignoraba sus continuos resoplidos. Era como querer sostener una conversación adulta con una potra enojada. *Furiosa*—. Además, creo recordar muy bien que antes de ofrecerle la oportunidad de regresar a su antiguo puesto pedí las debidas disculpas, las mismas que decidió ignorar.

—En esta vida existen cosas que una disculpa definitivamente no puede enmendar. —Su voz serena y desprovista de emoción envió un latigazo de fuego a mi tráquea. Sus ojos lucían lejanos, como si estuviera perdida en un mal recuerdo. Quizá la intensidad de mi mirada la regresó al presente, porque negó con la cabeza y forzó una sonrisa educada sin apartar los ojos—. Pero entiendo que yo también colaboré para que las cosas aquel día se salieran un poco de contexto. Por cierto —sus mejillas enrojecieron—, siento mucho haber usado a su hijo. Yo... —Dejó escapar un ligero suspiro y, aunque no quería sentir empatía por esta desquiciante mujer, la sinceridad en su voz y mirada fueron imposibles de ignorar—. No quería recibir una reprimenda por desperdiciar el tiempo que me pagaba para efectuar otras cosas. Es solo que... —Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir había una tristeza palpable en aquellas profundas piscinas verdes—. Es solo que me gusta ir a la guardería porque estar en presencia de niños me ayuda a recordar que este mundo no es tan miserable como uno piensa. Cuando estás allí, recuerdas que hubo un momento en la vida donde todo era más sencillo, antes de convertirse en esta gigante bola de problemas que parece que nunca va a culminar.

El silencio se instauró pesado e innecesario.

—Y sí, estoy dispuesta a regresar a mi puesto, si es que todavía tengo posibilidades de hacerlo.

La miré un minuto entero antes de asentir y sacar la carpeta amarilla que contenía su nuevo contrato.

—Por supuesto. —Extendí la carpeta y ella la tomó con mano temblorosa y una sonrisa aliviada—. Por obvias razones, y dado que la acusé injustamente, he decidido darle un voto de confianza, por lo que este año serán tres y no dos los nuevos abogados que contrataré a final de este año. —La miré con intención—. Espero que aproveche esa nueva disposición para esforzarse y

demostrar que merece trabajar en mi firma. Hasta donde tengo entendido gracias a Bob, durante los seis meses que trabajó aquí, demostró que puede sobrellevar tareas bajo presión. —La sonrisa de su rostro se tornó irónica mientras sus ojos se volvían blancos. Por mi bienestar mental, me abstuve de preguntar el porqué de su sarcástica reacción. Con la muestra de su personalidad en la cafetería, podía tratarse de muchas cosas, algunas que quizá no me gustaría averiguar—. También me hizo saber que está perfectamente capacitada para desempeñar cualquier función.

Asintió regresando su verde mirada a mis ojos. Fue un momento nostálgico e inquietante cuando el color regresó a su rostro.

—Eso es todo —dije mientras me levantaba y le extendía la mano derecha. Ella se puso de pie y la aceptó. Un estremecimiento sacudió mi conciencia. Su tacto era delicado y gentil—. Puede retirarse de mi oficina y leer el contrato, una vez que lo firme, entrégueselo a Bob. Con eso listo puede reincorporarse mañana mismo a sus labores. Ahora, si me disculpa... —solté su mano—, tengo demasiado trabajo y, a diferencia de mis empleados que salen a las cinco, me espera una larga noche analizando las querellas más estúpidas que he leído en toda mi vida.

Una sonrisa burlona tocó las comisuras de sus labios y se llevó la carpeta a su pecho.

—Muchas gracias, señor Wright.

Nos contemplamos unos incómodos segundos. Era como si quisiera decir algo, pero no supiera cómo hacerlo. Fuera lo que fuese, revoloteaba como un pájaro con indigestión por todo su rostro. Mi pecho se comprimió y me preparé para cualquier locura que pudiera salir de aquella boca pintada escasamente de rojo. Cuando su mirada cayó distraída sobre mis labios, me aclaré la garganta. Ella salió de su indecisión y respiró hondo.

—Quería también decirle... —cuadró sus hombros—, que estoy decidida a visitar a su hijo en la guardería.

Su aseveración fue como una patada en el estómago. Tenía que olvidar lo del análisis de drogas, esta mujer estaba demente.

—¿Y por qué diablos querría usted hacer eso? —Contuve el deseo de gritar, aunque mi voz sonó peligrosa.

Emilia Jones no retrocedió. *¿Y acaso eso debía sorprenderme?* Estaba en plan de guerra al querer convertirse en un atentado a mi tranquilidad. Y mi cordura.

—Porque, aunque no estoy al tanto de la historia entre usted y su exmujer, no podré irme a dormir tranquila sabiendo que aquel hermoso niño piensa que no es especial.

La ira bulló enfurecida en mi pecho.

—¿De dónde diablos saca esa idiotez? —Sus hombros se pusieron rígidos—. Mi hijo no es un puto caso de caridad...

—¿Acaso he dicho que lo sea?

Me crucé de brazos, convocando a toda mi fuerza de voluntad para no despedirla. Otra vez.

—Es mejor que se mantenga alejada de mi hijo, señorita Jones. —Abrió la boca—. Y si aún es su deseo trabajar para esta firma, espero que se mantenga a distancia de mi hijo. Él no es un conejillo de indias...

—¿Quién dice eso? —refutó airada acercándose dos pasos hacia mí—. Es usted quien está diciendo cosas feas de su propio hijo. Yo solo deseo que disfrute de la atención que merece...

—¿Y cree que no se la doy?! —Fui consciente de que había gritado cuando Emilia Jones, la mujer que sacaba lo peor de mí, retrocedió un paso con los ojos abiertos como platos. Pero era tarde para retroceder, ella me había soliviantado y yo estaba sacando mi arsenal para defenderme—. Contésteme a una inquietud, señorita Jones —pedí con sorna buscando un poco de serenidad en mi desquiciada cabeza—, ¿qué clase de bien cree usted que podría hacerle a mi hijo que una completa extraña lo visite cuando al cabo de un par de meses esta se irá al igual que su madre? Además —me reí burlón mirándola con desdén—, ¿qué diablos puede saber usted de niños?

Su mirada se tornó herida. Pero no era un dolor superficial por haberla puesto en su sitio, era más como si la hubiera golpeado en su flanco débil y no supiera cómo reaccionar. Los segundos se arrastraron moribundos y esperé a que ella hablara para aclararme por qué mis palabras la habían golpeado tan fuerte; fue incapaz de contestar mi pregunta, por lo que asumí que quizás me estaba imaginando su dolor. Tenía que encontrar una manera de evitar hablar con ella. Cinco meses no podían irse lo suficientemente rápido.

—Firme el maldito contrato y manténgase alejada de mi hijo.

Giró sobre sus talones y emprendió el camino sin decir una palabra. O, al menos, pensé que así lo haría, pero qué equivocado estaba.

Siempre la maldita mujer tenía que sacarme de mi zona de confort.

—Siento mucho si lo que le voy a decir me hace parecer como una mala

mujer —dijo deteniéndose en la puerta y sosteniéndola abierta, solo lo suficiente para que el ruido de mis empleados abandonando el piso se filtrara dentro del despacho, robando así cualquier tipo de privacidad—, pero sobreproteger a su hijo no le está haciendo ningún bien. Es cierto que tal vez mis visitas dejen un sabor amargo en caso de que tenga que decir adiós a final de año, cosa que por supuesto no haré —sus ojos brillaron decididos—, pero en caso de hacerlo, al menos mientras dure, su pequeño experimentará lo que disfrutan cada día los otros niños que pasan el día entero con él.

—Contra todo buen juicio, por favor, ilumíneme y dígame que es aquello tan...

Puso los ojos en blanco y dijo interrumpiendo mi sarcasmo:

—Atención desinteresada por parte de una mujer que no espera cobrar un cheque a final de mes. El sentirse atendido y querido mientras disfruta de compañía genuina, no la de aquellas mujeres a las que les paga para cubrir sus necesidades básicas, pero que están lejos de empatizar con él hasta el punto de saber qué requiere con solo mirarlo. —Negó con la cabeza mientras levantaba la barbilla—. Su pequeño hijo necesita sentir el cariño de una madre, aunque en realidad esta no lo sea.

Solté una risa irónica. De todas las cosas que esperaba que dijera, esta era la más estúpida de todas.

—Váyase de una vez de mi despacho antes de que me arrepienta y retire mi oferta. Y créame, señorita Jones, esta vez, aunque mi hermano llore sangre por usted, no pienso dar mi brazo a torcer.

Ella me miró antes de decir:

—Y contrario a lo que usted cree, el hecho de que actualmente no tenga la bendición de tener a una dulce criatura llamándome mamá, no quiere decir que una vez no la haya tenido.

Sin darme otra mirada, abandonó el despacho, llevándose consigo mis pensamientos.

¡Maldita sea!

Me desplomé sobre mi silla y miré fijamente la pantalla oscurecida de mi ordenador. Suspiré y moví mi dedo sobre el panel táctil, cuando esta volvió a la vida le di clic a la ventana que me proporcionaba una vista directa del interior de la guardería. Allí, en medio de una habitación abarrotada de juguetes, que estaba siendo desocupada por felices niños cuyas madres entraban a recogerlos, se encontraba mi pequeño hijo sentado con su mirada

anhelante y atenta sobre la puerta abierta.

«Hoy tampoco será el día, campeón».

Jamás sería el día en que viera atravesar aquella puerta a su madre para llevarlo a casa.

Le di clic a la ventana y la cerré cuando sus pálidas mejillas se bañaron de lágrimas. Arrastré mis manos por mi cara y me quedé sopesando las palabras de la mujer que estaba dispuesta a acorralarme contra las cuerdas.

Suspiré y me sacudí el viejo sentimiento de impotencia. Había hecho lo correcto, aunque la señorita Jones tuviera la mejor de las voluntades, su estancia en este bufete todavía era incierto. Con mi decisión solo estaba procurando que mi hijo no saliera más lastimado de lo que ya estaba.

Esto era lo *correcto*.

Me repetí aquella frase incansablemente hasta que un golpe sonó en la madera de mi puerta. Era la niñera que prestaba servicio a la empresa, Isis, que ya se retiraba y venía a dejar a un dormido Leo. *Maldición*, ni siquiera me había percatado de que eran las diez de la noche.

Restregué mi rostro y me levanté para recibir a mi hijo. Cuando su cuerpo golpeó suavemente mis brazos fruncí el ceño; se sentía liviano. Lo miré un par de segundos antes de reprenderme estar exagerando las cosas y le di las gracias a Isis. Ella me deseó buena noche y desapareció por el oscuro pasillo.

Me senté en la silla, acomodé a Leo entre mis brazos y lo admiré concienzudamente.

—Un día comprenderás que todo lo que he hecho ha sido por tu bien. Solo por tu bien.

Sus largas pestañas revolotearon un poco mientras se acurrucaba más contra mí. Me quedé ahí, congelado en el tiempo, mientras las palabras de una mujer que en realidad sí sabía sobre niños revolvían mi pecho.

—Siempre seremos tú y yo contra el mundo. —Tomé su pequeña mano y la besé—. Y aunque ahora te cause dolor, con el tiempo todo esto te demostrará que no necesitas a una mujer para ser feliz; este conocimiento te evitará sufrir y toda la profunda tristeza que sientes ahora valdrá la pena.

Esperaba que Leo pudiera crecer pronto para que la imperiosa necesidad de tener una madre pasara. A pesar de que una voz decía en mi cabeza que eso jamás pasaría, no quería que Emilia Jones se inmiscuyera en nuestra vida. Porque la idea de que terminara arruinándola como lo había hecho con Nina, me hacía sentir extremadamente inestable.

Mierda.

27. TRISTES PENSAMIENTOS

Catrina

Luego de abandonar el despacho del aterrador hombre de ojos grises, me dirigí al piso quince para ver si alcanzaba a Alex. No tuve suerte. Una hermosa abogada con el cabello rojizo y ojos increíblemente azules que aún se encontraba en la oficina me confirmó mis sospechas, él ya se había marchado.

—Lo siento, bonita —me ofreció una sonrisa amable mientras se colocaba la cartera en el hombro, claramente la había alcanzado ya saliendo—, pero nuestro jefe acaba de irse.

Traté que la sorpresa de saber que era un jefe de departamento no se mostrara en mi rostro, pero fue muy difícil. Tenía lógica, después de todo, él era hermano del insufrible dueño de este imperio legal, era de esperarse que su hermano tuviera un cargo administrativo. Incluso aquello era ridículo, a lo mejor era hasta socio mayoritario de la firma. Mi rostro se volvió rojo por la vergüenza. Alex me había dado la impresión de que era un empleado más. Siempre llevaba paquetes de hojas y carpetas a las fotocopadoras del piso diez, sin mencionar que muchas veces lo sorprendí empujando un carrito con varios pastelillos y una jarra de té, cosas que definitivamente no vería haciendo a Mark Wright aunque lo apuntaran con una pistola.

—Pero si trabajas aquí, mañana puedes venir un poco más temprano y conversar con él. —Sonrió dulcemente—. Estoy segura de que hará un espacio en su apretada agenda para verte.

Asentí y me despedí.

—Está bien, muchas gracias.

Caminé despacio por el pasillo y presioné el botón para llamar al elevador. Dejé caer la cabeza contra la puerta de metal y suspiré. El plan A para tratar de mantener a mis demonios alejados esta noche había fracasado. Esperaba que disfrutar de una conversación con Alex me alejara de tener que lidiar con las crueles palabras de su hermano.

«Además, ¿qué diablos puede saber usted de niños?».

Todo nuestro absurdo enfrentamiento había dolido, pero fue aquella última pregunta la que me desgarró. ¡Y pensar que ayer por la noche, cuando me sorprendió la llamada de Alex, me sentí tan fuerte y con todas las de ganar cuando me comentó que podría presentar una demanda por despido improcedente! Se me formó un nudo en la garganta al escucharlo tan animado y deseoso de ayudarme que cuando me preguntó por qué pasaba mi tiempo libre admirando niños, le confesé aquello que hacía que mi corazón se sintiera pequeño y lleno de espinas.

Cerré los ojos cuando una hermosa mirada azul se posó sobre mí mientras sus pequeñas manos buscaban la manera de sostener mi rostro. Si me esforzaba lo suficiente, casi podía estar allí, en ese instante robado donde mi hermoso bebé estaba...

—¡Emilia! ¡Emilia!

Me sobresalté y miré hacia la derecha alejándome de la puerta metálica; Bob, mi jefe, estaba mirándome con rostro compungido. Antes de estar preparada mentalmente para su contacto físico, me envolvió en un cariñoso abrazo de oso.

¡Jesús!

—Gracias a Dios que regresaste.

Me envolvió de tal manera que estaba segura de que moriría asfixiada. Su cara colosal masculina azotó sin piedad mi olfato y traté de disfrutar el afecto sincero de un hombre que se había sentido muy triste por toda la situación.

—Sí, aquí estoy —dije ahogada—. Como prometí.

Gracias al cielo, las puertas del elevador se abrieron y mi cariñoso jefe tuvo que soltarme.

—Le dije a Mark que sería muy estúpido por su parte dejarte ir —dijo jalándome hacia el interior del aparato eléctrico. Presionó el botón PB y me miró poniendo los ojos en blanco—. Sobre todo, cuando la espía contratada por los Sullivan era Margaret, su propia jefa de recursos humanos. Vaya ironía de la vida.

Aquello me dio una sacudida.

—¿Margaret? —pregunté aún si creer lo que escuchaba—. ¿La amable Margaret Mitchell? —Él asintió mientras se cruzaba de brazos y fruncía el ceño—. ¿La misma que hace siete meses me recibió en una cálida entrevista? ¿La que me dio un recorrido completo y me deseó un maravilloso año?

Una sonrisa avergonzada tocó sus labios.

—Cuando lo pones de esa manera, la herida duele más; comprendo totalmente el humor de perro que ha cargado Mark durante este último mes. Debe de ser jodido que tu mejor amiga te apuñale solo por unos cuantos miles de dólares.

Mi estómago protestó y disimuladamente llevé mi mano izquierda hacia el lugar donde el dolor sordo se disparaba.

«Ni que lo digas».

Las puertas se abrieron y concentré toda mi energía en procurar mantener una actitud serena mientras me despedía de un muy animado Bob. Hubo un momento en el que casi perdí la compostura cuando me volvió a pedir que lo agregara sin falta a mi imaginario Facebook, me sentí orgullosa de mí misma cuando fui capaz de llegar a mi apartamento sin derramar ni una sola lágrima.

Con el tiempo hay dolores que se adormecen; perder un hijo era una anestesia que cuando te la aplicaban no había forma de librarse de ella.

Aunque era posible que solo fuera mi subconsciente rehusándose a volver a sentir.

Volver a experimentar y revivir su muerte.

De todas las cosas que alguna vez en la vida podría perdonarle a Bruno, la muerte de mi pequeño hijo no era una de ellas.

28. SIN SUERTE

*Diez años atrás.
Verona, Italia.*

Plantear con exactitud el momento exacto en el que me di cuenta de que casarme con Bruno de Médicis quizás fue el peor error de mi vida era subestimar a mi memoria.

Y vaya si no lo era.

Aunque al principio de nuestra relación sus tendencias controladoras y obsesivas, para nada sanas, pasaron desapercibidas, a medida que los días se sucedieron después de nuestro matrimonio ciertas actitudes encendieron mis alarmas. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había convertido en una víctima de abuso hasta que fue demasiado tarde. Ya estaba muy avanzado mi embarazo como para confundir y justificar su maltrato con mis ataques hormonales y disculparlo por todo.

¿En qué punto de una relación confundíamos amor con control?

Sequé la sangre que manchaba mi barbilla e hice una mueca mientras me miraba en el espejo de mi enorme cuarto de baño. Quizá jamás sabría la respuesta a esa pregunta.

Mis ojos estaban hinchados y manchados con la máscara de pestañas que después de todo no era tan resistente al agua como prometía. No volvería a fiarme de la ridícula publicidad que salía en internet.

Hice una mueca cuando descuidadamente toqué la carne abierta en la esquina inferior derecha de mi labio.

¡Maldición!

Siseé más vulgaridades mientras limpiaba como podía el desastre en el que mi rostro, hasta hacía unos momentos delicadamente maquillado, había quedado luego de enfrentarme sin los argumentos suficientes a la furia y celos de mi esposo. Un hombre que había empezado a tener celos irracionales de su mejor amigo.

—¿Dónde diablos estás?! ¡Maldita sea, aún no he acabado de hablar

contigo!

Me estremecí cuando el grito furioso de Bruno hizo eco y explotó sin miramientos en las paredes de nuestra amplia habitación.

¡Mierda!

El pomo de la puerta de roble crujió bajo la imperiosa necesidad de mi esposo por terminar con una *relación* fraudulenta e imaginaria que se había creado en su cabeza.

—¡Dime de una puta vez la verdad! —había gritado mientras me acorralaba contra la puerta de su estudio—. Te amo y te juro por Dios que puedo perdonarte lo que sea, pero tienes que decirme la maldita verdad para dejar de hacer el ridículo papel de idiota frente a mis amigos.

Abrí la boca para repetirle que todo eran mentiras perfectamente hiladas por el hombre que decía llamarse su mejor amigo. Un hombre perverso que en más de una oportunidad había tenido que rechazar y frenar cualquier avance por su parte.

Por tonta era que me pasaba esto. Si tan solo se lo hubiera dicho cuando ocurrió la primera vez, quizá todo esto se podría haber evitado.

—Ya te dije que no tengo nada con Dante, es Alessi...

Ni siquiera vi venir su puño.

Lágrimas saladas salieron asustadas de mis ojos e hicieron picar mi herida regresándome al presente. La puerta volvió a crujir y deseé poder regresar el tiempo, a cuando las primeras insinuaciones por parte de la persona que creí que era un aliado se hicieron evidentes.

Roces casuales aquí. Palabras de aliento por allá. Nada que denotara su atracción evidente hacia mí. Incluso podía recordar cómo me defendía con diligencia de Dante Rocco, quien pensé erróneamente que era mi enemigo.

—¡No quiero verte!

Mi voz salió rota y dejé de tratar de arreglar el desastre en mi labio. Las fuerzas abandonaron mi cuerpo, crucé los brazos sobre el mesón de granito blanco y dejé caer mi cabeza sobre estos. A pesar de no haber gritado, mi susurro ahogado se entendió porque la puerta dejó de quejarse. Mi hijo se revolvió asustado y respiré profundamente. Tenía que mantener la calma o mi hijo podía salir perjudicado.

—Catrina...

Mi corazón hizo una voltereta al igual que nuestro hijo porque utilizó aquel tono sumiso y amoroso. El mismo que era capaz de doblar mis rodillas.

—Yo..., nena. —El suspiro que abandonó su garganta hizo pedazos mi resolución de dejarlo. Ese deseo enfermizo que se había desarrollado en mi cabeza de correr lo más rápido que mis piernas me permitieran se esfumó aterradoramente—. *Lo siento tanto.*

Apreté los ojos cuando mi pequeño hijo se volvió loco en mi vientre escuchando la voz cariñosa de su padre. Esta no era la primera vez que abusaba de mí de forma verbal, pero sí que sumaba un maltrato físico, duro y desalmado. Por *Dios*, estaba embarazada de su hijo, ¿pero acaso eso le impidió agredirme?

—Abre la puerta, cariño —rogó—. Maldición, prometo que ya estoy tranquilo. Yo... yo me siento como la mierda por haberte golpeado. Y sé que piensas que soy un monstruo, pero tienes que entenderme. Tú y mi pequeño Piero sois todo lo que tengo. —Su profunda voz se ahogó con un sollozo estrangulado y me levanté para abrir la puerta.

Me gustaría pensar que hice aquello porque era una joven de apenas dieciocho años, pero ahora ya no estoy tan segura.

Sucede algo gracioso cuando estás enamorada de un abusador. Tu cerebro confundido empieza a justificar sus maltratos y te hace pensar que está bien, cuando no es así. Quien te ama jamás te lastimaría. Jamás te golpearía. Pero es difícil verlo a través de la neblina de no querer admitir que tu relación es un fracaso. E incluso te convences de que el abuso es soportable para no enfrentarte al escarnio del que serías objeto de esta sociedad, que busca culpar a las mujeres cuando te separas de un maltratador.

Por cada mujer que ha sido asesinada por su esposo, novio o conviviente hay ocho personas diciendo que fue su culpa.

Pero la culpa es de la sociedad. La misma que te hace pensar que el éxito de una relación recae únicamente sobre la mujer y que si esta fracasa es su culpa. Y nadie quiere sentirse una fracasada, ¿verdad? Razón por la cual muchas mujeres mantienen esas relaciones tóxicas con la idea y feroz esperanza de que mientras ellas resistan el abusador un día cambiará.

¡Qué patraña más ridícula!

Claro, todo eso lo sé ahora, pero en ese entonces... *Bueno...*

Cuando abrí la puerta lo primero que me golpeó fue su apariencia desalineada. Sus ojos estaban inyectados en sangre y lucía sucio y desesperado. Cuando la puerta estuvo lo suficientemente abierta, sus brazos me envolvieron y me relajé sin querer a pesar del daño que me había hecho

dos horas atrás.

Una parte de mí se justificaba diciéndome que mi ingenuo esposo solo estaba siendo manipulado por un supuesto mejor amigo, que me estaba acorralando para que me sometiera a sus bajos instintos.

Dante me había advertido hacía un mes, pero yo, necia, había hecho oídos sordos y había confiado en la persona equivocada. Ahora estaba pagando muy caro mi descuido.

—¡Perdóname, nena! ¡Perdóname! —Dejé que su intenso aroma, mezclado con el olor amargo de un vino añejado por más de cien años, adormeciera la voz que me susurraba que lo dejara.

—Solo llévame a la cama y hazme el amor para que recuerdes que soy tuya. —Sus manos me apretaron y su cuerpo se tensó—. Solo tuya y de nadie más. Y en el proceso hazme olvidar que las mismas manos que me han adorado desde hace más de un año hoy han roto mi corazón.

Aquella noche, Bruno le hizo el amor a mi cuerpo; consiguió que mi magullada boca gimiera su nombre incontables veces mientras sus embestidas me acercaban a tocar aquellas estrellas que había considerado parte de mi paraíso privado. En ningún momento estuvo cerca de hacerle el amor a mi alma.

Era como si de pronto hubiera quedado encerrada en algún punto entre su boca, que adoraba experta mi coño, hasta el cansancio y la sensación de vacío que arropó mi corazón. Su lengua experta le abrió paso a un fuego desprovisto de sentimientos para que invadiera mi núcleo y gimiera por una liberación. Una liberación que me haría olvidar por unos escasos segundos lo mal que estaba todo esto.

¿En qué punto del camino mi matrimonio aparentemente perfecto se había convertido en una relación abusiva? Era lo que muchas mujeres nos preguntábamos al final de cada día después de recibir un ataque o palabras que destruían poco a poco el amor hacia la persona a la que habíamos jurado amar.

Mis pensamientos se volvieron nada cuando con delicadeza giró mi cuerpo, ahora con varias libras de más a consecuencia de los ocho meses de embarazo, y me puso a gatas. Mis manos y rodillas me dieron la estabilidad necesaria y me perdí en aquel instante. Cuando deslizó su dura longitud en mi interior, gemí presa del millón de sensaciones que acariciaron mi cuerpo.

¿Existían mujeres que también permitían que sus esposos les hicieran el

amor después de golpearlas? ¿O era solo un rasgo más de mi tóxica personalidad? ¿De mi baja autoestima?

Mi error era llamar *hacer el amor* a tener sexo con tu agresor cuando realmente era un *acto sexual para aplacar tu conciencia*.

Sus grandes manos se aferraron a mi cintura y usó la fuerza necesaria para guiar mis caderas a encontrarse con sus firmes estocadas. Cada presión, cada beso salpicado sobre mi hombro provocó que mi cabeza se llenara de la endorfina necesaria para alejarme de los malos recuerdos. Su mano izquierda abandonó mi cintura y bajó hasta encontrarse con mi tierno capullo, empezó aquella suave pero firme caricia que me ayudaría a tocar las estrellas, que ya no eran suficiente premio para consolar mi alma rota y perdida.

Lágrimas golpearon mis ojos cuando crucé la meta, por unos instantes tan lejana. Un millón de luces explotaron bajo mis párpados cerrados. Pero esta vez aquel sentimiento solo envió una punzada de culpa a mi pecho.

¿Si ya no podía utilizar al sexo como bálsamo para remendar las heridas de mi torpe corazón, qué usaría ahora? El pánico tomó el volante de mis pensamientos y me llevó por un camino que no reconocí.

—¡Maldición! —siseó Bruno mientras su falo era exprimido por las contracciones involuntarias de mi coño—. La mejor puta cosa del mundo... ¡Dios! —rugió mientras sus embestidas se volvieron descuidadas y profundas.

Las ondulaciones de placer internas se alargaron gracias a la fricción de su cresta contra mi punto G y el golpe desigual de sus caderas contra mi trasero. Siempre habían sido adictivas las sensaciones que despertaba en mi cuerpo, pero ahora aquello solo incrementaba mi deseo de llorar mientras me cubría con mi fina manta y desaparecía del mundo.

—Te amo, Catrina... —susurró mientras alcanzaba las estrellas y las convertía en cenizas.

—Y yo a ti —musité antes de perderme en un firmamento que ahora era negro y triste, sin una maldita estrellas a la vista para admirar.

Cuando rodó fuera de mí, me levanté y hui a la seguridad del baño. No cerré la puerta porque sería demasiado obvio, por lo que solo encendí la ducha con efecto de lluvia y cerré la mampara; me perdí en la sensación del agua golpeando suavemente mi cabeza.

Era hora de buscar otro aliciente para mis heridas o esto podría terminar mal.

Pero claro, jamás uno se imagina que tan mal puede acabar cuando estás

enamorada de un hombre que piensa que eres de su propiedad.

29. MELIFLUO

Dos semanas y media después.

Sostener a mi pequeño hijo fue como abrazar a la esperanza y al amor mientras estas me cantaban una hermosa y delicada canción de cuna.

Luego de ocho horas de parto, Piero Gagliardi Antinnori me había cautivado en el instante en el que escuché por primera vez su llanto rebotar por toda la abarrotada habitación de médicos y enfermeras. Había valido la pena tanto dolor ahora que veía su pequeño cuerpecito dormido plácidamente entre los brazos de mi esposo; me parecía que podía ser capaz de dejar atrás los malos momentos y concentrarme en la familia que ahora teníamos.

Íbamos a estar bien. Podía presentirlo.

—Piero Gagliardi, has venido para robarme a mi esposa, ¿no es así? —preguntó mi esposo mientras lo colocaba en la cuna hospitalaria que estaba ubicada a escasos pasos de mi cama y lo miraba fijamente.

Mi sonrisa titubeó cuando un feo presentimiento asomó sobre su cabeza y alzó una bandera roja. No fue lo que dijo sino cómo lo *dijo* lo que provocó que un escalofrío recorriera mi espalda. Abrí la boca para preguntarle a qué se refería, pero mis cuatro hermanas acompañadas de mis padres entraron en la habitación. Como era de suponer, mis padres acorralaron a mi esposo mientras fingían que estaban felices por la llegada del nuevo integrante.

—¡Madre mía! Pero si es hermoso —dijo Alma rescatando a mi hijo. Mis padres ni siquiera disimularon lo aliviados que se sintieron de que fuera ella quien lo cogiera—. Sé que quizás lo dirán todas las tías del mundo, pero... joder, nosotras tenemos el sobrino más hermoso del mundo.

Mis hermanas rieron mientras la rodeaban y le daban un vistazo al pequeño hombre que había llegado para poner mi vida de cabeza. Mis padres enlazaron a mi taciturno esposo en una conversación frívola que le provocaba descarados bostezos.

—Eres una cosita hermosa, Piero Gagliardi —arrulló cariñosamente Amber. Sonreí mientras atesoraba este momento en mi memoria. Me había

enamorado por segunda vez y este sentimiento era incluso más apabullante e intenso que lo que sentía por mi esposo.

—Tengo que reconocer que los bebés no eran una idea muy atractiva para mí —confesó Katerina mientras delicadamente tomaba a mi hijo de los brazos de nuestra hermana mayor—, pero viéndolo y sosteniéndolo te dan ganas de tener uno propio.

Empezamos a reír, pero la fuerte tos de mi padre nos hizo enmudecer. Era hora de escuchar.

—Primero, tenemos que conseguirte un buen marido. —Madre caminó hacia nosotras y miró a Piero, pero no hizo el amago de sostenerlo—. Los niños son una bendición, pero lo son aún más cuando provienen de padres que están debidamente casados.

Me abstuve de poner los ojos en blanco. Lo que realmente quiso decir mi madre era que los hijos eran una *bendición* si eran concebidos por el espermatozoides de un hombre rico e influyente como lo era mi marido.

Más superficial y podía morir ahogada por sus feas extensiones de cabello.

—No me refería a que lo tendría *ahora*. Me refería al sentimiento de querer amar a una personita que sale de ti y que sabes que jamás te va a abandonar.

Lágrimas de emoción nublaron mi visión y miré a mi esposo, pero este frunció el ceño y alejó la mirada de nuestro hijo. Tenía que hablar con Bruno. Había cosas que pasaban por aquella esquiva cabeza y tenía que llegar al fondo de todo eso.

—Creo que Catrina ha tenido suficiente emoción por un día —dijo mi esposo mientras abría la puerta de la habitación.

Mi mandíbula se desencajó por su osada despedida. Mis hermanas, al igual que yo, no dieron crédito a lo que escucharon.

—Yo estoy... —empecé a decir mientras forzaba una sonrisa que estaba lejos de ser sincera, pero como siempre mi madre vino a la carga.

—Tiene razón. —El alivio ahora era evidente en su rostro—. El duque y vuestra hermana acaban de convertirse en padres, por lo que tendrán muchas cosas que hablar concernientes al niño.

Katerina negó mientras se acercaba y me entregaba a Piero.

—En serio, no tienen que irse —dije sintiendo un nudo en la garganta, pero mi hermana me ofreció una sonrisa triste.

Esta era la primera vez desde que me casé que las veía. Habían pasado cuatro meses y pensar en que tendría que esperar más tiempo me estaba

provocando un pequeño ataque de ansiedad.

—Prometemos que cuando estés en casa *iremos* a visitarte. —Un atisbo de pesar agobió su rostro—. Madre tiene razón y debes estar agotada, es mejor si guardamos esta charla para cuando no huelas a antiséptico y no estés más dopada que la tía Gabrielle. Dios sabe que esa mujer debería asistir a terapia para que la ayude con sus problemas de insomnio y de bebida.

Mi boca se secó, pero la mantuve cerrada. Su intento de broma hizo que mis ojos ardieran. Las extrañaba mucho.

Bruno abrió más la puerta y el resto de mis hermanas se acercaron y me abrazaron.

Suspiré cuando sus diferentes perfumes me recordaron que siempre las tendría en mi vida y que no tenía que exagerar las cosas. La casa que había construido mi marido se encontraba al oeste de Verona y la casa en la que crecí estaba a tan solo dos horas de distancia. Además, siempre nos manteníamos en contacto gracias a la mensajería instantánea o llamadas.

—Te amamos y aún puedes llamarnos. —Un coro de *sí y sabes que es así* calentó mi corazón—. Sabes que siempre vendremos a ti si nos necesitas —susurró mi hermana mayor antes de besar mi frente y alejarse. Amber, Ellisa y Katerina imitaron a Alma y me besaron en distintas partes de mi rostro evitando despertar a Piero.

Para él también hubo palabras de amor y cariño antes de que en silencio abandonaran la habitación sin esperar a mis padres. Madre aprovechó ese momento para despedirse de Bruno y desaparecer.

Aquello no me sorprendió ni un poco.

—Felicitaciones, hija —dijo por primera vez mi padre mientras se acercaba y torpemente me besaba el cabello. Mi corazón tembló—. Has hecho bien.

El dolor levantó su fea cabeza, ni siquiera pudo decirme algunas palabras de cariño.

Dicho eso se alejó y le estrechó la mano a Bruno antes de lanzarme otra mirada en blanco y desaparecer.

Abracé fuertemente a mi hijo y cerré los ojos mientras me recostaba sobre las almohadas.

Sin duda, eran mejores el amor, los celos y el control de la que era víctima por parte de mi marido que la fría indiferencia a la que me acostumbraron mis padres.

30. MISÓGINO

MI esposo había cambiado de caliente a frío en cuestión de días. Cuando salimos del hospital, atribuí su falta de apego hacia nuestro hijo al hecho de que quizá se encontraba cansado por lo extenuante que fue el parto, pero solo fue luego de siete meses que la razón se hizo más que evidente.

Alessio había contaminado su cabeza con falsas e ilógicas teorías de que quizá Piero no era hijo suyo.

¡Válgame, Dios!

—¿Te estás escuchando? —pregunté incapaz de creer lo que me estaba diciendo.

Habían transcurrido cinco días desde que celebramos los siete meses de nuestro hijo. Una pequeña reunión a la que asistieron sus padres y mi familia fue suficiente para que se rompiera y admitiera lo que carcomía su cabeza.

Los padres de Bruno eran personas cariñosas y muy atentas que me dieron un vistazo cercano a lo que era sentirse querida de manera fraternal. Su hermana mayor también me había abierto los brazos y me sentía feliz de que mi hijo creciera con abuelos que le demostrarían que él era importante para sus vidas. Mis padres eran otro cantar. Lidiaría con ellos cuando mi hijo fuera un jovencito y preguntara por qué la diferencia en los tratos.

Una conversación que esperaba no sostener jamás. ¿Cómo explicarle a mi hijo que sus abuelos maternos eran unos seres sin sentimientos?

Bruno negó y se sentó en el sillón que estaba detrás de su escritorio.

—¡Míralo, Catrina! ¡Míralo! —gritó señalando despectivamente a nuestro hijo, quien jugueteaba con mi collar—. ¿Acaso se parece a mí?

No iba a ocultar cómo me hería que pensara que lo había engañado. Y con Dante Rocco.

Qué cosa más absurda.

Por Dios, aquel hombre era ajeno a las acusaciones vertidas por Alessio y que avivaban las alucinaciones de mi marido. Tenía que existir una manera de hablar con el imputado sin que pareciera que estuviéramos planeando su asesinato. Hasta donde había podido darme cuenta, el maldito de Alessio

había puesto en mi contra al personal entero diciendo mentiras sobre mí mientras usaba la lealtad de los empleados de mi marido.

Maldito infeliz.

—Lo miro y lo que veo es a un dulce niño que tiene rasgos de los dos.

Mi espalda se puso rígida cuando se levantó bruscamente y se acercó. Su rostro era una fría máscara de hielo y por primera vez no podía acertar en qué estaba pensando mientras nos observaba.

Mi hermoso Piero, ajeno al desamor de su padre, sonrió y extendió sus pequeños brazos para que este acudiera a su encuentro, pero Bruno lo ignoró despiadadamente.

—Solicitaré una prueba de ADN —dijo al detenerse a mi lado—, en vista de que rehúsas a ser sincera tendré que tomar medidas extremas.

Me congelé cuando el peso de sus palabras me golpeó.

—Y que Dios se apiade de ti, porque si Alessio tiene razón y Piero es hijo es Dante, él y yo tendremos una seria conversación y uno de los dos no saldrá vivo de esta casa.

31. INFUMABLE

Presente.

Alexey

Para mi mala suerte, el examen toxicológico que había solicitado y que se realizaron mis trecientos empleados, a excepción de dos internos que estaban consumiendo éxtasis y fueron despedidos de inmediato, había salido negativo. Es decir, que la señorita Jones no consumía estupefacientes, aunque su impulsivo comportamiento hiciera pensar lo contrario.

Era sábado y Dmitri me había convencido de que saliera a beber una cerveza con él mientras Leo era cuidado por Cloe, una mujer de cincuenta años casada durante más de tres décadas que se había convertido en mi niñera los fines de semana.

Como el bar se encontraba lleno, decidimos ocupar la esquina izquierda de la barra, a cuya altura él podía quedar gracias al asiento ajustable. Si cualquier mujer que pasara lo viera, jamás podría imaginar que estaba sentado en una silla de ruedas.

Tristemente, desde que habíamos llegado no había parado de hablar de Emilia Jones. Era como si disfrutara atormentándome con la idea de ella siendo algo más que mi empleada.

—Tienes que admitir que te gusta un poco. Lo puedo ver escrito por todo tu rostro. —Hice una mueca y él bebió de su cerveza.

—Claro, tanto como que alguien me rompiera un brazo...

La cerveza salió despedida de su boca mientras empezaba a toser salvajemente.

El ayudante del cantinero le dio una fea mirada y limpió en silencio el desastre que había provocado.

—En serio, dices las cosas más bonitas cuando piensas en ella —acusó sarcástico limpiándose su boca con la servilleta.

Puse los ojos en blanco, alcé la botella y bebí un largo trago tratando de quitarme el mal sabor de boca que me provocaba hablar de ella. Cuando el

líquido amargo hizo su camino hasta mi estómago, me aclaré la garganta y pregunté con curiosidad:

—¿Crees que luego del desastre de mi relación con la madre de Leo tengo deseos suicidas de involucrarme con otra loca?

Las comisuras de sus labios se alzaron y negó con la cabeza mientras inclinaba la botella en mi dirección.

—No todas las mujeres están locas como tu ex, ni el salir con Emilia Jones tiene que significar que pondrás un puto anillo en su dedo anular...

—¿Y acaso eso no es lo que esperan todas las mujeres?

Sonrió y golpeó mi espalda.

—Estás muy seguro de que ella querrá casarse contigo cuando, para empezar, ni siquiera sabes si le gustas.

Rodé los ojos.

—¿Has visto cómo me habla? —Un escalofrío atormentó mi columna al recordar lo burda y directa que podía ser—. Créeme, sus sentimientos son todo menos amorosos. Llámame paranoico, pero desde que hablé con ella en aquella horrible cafetería tengo el palpito de que ha imaginado mi muerte en un millar de maneras diferentes. Y todas la involucran a ella asesinándome a sangre fría. No pienso dejar que se acerque a mi polla.

Soltó una carcajada.

—Además, eres tú quien está pensando en matrimonio y anillos costosos, yo estoy ideando cómo podría poner su trasero lejos de la empresa.

—Ella es buena —aseguró.

—Pero también está loca —refuté sin desviar la mirada.

Guardamos silencio.

—Madre me ha llamado cinco veces esta semana.

Mi corazón se estrechó, pero guardé silencio. Mi hermano suspiró y dejó caer los hombros. Yo también extrañaba hablar con nuestra madre y me dolía pensar en Leo creciendo lejos de su abuela. Mientras mi padre se estaba pudriendo en la cárcel como consecuencia de sus acciones, mi madre había sido una víctima ignorante de todo esto.

En ocasiones, me recordaba a Nina. Mi madre también se había enamorado del hombre equivocado, pero a diferencia de mí, este había logrado sostener mucho tiempo la fachada de buen hombre y padre de familia.

—Me mata el no poder hablar con ella, pero es por su propio bien. —Asentí comprendiendo perfectamente su impotencia, la misma que yo sentía cada vez

que llamaba para saber cómo estaba Leo; por ello apagaba el móvil cuando su nombre parpadeaba en la pantalla—. Cada vez que hablo con ella se hace más duro el hacerla entender que si la persona equivocada se entera de que conoce nuestra ubicación, estará jodida. Aparte, es imposible que comprenda por qué no es seguro traerla a vivir con nosotros.

Luego de que el FBI y la INTERPOL intervinieran mi bufete en Rusia, huimos dejando atrás a nuestra madre; para cuando ideamos un plan para ponerla a salvo, los malditos perros ya la habían puesto bajo custodia. Mi padre, a pesar de ser el monstruo que era, accedió a firmar una confesión juramentada a cambio de que mantuvieran a salvo al amor de su vida.

Quién iba a imaginar que después de todo nuestro maldito padre sí tenía corazón.

Gracias a eso, ella estaba vigilada las veinticuatro horas del día dentro de una casa de seguridad a las afuera de Ekaterimburgo.

El juicio de mi padre se llevó a cabo el mismo año de mi divorcio, pero aún la mantenían a salvo por las represalias y la ola de asesinatos que la confesión de nuestro padre levantó.

Una parte de nosotros se sintió aliviada al saber que nuestra madre se encontraba lejos de toda la mierda que salpicó el desastre del hombre que había jurado cuidarla y protegerla. Por ahora, su único dolor era añorar estar cerca de sus dos hijos y ver crecer a su nieto. Esperaba que un día Leo pudiera conocerla.

—¿Los Konstantinovka siguen buscando oportunidades para asesinarte?

Eso provocó una sonrisa ácida en mis labios.

—Fue noble por tu parte asumir la responsabilidad de la muerte de Ekaterina.

Negué y bebí otro trago.

—No hay nada de noble cuando, para empezar, el motivo de que Nina la asesinara fue porque la obligué prácticamente a convertirse en lo que más aborrezco.

Cuando el guardia que vigilaba a Ekaterina recuperó la consciencia, corrió hacia el apartamento y encontró a la mujer que tanto daño nos había ocasionado desangrándose en medio de la pequeña sala.

Lo reportó anónimamente al 911. Para cuando urgencias llegó, solo pudieron confirmar su deceso.

Ekaterina Dunia Konstantinovka murió en circunstancias extrañas. La prensa

atribuyó su muerte a un robo mal efectuado basada en la evidencia que la policía encontró en la escena del crimen, y que yo ordené que plantaran en su apartamento. Pero la familia de ella sabía que yo estaba involucrado y acepté con gusto la culpa. Lo que fuera para mantenerlos alejados de Nina.

—Cada cierto tiempo un asesino intenta colarse en la empresa para asesinarme, pero demasiado pronto termina su intento.

—Sí, esos jamás se dan por vencidos.

Me esforcé en mantener la compostura cuando la ola de arrepentimiento azotó sin clemencia mi conciencia. En mi afán de mantener con vida y alejada de los problemas a Nina, había olvidado que mi hermano también sería blanco fácil para ellos. Hacía cuatro años, lo sorprendieron en mitad de la noche en el ático que en ese entonces compartíamos. Aquel día me encontraba de viaje en San Francisco buscando socios para abrir el bufete.

Mientras crecíamos, Dmitri no fue muy dado a matar por lo que mi padre decidió que él estudiaría Derecho para llevar los asuntos de la familia. Cuando el asesino irrumpió en su apartamento, mi hermano menor se defendió como pudo hasta encontrar la manera de asesinarlo, pero no lo hizo antes de que el sicario le propinara dos certeros disparos en cada rodilla.

—Sabes que no te culpo por ello.

La intensidad de su mirada quemó mi rostro, pero no lo miré.

—¿Como también sabes que aún amo a Nina?

Nuestros ojos se encontraron y asintió.

—¿Has sabido algo de ella?

Negué y empecé a quitar la etiqueta de la botella.

—Pues yo sí.

La curiosidad acuchilló mi corazón, pero no iba a preguntar. Mi hermano, como me conocía, alivió algo mi atormentada cabeza.

—Ahora tiene dos hijos y su empresa está tomando fuerza. Se dice que ella es el ángel de los desafortunados, está convirtiendo en grandes fuentes de empleo negocios que fueron declarados en quiebra hace años.

Mi pecho se llenó de orgullo. A Nina siempre le habían gustado las finanzas, no dudaba que fuera buena ayudando a empresas pequeñas a llevar de manera correcta su contabilidad.

El alivio inundó mi pecho al escuchar que su corazón seguía siendo bueno. A pesar de todo el infierno que había vivido conmigo, ella salió intacta.

—Pues me alegro por ella —traté de decirlo con sinceridad mientras me

esforzaba por ocultar mis celos.

Yo debería ser el hombre que sostuviera su mano mientras ayudaba a otros, no el infeliz de Ivánov.

—Creo que mejor me marchó.

Me levanté y abandoné el establecimiento sin molestarme en esperar a mi hermano. Había tenido suficiente por esta noche y era mejor dejar de pensar y hablar de la mujer que siempre tendría mi corazón en sus manos, pero que dormía en otros brazos. Suficientemente malo era saber que vivíamos en la misma ciudad como para echarle más sal a la herida.

Además, Dmitri no tenía por qué saber que yo aún esperaba el día en que el amor de mi vida se diera cuenta de que era a mi lado donde pertenecía y dejara el trasero estúpido de Ivánov.

32. FAVORES PIADOSOS

Catrina

Para cuando el domingo llegó, un plan se había desentrañado en mi cabeza, pero iba a necesitar la ayuda de Alex para llevarlo a cabo.

—Estás loca, ¿lo sabías? —dijo arrastrando una pesada mano por su desordenado cabello.

Le había pedido encontrarnos en la heladería que se encontraba a pocas cuadras de la oficina, la misma a la que solíamos venir en ocasiones durante nuestra hora de almuerzo. Gracias al verano, que ya nos había caído encima, se encontraba llena, pero no quería invitarlo a un restaurante luego de la incómoda conversación en la que sus sentimientos quedaron más que claros.

Lo miré y decidí ser sincera. Al menos, en una parte.

Algunos niños que se encontraban a nuestra derecha rieron cuando a uno de ellos se le cayó la bola de helado al piso.

—Te conté sobre lo destrozada que quedé cuando perdí a mi hijo. —Arranqué la mirada de la escena y me concentré en su rostro. Alex hizo una mueca, pero no desvió la mirada de mis ojos—. No puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer nada mientras Leo vive cada día con una falencia a la que es ajeno el idiota de tu hermano. Bueno, no creo que sea *ajeno*, algo me dice que lo sabe perfectamente, pero por alguna estúpida razón cree que tu sobrino estará mejor sin el cariño de una mujer.

Suspiró y recargó los brazos sobre la mesa rectangular que tenía la cara de un payaso estampada en su superficie. Lucía muy atractivo con los vaqueros desgastados, que moldeaban sus musculosas piernas, y la camisa azul, que protegía su pecho de las indecorosas madres que lo desnudaban descaradamente con los ojos.

—Quieres que mienta a mi hermano y autorice tu visita a mi sobrino. —Frunció el ceño y su mirada se ablandó un poco—. Lo que me pides es francamente peligroso. Y no lo digo porque tema por mi seguridad. Es la tuya la que me preocupa.

Asentí.

—Yo estaré bien. —Sonreí y me esforcé por sonar segura—. Aunque no lo creas, sé cómo lidiar con hombres como el idiota que cree que, porque gruñe y grita, le tengo miedo.

Soltó una risa incrédula, pero asintió.

—Está bien. Pero espero que sepas lo que estás haciendo. Leo puede ser difícil y que te tome varios intentos acercarte a él.

Mis manos volaron a las suyas y le di un apretón amistoso.

—Muchísimas gracias. —Correspondió a mi apretón, pero alejó sus manos luego de unos segundos—. Te prometo que trataré de ser lo más discreta posible para que todo esto sea por su beneficio. Estoy segura de que con mi acercamiento él dejará de sentirse triste.

Aquella noche, cuando me acosté sobre mi cálida cama, no podía esperar a que amaneciera. Quería hablar por primera vez con Leo y ver su reacción frente a un poco de atención por parte de una mujer a la que no le estaban pagando para pasar tiempo con él.

Mi corazón moría de la emoción, luego de mucho tiempo sería capaz de hacer a otro niño feliz y eso aliviaba en algo la culpa que pesaba sobre mi alma. Leo Wright experimentaría lo que me hubiera gustado que mi pequeño Piero recibiera.

Él estaba desde el cielo cuidándome y sabía que me ayudaría a acercarme a este dulce niño que necesitaba un poco de amor.

33. CHOCOLATES Y DULCES

Decidí que el tiempo perfecto para poner en acción mi descabellado plan, que bauticé con el nombre de «conquistar a Leo Wright», fuera mi hora de almuerzo. Como no quería levantar sospechas ni que mi alocada idea hiciera que me despidieran, creí conveniente encubrir mi ausencia de esa manera. Tampoco era como si a mis compañeros de oficina les perturbara ese detalle o les interesara a dónde iba.

—Y vosotros, chicos, ¿no odiáis a aquellas mujeres que utilizan su cuerpo y belleza para conseguir que se les devuelva el empleo?

Por decima vez ignoré la provocación de la rubia oxigenada que pedía a gritos conocer muy de cerca mi puño. Desde que había regresado, Maya no había cesado de lanzar pullas aquí y allá.

Uno de los chicos debería decirle que apestaba eso de enviar indirectas.

—En todo caso, imagino que de algo tiene que servir ser tan hermosa, ¿cierto? —Los hombres guardaron sabiamente silencio, aunque podía sentir el peso de sus miradas quemando mi rostro.

—Como sea, al final de año no importará cuántas pollas haya besado, de ninguna manera se quedará con una de las vacantes.

No tenía idea de cómo mejorar las cosas entre nosotros así que solo dejaba que ella se desahogara de esa manera. Si ignoraba todas las cosas que salían de su boca estaríamos bien.

Al menos, *ella*.

A la una en punto mi móvil zumbó con un mensaje de mi cómplice: «Está hecho». Sonreí mientras recogía la bolsita roja de dulces y chocolate que había comprado esta mañana.

Había llegado la oportunidad, era hora de conquistar a cierto jovencito que tenía unos impresionantes ojos grises.

Cuando llegué a la guardería, la directora, una mujer con abundante cabellera rizada y ojos marrones muy amables, me dio una larga mirada antes de autorizarme la entrada.

—Soy Lea, la encargada de la guardería. —Extendió su mano y la estreché

—Sea bienvenida, señorita Jones, espero que sea cierto lo que dice el señor Cavanagh y la *terapia racional emotiva conductual* ayude al jovencito Wright. —Forcé una sonrisa profesional y asentí mientras la seguía hacia el interior del enorme centro de juego, que ocupaba todo el piso.

Esta noche le haría una llamada de emergencia a Alex para que me explicara cual fue la mentira que soltó y de qué iba toda aquella *terapia* que en mi vida había oído. También podía recurrir a Google antes de hablar con él para entender de qué iba todo el asunto.

—Es un niño muy dulce, pero parece ser que no es capaz de empatizar con alguien.

Mi corazón se sintió frágil. Ahí, en la esquina derecha de la sala abarrotada de juguetes de todas las formas, tamaños y colores, se encontraba sentado en una pequeña silla de plástico de color rojo Leo Wright.

—Le deseo mucha suerte, señorita Jones.

—Gracias —musité mientras caminaba despacio hacia él.

Su atención estaba centrada en la pared de vidrio que dividía un área específica que, deduje, solo era para la exclusiva interacción de padres e hijos. En su interior había algunos niños almorzando en compañía de sus madres y otros que se divertían explorando los confines de ciertos juegos, cuya función era desarrollar sus destrezas mientras sus orgullosos padres les profesaban palabras de aliento y cariño. Podía imaginarme lo que sentía en este momento Leo, porque una vez fui él.

Cuando estuve lo suficientemente cerca hice obvia mi presencia.

—Hola.

Sus hermosos ojos grises me miraron. En ellos navegaba una pena que me era muy familiar.

«Tranquilo, querido Leo, Catrina Antinnori ha venido a espantar a la tristeza».

—Soy Emilia.

—¿Estás buscando a tu hijo?

Traté de disimular mi sorpresa. Para sus tres años era un niño muy despierto e inteligente. Negué. En lugar de sentarme en una silla grande, me senté en el piso, frente a él. Gracias al cielo que se me había ocurrido ponerme pantalones en lugar de mi ceñida falda tubo.

—Él está en el cielo —me escuché confesar mientras recordaba cómo se sentía su cuerpo entre mis brazos.

Un pequeño ceño apareció en los pliegues de su frente.

—Papá dice que mi hermanita también está en el cielo.

Su declaración secó mi boca; no tenía idea de que Mark Wright había perdido a una hija.

Genial, ahora me sentía algo idiota por tratarlo tan mal.

Quizá esa pérdida era la que infundía aquel deseo de mantener alejado a su hijo de todo el mundo. Solo otro padre que había perdido un hijo podía entender por qué después de conocer la maldad del mundo se tenía la fuerte urgencia de mantener a salvo lo que más amabas en esta vida.

—Siento mucho lo de tu hermanita. —Esperaba que mi voz pudiera expresarle lo sincera que estaba siendo—. Pero hoy he venido a por ti...

—*¿Por mí?*

Sonreí al ver la reacción de su rostro. Extendí la pequeña bolsa como una ofrenda de paz.

—Sí. Y si está bien contigo, me gustaría ser tu amiga.

No supe que estaba aguantando la respiración hasta que su pequeña mano se extendió y aceptó tímidamente el regalo. No quité la mirada de sus confundidos ojos mientras imaginaba la guerra de emociones que se estaba desarrollando en su pequeña cabeza.

—Por si te da algo de tranquilidad, también soy amiga de tu tío Alex por lo que, si quieres, puedes preguntarle a él qué clase de amiga soy. Prometo que soy muy maja y cuento buenos chistes.

Las comisuras de sus labios temblaron un poco y lo supe, existían altas probabilidades de que mi descabellado plan diera resultado.

Ahora solo me quedaba rezar para fuera antes de que Mark Wright bateara mi trasero por desobedecerlo.

34. AMOR A PRIMERA VISTA

Cuatro meses después.

Era oficial: estaba perdidamente enamorada. Leo Wright se había convertido en la nueva razón por la que cada día me despertaba con una sonrisa en los labios y tenía la loca urgencia por llegar a la oficina y verlo.

Cole había estado algo preocupado cuando le confesé lo que hacía durante mi hora de almuerzo.

Era el primer domingo del mes de diciembre y las fiestas estaban a la vuelta de la esquina. Edificios y casas cubiertas de nieve lucían la respectiva decoración de Navidad y los centros comerciales estaban abarrotados con anuncios sobre los próximos concursos y sorteos, que no hacían más que elevar la esperanza típica de estas fiestas. Los niños, como siempre, eran los más emocionados pues les encantaba esta época donde los rojos, verdes y dorados inundaban cada rincón de la ciudad.

—Debes querer mucho a este niño si estás arriesgando la oportunidad de cumplir tu sueño por él. Pensé que esta locura duraría un mes, pero ya van cuatro y no te veo menos emocionada, al contrario, tus ojos brillan con una intensidad que jamás antes vi.

Mis mejillas enrojecieron. No pude formular una oración capaz de englobar todo el amor que ahora sentía por aquel hermoso niño, que contaba los chistes más malos del mundo y que al despedirnos siempre me regalaba un tierno beso en la mejilla antes de hacerle prometer que iría al día siguiente.

—Soy consciente de las repercusiones que tendrá mi impertinencia, pero, créeme, Leo Wright vale cada minuto del riesgo.

—No lo dudo. Pero ¿qué harás cuándo Mark Wright no se contente con solo despedirte, sino que vaya más allá y te levante una orden de alejamiento? Siento decirte que en tu futuro veo cargos por acercamiento indebido a menores, sin contar que si es como me comentas, él se asegurará de que toda la ciudad sepa que no eres buena opción para contratarte.

Mis piernas temblaron, las golpeé disimuladamente mientras miraba hacia afuera. La cafetería se encontraba en todo su apogeo y estuve tentada de preguntarle a Becca si no quería mi ayuda.

—Como te dije, llegado el momento lidiaré con las consecuencias.

El resto de la tarde la disfrutamos hablando de cosas relacionadas con su trabajo y de aquella mujer que lo traía perdidamente enamorado. Para cuando la noche llegó, salimos de la cafetería y él se despidió alegando que había quedado en encontrarse con un viejo amigo en un bar que se encontraba en el muelle Fisherman's Wharf.

Una vez en mi apartamento, decidí llamar a Alex. El móvil sonó y sonó, pero jamás respondió. Luego de dos intentos seguidos, desistí. Mañana podría ir a su oficina y contarle la idea que había tenido para estas fiestas.

Leo Wright pasaría su primera Navidad disfrutando como el resto de los niños y yo amaría y atesoraría cada momento.

35. INSÓLITO

Alexey

No sabía qué era lo que me enojaba más, si la idea de que esa desesperante mujer se creyera más inteligente que yo o que mi maldito hermano se hubiera prestado para todo esto.

—Si te tranquilizas estoy seguro de que podemos racionalizar los hechos y...

—Y una mierda que vamos a racionalizar —gruñí mientras bebía de un tirón el amargo néctar que reposaba en mi vaso. La distintiva quemadura abrazó mi garganta y le di la bienvenida al dolor—. ¿Cómo has podido permitir que esa loca se acerque a mi hijo? ¿Acaso tiene el coño bañado en fresa y ha nublado tu maldito juicio?

Alex rodó más cerca, pero yo me alejé. Estaba a segundos de perder la cabeza y no quería decir o hacer algo de lo que me arrepintiera. Su móvil sonó, pero lo ignoró. Sonó una segunda vez, emitiendo un suspiro cansado lo sacó de su bolsillo delantero y lo apagó sin molestarse en ver quién era.

—No sé por qué te alteras. —Tuvo la osadía de impugnar—. Leo está mejor que nunca y en lugar de llamarme para que venga a tu casa para ser testigo de este arrebato deberías sentirte agradecido por lo que *ella* ha estado haciendo. —Emití un fuerte resoplido incrédulo—. Tu hijo por primera vez en años es feliz y eso es gracias a Emilia Jones.

—¿Agradecido? —La palabra tuvo un sabor rancio en mi boca—. ¿Consideraste el daño permanente que todo esto causará en tu sobrino cuando la despida a final de año?

Arrugó el ceño.

—¿Vas a despedirla? ¿Es en serio? —Rodó los ojos y esta vez fue él quien se alejó de mí. Giró la silla de ruedas y enfiló hacia la salida sin otra palabra.

—¡Aún no he terminado! —grité.

—Pues yo sí. —Se detuvo a cinco metros de la puerta. La mirada que me dedicó fue una de decepción absoluta, la misma que golpeó con fuerza mi

pecho—. Emilia Jones es probablemente la mujer más desinteresada que he conocido en la vida... —Abrí la boca para refutar, pero negó cortando todo criterio razonable con un ademán de su mano—. ¿Crees que si creyera que es una amenaza latente la hubiera dejado acercarse a Leo? —El dolor podía ser cortado con la mano—. Por favor, al menos concédeme algo de sentido común y ahórrame la molestia de tener que darte una paliza por idiota. El que no hayas sabido escoger bien a las mujeres de tu vida no quiere decir que el resto de la población femenina sean mujeres malas que tengan intención de lastimar. A estas alturas deberías saberlo perfectamente.

Ni siquiera me molesté en intentar que se quedara para hablar. El mensaje había sido recibido.

¡Maldita sea!

36. UN CUENTO QUE EMPIEZA CON CHOCOLATE Y MENTIRAS FELICES

Había sido dos meses atrás cuando empecé a notar algo extraño en el comportamiento de mi hijo. De pronto, aquel esquivo niño que evitaba hablar en público empezó a narrarme las locas aventuras que hacía con una hermosa *hada*. Aún estaba acostumbrándome a su cariñoso beso de buenas noches y a cómo de emocionado se levantaba cada mañana.

Primero lo atribuí directamente a la contratación de la señora Cloe y me relajé creyendo que era esa atención de una mujer mayor lo que había provocado que mi hijo despertara de su melancolía, la que surgió tras el abandono de su madre, pero pronto me di cuenta de lo erróneo de mi suposición.

—¡Tiene que ser una broma! —gruñí furioso mientras imágenes algo granuladas de la mujer a la que le había prohibido estrictamente acercarse a mi hijo aparecían una tras otra en la pantalla de mi computadora. Imágenes que la mostraban descalza y recostada en la moqueta de la guardería mientras jugaba con mi hijo. En otras, los dos estaban sentados juntos mientras comían y, para mi sorpresa, mi hijo no lucía agobiado o enojado. Por el contrario. Me quedé mirando fijamente una foto en particular donde Emilia estaba dibujando algo en una hoja blanca y mi hijo, en lugar de mirar lo que fuera que esa loca estuviera haciendo, él la miraba a ella con absoluto amor.

Dios...

No supe reconocer el sentimiento que embargó mi corazón. ¿Celos? ¿Alivio? ¿Ira? Todo era un revoltijo de emociones que me impulsaba a correr a los elevadores para ir hasta la insufrible mujer que se había propuesto volverme loco.

Las capturas las había hecho Sam cuando le hablé sobre el cambio en mi hijo. Mi jefe de seguridad se ofreció a revisar minuciosamente las cintas de la guardería y que, si encontraba algo extraño, me las enviaría para que yo evaluara si aquello podría ser la causa directa del cambio.

Por cuestiones de trabajo había dejado de revisarlas hacía meses y como mi

hijo empezó a lucir más animado pensé que era porque había hecho amigos. Por fin, luego de casi un año él al fin estaba permitiendo que otros niños lo conocieran.

Di clic sobre el icono que me conectaba a las cámaras de la guardería y casi sufrí un ataque.

—Esta mujer está definitivamente loca.

En medio de la sala, estaba Emilia Jones rodeada de varios botes de pintura. Activé el audio y me preparé mentalmente para escucharla hablar incoherencias.

Dios sabía que esa mujer tenía un serio problema con mantener la boca cerrada y decir improperios.

—El juego que he traído hoy va de la siguiente manera. —Su delicada voz me hizo fruncir el ceño. A diferencia de las veces que habíamos hablado, esta era la primera vez que la oía usar ese tono—. Voy a colocar esta sábana blanca contra la pared y yo me colocaré en el centro. Detrás de vosotros hay unos botes de pintura en cuyo interior encontraréis globos rellenos con ese color. Sois libres de elegir el color que más os guste y arrojármelo sin problema.

Aunque me resistí todo lo que pude, mis ojos no fueron capaces de ignorar las nuevas curvas que presumía su cuerpo. No es que antes hubiera estado mal, solo que ahora parecía como si hubiera aumentado un poco de peso y eso le otorgaba un nuevo atractivo.

Vestía un llamativo conjunto blanco para hacer ejercicio que se aferraba sin problema a cada ángulo de su tonificado cuerpo. Pensamientos que antes jamás navegaron por mi mente de pronto alzaron su lasciva cabeza y me sacudí del embrujo.

¿Qué diablos?

A través de la pantalla fue imposible no notar cómo su piel brillaba de una manera saludable. Mi polla, que creí muerta, se sacudió cuando sus enigmáticos ojos verdes resplandecieron con amor hacia mi hijo. Su trasero hizo que me sintiera incómodo cuando se subió sobre una silla para colocar la sábana contra la pared con la ayuda de una de las niñeras.

Leo estaba riendo y bromeando mientras interactuaba con otros niños, que reían emocionados escogiendo un bote de pintura. Me sorprendí al ver que mi hijo en lugar de elegir el rojo, su color favorito, se posicionó detrás de un tacho color azul.

—Bueno, nos colocaremos aquí. —La directora apareció vistiendo también un conjunto deportivo y se colocó al lado de Emilia. La sonrisa que tenía su rostro me dijo que ella también se preguntaba *cómo* diablos había accedido a hacer algo así, pero la respuesta era obvia: la señorita Jones era capaz de convencerte de vender un riñón si se lo proponía—. Ahora podéis empezar a lanzar los...

Ni siquiera pudo terminar la frase cuando el primer globo hizo impacto contra la sábana. Las risas de los niños inundaron mi oficina y me encontré sonriendo cuando pintura negra y roja manchó la cara de la directora.

Cuando una carcajada amenazó con salir y hacerme quedar como un hipócrita, hice clic en el extremo superior derecho y corté la transmisión. Suficiente.

Miré la hora, apenas eran la una de la tarde; esperaría media hora para bajar y enfrentar a la desquiciada mujer. Quizá Alex tuviera razón y ella era buena para la vida de mi hijo, pero sería según mis condiciones.

Pondría a prueba qué tanto se preocupaba por mi hijo mientras le dejaba claro que, si esto era un plan para seducirme con el fin de quedarse con una de las vacantes, iba lista. No pensaba dejarme enloquecer por aquellos hermosos ojos e insinuante sonrisa.

Esperaba que mi polla mantuviera la misma discreción, porque lo único que me faltaba era que ella se diera cuenta de que había empezado a reaccionar ante su belleza.

37. VELAS, AMOR Y MENTIRAS

Un año después.

Catrina

Era gracioso cómo la vida podía cambiar en cuestión de meses. Había entrado al bufete Wright & Asociados con la mira puesta en cumplir mi sueño, pero me encontré disfrutando de algo que pensé que me tomaría años volver a tener: el amor de un hijo.

Aunque mi intención jamás fue usurpar el lugar o robar el amor que le pertenecía a otra mujer, alguien que ignoraba lo placentero que era recibir un abrazo desinteresado y escuchar parlotear sin parar a un niño sobre todo y nada; ahora que era la receptora de todo ello me sentía muy agradecida.

Amaba a Leo Wright y mi felicidad no conocía límites porque aquel afecto no era unilateral.

—¿Y por qué tengo que ir a la escuela?

—Porque los niños inteligentes y que son muy amados van para aprender a sumar y hacer todas las cosas divertidas en caso de que los adultos olvidemos cómo hacerlo.

Frunció el ceño, gesto que hizo que se pareciera a su padre. Me estremecí involuntariamente y puse los ojos en blanco. Esperaba que con los años este dulce niño tuviera oportunidad de parecerse más a su adorable tío.

El cielo sabía que ya teníamos suficiente la población femenina con Mark Wright.

Cuando Leo me volvió a mirar sonreí mientras sacaba de la funda la maleta que usaría durante su primer año en la escuela privada, donde el programa de estudio daba serias pesadillas. Me costaba entender por qué los niños que iban a preescolar tenían que aprender álgebra avanzada e historia de América, pero según *ellos* era una cuestión de vida o muerte.

«Y yo creyendo ingenuamente que el instituto privado donde terminé la secundaria era para morirse».

—Pero no quiero ir. —Se cruzó de brazos mientras se dejaba caer contra el

respaldar de la silla del comedor—. Quiero quedarme aquí, pasar el día contigo, jugar con el tío Alex y ver caricaturas.

La emoción infló un enorme globo y miré al dulce niño que, hasta poco tiempo atrás, me hacía prometer cada día que no desaparecería como su madre. Tomó tiempo y algo de esfuerzo que dejara de pensar que tenía intenciones de abandonarlo. Yo lo amaba y estaría loca si me alejaba solo porque aún no había sido capaz de llevarme del todo bien con el idiota de su padre.

Mark Wright tenía serios problemas con mi presencia, pero yo no estaba dispuesta a renunciar a Leo.

Un año había transcurrido y las cosas con él no parecían mejorar. Todo lo contrario. Había cierta reticencia por su parte que me llevaba al extremo de la ira. Y la ira era muy mala consejera.

Si bien era cierto que cuando se enteró de mis visitas no autorizadas a su hijo manejó muy bien la situación. Sufrí un pequeño ataque de pánico cuando luego de jugar a lanzar globos de pintura me percaté de que él se encontraba en la parte trasera de la sala, con los brazos cruzados y lanzándome una mirada de muerte.

Dios.

Su atractivo rostro era un mar agitado de pensamientos que podrían acabar conmigo si se lo proponía. La directora había corrido a saludarlo con la cara manchada de pintura mientras yo me aprovechaba de su obvio entusiasmo para abandonar la sala sin armar un alboroto.

—Señorita Jones, creo recordar que le prohibí que se acercara a mi hijo.

Mi espalda se enderezó como un cable de alta tensión y lo enfrenté. Había decidido alejarme lentamente hacia la salida escondiéndome detrás de los cuerpos de los padres que reían con las narraciones de sus hijos sobre lo divertida que había sido la actividad. Para mi suerte, Leo estaba entretenido con otros niños, con quienes presumía de ser mi mejor amigo.

—Y yo creo recordar que le he dado demasiadas razones para saber que siempre hago lo que creo que es conveniente.

Nuestra lucha de miradas no pasó desapercibida para los presentes, que huyeron disimuladamente de nuestro alrededor.

Cobardes.

—Cuando el reloj marque las cinco en punto espero verla de pie en mi despacho o estoy seguro de que encontraré maneras muy creativas para hacer

de su vida un completo infierno.

Y sin despedirse de la directora salió de la guardería.

¡Mierda!

Para cuando el reloj marcó la hora designada tuve que obligar a mis piernas a permanecer quietas. Había decidido subir con quince minutos de adelanto porque temía que él encontrara motivos para llevar a cabo su promesa. La asistente me dio una mirada risueña desde el alto escritorio de mármol negro mientras algunos de los abogados de alto perfil se despedían.

Qué suerte la de ellos; yo tenía que quedarme a enfrentar la tormenta de ojos grises.

Traté de forzar una sonrisa amable, pero me sobresalté cuando la puerta del despacho del Mark Wright se abrió de golpe. Se seguía viendo arrebatadoramente sexi y muy infeliz.

—Estoy esperándola, señorita Jones.

Como no había dónde esconderme me levanté y caminé en línea recta hacia él. Era hora de soltar el argumento que había preparado desde el día en que decidí usar esta segunda oportunidad para alegrar la vida de un niño merecedor de experimentar el amor de una madre.

Pero no fue necesario que lo asesinara, ya que Mark Wright tenía todo el asunto resuelto.

Como no tenía otra opción, escuché atentamente cada una de sus reglas si quería mantener mi hora diaria de visita con Leo.

No eran peticiones ligeras. Al parecer, él había usado su tiempo para cavilar las opciones que mejor se adaptaran a su tranquilidad.

—A pesar de que no estoy de acuerdo con que interfiera en la vida de mi hijo, tengo que reconocer que le ha hecho bien la atención que usted le ha brindado.

Aunque por fuera me mantuve estoica, por dentro estaba saltando y bailando. Una orgía completa que disfrutaba mi orgullo por haber tenido la razón.

—Es por ello que consentiré que usted siga con lo que sea que está haciendo, siempre y cuando se rija a mis reglas.

Fruncí el ceño y, aunque me costó un mundo, me mantuve en silencio y no lo increpé. Él, acostumbrado a mi boca listilla, solo enarcó una sensual ceja; debía parar de pensar en lo sexi que era o esto se iba a descontrolar.

Y mucho.

Leo contaba conmigo y yo no lo decepcionaría.

—Como sea, creo que estará de acuerdo con que no tiene ningún derecho sobre mi hijo por lo que puedo terminar con estas visitas cuando lo considere prudente.

Asentí. Tenía razón, yo no era su verdadera madre por lo que él podría solicitar una orden de alejamiento que haría sufrir a Leo.

Me tendió un papel redactado, firmado y sellado donde se estipulaban varias concesiones. Primero, tenía permitido visitar a Leo únicamente durante mi jornada laboral. No estaban autorizadas las salidas a parques o cines. Así como la comunicación telefónica o virtual.

Hice una mueca, aquellas reglas ya las habíamos roto pero él no necesitaba saberlo. Los fines de semana cuando pasaba tiempo con Alex, él solía invitarme para poder pasar tiempo juntos los tres. Habíamos ido al acuario y a los muelles, que Leo ni siquiera sabía que existían, pero que amó en cuanto sus zapatos deportivos golpearon la madera y la brisa del mar acarició su rostro. Ya hasta había perdido la cuenta de las veces que nos habíamos sentado a comer helado frente al mar mientras les contaba a ambos sobre mis hermanas y lo mucho que las extrañaba.

Me había hecho prometerle que un día se las presentaría. Y esperaba un día poder hacerlo.

—Como ve, son cosas razonables.

Sin dar más explicaciones me pidió que abandonara su despacho. Lo hice. Con mi copia en mano. Mientras andaba el corto camino hacia la puerta, habría jurado que sentí su vibrante mirada quemar mi trasero, pero cuando miré sobre mi hombro él estaba concentrado con el ceño fruncido en unos papeles que tenía entre sus manos. Quizá todo había sido parte de mi alocada imaginación.

Mark Wright jamás miraría mi trasero.

Me gustaría decir que las cosas entre los dos se volvieron tolerables desde aquel día, pero fue todo lo contrario.

—Hagamos un trato —le propuse a Leo mientras le mostraba todas las cosas bonitas que usaría en la escuela. Alex no había tenido ningún reparo en comprarle las chucherías más monas para que se luciera en su primer día—. Si prometes que te esforzarás y disfrutarás de la escuela, yo me quedaré a dormir aquí todos los fines de semana.

El grito que soltó perforó mis tímpanos. Saltó de la silla y corrió para abrazarme. Me arrodillé y recibí el amor más puro que solo los niños son

capaces de brindar.

—¿Lo prometes? —Sus ojos grises brillaban emocionados cuando se alejó para mirarme a la cara.

Asentí. Hacía tres meses me había pedido que me quedara a dormir, pero en ese momento no me había sentido segura de cómo lo tomaría Alex. Ya suficiente malo era que invadiera el tiempo que compartía con su sobrino como para también venir e importunar su privacidad.

Tenía que encontrar el momento perfecto para conversar con él y preguntarle si podía quedarme. Estaba dispuesta a comprar un colchón inflable para dormir en medio de la sala si se daba el caso.

—Lo prometo, gran señor Leo Wright —imité la voz gruesa y pedante de su padre. Leo rio mientras estrechaba los ojos—, pero ya sabes, solo lo haré si vas a la escuela y sacas buenas notas. Caso contrario, nuestro trato queda deshecho.

Otro grito retumbó en las paredes y sus brazos otra vez rodearon mi cuello. Cerré los ojos y me perdí en la sensación que era tener un cariño desinteresado.

Aquella noche cuando llegué a mi apartamento, Cole me había dejado una nota debajo de la puerta.

Espérame despierta. Tengo noticias. Grandes noticias.

Cole

Y vaya si lo eran.

38. UNA MENTIRA CON SABOR A VERDAD

Alexey

No sabía cómo sentirme con respecto a Emilia Jones. Mi cuerpo había empezado a reaccionar ante ella y era probablemente la peor cosa que podía suceder.

Estaba jodido.

Mi hijo se revolvió a mi lado y procuré levantarme sin hacer ruido. Necesitaba un trago y ponerme a trabajar en algún caso para eliminar de mi mente el rostro de la mujer que estaba logrando lo impensable.

Acomodé varias almohadas alrededor de Leo y salí de la habitación dejando entornada la puerta, para escucharlo si se levantaba.

Una de las cosas que más agradecía era que, gracias a su loca intervención, mi hijo ya no tenía pesadillas. Ya no tenía que lidiar con la impotencia de no poder ayudarlo a liberarse de los malos recuerdos que había dejado atrás el traumático abandono de su madre. Incluso ya ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que preguntó por ella. No era que ahora estuviese feliz con aquella urgencia que tenía de ver a mi reciente *contratación* todos los días de la semana y a cada hora, pero era mejor que tener que recordarle que su madre se había ido y que jamás regresaría.

Encendí mi computadora portátil y abrí la demanda en la que actualmente estaba trabajando. Tenía que encontrar una manera de dejar de pensar en ella por las noches y esta había resultado siempre la más efectiva.

Leí por algunos minutos, pero desistí y cerré el documento. Me dejé caer contra el respaldar de la silla y empecé a masajear el puente de la nariz. Mi estudio era pequeño, nada demasiado ostentoso, pero incluso siendo el tercio del tamaño del que tenía cuando vivía en Moscú sentía que había mucho espacio.

Luego de dejar ir a la mujer que amaba me había empeñado en demostrar que podía vivir sin ella. Iluso, imaginé que cuando ella escuchara que yo había

rehecho mi vida con otro nombre y del brazo de otra mujer sentiría deseos de regresar a mi lado. Vendría y me reclamaría como suyo. Pero eso jamás pasó. Había sido un estúpido por creer que después de todo lo que la hice sufrir ella desearía volver conmigo. Y como ya me había acostumbrado, tenía que recordarlo, porque no estaba exento de cometer otra idiotez.

Hombres como yo no tenían permitido enamorarse.

Dmitri no se equivocó cuando dijo que mi conciencia necesitaba ser purgada. Y en estos momentos era cuando más necesitaba hacerlo. Mis pensamientos por Emilia Jones eran de todo menos hostiles y ni siquiera sabía en qué momento habían empezado a cambiar.

La escurridiza había hecho un camino hacia mi tosco corazón y no sabía cómo diablos echarla a patadas de él.

En la empresa tenía que obligarme a no revisar las cintas de seguridad de la guardería porque eso solo provocaba una incómoda erección al verla acostada jugando con mi hijo.

Esos malditos pantalones que se aferraban a sus curvas me incitaban a hacer zum en la pantalla para verla más de cerca y delinear su rostro. Lo sabía, aquello era realmente espeluznante, pero me era imposible detenerme.

Cliqué en la ventana que me conectaba a la memoria de los archivos de seguridad y entré en la de grabación del día de ayer, viernes.

Avancé la cinta hasta la hora que sabía que ella llegaba al lugar y la detuve. Había vestido un conjunto gris que dejaba poco a la imaginación. Siempre que llegaba se sacaba la chaqueta y dejaba al descubierto su impoluta blusa blanca, que no demoraría en ensuciarse, pero a ella no podría importarle menos. Leo, como siempre, se iluminó al verla y corrió a abrazarla. No necesitaba activar el audio para saber qué le estaba preguntando: ¿cómo había ido su mañana? Y ella le contaría mientras sostenía su rostro: «Bien, pero ahora que te tengo entre mis brazos mucho mejor». Y con toda esa interacción mi polla se volvería loca.

Imaginarla expuesta frente a mí hacía mi existencia dolorosa. Ella estaría deseosa porque besara cada centímetro de su cremosa piel y la reclamara como mía mientras me habría paso en su sofocante interior.

Emilia echó la cabeza hacia atrás y rio de algo que mi hijo le dijo. Detuve la cinta y la miré atentamente. Su delicado cuello tenía una elegancia única y me gustaba cuando su cabello caía suelto sobre sus hombros.

Emilia Jones, ¿qué diablos me habías hecho?

Reanudé la grabación y sonreí cuando los dos caminaron hacia el pequeño rincón de Leo y se sentaron. Mi pequeño hijo gesticulaba mientras le mostraba algunas cosas que había hecho para mí y para ella en su hora de taller artístico. Ella asintió, pero hizo una mueca cuando vio el horrible dibujo que me había hecho.

Cuando sus labios empezaron a moverse activé el audio para escuchar qué le estaba diciendo.

—¿Crees que a mi papá le gustará? —Mi corazón revoloteó por la inseguridad en su voz.

Él ni siquiera debería preguntarse aquello. Yo amaba cada cosa que sus pequeñas manos podían hacer.

—¿Gustar? —Fruncí el ceño por el tono incrédulo que usó la señorita Jones para referirse a mis emociones. Lo atrajo hacia sus brazos y Leo lució extasiado mientras disfrutaba de la cercanía de ella—. ¿Acaso no has visto lo hermoso que ha quedado tu dibujo? —Leo asintió triste—. Estoy segura de que él lo colgará en su oficina para presumirlo frente a esos abogados estirados que van a quitarle su tiempo.

Eché la cabeza y reí a todo pulmón. Solo ella era capaz de decir las cosas más hilarantes en un momento tierno. Dejó el dibujo, que sin duda iba a enmarcar, sobre la mesa y posicionó a Leo frente a ella.

—Esto es arte, cariño, y estamos muy orgullosos de ti —lo dijo con tal convicción que mis manos temblaron y mi estómago se agitó.

¡Mierda!

Cerré la computadora.

Restregué mi rostro y cavilé mis opciones. Por el bien de Leo no era prudente que pensara en ella como una mujer disponible. Si arruinaba las cosas entre los dos, el que saldría perjudicado sería él. Y como siempre, yo tendría la culpa de que otra mujer importante en su vida lo abandonara.

Una punzada de culpa agobió mi pecho cuando recordé lo que hice a principio de año para librarme supuestamente de ella. Después de las evaluaciones y las mediciones de desempeño, los socios votaron que se quedaran tres abogados *juniors*. Pero ninguno de los tres había sido Emilia Jones. De hecho, su nombre solo fue mencionado una vez por mi hermano cuando los nombres de los futuros empleados fueron anunciados. Dmitri hizo poco por ocultar su descontento mientras Bob disimulaba su llanto con una tos que nos tenía a todos nerviosos.

Tenía que recordar enviarlo a terapia para que lidiara con su severo caso de sensibilidad.

Antes de que todos se levantaran, propuse un cuarto empleado y la nombré a ella, para total sorpresa de todos. Dmitri me lanzó una mirada desconfiada pero sabiamente guardó silencio. Como era el maldito dueño del lugar, ninguno de los demás socios se opuso a mi decisión. Para ese entonces ya estaba afectado por el atractivo físico de Emilia Jones, por lo que me sentía en la urgencia de probar que solo era una interesada y que, al saber que era oficialmente una abogada de la firma, ella terminaría con su penoso plan de querer a mi hijo y mostraría sus verdaderos colores. Tal como hizo su madre.

Pero no podría haber estado más equivocado.

Cuando hicimos la reunión extraordinaria al día siguiente para comunicar nuestra decisión, ella ni siquiera esperó a que sus manos fueran estrechadas por los demás socios. Luego de dar un abrazo, demasiado largo para mi gusto, a Dmitri ella corrió hacia los elevadores. Sin darme una maldita mirada.

Me disculpé y enfilé hacia mi despacho, abrí la cámara de seguridad de los elevadores para saber a dónde iba. Aunque una parte de mí quería verla salir del edificio para cantar victoria, no podía sacudirme esa pesada sensación de dolor en el pecho.

Las puertas se abrieron después de un par de segundos y me tensé: había ido a ver a mi hijo.

Me acerqué más a la pantalla e hice zum para concentrarme únicamente en ellos, activé el audio para escuchar lo que tenía que decirle a un emocionado Leo. Yo mismo la despediría si había bajado para burlarse de mi hijo. La madre de Leo me había demostrado que algunas mujeres podían ser crueles con los niños y estaba más que listo para hacérselo pagar si ella hacía eso. Gracias al cielo, la mayoría de los niños estaban en la sala siguiente comiendo o durmiendo, lo que me otorgaba mayor nitidez para oír su conversación. En general, siempre tenía que esforzarme para escuchar lo que decían gracias a la constante actividad que se desarrollaba en aquel lugar.

—¿Por qué lloras? —preguntó mi hijo una vez que se percató de que Emilia lloraba. Su rostro estaba contorsionado de preocupación.

A él realmente le importaba ella.

Mis manos picaron por ir hacia ellos e imitar el gesto de mi hijo. Aquel día me di cuenta de que no me gustaba ver a Emilia llorar.

—Porque acaba de pasar un milagro. Un enorme y precioso milagro. —Se

ahogó con un sollozo y Leo limpió suavemente sus mejillas. Ella aprovechó ese gesto para besar sus pequeñas manos y sostenerlas contra su húmedo rostro.

—¿Un milagro? —Mi corazón aporreó con fuerza por la tristeza que era palpable en la voz de Leo—. ¿Y si es un milagro por qué lloras? Dijiste que los milagros hacen a las personas felices, pero tú estás llorando...

—Porque los milagros también hacen eso —aseguró sosteniendo sus manos en su lugar—. Te hacen llorar de felicidad y entender que la vida puede ser muy buena. Y que no importa si todo parece perdido, las cosas pueden cambiar para bien y hacerte muy feliz.

Sentí un nudo en la garganta.

—¿Te acuerdas del sueño que te conté hace unos meses? —Leo aún con el rostro confundido asintió—. Bueno, hoy me acaban de decir que se ha cumplido.

Mi hijo se iluminó como un árbol de Navidad y envolvió sus brazos alrededor del cuello de la señorita Jones mientras reía.

—¿Ya eres una abogada como mi papá? —Se alejó para mirarla a la cara.

—Sí, lo soy. Hoy oficialmente soy una abogada de Wright & Asociados. Y eso no es lo mejor. Lo fabuloso es que ahora ya no tienes oportunidad de librarte de mí, jovencito.

Empezaron a reír a la vez que Emilia cerraba los ojos y más lágrimas caían por sus mejillas mientras mi hijo se alejaba de ella y empezaba a bailar.

Ni siquiera sabía que le gustara bailar.

—Pero ¿quieres saber un secreto? —Emilia sostuvo a mi hijo cuando este cayó sobre ella riendo—. Cuando escuché la noticia solo podía pensar en alguien con quien quería compartir esta noticia, ¿y sabes quién era?

Leo negó con la cabeza.

—Antes de decirte el secreto, mira esto... —Del bolso que cargaba en su hombro sacó algo blanco. La curiosidad sacó lo peor de mí, estaba ansioso por saber qué sería.

—¿Es para mí?

Emilia Jones desplegó una pequeña playera blanca con algo estampado delante y lo ayudó a ponérsela.

—Dime qué dice... —rogó Leo mientras se esforzaba por leer lo que decía. La enorme sonrisa en su rostro apretó mi corazón.

Una sonrisa hizo temblar las comisuras de mis labios cuando leí la

inscripción en la playera. Ella estaba definitivamente loca.

—Dice: «¡Aléjate! Mi mejor amiga es abogada de Mark Wright y no dudará en patearte el trasero». —Leo gritó y la volvió abrazar—. También hice una para mí —dijo alejándose de sus brazos.

Del bolso sacó otra playera mucho más grande. Cuando se la puso y pude leer lo que decía, la risa que abandonó mi garganta aligeró el dolor en mi pecho.

—¿Y qué dice la tuya?

La desquiciada mujer que había contratado *indefinidamente* dudó unos segundos.

—Dice: «Yo soy esa mejor amiga».

Omitió la parte que decía más abajo: «En tu jodida cara, Mark Wright».

—¿Y sabes por qué hice estas playeras? —Sus manos sostuvieron el rostro de mi hijo y más lágrimas cayeron abatidas. Aunque estaba lejos físicamente, fui capaz de sentir el amor sincero que salía de ella. Quise tirarme por la ventana—. Porque tú, Leo Wright, eres la única persona con la que quería celebrar esto.

Aquel día supe que estaba en serios aprietos.

Seis meses después, aún seguía sin querer admitir que me sentía fuertemente atraído hacia ella gracias al amor desinteresado que sentía por mi hijo.

Decidí regresar a la cama y tratar de conciliar el sueño. Cuando el trabajo no cumplía su objetivo, siempre era bueno recordar por qué era mejor que las cosas se mantuvieran en el plano estrictamente platónico entre nosotros. Las pesadillas que me había dejado Nina siempre me ayudaban a enfocar mi atención y a reforzar mis muros.

39. UNA AMIGA LLAMADA LOCURA

Catrina

Cole estaba oficialmente loco. *Tacha eso*. No solo estaba loco. Él precisaba que de manera urgente se lo internara en un psiquiátrico.

Ipsa facto.

—¿Qué has dicho?

—Me has oído.

Negué mientras me levantaba y caminaba por toda la sala sin saber bien qué hacer. Una parte de mi exigía a gritos que le diera una bofetada para que regresara a sus cabales. Quizá su locura fuera transitoria.

—Desde mi punto de vista, estoy más que seguro que su actitud pedante y condescendiente hacia a ti se debe a que se siente fuertemente atraído.

Cruzó sus brazos y me dio una mirada aburrida.

—Claro —dije sarcásticamente—, tan atraído hacia mí que cuando estamos en la misma habitación me mira como si quisiera hacer explotar mi cabeza...

—En el amor, en ocasiones nos comportamos de manera idiota...

Puse los ojos en blanco.

—Ya. ¿Y qué me dices de aquella vez, cuando me asignó un caso tan aburrido que nadie en el departamento quería tomarlo?...

—Mr. Darcy nos dio un claro ejemplo de que cuando se está enamorado, los hombres no piensan, solo actúan.

Solté una risa por su descabellada comparación.

—Para empezar, no te atrevas a comparar al hermoso sr. Darcy con el estúpido ese que tengo por jefe y que tengo que tolerar porque estoy enamorada de su pequeño hijo; mi corazón se rompería en dos si llegase a quitarme la oportunidad de verlo crecer.

Cuando Cole llegó hacía dos horas me había derribado con su supuesta buena *noticia*. Algo malo debía haber conmigo porque no podía encontrar el lado divertido y amable de su absurdo plan de poner celoso a Mark Wright, con el fin de que confesara sus sentimientos hacia mí.

Sentimientos que estaba muy segura no eran tan *rosa* como mi ingenuo vecino imaginaba. Eran más de un negro tirando a odio.

—Créeme, Emilia. Por lo que me has contado y por aquella reacción que tuvo hacia mí aquel día que fui a tu oficina a llevarte una blusa limpia, todo grita que presionas sus botones.

Me dejé caer en la silla y miré hacia la ventana.

Un mes atrás Leo derramó salsa sobre mi blusa blanca. Por suerte, no manchó mi pantalón azul, pero el daño ya estaba hecho. Se me ocurrió que, en lugar de hacer el viaje hasta mi apartamento y cambiarme de ropa, recordé que Cole esa semana no iba a trabajar por lo que lo llamé y le pedí que me hiciera el favor de entrar en mi apartamento y me trajera una de las blusas limpias, recién recogidas de la tintorería y colgadas en el perchero de mi sala. Él aceptó. Para cuando había terminado de almorzar, Cole había golpeado suavemente el vidrio para atraer nuestra atención. La sonrisa de alivio que su presencia había provocado en mi rostro murió de golpe cuando a escasos dos metros, más específicamente tras él, se encontraba dándome una mirada de muerte Mark Wright.

Mierda.

—Ese día estaba enojado porque tenía que asistir al juzgado para supervisar nuestro desempeño delante del juez. Para colmo de males, yo había ensuciado mi ropa y quedaría mal frente a la competencia y, por ende, el bufete sería quien pagara las consecuencias.

Cole puso los ojos en blanco.

—Yo he tenido malos días y, créeme, no he reaccionado de esa manera hacia uno de mis empleados.

Traté de alejar mis emociones de las palabras de mi amigo, pero me fue imposible. ¿Que si me gustaba Mark Wright? Por supuesto. Tenías que ser ciega para no encontrarlo físicamente atractivo. A pesar de aquel mal humor que siempre lo rodeaba, había notado cómo de desinteresado era cuando se preocupaba genuinamente por alguien. Me gustaba cuando se encontraba con su hijo y la luz que su mirada adquiría cuando este le decía cuánto lo amaba.

No había duda, él definitivamente amaba a su hijo.

En todo caso, él era el padre de Leo y mi relación con el niño era la que más peligraba; como ya había certificado, cuando de relaciones se trataba, yo ya había superado con creces las estadísticas.

El amor era algo que se me daba de pena. Sencillamente, no había nacido

para el amor de pareja y no necesitaba otro fracaso en mi haber para darme cuenta de ello.

40. UN BESO POR COMPAÑÍA

Las siguientes semanas me esforcé por ignorar las palabras de Cole, que rebotaban sin cesar por toda mi cabeza. Como consecuencia, ahora me era imposible no enrojecer en presencia de Mark. Para mi total mortificación, él estaba adquiriendo conciencia de ello.

—¿Sucede algo malo, señorita Jones? —Me obligué a no reaccionar al tono barítono con el que pronunció mi nombre la persona que tenía por costumbre hacerme rabiarse hasta ponerme más loca que una cabra.

Siempre encontraba maneras durante nuestras reuniones mensuales para presionar mis malditos botones y provocar una exagerada reacción por mi parte. Y esta vez no sería la excepción.

Mi jefe tenía *curiosas* maneras de llevarme al límite de mi cordura y, por mi salud mental, era mejor que desechara la idea de Cole si quería mantener este empleo.

Hoy lucía arrebatadoramente sexi con un traje gris de rayas diplomáticas que solo acentuaba su atractivo físico y lo hacía muy intimidante.

Debería ser un delito aberrante el lucir tan bien y ser un completo idiota.

—Desde aquí parece como si estuviera a punto de vomitar y, francamente, creo que su colega, el sr. Anderson, no encontrará satisfactorio ni placentero que una colega recién incorporada a la plantilla le vomite encima.

La sala entera rio y el guapo abogado Wilson Anderson, un hombre alto no más de treinta y cinco y con alegres ojos marrones que a todas luces parecía interesado en mí, soltaba la risa más incómoda del mundo mientras alejaba disimuladamente su silla de mí. Solo por si acaso. Puse los ojos en blanco.

—Le agradezco su genuina preocupación, señor Wright —moderé el sarcasmo en mi voz. Me aclaré la garganta mientras simulaba que no me afectaba ser la dueña de su atención—. Qué sería de este negocio si nuestros jefes no se preocupan por nuestro bienestar. —Estrechó peligrosamente su mirada y un tic azotó su mandíbula cuando la sala se llenó de varios comentarios halagadores por su buena gestión—. A todo esto, cuénteme, señor Wright, ¿qué tal le fue con las pastillas para tratar esas molestas hemorroides

que le recomendé la semana pasada, cuando me comentó su insufrible padecimiento? El comercial decía que son...

—Eso es todo, señores. —Una sonrisa de suficiencia adornó mi rostro mientras me levantaba y salía de la sala de juntas. La mirada intensa y maliciosa de mi jefe quemó la parte trasera de mi cuello, pero no podría importarme menos. Dos podían jugar este juego y estaba segura de que yo saldría vencedora.

Maya, Edward y George habían sido los afortunados de ser seleccionados por los socios. Un hecho que no me había sentado tan bien luego de que Alex me confesara que obtuve el empleo gracias a su hermano. Siempre que había querido buscar un momento para agradecerérselo al tormentoso hombre de ojos grises que había salvado mi trasero, este encontraba formas de hacerme enojar y el agradecimiento por su voto de confianza se tiraba desde la azotea.

—¿Crees que es buena idea increparlo? —preguntó Maya igualando su caminar al mío.

Negué con la cabeza y forcé una sonrisa educada. Me gustaría decir que las cosas entre ellos y yo habían mejorado, pero lo cierto era que no podía echar por tierra aquellos nueve meses donde se comportaron como la mierda y me ignoraron por puro placer.

Además, me había sentido triste cuando Mathew, el único que había sido agradable conmigo en esa oficina, había quedado fuera de la selección. Me parecía injusto porque en lo poco que vi él siempre demostró ser capaz de llevar casos sin ayuda. Me parecía brillante y siempre tenía buenas ideas, las mismas que eran robadas por uno de ellos y luego presentadas como propias. Pero como me aconsejó Alex, era mejor dejar las cosas como estaban. «Los judas terminan ahorcándose con su propia soga», había dicho mientras le comentaba cómo ellos al ver que ya no podían conmigo lo habían hecho objeto para sacarlo de las opciones seguras.

Con compañeros así, entendía por qué muchas personas preferían ser antisociales.

Esperaba de corazón que le estuviera yendo de maravilla en el bufete donde tenía entendido, gracias a Bob, que había aplicado para someterse a otro año de prueba como abogado júnior. Era un hombre brillante y no dudaba de que fuera capaz de lograrlo. Quizás algo bueno aprendió de todo esto y ahora lo pondría en práctica en su nuevo empleo.

«No confíes en nadie», imaginaba que era lo que se repetía como mantra

todos los días.

—Deberías andarte con cuidado —aconsejó genuinamente preocupada—. No querrás echar a perder todo el *arduo* trabajo que hiciste manipulando a su hijo para quedarte con el puesto.

Ignoré su comentario y presioné el botón para llamar al elevador. Me sentí muy agradecida de que Alex me dijera la verdad sobre mi selección, porque los rumores no se hicieron esperar. El lunes, luego de la reunión de selección, la noticia de que Mark Wright me había escogido a pesar de no haber sido seleccionada por los socios ya circulaba por la oficina. Y por supuesto, los malos comentarios no tardaron en difundirse. Todos eran conscientes de mi acercamiento a su hijo por lo que comprendía que emitieran esos juicios.

—En lugar de estar preocupada por las cosas que hace la señorita Jones... —mis odiosos compañeros se sobresaltaron y giraron para ver a Mark Wright parado tras nosotros. Sus rostros estaban pálidos y no daban crédito de que esto estuviera sucediendo. Era una pena, yo ya me había acostumbrado a que él apareciera en cualquier lugar sin hacer el más mínimo ruido. Era como un superpoder que tenía—, yo de usted, señorita Ford, me preocuparía por resolver las desavenencias que tiene con sus clientes. Según tengo entendido, están considerando buscar una segunda opinión en el bufete Brown dado que su actual abogada es una incompetente.

Sofiqué una risa. Ni me molesté en echarle una mirada al rostro de mi jefe, pues sabía que su ceño estaba fruncido al igual que hacía Leo cuando no le daba más dulces después del almuerzo.

Miré la hora de mi reloj y sonreí. Faltaba media hora para que fueran la una y yo podría subir para visitar a mi mejor amigo y comer en su compañía. Alex me había mencionado que hoy quería ser partícipe de nuestro tiempo juntos y yo había aceptado encantada.

Las puertas del elevador se abrieron y entré sin molestarme en preguntar a qué piso iban. La sala de juntas designada a los abogados novatos se encontraba en la tercera planta, por lo que presioné el botón plateado con el número, pero no me molesté en presionar el botón con el número del piso cuarenta. Hasta donde tenía entendido, Mark Wright tenía los dedos completos por lo que podría fácilmente presionar el maldito botón.

Hicimos el viaje en completo silencio. Deberían darme un premio por ignorar la apabullante mirada que me estaba dirigiendo mi jefe. Su exquisito olor me tenía presionando fuertemente las piernas y deseando que las benditas

puertas metálicas se abrieran rápidamente para poder escapar de su presencia.

Cuando el elevador hizo su pequeña sacudida y las puertas se abrieron me dispuse a salir.

—Señorita Jones...

Cerré los ojos y me hice a un lado para permitir que mis compañeros salieran, no sin antes notar las miradas de suficiencias en sus rostros.

Malditos...

—¿Sí, señor Wright? —pregunté educadamente mientras me obligaba a encontrarme con su mirada.

Dios, gracias al cálido brillo sobre su cabeza parecía como si aquel gris de su intensa mirada pudiera dividir mi alma en dos si se lo proponía.

«No pienses en lo que dijo Cole. No pienses en lo que dijo Cole».

—Acompáñeme a mi despacho.

Su orden caló mis huesos. Arranqué la mirada de sus sexis piscinas y presioné el botón con el número cuarenta grabado sobre él.

Tenía que encontrar una manera saludable de mantener a raya mis pensamientos o esta reunión improvisada acabaría con mis nervios de acero.

41. UN AMOR DE VERDAD

Alexey

Solía pensar que sabía todo sobre las mujeres. Pero en algún momento, entre acostarme con la esposa de mi hermano e ignorar al amor de mi vida, me salté una parte importante porque la mujer que estaba frente a mí me hacía replantearme muchas cosas sobre las relaciones y lo que significaba el verdadero compromiso.

Tenía que recordar que Alex estaba enamorado de ella.

Me lo confesó el fin de semana, mientras perdía la prudencia gracias a unas cuantas botellas de cerveza. Luego de dejarlo en su apartamento corrí al mío. Mientras veía a Leo dormir me planteé la idea de animar a mi hermano a una relación con ella. Si se convertía en su tía, ella estaría por siempre en su vida, pero ese pensamiento provocó que mi estómago se tensara hasta un punto de dolor insoportable. Si tenía que pensar en un hombre que pudiera ser la pareja perfecta para ella, sin duda ese sería Dmitri, pero estaba lejos de sentirme cómodo con esa posibilidad.

No quería que la historia se repitiera y termináramos enlazados en una relación tóxica donde, si bien era cierto que mi hermano me había perdonado por ser el amante de su esposa, algo me decía que esta vez sería diferente. Pero fue muy enfático al asegurar que ella no estaba en el mismo barco y que le bastaba con su amistad; insistió en que estaría bien con el hecho de que yo, entre todos los posibles candidatos, saliera con ella. En pocas palabras, me dio su *bendición* para cortejar a la mujer que quería para él.

Si fuera así de fácil.

Como no quise que él sospechara de mi reciente atracción por Emilia Jones, había recurrido a comentarios sarcásticos sobre lo parlanchina que era. Hice un punto razonable sobre ese deseo de querer animar a todo el mundo y le hice darse cuenta, o esa fue mi intención, de lo molesto que sería tener una novia que soltaba tacos como los marineros.

Pero a pesar de que traté de razonar con él la mala idea que era salir con

ella, me vi disfrutando de hablar de sus características. Era cierto que hablaba mucho, pero no era como si hablara incoherencias todo el tiempo. Siempre tenía un tema interesante para romper el hielo durante las reuniones, sin mencionar los chistes cuando la tensión en la sala de juntas amenazaba con asfixiarme.

Era como si solo le bastara mirarme a los ojos para saber que estaba a punto de perder mi mierda, gracias a los casos espantosos que habían caído sobre mi bufete este año, y ella empezaba a tontear y hacer reír a todos con sus bromas sarcásticas e infantiles.

—Si me sigue mirando de esa manera, tendré que ir a recursos humanos y presentar una queja sobre acoso.

Enarqué una ceja, pero no quité la mirada de su cabeza.

—Me preguntaba cuánto tiempo tenía que transcurrir para que abriera su boca y dejara escapar ese maravilloso encanto que siempre parece acompañarla a donde quiera que va.

Miró sobre su hombro. Aquellos preciosos orbes verdes brillaron con sarcasmo y diversión; mi polla se sacudió.

¡Maldición!

—A diferencia de usted, señor Wright; si me permite decirlo, parece que tiene atravesado un palo en el...

La oscuridad cayó pesada sobre nosotros y el elevador se sacudió violentamente.

Maldita sea, otro apagón.

—¿Cuándo diablos se va a acabar este suplicio? —Mi acompañante gimió y mi longitud protestó por salir y consolarla.

«Tranquilízate, amigo, la dama no está interesada».

—Esta es la quinta vez en lo que va de semana. —El pesado suspiro que dejó escapar hizo que mi pecho se tensara. En la oscuridad me dio la impresión de que se había movido un poco y ahora estaba frente a mí—. El lunes perdí gran parte de un escrito gracias a que el apagón me sorprendió y no había guardado. Ahora estoy tan traumatizada que cada dos segundos guardo el más mínimo cambio.

Empecé a reír.

—¿Se está burlando de mí, señor Wright?

Aunque no me podía ver, negué con la cabeza y dije:

—Por supuesto que no —mentí, recargando mi espalda contra el espejo—.

Prometo que cuando terminen con la construcción del auditorio en la azotea, usted y el resto del personal no deberá preocuparse por guardar a cada segundo la información. La obra estará concluida a final de año, si no hay contratiempos.

No dijo nada, pero me imaginaba que estaba considerando mis palabras.

Los apagones se producían porque un equipo de arquitectos vanguardistas estaba construyendo un auditorio ultramoderno en la azotea. Dmitri fue quien lo recomendó, ya que la sala de juntas era muy pequeña para acoger a nuestra enorme plantilla durante las celebraciones. Me pareció buena idea y autoricé su inmediata construcción, especifiqué que para cualquier novedad hablaran directamente con él. Ya tenía suficiente en mi plato con cierta morena de ojos verdes que alteraba mi buen juicio como para lidiar con la prensa que seguía de cerca cada paso que dábamos.

—Yo... —Fui consciente de lo reducido que era el espacio en el que estábamos y si no teníamos cuidado podíamos chocar entre nosotros—. Bueno, solo quiero que sepa que estoy muy agradecida con usted por haberme contratado cuando los socios ya habían elegido a sus favoritos. Imagino que no fue una decisión fácil, así que...

—Lo hice porque estaba seguro de que una vez que usted firmara el contrato acabaría con la patraña de que le interesaba genuinamente mi hijo —admití de tirón.

Sus amables palabras me habían hecho sentir como un bastardo y no creía que fuera justo que me diera las gracias cuando el verdadero motivo por el que le di el contrato indefinido era para decir que había tenido razón.

Ahora me sentía como un completo idiota, pero ya era tarde para arrepentimientos.

—Wow... —guardó un triste silencio después de eso. Abrí la boca para decirle que ahora sabía que ella quería a mi hijo desinteresadamente, pero la luz regresó y el elevador se sacudió. Me hubiera gustado que siguiera sin funcionar, porque, aunque ella se cubrió los ojos para parpadear varias veces y acostumbrarse al brillo, yo ya había sido capaz de ver el daño que le había hecho mi admisión.

—Emilia..., yo...

Las puertas se abrieron y ella retrocedió atolondradamente, casi cayendo sobre su trasero.

¡Jesús!

—Yo... —Ahí estaba esa mirada herida—. No me siento bien, señor Wright. Disculpe, no voy a poder reunirme con usted hoy. Quizá podamos dejarlo para otro día. —Giró sobre sus talones y desapareció en el interior de una de las oficinas abiertas.

¡Maldición!

Las puertas se cerraron y metí las manos en los bolsillos del pantalón; ni siquiera este era su piso.

42. UNA TAZA DE CAFÉ CON SABOR A DOLOR

Catrina

*E*ra una estúpida.
Una grandísima estúpida.

Todo este tiempo había creído que me había elegido voluntariamente, impresionado por mi inteligencia y acertados comentarios en las evaluaciones de los casos durante el periodo de prueba. Pero qué equivocada había estado. Su elección solo había sido un pobre y patético intento por deshacerse de mí y probar que siempre había tenido razón.

Maldito gilipollas.

Como el elevador se había abierto en el piso que claramente no era el mío, tuve que improvisar y usar las escaleras de emergencias. Para cuando llegué a mi piso y me metí en mi oficina, me dejé caer sobre la silla giratoria y cerré los ojos. Un error, porque su voz cobró vida en mi cabeza.

«Lo hice porque estaba seguro de que una vez que firmara el contrato usted acabaría con la patraña de que le interesaba genuinamente mi hijo...».

Sus palabras fueron como un golpe con un guante de hormigón. Quise sentirme enojada, pero no podía. Estaba en su derecho. Yo era una extraña que de pronto se había empezado a interesar por el niño solitario e introvertido de la guardería y qué casualidad de que se trataba del hijo del dueño del bufete.

Qué conveniente había sido todo eso.

Mi alarma sonó y me levanté: necesitaba ver a Leo. Maya y George salieron de la oficina y esperé unos minutos. No quería compartir el elevador con ellos. Salí de la oficina diez minutos después y suspiré de alivio cuando no los vi.

Quizás el hablar con Leo me recordaría por qué era importante que no asesinara a su padre y lo dejara huérfano, pero, mientras esperaba, la ira dentro de mi pecho creció de manera aterradora. Para cuando las puertas se abrieron, en lugar de presionar el botón con el número treinta y ocho presioné

el que tenía un cuatro y un cero grabados en dorado sobre él. Quizás un día me arrepentiría de esta decisión, pero en ese momento no había fallo en mi lógica.

Nadie me dijo que estaba a segundos de comprobar cuánto podía empujar antes de ser echada sobre mi trasero.

43. DISCULPAS CARAS E INNECESARIAS

Alexey

Cuando entré en mi despacho me prometí que no revisaría las cámaras de seguridad de la guardería. Pero mi resolución murió quince minutos después.

La sorpresa fue grande al ver que Dmitri era el único que le hacía compañía a mi hijo en su hora de comer.

¿Dónde diablos...?

La puerta de mi despacho se abrió de golpe y levanté la mirada a tiempo para ver a una muy enojada Emilia Jones luchar para soltarse de las manos de mi asistente. Su rostro estaba rojo por el esfuerzo que le suponía el mantener la boca cerrada mientras luchaba por entrar.

—Lo siento, señor Wright, pero ella... —empezó a decir mi asistente, pero la desestimé con un ligero movimiento de mi mano.

—Está bien. —Sonreí condescendiente—. Estaba esperando a la señorita Jones. Después de todo sí se siente *bien* para tener una reunión de último minuto con su jefe.

Emilia miró hacia otro lado mientras mi asistente la soltaba y abandonaba en silencio el despacho. Cuando la puerta estuvo cerrada completamente no perdió tiempo y caminó directa hacia mí.

—De toda la mierda que creí que usted podría pensar sobre mí, lo que dijo en el elevador es quizás la peor cosa que podría...

—Sé que sonó mal, pero...

—¡Pero nada! —gritó. Su pecho subía y bajaba mientras su verde mirada lucía herida. Mi confesión en serio la había lastimado, pero ya era tarde para arrepentimientos. Tenía que lidiar con las consecuencias de mis decisiones—. Puedo entender muchas cosas, Dios sabe que es así, pero el que creyera que soy capaz de utilizar a un niño... *su hijo* —su voz se hizo apenas un susurro—, eso simplemente me dice que, de los dos, usted estaba plasmando en mí lo que

quizás estaría dispuesto a hacer por conseguir un estúpido trabajo.

Cuánta verdad tenían sus palabras, pero no se lo diría. Tenía que buscar una manera de disculparme sin que viera a través de mi fachada. Ella de por sí ya era peligrosa para mi paz mental, no quería empezar ni a imaginar en qué se convertiría si supiera todos mis secretos.

Si conociera mis demonios.

Rodeé el escritorio y ella no retrocedió. Me gustaba eso de ella. No se encogía ni me tenía miedo solo por ser su maldito jefe. Me sentía cautivado por lo genuina que parecía mientras me ponía en mi sitio.

Me detuve a una distancia segura; no había motivos para provocar a mi polla y que me gobernara en estos momentos.

—Señorita Jones, siento mucho si mis palabras la lastimaron, pero era la verdad, y no creí justo recibir las gracias por algo que había sido solo un medio para desenmascararla.

Mis ojos saltaron a su escote cuando se cruzó de brazos, me obligué a mirarla a los ojos. Esperaba que no mirara hacia mi región sur, pues las cosas se habían puesto muy tensas allí abajo.

«Concéntrate, idiota».

—Espero que ahora me crea cuando digo que en estos seis meses me he sentido más que aliviado de ver que, aparte de tener un cariño genuino hacia mi hijo, es una abogada brillante.

—Es imposible fiarte de alguien y creer que está diciendo la verdad cuando procura siempre mantenerte a años luz de sus verdaderos pensamientos. Sin mencionar que oculta de manera perfecta sus sentimientos.

Asentí.

—Tengo mis razones...

—Y yo las mías para creer que, después de todo, el único que tiene miedo de salir herido de todo esto es... *usted*. —Enarcó una ceja y dejó caer sus brazos—. No creo que todo ese burdo plan para alejarme de Leo haya sido todo por él...

Por su bien tenía que lograr que se largara de mi despacho.

—Sería conveniente, que, por su *estabilidad* laboral, regresara inmediatamente a su oficina. Es descortés hablar de temas que desconoce...

—No. —Alzó la barbilla y rehusó a obedecerme—. No iré a ningún lado hasta que escuche lo que tengo que decir. —Mi piel se erizó cuando dio dos pasos hacia mí. Su belleza era para cuestionarse seriamente si esta mujer creía

que por verse como lo hacía yo no la despediría. Estaba a segundos de demostrarle que la belleza física era infumable cuando el sentido común entraba en acción—. Puede engañar a todos allá afuera, pero puedo ver a través de esa fachada imperturbable que utiliza el verdadero dolor que dejó la partida de la madre de Leo en su vida.

Si supiera lo equivocada que estaba.

—No digo que no se preocupe por su hijo, de hecho, creo que lo hace, pero está más preocupado de tener razón sobre que las mujeres somos malas que de darle la oportunidad a Leo de descubrir que allá afuera existen mujeres que no tienen intenciones de lastimarlo. Como por ejemplo... *yo*.

—Entonces regrese a su oficina.

Negó y miró mi pecho. Sus mejillas se tornaron rojas.

—También... —Su garganta hizo un pequeño ruido como de asfixia, pero respiró profundamente y levantó la mirada. El mar de sentimientos que rugió en aquellas piscinas verdes me congeló en mi lugar—. También creo que le *gusto*, pero está aterrado de confesarlo y prefiere pensar cosas malas sobre mí y buscar motivos para desacreditarme, cuando lo cierto es que ya se dio cuenta de que amo a su hijo y que no me iré sin dar batalla.

Levanté la barbilla y rehusé a demostrarle que tenía razón. Los segundos pasaron, pero ninguno se movió o desvió la mirada. El peso de sus palabras nos condenó.

—Si fuera cierto lo que dice, *créame*, Emilia Jones, que para cuando acabara con usted desearía que las cosas entre nosotros jamás se hubieran trastocado tanto. Y es posible que cuando se mirara en el espejo no reconociera a la mujer que le regresa la mirada. Algo me dice que eso no es lo que desea.

Una sonrisa triste afloró en sus labios, pero asintió.

—Gracias por la advertencia, pero jamás *he dicho* que usted me guste.

Me mordí los labios para no dejar escapar la carcajada que amenazaba con ganarme una bofetada.

—¿Acaso existe duda de ello? —preguntó irritada, pero resolví que guardar silencio era lo adecuado—. A diferencia de todas las mujeres que transitan a su alrededor y que tienen un loco e *incomprensible* flechazo por usted, siéntase tranquilo, porque su integridad está intacta en mis pensamientos.

Eso trajo una sonrisa de dientes completos.

—¿Y ahora por qué sonrío? —preguntó ofuscada. Como no le respondí,

empezó a andar hacia la puerta. Me esforcé mucho por no mirar su trasero.

Dios, esas faldas eran asesinas.

—Porque cuanto más se esfuerza por parecer una mujer dura y ocultar el hecho de que le *gusto*, además de encontrarme malditamente atractivo, hace que su intento quede solo en eso... en un penoso *intento*.

Abrió la boca, pero ya había tenido suficiente. Hoy mismo alentaría a que mi hermano empezara una relación con ella y así la mantendría a una distancia segura. Ignorando el dolor sordo que aguijoneó mi pecho dije:

—Debería salir con mi hermano. —Para mi total estupefacción, asintió. Una urgencia de estrellar cosas me invadió—. Harían una pareja perfecta. —El sarcasmo no se mantuvo a raya y me hizo sonar como un completo idiota. La sonrisa que me dedicó hizo que rechinara los dientes.

—Le agradezco su sugerencia y me lo pensaré. Es una suerte que Alex me haya invitado oficialmente a una cita, me sentiré más que feliz de decirle que acepto ser su novia cuando me lo proponga. Se sentirá muy satisfecho de saber que tenemos la *bendición* de su hermano mayor.

Abrió la puerta y abandonó el despacho llevándose consigo la poca cordura a la que me aferraba salvajemente.

¡Maldición!

La historia estaba a punto de repetirse.

44. DIME QUE SÍ

Catrina

El viernes llegó arrastrándose y yo no podía estar más feliz. Gracias al cielo las reuniones en la sala de juntas habían sido suspendidas debido a los cortes de energía, que ahora se extendían hasta media hora.

Nada como pasar media hora viéndole la cara a tus compañeros, que se esforzaban por hacerte sentir incómoda, para sentir que el fin de semana no podía llegar demasiado rápido.

El día no había sido tan productivo, pero era lo que había. A principio de mes a George y a mí nos habían asignado un caso complicado. Nuestro cliente, el señor Daniels, un acaudalado y muy respetado diseñador de moda de la ciudad, había sido sorprendido por su esposa mientras este tenía sexo con la mejor amiga de esta. Su aún esposa, Melanie Daniels, una modelo ya retirada, exigía quedarse con todo. Y él había acudido a nosotros, desesperado por resguardar sus millones. Tanto era el amor que sentía por su dinero que incluso había intentado convencerla de asistir a terapia de pareja, siempre y cuando ella desistiera de la demanda de divorcio. Cosa difícil cuando su esposa sabía, gracias al acuerdo prenupcial que firmaron antes de casarse, que era acreedora de la mitad de todos los bienes de su marido. Sin mencionar que se quedaría con varias de las colecciones de ropa; su pérdida sería cuantiosa. Astronómica.

«¡Viva el amor!», había murmurado sarcásticamente George luego de salir de la penúltima reunión de negociación, donde Melanie Daniels había demostrado que las modelos tenían cerebro y muchas ambiciones.

Necesitaba urgentemente una noche de chupitos y la buena compañía de Cole, desahogarme con mi sexi vecino mientras lo escuchaba divagar sobre lo mucho que extrañaba a su novia.

Temprano me había confirmado que estaría disponible esta noche para tener un viernes como Dios manda y estaba ansiosa por llegar al apartamento y limpiar de mi cuerpo la sensación de desamor y malas decisiones.

En parte me sentía agradecida de que Cole estuviera distraído con lo que fuera que estaba ocurriendo en su vida amorosa. Gracias a ese drama, él no había vuelto a tocar el asunto sobre poner celoso a mi jefe. Tampoco era buena idea contarle la conversación que había sostenido con Mark Wright.

Mark Wright y yo jamás haríamos buena pareja. Eso estaba escrito en las estrellas.

Leo había estado algo enfermo, por lo que mi hora de almorzar se había convertido en dos. Al parecer, tenía una leve indigestión y el fin de semana permanecería en su casa descansando. Traté de mostrarme tranquila mientras me despedía, pero me sentía nerviosa. Era la primera vez que estaba enfermo y no me gustaba estar lejos de él, pero como no era su verdadera madre tenía que recordar que no tenía ningún derecho para opinar sobre su cuidado.

Me esperaba un fin de semana largo.

Antes de irme a casa decidí pasar por la guardería y ver cómo seguía Leo, pero para mí desilusión ya se lo habían llevado a casa, por lo que no pude entregarle el dibujo que había impreso para él.

Cuando llegué a mi apartamento, envié varios mensajes a Alex para que me mantuviera al tanto de la salud de mi mejor amigo. Él respondió que así lo haría. Luego de intercambiar unas cuantas bromas sobre lo triste que sería el perdernos el acuario, donde lo había hecho prometer que nadaría con las mantarrayas, nos despedimos deseándonos un feliz fin de semana.

Deambulé hasta el cuarto de baño y disfruté de mi merecida ducha. Gracias a los apagones, el calor que azotaba la oficina nos invitaba a recurrir varias veces al baño para salpicar agua en nuestros rostros, que poco hacía por aliviar la pesadez de nuestros cuerpos. Abandoné mi santuario cuando el agua se volvió fría. Peiné mi largo cabello y miré con desagrado cómo las raíces rubias estaban empezando a aparecer. Tenía que recordar teñirme el cabello mañana para evitar que mis compañeros supieran que mi color natural de cabello era rubio.

No quería empezar a decir más mentiras. Estaba cansada de mentir, esperaba recordarlo para poder librarme de hacer eso.

A las ocho en punto llegó Cole cargado de comida china y una botella de vino. Ocupamos la mesa del comedor y empezamos nuestra necesitada noche de copas.

Nada me hubiera preparado para lo que ocurriría después, a consecuencia de unas copas de vino y mis terribles hormonas alborotadas.

45. UN DIFÍCIL MOMENTO PARA EMPEZAR DE CERO

Alexey

Ni siquiera sabía qué diablos estaba haciendo parado fuera del apartamento de Emilia Jones. Miré el reloj que adornaba mi muñeca derecha y ahogué un gemido de frustración: la una de la mañana. Era probable que no estuviera en casa y que hubiera salido a bailar a un club nocturno como hacían las mujeres de su edad que no tenían responsabilidades ni hijos enfermos que cuidar toda la noche.

Aquel pensamiento me hizo sentir realmente viejo. A mis cuarenta y seis años no sabía cómo lidiar con el sinfín de emociones que me mantenían despierto cada vez que pensaba en ella o la imaginaba montándome hasta el cansancio.

Antes de que la valentía abandonara mi cuerpo, levanté un puño y lo estrellé contra la delgada madera. Nada. Golpeé dos veces más y esta vez fui capaz de escuchar una maldición acompañada de un gemido antes de que la puerta se abriera.

Emilia Jones me devolvió la mirada mientras colocaba su mano a modo de visera sobre sus ojos y los protegía del brillo intenso de la bombilla del pasillo. Su cabello era un lío que no le restaba belleza.

—¿Señor Wright?

—Yo... —Perdí el hilo de mis pensamientos cuando la mujer que estaba dispuesta a provocarme un aneurisma abrió en su totalidad la puerta.

¡Madre de Dios!

Casi me ahogué con la lengua cuando mis ojos se pegaron a su pecho. Ignoraba si era consciente de que solo vestía un ajustado y corto pantalón negro, que se amoldaba perfectamente sus torneadas piernas, mientras que sus... —*¡Maldición!*, estaba seguro que iría al infierno después de esto— sus hermosos senos estaban a plena vista gracias a que no llevaba una maldita camisa.

—¿Leo está bien?

El pánico real que transmitió su voz me hizo recordar el motivo por el cual había ido a verla. Me aclaré varias veces la garganta, pero juro por mi vida que era difícil concentrarse con sus hermosos pezones rogándome besarlos. *Chuparlos*. Acariciarlos lentamente con mi lengua mientras envolvía sus piernas en mi cintura y golpeaba su cálido centro una y otra vez...

Mi pantalón se sintió diez veces más ajustado y cerré los ojos. Olvida el infierno. Mi celda estaba al lado de la silla de Lucifer.

—¡Oh, por Dios! —Sus ojos se abrieron de manera cómica y golpeó su frente haciendo que su pecho subiera de manera deliciosa. Tenía que encontrar una manera de borrar la imagen de sus llenos y delicados senos de mi cabeza —. Soy una idiota, por supuesto que debe estar delicado, si no por qué vendría hasta mi apartamento en mitad de la noche. Deje que me ponga unos zapatos y...

—Señorita Jones, ¿podría tranquilizarse un momento? —pedí suavemente mientras la sujetaba de la muñeca e impedía que desapareciera dentro del oscuro apartamento.

Muy valiente de mi parte querer sostener una conversación con ella cuando sus rosados pezones estaban a plena vista y lucían muy felices de verme.

Debería decirle que se pusiera una blusa. Pensarlo fue más fácil que hacerlo. ¿Cuándo sería la próxima vez que tuviera la oportunidad de verla así? Me obligué a mirarla a los ojos.

—Leo está bien. En realidad, está perfecto. —Mi voz sonó sofocada y distorsionada incluso para mis oídos. El virus que había atacado su estómago ya era cosa del pasado—. Vine porque... —Mis traicioneros y perversos ojos miraron otra vez sus pequeños pezones y eso fue suficiente para que ella mirara mientras preguntaba con el ceño fruncido.

—¿Por qué sigue mi...?

El grito ahogado que abandonó su garganta hizo que me encogiera mientras soltaba su muñeca.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

Abrí la boca para decirle que no era gran cosa, pero azotó la puerta en mi cara.

¡Maldición!

Apreté el puente de mi nariz y sofocué una risa por lo ridículo de toda la

situación. No me sorprendía que solo con Emilia Jones pudieran pasarme este tipo de locuras.

Medité si aguardar en la puerta sería prudente dado el vergonzoso episodio, pero me dije que lo peor ya había pasado. Ahora solo quedaba seguir adelante y ver si mi memoria fallaba y olvidaba cómo de apetecibles lucían los senos de la mejor amiga de mi pequeño hijo. Mi polla saltó y negué con la cabeza. Ni siquiera debería seguir pensando en ellos.

Luego de varios minutos, cuando había resultado que lo mejor sería marcharme, su voz amortiguaba me paralizó. Enderecé la espalda y me propuse a prestar atención a lo que estaba diciendo.

—¿Señor Wright? ¿Sigue ahí? —Mis entrañas se apretaron porque sonaba pequeña y angustiada.

Me aclaré la garganta mientras metía las manos en los bolsillos. Era un infantil hábito que había desarrollado desde que ella se había estrellado en mi vida.

—Sí, señorita Jones... —Traté que mi tono saliera suave y amistoso. Todo esto había sido mi culpa, por venir a visitarla a una hora que no era la adecuada.

Lllamarla definitivamente podría haber sido la mejor decisión.

—Tiene que creerme cuando digo que ignoraba que no tenía blusa. ¡Maldición! Le juro que nada de esto fue planeado. Ni siquiera tenía idea de que era usted. La verdad es que un amigo y yo tomamos vino y bueno yo... Ya sabe cómo de locas se pueden poner las cosas...

Una punzada de celos me agobió cuando imaginé a otro hombre disfrutando de su descuido y de su compañía. Apreté mis puños y me recordé que ella no era mía y que no debería sentirme celoso porque otro hombre la pretendiera. O que disfrutara de los fines de semana con ella.

—No se preocupe, señorita Jones. Jamás pensaría que usted planearía algo así. —Y lo decía en serio. Esta mujer loca y desquiciante podría ser muchas cosas, pero no era una exhibicionista y provocadora.

Cuando poseías una personalidad como la de ella, no era necesario recurrir a esos viejos y baratos trucos para llamar la atención de un hombre. Bastaba con su sonrisa.

—Siento mucho haber venido a esta hora, pero quería... Yo solo... — Suspiré y miré mis zapatos. ¿Por qué siempre me era difícil hablar con ella? —. Leo ya está mejor, pero antes de irse a dormir me pidió que la llamara

para ver si quería ir a visitarlo y, bueno, no creí que fuera educado por mi parte preguntárselo por teléfono cuando no hemos tenido una buena relación. Además, tampoco me pareció correcto pedirle a mi hermano que se lo preguntara, así que por eso he venido. Siento mucho si la agarré en un mal momento.

El silencio me hizo sentir incómodo y para nada bienvenido.

—¿Señorita Jones? —pregunté con curiosidad cuando el silencio se extendió por mucho tiempo.

—Sí, sí, yo... —contuve al aliento—, puede decirle a Leo que iré. Me encantaría verlo dentro de un par de horas.

Mi cuerpo perdió un poco la tensión y sonreí mientras respiraba con facilidad.

—Descanse, señorita Jones.

—Usted también, señor Wright.

Cuando me subí a mi coche me quedé mirando fijamente el salpicadero. A pesar de lo incómodo de la situación y lo cansado que me sentía, había sido divertido estar en presencia de una Emilia Jones que no parecía encontrarme desagradable.

Cerré los ojos y sus alegres senos rebotaron frente a mi rostro.

Sí, era hora de irme antes de que cometiera una estupidez.

46. RESACOSOS ENCUENTROS

Catrina

No podía creer lo que había pasado.
¡Jesús!

Si antes me enojaba que mi jefe pensara cosas malas sobre mí, ahora no tenía motivos ni alegatos válidos para que no justificara su deseo de echarme a patadas de la vida de su hijo.

Gemí mientras le enviaba el quinto mensaje a Cole y este aseguraba que ya venía a mi apartamento. No podía dormir y por lo visto él había sido capaz de escuchar todo el alboroto. Un golpe resonó en la madera y la abrí esperando ver a Cole.

—No tienes idea...

Pero no era Cole. Mark Wright me regresó la mirada y, antes de que pudiera preguntarle qué ocurría, sus fuertes manos sostuvieron mi rostro y su cálida y firme boca tomó posesión de todo mi ser.

Dios, mi jefe definitivamente sabía besar.

Mi espalda golpeó la pared del pasillo y me abandoné al deseo, que ahogó a la pequeña voz que decía que tenía que detener esto porque él era el padre de Leo. Quedé indefensa cuando su fuerte mano derecha acarició suavemente mi barbilla y nos dio un ángulo capaz de erizar mi piel. Jamás un beso me hizo perder la noción del tiempo, ni siquiera los de Bruno. Y eso me asustó.

Cerró la puerta de una patada mientras los segundos se hicieron eternos y los gemidos que abandonaban nuestras gargantas elevaban a temperatura peligrosa la atracción que sentía por él. No fui consciente de cuántos minutos pasaron, pero sus manos se mantuvieron firmes en mi rostro y no trató de llevar las cosas más allá. Mi estómago bailó, *¿aún existían hombres así?*

Cuando la intensidad del beso cambió a pequeños roces me alejé un poco y lo miré fijamente a los ojos. Me preparé para ver arrepentimiento y pesar, pero mi corazón tembló por la cálida e inesperada sonrisa que sus hinchados labios dibujaron mientras sus ojos brillaban cautivados.

—Siempre me pregunté cómo se sentiría besar esa boca de listilla... —Fue inevitable no sonreír ante sus palabras—. Ahora puedo decir... que definitivamente fue mil veces mejor que en mi cabeza.

Llevé mi boca a la suya y la cosa más extraña pasó: sentí mariposas en mi vientre. Mariposas que hacía mucho tiempo habían huido despavoridas cuando se dieron cuenta de que el hombre con el que me había casado era un monstruo.

Esperé sentir la punzada de culpa por besar unos labios que no eran los de mi esposo, pero solo sentí euforia y curiosidad por averiguar qué emociones sería capaz de experimentar si permitía que Mark Wright entrara en mi cuerpo.

—Emilia Jones, pídemme que me detenga... —rogó mientras pegaba su frente contra la mía. Negué y relamí mis labios. Su sabor era una combinación embriagante de menta y tabaco. Jamás lo había visto encender un cigarro, pero obviamente fumaba.

—No quiero que lo hagas —confesé.

Gimió dolorosamente y enterró su rostro en mi cuello. Sentí que aspiraba el olor de mi cabello, que caía suelto y desarreglado sobre mis hombros. No me veía atractiva, pero parecía que eso no le podía importar menos.

—No quiero hacerte daño, pero es que me gustas tanto y no pude evitar...

—Entiendo. —Acaricié suavemente su cabello desordenado—. Si te hace sentir mejor —sostuve su rostro y lo alejé lo suficiente para que me mirara—, tú también me gustas, Mark Wright.

Su deliciosa boca capturó mis labios en un apasionado beso capaz de incinerar todo a su paso. Gemimos al unísono mientras me levantaba y me ayudaba a envolver las piernas en su cintura. Se había quitado el saco, pero seguía luciendo impresionante con la camisa blanca arremangada en los antebrazos. La corbata se había ido y el estilo casual y descuidado con el que esta vez había venido a tocar a mi puerta le sentaba de maravilla.

Me gustaba el caballero tranquilo y severo que precedía su firma, pero me encontré disfrutando de este nuevo hombre desalineado que tenía un sabor exquisito en su boca y cuyas manos temblaban por tocarme en otros lados.

Me restregué contra su longitud al tiempo que en la puerta sonaba un fuerte golpe. Gemí lamentando que Cole viniera. Mark se tensó mientras alejaba su caliente boca de la mía.

—¿Esperas visitas? —Enarcó una tupida ceja. Asentí tristemente mientras desenrollaba mis piernas de su cintura. Cuando estas se sintieron estables,

confesé.

—No podía dormir. Necesitaba hablar con alguien, por lo que...

—Déjame adivinar... ese alguien es el mismo sujeto que te llevó una blusa limpia hace un mes.

Sin esperar mi confirmación, aunque dudaba que fuera una pregunta, soltó mi cintura y abrió la puerta.

—Sr. Wright.

Saqué mi cabeza al costado de Mark y miré a mi vecino. Cole ni siquiera lucía perturbado por verlo en mi apartamento. Se había cambiado los vaqueros y el abrigo y ahora vestía un calentador blanco y una camisa negra que se aferraba a cada contorno de su ejercitado cuerpo.

Mierda.

—Sr. Jacobs.

La temperatura cayó a cero grados y no supe qué hacer para lidiar con este enfrentamiento.

—Espero que comprenda que esto no es un juego y que, si piensa que Emilia es como alguna otra empleada que le abre las piernas a cualquier estúpido, iré personalmente a su bufete de abogados y ajustaré cuentas con usted.

Mi rostro se calentó y miré sus pies descalzos. Aunque había sido algo exagerado en su advertencia, se sintió bien tener a alguien cuidando de mí.

—Pero si en verdad busca tener una buena mujer a su lado, permítame decirle que tiene un *diamante en bruto* entre sus manos —bueno, ya no me sentía tan feliz de que estuviera resguardando mi integridad—, y que si sabe pulirlo será dueño de una joya que el dinero jamás podrá comprar.

Me preparé para el estallido por parte de Mark, pero me sobresalté cuando su mano buscó la mía. Tímidamente, permití que la sostuviera y casi me desmayé cuando le dio un delicado apretón.

—Es tierno que se preocupe por mí... —nuestros ojos se encontraron y vi que le costaba tragar. Imaginaba lo difícil que tenía que ser para él darme una etiqueta formal—, mi *novia* —morí en el momento en que esa palabra abandonó sus labios y, aunque quise apartar la mirada de su rostro, no lo hice ni cuando él regresó sus ojos al frente y miró directamente a Cole—, pero nuestra maldita relación no es del puto interés de nadie.

Cole se mantuvo alto e inmutable. Conté los segundos esperando su réplica, pero no dijo nada.

—En ese caso, no me sentiré mal cuando de su atractivo rostro solo queden

viejos recuerdos.

Solté una risa que disimulé con una tos cuando Mark me miró con el ceño fruncido.

—Descansa, Cole. —Mi amigo asintió y se alejó hacia su puerta sin decir ni una palabra.

Jalé a mi *novio* hacia el interior de mi apartamento y cerré la puerta. Me volteé a tiempo de verlo arrastrar una pesada mano por su cabello.

—No sé cómo diablos voy a lidiar con el conocimiento de que vive a tu lado...

—¿Novia?

Me crucé de brazos y esperé.

—Yo... —Apretó el puente de su nariz mientras cerraba los ojos y suspiraba—. Sé que no te he dado motivos reales para que creas que soy capaz de mantener una relación, pero... ¡Maldición! Es probable que la cague muchas veces, pero te juro que soy capaz de...

—Tranquilo, *jefe*. —Me acerqué a él y me coloqué de puntillas para alcanzar su rostro.

Se sentía extraño poder hacer eso cuando apenas unas horas atrás lo había visto en el bufete y había sentido una imperiosa necesidad de golpearlo hasta dejarlo irreconocible. Pero ya sabes cómo es el amor.

—Sé que, después de todo lo que tuviste con la madre de Leo y nuestro terrible comienzo, las apuestas están en nuestra contra, pero necesito que tengamos claro que lo que sea que esté empezando entre nosotros no puede perjudicar a tu hijo. Lo amo y, confía en mí, por mucho que me gustes, elijo a tu hijo...

Ni siquiera tuve tiempo de terminar la frase. Su boca buscó, desesperada, la mía y me perdí en el momento en que esta gobernó todos mis sentidos.

Fue una locura mientras sus manos acariciaban lentamente mis brazos para luego deambular sin rumbo fijo hacia mis senos. Los ahuecó y gimió.

—Estoy ansioso por pasar mi lengua sobre aquellos picos para luego chuparlos hasta hacerte olvidar tu maldito nombre... —Su voz sonó necesitada y ansiosa.

—¿Y por qué no lo haces...?

Sin perder tiempo, sus manos tocaron el bordillo de la camisa y esta salió sin problema de mi cuerpo cuando la levantó y me la quitó por la cabeza.

—¡Maldición! —Acarició suavemente mi pezón derecho con su dedo índice

y mi cuerpo se electrificó—. Necesito estar dentro de ti...

Luego de eso no sé cuál de los dos se acercó primero, pero su camisa fue lo siguiente en golpear el piso. Qué sensación más maravillosa me acorraló cuando su piel desnuda hizo contacto con mis pezones. Gemí poseída mientras gigantes olas de anticipación golpearon mi núcleo.

¡Dios...!

Su cuerpo era perfecto. Todo ángulos y pliegues lisos que te robaban la respiración. Mi boca se secó y mis manos no se contuvieron de acariciarlo. Ni siquiera aquellas pequeñas cicatrices salpicadas por todo su esculpido pecho podían empañar su belleza.

Mark Wright era perfecto, cicatrices incluidas.

—Tienes que saber que no soy bueno. —Sujetó la mano que estaba acariciando su pecho y la llevó a sus labios. Cuando besó mi dedo índice, mi coño sufrió una convulsión—. Es probable que incluso ni siquiera merezca poder acariciar tu cuerpo. Cuando me enamoro, por lo general, ocurren cosas malas. —Suspiró—. De alguna u otra forma termino lastimando a los que me importan...

—Entonces somos dos... —Su mirada atravesó mi alma y me sostuvo cautivada por la ferocidad que refulgía en sus profundidades. Profundidades que estaban plagadas de preguntas que de alguna manera ingenua esperaba que pudieran apaciguar los demonios que clamaban su alma.

—Un día compararemos pasados —prometí mientras atraía su rostro al mío—, y es probable que mi pasado no sea tan bonito como imaginas.

—Dudo que alguna vez se pueda comparar con el mío...

—Cuando llegue ese día... descubrirás que tu dulce *novia* también ha roto algún que otro corazón, aun cuando no fue su intención.

47. DEMONIOS CON SABOR A MIEL

Alexey

Sus palabras fueron como fuego en mis venas. Ella era como yo. Ella también había lastimado a alguien que amaba y era probable que también tuviera demonios que la persiguieran cuando iba a dormir.

Me relajé cuando el pensamiento de que ella era otra pecadora adormeció mi resolución y derribó mis paredes firmemente construidas. No fui consciente de cuándo me bajé del coche y caminé de regreso al edificio de Emilia. Lo siguiente que recuerdo es que estaba frente a ella y que no podía sacudirme esa sensación de cómo se sentiría chupar sus pequeños pezones mientras la hacía venir con mi mano.

Cuatro largos años habían transcurrido desde que me había permitido besar a otra mujer. Me sentí violento cuando una sensación desconocida rugió en mi sangre mientras el sabor a vino barato y un ligero toque de menta se abrían paso dentro de mi torrente, plagado de deseo por devorar a la hermosa mujer que me volvía loco.

No había explicación lógica de por qué me sentía atraído hacia ella. Si era sincero y me permitía pensar en Nina, ellas ni siquiera tenían un ápice de comparación. Eran tan distintas. Tan exasperantes, pero a su manera individual capaces de acelerar mi corazón y ponerme de cabeza.

Tenía que encontrar un punto de inflexión. O, al menos, ese fue el plan hasta que ella dijo que elegiría a mi hijo antes que a mí.

¡Jesús!

Eso rompió la cadena que tenía envuelto mi corazón y que lo mantenía en su puesto, impidiendo que el maldito saliera a buscar a la mujer que habíamos lastimado.

Emilia acarició con suavidad los relieves de las cicatrices que estropeaban mi piel y contuve el aliento mientras continuaba con su inspección. Luego de su declaración, no había lugar para las preguntas que querían salir atropelladas de mi boca.

Ella ya había dicho demasiado y estaba seguro de que no mentía. Sin embargo, aunque ahora era consciente de que había lastimado a otra alma, por algún motivo no tuve miedo de que lastimara la de mi hijo.

Era como si inconscientemente supiera que ella estaría dispuesta a sufrir en silencio con tal de no lastimarlo. Y si ella amaba a mi hijo, eso sería suficiente para que las cosas entre nosotros se encaminaran en la dirección correcta.

—La primera vez que te haga mía quiero hacerlo sobre tu cama.

Su mano tomó la mía y con paso firme me llevó hacia el lado izquierdo del pequeño apartamento, donde supuse que se encontraba su habitación.

Cuando abrió la puerta y di un paso en su interior me gustó lo que vi. Era pequeña y muy femenina. Y me fascinaba cómo todas las cosas aquí gritaban que le pertenecían a ella.

—Mark Wright en medio de mi habitación y sin camisa es un sueño tan perturbador como erótico.

Eché la cabeza hacia atrás y reí con fuerza.

—Dices las cosas más bonitas... —ironicé mientras veía cómo contorneaba su cadera para poder liberarse del ofensivo y corto pantalón, que inspiraría de ahora en adelante la mayoría de las fantasías sexuales que tuviera con ella.

Abrí el cinturón y deshice el botón que mantenía en su sitio mi pantalón mientras caminaba hacia ella.

—Prometo que valdrá la pena el riesgo que estamos tomando. —Acaricié su mejilla y me deleité en la sacudida que experimentó mi corazón cuando un suspiro necesitado abandonó sus hinchados labios.

Emilia Jones era hermosa y me asustaba la suerte que tenía.

Ahogué un brusco gemido cuando su boca no dudó en seducir la mía y obligar a mi lengua a jugar con la de ella. Su succión me hacía presionar sin contemplaciones mi furiosa erección contra su vientre. Me gustaba que no fuera tan alta. Se veía frágil enjaulada entre mis fuertes brazos. Hice que retrocediera hasta que sus piernas tocaron el borde del colchón y caímos sobre este.

A pesar de que ella era pequeña, su cama era una *king size*, perfecta para poder ponerla en todas las posiciones que mi loca cabeza exigía.

—Te quiero recostada y con las piernas bien abiertas porque estoy a punto de darme un festín con tu coño.

Sus mejillas se volvieron rojas, pero obedeció. Mis zapatos golpearon la moqueta y no demoré en liberar mi polla de las restricciones. Su boca se abrió

un poco cuando me paré frente a ella completamente desnudo. Lamió sus labios resecos y sonrió.

—Ahora veo por qué las mujeres están obsesionadas contigo. Eres absolutamente impresionante.

Negué.

—Ellas están impresionadas por las cosas que podría conseguirles, no te engañes creyendo que están cien por cien detrás de mí por mi buena apariencia.

Sonrió y yo decidí que ya habíamos tenido mucha charla. Me acomodé sobre ella y la miré fijamente a los ojos.

—Estoy a punto de arruinarte para otro hombre...

—Y yo a ti para cualquier otra mujer.

Nuestros labios colisionaron como si de dos mundos se trataran. Y de hecho lo eran. Su mundo marchito y sin amor colisionó contra el mío, que estaba empezando a llenarse de amor gracias a mi hijo.

Emilia Jones estaba a punto de demostrarme que los pecadores tenían licencias para amar, aun cuando el ángel que ahora besaba mis labios tuviera las alas rotas y el corazón herido.

Y, a pesar de ello, cuando todo estuvo dicho y hecho, jamás podría arrepentirme de haberle hecho el amor aquella madrugada.

48. TÚ Y YO: CAOS TOTAL

Me aferré a su cuerpo como si de un salvavidas se tratara y me dejé arrasar por la tormenta que abatía sin misericordia mis labios. Sus manos se deslizaron por mis brazos y clavó sus uñas cuando mi polla revestida de látex empujó un poco dentro de ella.

¡Mierda!

La estrechez de su canal me hizo sofocar un angustiado gemido, mitad placer mitad anticipación. La idea de comer su coño había muerto cuando sus manos habían buscado mi falo y lo acariciaron hasta el punto de volverme loco.

Presioné con fuerza la cabeza de mi polla en su caliente y húmedo centro y ella intensificó la dureza de nuestro beso. Se sentía realmente delicioso mientras sus prietas paredes me hacían espacio y me aceptaban en su interior. Mis testículos golpearon su trasero y un gemido brotó de sus labios rompiendo el beso.

—¡Dios! Se siente tan...

Golpeé en su interior sin ceremonias y empecé un baile erótico con mis caderas, lo cual hizo que echara la cabeza hacia atrás y se aferrara a mis brazos gimiendo súplicas y promesas.

—¡Maldición! —siseé cuando sus paredes se constriñeron alrededor de mi falo y exigieron dejar ir mi carga.

Sujeté su trasero, la levanté de la cama y cargué con ella para darle la vuelta y que quedara sobre mí. En lugar de dejarme caer, me senté y permití que me cabalgara con abandono. Cuando sus caderas marcaron el ritmo, busqué su delicioso pezón derecho y chupé con desesperación.

—¡Oh, Mark! —Aumenté la succión y ella echó la cabeza hacia atrás mientras buscaba su propia liberación—. Esto es tan bueno... tan... *¡Dios!*

—Eso es, preciosa, déjalo ir... —arrullé soplando sobre su pezón y lamiendo solo la punta—. Me encantaría sentir cómo te corres sobre mi polla...

Mi petición hizo la magia. Su clímax provocó que sus paredes empezaran a ordeñar mi longitud y fue imposible mantenerme quieto por más tiempo. Su

espalda golpeó duramente el colchón cuando nos giré. Elevé sus piernas juntas y las coloqué sobre mi hombro izquierdo, afiancé mi agarre sobre sus caderas para profundizar mis estocadas. Quería venirme mientras las olas de su placer seguían atormentando su coño.

Gimió cuando el ángulo de sus piernas hizo que la fricción de mi eje con su interior estimulara gradualmente las sensaciones y alborotara sus nervios. El embriagante calor de su coño me envió a una espiral enloquecida de placer.

¡Maldición!

Mi espalda se tensó cuando la corriente se disparó y el primer chorro golpeó contra la goma.

¡Malditamente delicioso!

Empecé a correrme duro cuando el pensamiento de ella permitiendo que un día bañara su útero con mi semilla inundó mi cabeza.

¡Dios!

Era un hecho. Emilia Jones tenía altas probabilidades de arruinarme para cualquier mujer en el futuro inmediato. Y una parte de mí estaba ansiosa de que fuera capaz de hacer eso.

49. CUANDO EL RÍO SUENA...

Catrina

Siete meses después.

Era tan feliz que me daba miedo. Navidad había llegado y con ella la promesa que este sería el primer año que no la pasaría sola, como todos los años. Suspiré cuando las manos de Mark acariciaron mi vientre y me acomodó de tal manera que le fue fácil deslizarse en mi interior.

Gemí suavemente mientras giraba sobre el colchón y enterraba el rostro entre las cálidas sábanas que olían a él. Me perdí en las ondulantes vibraciones que sometían a mi cuerpo mientras este disfrutaba de la deliciosa presión que ejercía su falo al entrar una y otra vez en mi húmedo canal.

¡Diablos!

Esta era mi posición favorita porque me permitía sentirlo en lugares que de otra manera era imposible que me golpeará.

—Eso es, nena, así está perfecto, sigue haciendo eso...

Alabó las ondulaciones que hacía mi vulva cada vez que se retiraba. Su mano izquierda levantó un poco mi pelvis y sus acometidas se hicieron más intensas y rápidas.

—Necesito que abras estas dulces piernas... —Obedecí y su mano abandonó mi vientre, se deslizó hasta llegar a mi pequeño manojito de nervios para acariciarlo suavemente.

¡Jesús!

Me retorcí tratando de acelerar sus acometidas mientras brotaba el trasero y montaba su mano. El clímax empezó a calar mi espina dorsal cuando sus dedos índice y medio presionaron alrededor de mi clítoris y empezaron a trabajarlo con fuerza.

—¡Mark...! —gemí presa de las corrientes de placer que mi cuerpo ansiaba liberar.

—Lo sé, preciosa, puedo sentir tus paredes ordeñándome... —gimió una maldición—. Tu coño es la cosa más deliciosa y se me hace agua la boca por

devorarlo cuando estemos en la ducha.

Sus crudas palabras me enviaron a un torbellino de placer donde mi cuerpo se tensó y vibró al calor de sus movimientos.

Segundos después, el clímax nos alcanzó y nos derrumbamos exhaustos. El sudor goteaba a riachuelos de nuestros cuerpos y una ducha a las cinco de la mañana no sonaba tan malo. No cuando sabía lo que mi atractivo novio podía hacer mientras me apoyaba contra la mampara de cristal y me obligaba a disfrutar del mejor *cunnilingus* de mi vida.

Mis piernas temblaron de anticipación. Mark Wright me había convertido en una cazadora de orgasmos.

—Pensé que acordamos que no utilizarías el sexo para reconciliarnos —lo acusé mientras me levantaba y lo miraba sobre mi hombro.

Él colocó su antebrazo sobre sus ojos.

—Lo siento, pero se hace duro cuando me despierto con el trasero de mi hermosa *novia* apuñalando sin piedad mi erección matutina.

Puse los ojos en blanco, me puse de pie y caminé hacia el baño.

—Claro, culpa a mi enorme trasero de provocador...

Anoche habíamos tenido una fuerte discusión cuando él había indagado sobre mi pasado y yo había contrarrestado su interrogatorio con preguntas incómodas sobre sus cicatrices y el tatuaje de su espalda.

Aquella primera vez que tuvimos sexo en mi apartamento no noté que había un enorme tatuaje en su espalda. Lo descubrí gracias a que se había girado para ponerse la camisa y vislumbré las intrincadas letras en su espina dorsal. Letras escritas en ruso.

Podía imaginarme lo doloroso que tuvo que haber sido el tatuaje lo que despertó aún más mi curiosidad. Además de ser el único en su cuerpo.

Como no había querido responder a ninguna de mis preguntas, me había enojado y dicho que dormiría en mi casa. Para total desagrado de Mark.

Con demasiada regularidad solía quedarme a dormir en su casa, pero debíamos tener mucho cuidado de no levantar a Leo y que hiciera preguntas inadecuadas. No queríamos confundirlo y, dado que nuestras peleas estaban aumentando, creía que la ocasión de decirle a Leo que estábamos juntos nunca llegaría.

No me gustaba mentirle, en varias ocasiones me había preguntado si yo era la novia de su papá a lo que hábilmente había desviado su atención haciéndole preguntas sobre la escuela. Gracias a Dios a Leo le había encantado la escuela

y cuando le preguntaba no podía parar de hablar de ella y de lo divertida que era.

—Siento lo de anoche, no quise molestarte. —Desnudo y luciendo malditamente sexi, recargó su hombro contra el marco de la puerta.

Ignoré su disculpa y encendí la ducha. Mi baño era pequeño por lo que no cabíamos los dos dentro de él.

—Si esperas que te hable de mi pasado, tienes que entender que también quiero que hagas lo mismo. Esta no es una relación unilateral.

Encendí la ducha y me relajé cuando el agua caliente golpeó mi rostro. Había muchas cosas que habían empezado a enturbiar nuestra relación, sin contar las pesadillas donde gemía el nombre de la mamá de Leo y terminaba hecho un desastre lloroso y tembloroso.

Nina.

Nina.

La maldita Nina.

Sin duda esa mujer había hecho un jodido desastre cuando los abandonó.

Sus manos firmes rodearon mi cintura y apoyó la frente contra mi hombro derecho. El chorro de agua mojó gran parte de su cuerpo.

—Sé que toda esta situación no te hace feliz —sus manos ahuecaron mis pesados senos, contuve un gemido—, pero juro que en cuanto tenga solucionadas las cosas en mi cabeza, tu y yo podremos sentarnos a hablar con Leo y darle la buena noticia.

Me hubiera gustado creer en sus palabras. Lo juro. Pero tenía el presentimiento de que estábamos muy lejos del punto en el que lo nuestro se podría considerar una *relación* sana y con un prometedor futuro.

—Tengo que irme, el sol está a punto de despuntar y quiero estar en la casa de mi hermano cuando Leo despierte. ¿Sigue en pie la salida al cine?

Asentí.

—Entonces, nos vemos más tarde.

Besó suavemente mi hombro y se alejó. Me hice la fuerte y sonreí mientras me daba una última mirada desde la puerta.

Abrió la boca como queriendo decir algo y mis piernas se sintieron físicamente débiles; quizá había llegado el día que lo escucharía decirme que me amaba, pero para mi total desilusión, cerró la boca y negó con la cabeza.

—Cuídate, Emilia Jones.

—Tú también, Mark Wright.

Sí, las relaciones sentimentales podían ser una verdadera mierda.

50. MALDITOS CELOS

Una semana pasó y las reuniones en la sala de juntas se reanudaron. Los esporádicos cortes de energía habían cesado en gran parte y, según tenía entendido, la construcción del inmenso auditorio iba viento en popa.

Mi novio estaba concentrado en la presentación de estrategias de Owen Nicholson, un abogado de gran trayectoria que nos estaba brindando una amena y divertida capacitación sobre cómo *lidiar* con clientes difíciles. En pocas palabras, nos estaba enseñando a cómo no perder la maldita paciencia y romperle la cara a un cliente idiota.

Tenía tres hojas llenas de consejos, estaba segura de que pondría en práctica algunos de ellos cuando tuviera que afrontar la reunión con el señor Daniels y su exesposa.

El señor Nicholson soltó otra hilarante broma cuando una bola de papel impactó contra mi rostro. *Literalmente.*

Fruncí el ceño y levanté la mirada para saber quién había sido el descortés de arrojarme la bola papel; me sorprendí cuando el responsable del *ataque* me sonrió: Oliver O'Kelly, un socio mayoritario de la firma y que ocasionalmente participaba en las reuniones aportando interesantes puntos de vista durante los juicios. Su cabello rubio siempre estaba desordenado, como si acabara de salir de la cama, pero que en él quedaba muy atractivo. Sus ojos azules siempre eran amables y a más de una los hoyuelos que aparecían en sus mejillas cuando reía las traía muy locas y apretando las piernas. *¿Quién hubiera creído que los hoyuelos podrían despertar tanta pasión?* Lo miré confundida. Levantó la barbilla como animándome a abrir la hoja de papel.

Esto era muy extraño.

Disimulé la sonrisa nerviosa que estaba titubeando en mis labios y abrí el papel.

¡Demonios! Sufrí de un *déjà vu*: «¿Puedes darme tu número de móvil?».

¿Qué diablos?

¿Acaso acababa de regresar a la secundaria y no lo había notado?

Negué con la cabeza y forcé una sonrisa educada que esperaba que no hiriera

su ego. Definitivamente, él era atractivo, pero ya tenía las manos llenas con *don-señor-alto-y-oscuro* que era mi novio secreto como para sumarlo a mi loca situación.

Además, ¿quién rayos te golpeaba con una bola de papel en la cabeza para pedirte tu número?

Tal vez era una nueva broma que se estaba difundiendo por redes sociales. Jugueteeé varias veces con el clic de mi bolígrafo y medité sobre qué escribir en la nota que dejara las cosas claras y... Mi pensamiento fue interrumpido por la voz barítono de un muy enojado Mark Wright.

¡Mierda!

—Señorita Jones, ¿sería tan amable de leer en voz alta la nota que casi la deja sin un ojo?

Puse los ojos en blanco. *Qué exagerado.* Tampoco era para tanto.

—Si me lo permite, señor Wright, me gustaría mantener esto en privado...

—No se lo permito... —El muy cretino se levantó y caminó hasta detenerse tras de mí.

Hoy lucía un ajustado traje de tres piezas de un intenso color azul marino que acentuaba sus preciosas piscinas grises. Su rostro poco hacía por ocultar sus celos. Sus labios, que tan loca me traían, estaban tan apretados que casi desaparecían de su rostro.

Mark Wright estaba claramente molesto y era mejor no llevarle la contraria.

Miré con verdadera lástima al agradable socio y gesticulé una disculpa. Oliver O'Kelly me miró fijamente, pero no se amedrantó cuando la nota arrugada fue arrancada de mi mano.

¿Pero qué diablos?

Fruncí el ceño sin creer lo que acababa de hacer mi maldito jefe. *Esta noche alguien sufriría sin sexo y, definitivamente, no sería yo.*

—Interesante. —El sarcasmo goteó espeso y rencoroso—. Sr. O'Kelly ¿le parece pertinente *asediar* a una empleada durante una reunión para pedirle su número de teléfono?

Algunos compañeros disimularon la risa con un ataque de tos, pero Oliver solo arregló las mangas de su camisa blanca. Al igual que el maldito celoso que actualmente quemaba un hoyo en mi cabeza, él vestía un traje hecho a medida de color negro. Maya me lanzó una mirada victoriosa mientras George y Edward miraban aterrados a un hombre que creía que estaba bien avergonzarme frente a todo el equipo.

¡Maldito seas, Mark Wright!

—Hasta donde tengo entendido, la señorita Emilia Jones está soltera —dijo decididamente Oliver. Fue un milagro que los presentes en esta sala no muriesen por la ola de ira que irradió Mark Wright—. Le lancé el papel porque me pareció que la haría reír un poco si trataba de acercarme a ella como lo haría si estuviéramos en la secundaria... —hasta vergüenza ajena sentí por lo que poco que me conocía ese hombre—, y para ser sincero estoy seguro de que a ella le gusto. *Mucho*.

Me sentí dividida entre golpear a mi novio por hacerme pasar por este penoso espectáculo o lanzarle mi libreta de apuntes a Oliver O'Kelly, que me miraba como si estuviéramos compartiendo un maldito secreto.

Sería conveniente que él hablara con un psicólogo. Y de paso, ya que estábamos, se hiciera revisar los malditos ojos.

—¿Eso es cierto, señorita Jones? —preguntó sarcásticamente mi jefe.

Puse los ojos en blanco y me levanté; ya había tenido suficiente.

—Estoy segura de que en ninguna parte del contrato que firmé especifica que tenga que compartir detalles de mi vida privada, pero si está tan deseoso de saberlo, le comunico que estoy felizmente *soltera* y que no estoy interesada en ninguno de mis compañeros. Y eso incluye a los socios. —Lo enfrenté mientras recogía mi libreta de apuntes y la acercaba a mi pecho. Las manos me temblaban. Tenía que salir de aquí o iba a golpear a mi jefe con la libreta sin pensar en las consecuencias—. Ahora, si me disculpan, me gustaría retirarme porque me han hecho sentir lo suficientemente incómoda como para no querer repetir una experiencia igual en toda mi vida.

Y no me refería precisamente a la nota que golpeó mi cabeza.

Sin esperar ningún permiso, me alejé de toda la absurda situación sintiendo la pesada e incrédula mirada de los presentes, que no podían creer que me fuera sin el consentimiento del maldito dueño del lugar. Pero no me importaba. El sentimiento de que estábamos a punto de salir lastimados me respiró en el cuello y me recordó por qué las relaciones en las oficinas no eran buena idea. Y que salir con un hombre que claramente amaba a otra mujer era peor.

51. CORAZÓN PARTIDO

Rehusé a hablar con Mark. Para un hombre con su experiencia esperaba más madurez a la hora de afrontar una situación parecida. Era cuestión de tiempo que algo así pasara, me sentí muy decepcionada por su reacción inmadura.

También me sentía algo frustrada. No era su propiedad y él tenía que dejar de tratarme como una maldita posesión. Yo no era su exmujer, a la cual, al parecer, le gustaba follarse a cualquier cosa que tuviera un pene.

Mi móvil no había parado de sonar, pero me había convertido en una experta en ignorarlo. Apagarlo implicaría mucho drama y, sinceramente, no me sentía con ánimos de agrandar el problema para luego terminarlo con una sesión de sexo enojado mientras tenía pensamientos asesinos hacia él.

Mark conservó sabiamente la distancia y eso ya decía mucho. Al menos, me conocía. Cuando llegué a mi apartamento no me sorprendió encontrarlo recargado contra la pared mientras Leo botaba sin cesar a su alrededor.

—¡Emi...!

Leo corrió hacia mí y me arrodillé en el piso para recibirlo. Cerré los ojos cuando su pequeño cuerpo impactó suavemente contra el mío y reí emocionada de verlo. Ahora que asistía a la escuela nuestro tiempo era limitado. Y cada vez lo extrañaba más y más.

—¡Pero mira qué cosa más bonita trajo el gato! —Él rio emocionado. Atrás había quedado el niño callado y tímido que no sabía cómo reaccionar al amor.

—Papá me preguntó si quería venir a visitarte y le dije que sí. —Sus ojos brillaron emocionados. Le lancé una mirada incrédula a mi futuro exnovio. Era una bajeza por su parte utilizar a su hijo para asegurarse de que no lo echaría a patadas de mi casa—. ¿Podemos ir al cine? Prometo que mañana me levantaré temprano y haré los deberes.

Asentí. Era difícil decirle que no a mi dulce niño de ojos grises y su padre lo sabía. Durante la improvisada cita encontraría la oportunidad de dejarle claro que no toleraría que utilizara a Leo para aplacar mi enojo.

—Eso sería grandioso.

Me levanté sin darle otra mirada al oscuro hombre que me miraba fijamente y en silencio caminamos hacia el elevador. Esta sería la cita más larga del mundo.

52. CITAS DESASTROSAS

Alexey

Cuando la desesperación golpeaba tu puerta no había más opción que recurrir al as bajo la manga. Y mi hijo era ese as. Probablemente, aquello me hacía ver como un mal padre, pero era lo que había.

Emilia me había demostrado desde que la había conocido que era una mujer inteligente, intensa, pero sobre todo emocional. Bastaba con poner delante de sus ojos a Leo para que su capacidad de decir *no* se viera profundamente afectada.

Me gustaba eso de ella.

Cuando eres padre soltero te haces a la idea de que las mujeres pasarán a tu lado de refilón porque no quieren la responsabilidad de criar a un hijo que siempre les recordará que hubo una mujer importante en la vida de él. Pero ese no era el caso de mi Emilia.

El cine estaba en pleno apogeo. Cuando la función empezó, Leo no tardó ni media en caer rendido y dormirse entre los brazos de la mujer que lo amaba como si fuera su propio hijo.

—Aún sigues enojada...

—Considérate afortunado de que seas capaz de comer por tu cuenta y no necesites una sonda.

Contuve una carcajada. Ella podía decir las cosas más lindas cuando se lo proponía.

—Siento mucho si te avergoncé —dije sinceramente.

Habíamos elegido una comedia romántica dado que no proyectaban películas infantiles.

En la enorme pantalla, el protagonista, que tenía un serio problema con lidiar problemas de autoestima, perseguía al amor de su vida: una mujer despampanante que no lo quería por ser tan idiota.

Me sentía muy identificado.

—Si queremos hacer esto, tienes que confiar en mí. Así como yo confié en ti.

¿O acaso crees que ha sido fácil para mí tener que lidiar día tras día con aquellas abogadas que se te lanzan a diestra y siniestra o que te desnudan con la mirada...?

—Pero estoy contigo...

—¿Y acaso yo no lo estaba esta mañana durante la reunión?

Negó y la decepción que vislumbré en su rostro me golpeó duro en el rostro. Me sentí como la mierda mientras comprendía su punto.

—Lo siento.

—Lo sé, pero eso no cambia el hecho de que me trataste como una cabeza hueca. No soy tu propiedad ni la de nadie. Ni tampoco soy tu exmujer.

Sus palabras me golpearon y guardé silencio. Oliver O’Kelly tenía una fijación por las morenas con curvas pronunciadas. Había notado cierto interés por Emilia cuando la reunión había empezado, pero me dije que no se atrevería a tratar de ligarla durante la reunión. Me había equivocado.

—Emilia, me gustas, pero siento que a veces... —empecé, pero me detuve antes de decir algo que podría empeorar la situación. Mis inseguridades eran provocadas por mis errores del pasado que en ocasiones me instaban a pensar únicamente en mi hijo y renunciar a las mujeres.

—A veces... *¿qué?* —preguntó enfrentándome y retándome a desviar la mirada. Menos mal que estábamos en la última fila y nuestra conversación no molestaba a los presentes. Lo último que quería era que me quitaran la oportunidad de hacer esto en la oscuridad de la sala.

Dios sabía que cuando miraba fijamente aquellos hermosos ojos verdes mi polla tomaba la mayoría de las decisiones, y no siempre eran las más acertadas.

Emilia Jones se había vuelto muy peligrosa.

—A veces siento que eres mucho para manejar —confesé y me preparé para su ira. Las mujeres solían ser muy sensibles cuando se las acusaba de ser *intensas*.

—¿Y crees que no siento lo mismo sobre ti? —Soltó una risa irónica la cual fue abucheada, pero a ella no le importó, prosiguió como si nada—. Eres como una dulce tortura que nubla mi juicio y me hace inservible a la hora de tomar sabias decisiones.

Al menos, no era el único afectado por esta atracción.

—Confío en ti...

—Pues no lo parece —agregó mientras se acurrucaba más contra mi hijo.

Aún faltaba casi una hora de película y me sentí inquieto—. Ni siquiera puedo creer que te hayas comportado como un cavernícola y me avergonzaras frente a mis compañeros tratando de probar un punto. Si las cosas van a ser así entre nosotros, creo que es mejor que cada uno continúe con su vida... *por separado*. Suficiente tengo con saber que siempre amarás a tu adorada *Nina*. ¿O crees que soy tan idiota de no distinguir que ese es el nombre que susurras e imploras en tus sueños mientras repites una y otra vez que la amas?

¡Mierda!

Después de eso no dije nada y miré al frente. Ella hizo lo mismo y supe que habíamos tocado un nervio en nuestra relación que poco haría por unirnos.

Ahora que sabía parte de mi secreto, no había forma de que uno de nosotros no saliera herido de esta relación.

53. UNA ADMISIÓN

No existía un punto intermedio entre la creciente tensión que se había creado entre Emilia y yo y sus deseos por terminar con la relación.

Demonios.

Parecía que mi vena posesiva había presionado muy lejos sus botones. Me impresionaba cómo era capaz de encontrar maneras más que justificables de prorrogar nuestros encuentros. No obstante, todo ello no aplacaba mis deseos de verla. La extrañaba. *Mucho.*

También estaba esta creciente necesidad de saber dónde estaba la mayor parte del día, lo que solo aumentaba sus deseos de no responder a mis llamadas. ¡*Jesús!* Pasaba gran parte de mi día acechándola con las cámaras de seguridad y mi estómago sufría un doloroso espasmo cada vez que la veía cerca de Dmitri. Se veía tan cómoda a su lado que la vieja sensación de ser siempre la segunda opción para las mujeres que me interesaban alzó su despreciable cabeza.

Al menos, Nina jamás sintió inclinación por llevarse bien con mi hermano.

Nuestra madre había llamado más temprano para saber cómo estábamos y no había tenido el valor para colgarle un minuto después de abrir la llamada.

—Os amo —había susurrado llorando—. Extraño mucho a nuestra familia. —Mi pecho se había sentido pesado y me costó respirar—. Ya sé que no debo llamar, pero solo quería recordaros que os amo y que espero que les estéis contando las mejores historias a mi nieto sobre lo genial que es su abuela.

Leo la conocía por fotos. Decía que tenía sus ojos y era correcto. Dmitri, él y yo habíamos heredado sus ojos y su cabello oscuro.

Colgué luego de escucharla respirar pesadamente y volver a susurrar que nos amaba. Por el bien de mi hijo, no podíamos sostener una pequeña y minúscula conversación con nuestra madre. Ya era suficiente peligroso el que abriéramos sus llamadas. Cualquiera podría estar escuchando.

Sin importar cuantos años pasaran, seguíamos siendo prófugos de la justicia y si quería que mi hijo tuviera una vida placentera y feliz tenía que mantener la distancia de todo lo que podría colocar al terrible pasado que nos acechaba en

mi puerta. Leo merecía crecer sin saber el monstruo que era su padre. Y ahora a la mezcla se había sumado Emilia Jones.

¡Maldición, Emilia!

Suficiente malo era que no pudiera ser honesto con ella sobre mi pasado como para presionarla a que se abriera con el suyo. Pero quería saber. Tenía esta urgencia demoledora de conocer sus demonios y por qué a mitad de la noche se levantaba con el pecho agitado y temblando.

Tenía espantosas pesadillas. Como yo. Y eso solo avivaba más el fuego de la curiosidad por saber que era aquello tan malo que había hecho que ahora robaba la calma de sus sueños.

Quizá no éramos tan diferentes después de todo y un día ella sería capaz de entender por qué hice las cosas terribles que hoy le robaban la oportunidad a mi hijo de tener una abuela.

54. SECRETOS

Catrina

Las pesadillas habían regresado y con ellas la necesidad de tener mi espacio. No estaba lista para compartir con Mark mi pasado y, aunque podía ver en su rostro las profundas líneas de preocupación que se le formaban en el ceño cada vez que me levantaba hecha un desastre en medio de la noche, no podía obligarme a sentarme frente a él, mirarlo a los ojos y contarle lo devastador que podría ser si se me ocurriera confesarle que lo amaba.

Me había enamorado por segunda vez en menos de un año y eso me tenía destrozada. No quería pensar en lo que podría suceder si Mark descubriera que Emilia Jones realmente había muerto hacía tres años y que yo había tomado su identidad.

El amigo de Alma había hecho un trabajo brillante al proporcionarme la identidad de una mujer italiana que había estudiado derecho y que se había graduado como la mejor de su clase. A veces me ponía a pensar en la verdadera Emilia Jones y me preguntaba si habría sido feliz.

Una parte de mí esperaba que fuera así.

Hasta donde tenía entendido, había sido hija única de un matrimonio humilde de las afuera de Recoaro Terme y que, cuando obtuvo su título de abogada, se había marchado de su humilde granja para buscar mejores oportunidades y poder ayudar a sus padres. Si analizaba las cosas, no había mentido realmente cuando Margaret me había realizado la entrevista, porque técnicamente le conté la vida que había tenido la verdadera Emilia. Estaba segura de que hubiese tenido un brillante futuro si no hubiese sido atropellada al salir de su viejo empleo como camarera en un restaurante de comida rápida.

Como la verdadera Emilia había tenido el cabello oscuro, tuve que teñir el mío para asumir completamente su identidad antes de abandonar Verona.

Era más que probable que Mark, al enterarse de todo ello, me hiciera arrestar y se encargara en persona de que me pudriera en la cárcel. Lo había

visto en el juzgado y cuando se lo proponía podía ser feroz e implacable. Muchos abogados contrarios habían desistido de enfrentarse a él en los tribunales, por lo que siempre venían y solicitaban una reunión para llegar a un feliz término antes de que el plazo para presentarse en la corte golpeará su puerta.

Aunque debería estar preocupada por mi estancia en la cárcel, era el perderlos lo que hacía que me sintiera brutalmente desconsolada, las manos empezaran a temblarme y me sintiera enferma. Leo quedaría destrozado y Mark reforzaría su absurda creencia de que estaba bien no confiar en las mujeres porque éramos seres mezquinos que siempre encontrábamos una manera de lastimarlo. Y su deber como padre era proteger a su pequeño hijo.

Leo se había convertido en mi pequeño mundo feliz, pero mis mentiras me alejarían definitivamente de él.

«Tonta», susurró una voz en mi cabeza. Nada de esto me estaría atormentando si no hubiera cedido ante la lujuria que Mark Wright despertaba en mi cuerpo.

—¿Debería llamar a un doctor?

Disimulé el sobresalto que provocó en mi interior la aparición de Mark Wright en mi oficina.

Había llegado a la conclusión de que este hombre luciría perfecto y endiabladamente sexi incluso vestido de mendigo.

—¿Disculpa...? —pregunté levantándome y alisando mi falda lápiz. Como mi cabeza andaba en las nubes, hoy me había vestido demasiado formal. Este atuendo solo estaba destinado para cuando tenía audiencias y hoy no tenía ninguna.

Esto de estar enamorada realmente se hacía complicado con el pasar de los años.

—He notado que últimamente pasa más callada de lo normal, señorita Jones, me preocupa que esté enferma. Por eso pregunto, ¿quiere que llame al doctor de la empresa para que la examine?

Negué y forcé una sonrisa ligera mientras rehuía su intensa mirada. Para mi total martirio, Maya y Edward habían ido a la corte y George se encontraba en una junta extraordinaria en el piso treinta. Eso nos dejaba a Mark y a mí en una oficina desierta con cero oportunidades de evitar esta incómoda conversación.

¡Diablos!

—No has contestado mis llamadas... —dijo dejando abierta la posibilidad

de replicar, pero no lo hice. Frunció el ceño y dio un paso hacia mí. Me obligue a no retroceder. Su mirada lucía preocupada y eso solo hizo que me sintiera peor.

—Emilia...

—Te amo...

Dejé que mi confesión colgara como un globo relleno de gasolina que bailaba feliz sobre una vela encendida.

Su mandíbula sufrió un espasmo. Eso no era una buena señal. Los segundos pasaron, se convirtieron en minutos y seguíamos allí, suspendidos en alguna parte de una relación que, para empezar, estuvo mal desde el minuto cero. Sabía que él también me ocultaba cosas, pero no creía que fueran tan malas como mi pasado. Sí, era verdad que cuando soñaba lo hacía con su exmujer, pero ¿a quién alguna vez no le pasó? Por lo que era injustificado que lo tuviera sobre su cabeza si es que acaso quería que las cosas entre nosotros llegaran a un puerto seguro. Ahora, mientras su mirada se llenaba de dolor no estaba tan segura.

—Di algo —pedí suavemente mientras le rogaba con la mirada. Él tenía que sentir algo por mí. Lo que fuera. Quizá no amor, pero algo fuerte e incandescente tenía que cobijar su pecho cuando me tenía entre sus brazos. Cuando besaba mis labios—. ¿Mark?

Un atisbo de dolor atravesó su mirada y eso fue todo. No estaba preparada para reconocer lo que hacía tiempo me había dado cuenta, mientras lo admiraba por las noches llorar desconsolado por el abandono de una mujer que jamás lo amaría como él quería.

—Es por ella, ¿verdad? —Levanté la barbilla—. Es por Nina. Aún la amas.

Los segundos pasaron y no lo negó. Eso fue mil veces peor que quizás escucharlo admitirlo en voz alta. El amor que embargó su mirada al escuchar su nombre hizo las cosas más claras para mí.

La madre de Leo era una completa idiota.

—Aun cuando ella se fue, tú...

—No puedes obligar a que tu alma deje de amar a alguien solo porque ya no duerme entre tus brazos, ni predica tu nombre mientras otros labios la besan.

Un golpe en el estómago se hubiera sentido menos doloroso.

—Emilia, nunca te oculté el hecho de que estaba jodido en mi cabeza...

—¿Hay alguna posibilidad de que me ames un día? —pregunté con el corazón en la mano, ignorando la verdad que habían pronunciado sus labios.

Abrió la boca, pero me adelanté y agregué:

—No espero que me ames como a ella, no soy así de ilusa. Solo... solo quiero saber si algún día dejarás de amarla lo suficiente para darme parte de ese amor que estás empeñado en mantener por ella.

Miró mis ojos y negó, mi corazón sufrió un espasmo y se desangró por dentro.

—No puedo mentirte. —Mis ojos se llenaron de lágrimas—. No sería justo para ti ni para mí. No cuando lo que siento por ti es fuerte y se siente bien. Tampoco quiero que creas que te mentí cuando dije que quería que las cosas funcionaran entre los dos.

Asentí limpiando la lágrima que había salido sin mi consentimiento.

—Entonces, me quieres un poco... —asintió, pero no ofreció nada para calmar el dolor—, pero jamás me amarás como la amas a ella.

No fue una pregunta.

Después de su silencio, quedaba poco que interpretar. Por suerte, en ese momento llegó George y Mark se disculpó; salió de la oficina llevándose los pedazos de mi corazón incrustados en su caro saco. Para cuando la noche llegó, tenía que pensar seriamente si podía vivir con ella respirando sobre nuestra relación o si lo correcto para mí sería guardar mis sentimientos y decirle adiós a la idea de estar con Mark, concentrarme en tratar de mantenerme el tiempo suficiente en la vida de Leo.

Decisión que se volvió mucho más difícil de tomar cuando, al pasar la noche en la casa de Mark, sin desearlo descubrí una vieja foto entre sus cosas en la mesita de noche. Me había olvidado mi cargador del móvil en mi apartamento, así que le pedí que me prestara el suyo y me indicó que podía encontrarlo en el cajón inferior de su velador antes de desaparecer en el interior del cuarto del baño.

Me congelé cuando al levantar el pequeño objeto, una vieja foto capturó mi atención. Estaba desgastada, pero la escena en ella era tan cautivadora que no importaba si los bordes estaban roídos. Una pequeña y menuda mujer de cabello largo y rubio, con rostro de ángel y con un precioso vestido de novia, reía mientras un muy joven Mark la sujetaba de su cintura e intentaba embarrarle pastel en el rostro.

La sonrisa en el rostro de él mostraba lo feliz que estaba aquel día. Mi corazón cayó peligrosamente cuando al voltear la foto leí las letras de tinta azul casi desvanecida sobre él: «Los pecadores seguimos siendo pecadores,

aunque un hermoso ángel bese nuestros labios. Te amo, Nina». Y más abajo un nombre que no conocía y que llamó fuertemente mi atención firmaba la nota: *Alexey Románov*.

Maldición. Mi estómago protestó y le di la vuelta. *¿Quién diablos era Alexey Románov?* Miré fijamente a la mujer; sus ojos estaban cerrados y su rostro delicado era muy hermoso, pero algo estaba mal en todo esto.

Fruncí el ceño. Según tenía entendido, Mark jamás se había casado con la mamá de Leo. Más bien fue una relación tormentosa que había terminado con un embarazo no planificado y ella exigiendo una cantidad exorbitante de dinero para entregarle la custodia completa de su hijo. Más allá de todo eso, la joven mujer de la foto, y que claramente se había casado con Mark, no era la mamá de Leo.

Sabía cómo lucía porque era una modelo famosa que actualmente vivía en Inglaterra y a quien los medios impresos habían hecho pedazos a consecuencia de todo el escándalo. Su foto acaparó las primeras planas por meses. Era una mujer egocéntrica que solo había querido el dinero de un abogado prometedor.

Cuando la ducha se apagó, guardé rápidamente la foto y cerré el cajón. Cuando Mark se detuvo tras de mí, fingí que estaba luchado por conectar el cargador contra la regleta de varios enchufes que se encontraba al lado del velador, sobre la moqueta.

Sus cálidas manos sostuvieron las mías y mi cuerpo se estremeció. ¡Tenía tantas ganas de llorar!

El aroma fresco, limpio y varonil de su cuerpo alborotó mis pensamientos lujuriosos, que fueron aplacados por el recuerdo de la mujer en la foto.

¿Quién era ella?

¿También se llamaba Nina? ¿Por qué había firmado la foto como Alexey Románov y no como Mark Wright? Me encogí cuando una posibilidad se abrió paso en mi confusa e inestable cabeza. ¿Era probable que él también hubiera cambiado de identidad? Y si era así, *¿por qué lo había hecho?*

Un corazón roto no era suficiente motivo para cambiar de identidad. Además, si la chica de la foto se llamaba Nina, y la madre de Leo también, era más que probable que fuera un hombre que tenía un feo fetiche.

¿Cuán jodido era eso?

Pero mientras me acomodaba sobre la cama y contestaba con monosílabos carentes de verdadera emoción a sus preguntas, una sensación de pesadez se asentó en mis huesos. ¿Y si la Nina de la foto era la causante de que él tuviera

fobia a ese nombre?

Cerré los ojos y me tranquilicé. Demasiadas preguntas para una cabeza que no había descansado lo suficiente.

Quizás todo este tiempo había estado equivocada y mi mayor amenaza jamás fue la madre de Leo, sino la dulce jovencita que reía enamorada y feliz y que había logrado lo que estaba segura yo jamás conseguiría: casarse con el hombre que me hacía delirar mientras su boca adoraba mi feminidad, pero del que, sin importar lo bueno que fuera el sexo y lo mucho que me esforzara, siempre tendría la mitad de su amor.

55. SECRETOS QUE NO SON SECRETOS

La situación me superó y, como siempre había estado destinado a suceder, le pregunté sobre la foto que había encontrado en su velador. No obstante, me abstuve de preguntar quién era Alexey Románov. Algo me decía que no podía hablarme de esa Nina sin decirme quién era aquel hombre. Sin decirme quién era él en realidad.

La pregunta había borrado la sonrisa de su rostro luego de disfrutar de una agradable cena donde Leo había proclamado emocionado que ya sabía que era la novia de su papá. No había tenido el corazón para decirle que pronto sería su exnovia si este no me decía la maldita verdad.

—¿Estuviste revisando mis cosas? —preguntó incrédulo mientras tiraba sobre su plato la servilleta de tela y se levantaba. Lo imité y lo seguí hacia la amplia sala.

Leo estaba con la señora Cloe, la cual lo estaba preparando para la cama. Teníamos al menos media hora para discutir esto y no pasaría la noche entre sus brazos si no me explicaba de manera convincente toda la situación.

—Es difícil llamarlo así cuando la foto estaba a plena vista y ni siquiera fue necesario revolver ni una sola cosa en aquel cajón.

El maldito silencio golpeó bruscamente mi hombro y se paró al lado de él.

—¿El tatuaje que tienes en la columna es sobre ella?

El tosco silencio me sacó el dedo de en medio.

—¿El saber la verdad te hará sentir mejor?

Asentí.

—Entonces vamos, porque esta conversación no la tendré contigo mientras Leo esté a pocos metros y pueda escuchar.

Se alejó de mí y, sintiéndome impotente, lo vi desaparecer en el corredor. Mis manos empezaron a sudar, pero lo seguí y me despedí de Leo prometiéndole que pronto haríamos algo divertido. Él asintió emocionado y susurró aquella palabra que, cuando la dijo la primera vez, me puso de rodillas y me hizo llorar a montones.

—Te amo, mami Emilia.

Sonreí y besé su cabello.

Hoy en la mañana, mientras caminábamos por el muelle aprovechando que su papá había ido a comprarnos helado, me había abrazado fuertemente mientras veíamos las olas romper en las enormes rocas que bordeaban gran parte de la bahía. Me había besado en la mejilla antes de susurrar en mi oído: «Te amo, Emilia Jones. Y para mí, ahora y para siempre serás mi mamá».

—Y yo te amo a ti, mi hermoso Leo Wright.

Todo el tiempo Mark había estado observándonos en silencio desde la puerta.

El silencio fue pesado y angustiante mientras realizábamos el pequeño trayecto hasta mi apartamento. Por suerte, la casa de ellos estaba en una zona residencial no muy lejos de mi casa. Los únicos sonidos que nos hicieron compañía fueron los de los cambios de marcha cada pocos segundos y la suave melodía que se reproducía en la radio.

En el elevador tampoco dijimos nada y eso estaba bien. Tenía la impresión de necesitaría sentarme luego de que él se marchara.

—Mark... —dije cuando llegamos a la puerta de mi apartamento. Esperaba que Cole aún estuviera en la excursión que había planeado disfrutar con su equipo al parque nacional RedWood.

No quería que lo golpeará antes de obtener la verdad.

—Me preguntaste si un día sería capaz de amarte y, en ese momento, realmente no sabía cómo responder a una pregunta que ya me había hecho varias veces en mi cabeza... —Sus manos acariciaron el contorno de mi rostro, memorizando cada pequeño nuevo detalle, derritiendo a mi terco corazón con su acto—. Lo cierto es, que antes de ti, jamás me había preocupado de pensar en ello. —Una sonrisa carente de emoción tocó sus labios haciendo temblar mis piernas—. Jamás me había detenido a pensar si quería amar a otra mujer, pero la verdad es que ni siquiera sé por dónde empezar cuando la oportunidad de hacerlo está sobre mi mesa.

Sus labios se convirtieron en una fina línea, pero guardé silencio a pesar de que un centenar de preguntas amenazaban con rasgar mi garganta.

—Es difícil... —Su pecho subió y bajó soltando una fuerte inhalación—. Es difícil porque no sé cómo dejar de amarla a ella... para empezar a amarte a ti.

Mis labios temblaron y mis ojos se anegaron de lágrimas.

—No llores...

—Pero cómo no hacerlo cuando dices que la amas a ella...

—Aún no he terminado. —Recargó su frente contra la mía y miró fijamente mis ojos antes de pedir—: Emilia Jones, me gustaría que me dieras una oportunidad para ver si puedo enamorarme de ti. Para ver si puedo ser el hombre que, estoy seguro, puedo llegar a ser; me gustaría que fueras la mujer que despierte a mi lado cada día de mi vida y que mi hijo tenga el derecho de llamarte *mamá*.

Mi corazón saltó de un peñasco.

—¿Y si jamás pudieras dejar de amarla?

—Jamás lo sabré si no lo intento...

—Pero no quiero que me lastimes —confesé llorando.

Se alejó de mi como si lo hubiera golpeado. Mi cuerpo protestó queriendo volver a sentir su tacto. Su calor. Retrocedió cinco pasos, que se sintieron como mil, y metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Debes saber que eso es lo último que deseo. —Sus ojos grises brillaron presos de emoción y pesar—. Eres importante para mí, pero ya una vez lastimé más allá de lo perdonable y no quiero cometer el mismo error. No contigo. No después de ver lo maravillosa que eres.

Envolvió los brazos en mi cintura y asentí. No podía enojarme con él por haberme enamorado. El amor se tenía que entregar de manera libre. Y yo no quería convertirme en Bruno Gagliardi y manipularlo para que me amara. Encontraría la forma de hacer que me amara más que a esa Nina.

Tenía que existir un medio.

—Si supieras las cosas terribles que he hecho... —Se acercó lo suficiente para depositar un suave y firme beso en mi frente—. Estoy seguro de que no me mirarías con tanto amor como lo estás haciendo en estos momentos. *Porque los pecadores seguimos siendo pecadores, aunque un hermoso ángel bese nuestros labios.* Y eso jamás debo olvidarlo.

Se alejó y yo me quedé mirando fijamente su espalda, procesando sus palabras.

¿Acaso él pensaba que yo era un ángel?

56. UN SEGUNDO PARA RESPIRAR

Necesitaba respuestas.

Respuestas a preguntas que aún no estaba convencida de querer saber.

Luego de que Mark abandonara mi edificio, había entrado al apartamento y, con la ayuda de mi móvil, había empezado a buscar información más específica de Mark Wright, pero no encontré nada. Ni siquiera un rumor de algún matrimonio en su juventud. Ni siquiera una red social. Nada.

Sospechoso.

Si él tenía una foto de casado imaginaba que en algún momento aquel evento tuvo que ser cubierto por la prensa. A no ser... Un plan golpeó mi cabeza. Para esta nueva búsqueda necesitaría el ordenador de la oficina. Dudaba que, con lo lenta que era la señal en el apartamento, lograra concretar algo esta noche.

Cuando llegué a la oficina al día siguiente, me sentí agradecida de que este lunes en particular, día en el que normalmente los clientes arreglaban la mayoría de sus citas, permaneciera tranquilo. Tenía algunos casos para evaluar, pero tenía hasta el final de la semana para hacerlo, tiempo más que suficiente para analizarlos y exponer mi plan de ataque.

Alexey Románov tenía algo que ver con mi novio y eso era más importante.

Tomé algunas respiraciones y abrí el buscador. Era tiempo de encontrar esas respuestas. Digité primero Mark Wright y nada. Era muy poca la información que había de él. Me di por vencida y decidí probar con Alexey Románov. Mi sorpresa fue grande, se trataba de un abogado ruso; viejos artículos hacían una breve mención a su bufete de abogados. No había nada concreto, solo algunas entrevistas antiguas, en las que tampoco se mencionaba que estuviera casado. Di clic en la pestaña para ver alguna de sus fotografías, todas mostraban a un hombre que yo conocía, pero que definitivamente no se llamaba Alexey Románov.

Imposible.

Mis manos temblaron. El hombre que me devolvía la mirada era Mark Wright.

¡Diablos!

¿Cómo era eso posible?

Tenía que mirar con atención para notar las similitudes entre los dos hombres, porque eran imágenes que habían sido alteradas digitalmente. Pero como yo había tenido el tiempo suficiente podía memorizar el arco perfecto de sus tupidas cejas y sus labios carnosos, que poco hacían por disimular una sencilla sonrisa capaz de detener mi corazón, se me hizo fácil descubrir que era Mark Wright con otro nombre. Fue en la página catorce del millón de resultados, cuando mis ojos se llenaron de lágrimas. Allí, sepultado debajo de rumores y chismes, estaba la noticia de unos de los matrimonios más esperados de toda Rusia. Nina Notovitch y Alexey Románov.

Dios, ¿qué diablos pasaba aquí?

Mark Wright era Alexey Románov.

Leí poseída y casi sin pestañear cada artículo que cubrió su relación. Mi corazón poco deseaba creer que estuviera leyendo la vida real del hombre del que estaba perdidamente enamorada.

Sus inicios fueron como un cuento de hadas hasta que terminó en tragedia. Un sonado divorcio por una supuesta infidelidad. *Por parte de él.* La tercera en discordia era una tal Ekaterina Konstantinovka, su cuñada, fallecida hacía siete años. Me detuve en seco y procesé la dolorosa información. Me costaba respirar, era como si un choque de trenes estuviera a punto de ocurrir dentro de mi cabeza y no pudiera detenerlo ni evitar mirarlo.

Quizás aún seguía siendo masoquista, solo que acababa de darme cuenta.

El rostro de Alex Cavanagh apareció en mi cabeza e hice una mueca: él también estaba involucrado en todo esto y no me había dicho ni una maldita palabra.

¡Jesús!

Ekaterina Konstantinovka era su esposa. Y su hermano se había acostado con ella. ¡Mierda! Todo esto era demasiado jodido como para empezar a entenderlo.

Lucían perfectamente juntos ahora. Si los veías, era imposible creer que en algún momento estuvieran enfrentados.

¿Qué clase de infierno retorcido era todo esto?

Media hora después, y con dolor en el cuello, terminé en el mismo callejón sin salida, la diferencia era que ahora tenía más preguntas que exigían respuestas y dudas que se daban un festín con mis nervios. Me recliné en la

silla negra y miré hacia la nada.

¿Cuánto poder se debería tener para ser capaz de alterar viejas fotos de la base de datos más grande del mundo?

Imaginaba que, si mi familia era poderosa, Mark/Alexey tenía que serlo diez veces más. Sabía que era imposible borrarte de internet por completo, por lo que alterar tus fotos debía costar mucho. Y si podía permitirse un trabajo profesional como ese, él era capaz de muchas cosas más.

«Si solo supieras las cosas horribles que he hecho...». Sus palabras abrieron un hueco en mi corazón y lo dejaron sangrando. Era hipócrita por mi parte sentirme así de herida y traicionada, era la menos indicada para exigir la verdad, pero eso no lo hacía menos doloroso.

Regresé a mi investigación sintiéndome frustrada. Ni siquiera había mención alguna en los medios sensacionalistas, que estaba segura de que habrían asediado con urgencia aquel tan sonado divorcio. Incluso intenté llegar a algún lado con la muerte de la mujer de Alex, Ekaterina, pero me topé con un sencillo obituario de hacía más de siete años que muy poca información daba.

Según el obituario, ella había fallecido a causa de una neumonía. Algo me decía que eso no era cierto y que tenía más que ver con Alexey y Alex que con cualquier otra cosa. Tenía curiosidad por saber cómo se llamaba realmente mi único amigo en este lugar, pero no había mención sobre su esposo por ninguna parte.

Extraño.

El obituario tenía una pequeña foto de Ekaterina. Me quedé observando su retrato por un largo minuto reconociendo con una punzada en el pecho que fue una mujer muy guapa.

Extremadamente atractiva, con preciosos ojos verdes, que gracias al cielo no se parecían a los míos, y un rostro inmaculado, lo que me llevaba a pensar que Nina Notovitch podría haber experimentado un gran dolor al saber que era ella quien robaba el amor de su esposo. Cerré los ojos cuando ese pensamiento me hizo sentir desahuciada.

¡Dios, ¿en qué diablos me había metido?!

Regresé mi mirada a la pantalla en el instante en que Maya entraba a la oficina.

—¿Qué ocurre, Emilia?

Se detuvo delante de su escritorio con algunas carpetas en la mano y forzó una sonrisa amable. Después de la pequeña reprimenda que recibió por parte

de Mark/Alexey —maldición, mi cabeza estaba realmente confundida—, ella se había mostrado un poco más agradable. Lo mismo había sucedido con los chicos. Los rumores que se habían disparado, gracias al arranque de celos por parte de nuestro jefe durante la reunión en la sala de juntas, los hacía mirarme con nuevos ojos. El bufete no tenía un código contra las relaciones personales entre sus trabajadores, por lo que en realidad el que fuera su novia no iba contra las reglas, pero sí me daba una oportunidad de escalar en el bufete.

—¿Recibiste malas noticias?

Asentí porque en parte era verdad. Estas, sin duda, eran muy malas noticias.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte? —preguntó acercándose. Se veía seriamente interesada con la luz de la oportunidad de lograr un ascenso brillando en su mirada.

Abrí la boca para rechazar su oferta, pero pronto se me vino a la cabeza una idea.

—Hace algunos años... —ella se sentó frente a mí y colocó sus capetas en la esquina—, para ser exacta, siete u ocho, estalló lo que se consideró uno de los divorcios más feos y viciosos de toda Rusia...

—Ah, ¿estás hablando del caso Románov-Notovitch? Es el único que recuerdo. No sigo mucho las noticias de los locos rusos.

Traté de disimular mi emoción. Ahí estaba. Sabía que había oído hablar de eso. No a gran escala porque vivía en Verona, pero había oído algo así durante mis clases en la universidad. Alexey Románov era un gran abogado, su caída había sido mencionada un poco durante una conferencia sobre los estragos de tener el ego demasiado inflado.

Me hubiera gustado haber prestado más atención, porque si acaso Mark/Alexey era la mitad del hombre que era ahora, no creía que su divorcio tuviera algo que ver con el ego.

—Sí, exacto. ¿Recuerdas lo que pasó?

Sus ojos se llenaron de dudas así que me apresuré a mentir.

—Es probable que un caso parecido caiga sobre nuestras mesas esta semana y quiero saber si será algo de lo que sacar mucho provecho o si por lo contrario será una pérdida de tiempo; si es así pediré a Bob que me retire del caso...

Sus ojos brillaron porque, como siempre, ella quería quedarse con el mayor número de clientes. Por una vez, su sed de ambición me serviría para recabar algo de información en mi beneficio.

—De hecho, fue más bien un triángulo amoroso lo que desencadenó la caída de uno de los bufetes de abogados más respetados de Rusia. Si no hubiera sido por ese detalle, creo que no me hubiera interesado la noticia. No todos los días un abogado influyente lo pierde todo en un abrir y cerrar de ojos.

Mi corazón galopó, quizá Maya podría ayudarme a saber más que el mismo Google.

—Ignoro los detalles. —Puso los ojos en blanco y se acomodó un mechón del cabello tras la oreja—. Cuando aquello pasó yo estaba recién titulada como abogada, por lo que básicamente lo que te estoy diciendo es lo que leí en los diarios sensacionalistas, que no dieron tregua para conseguir la exclusiva. En aquel entonces, yo estaba de viaje en casa de una tía que vive en Moscú. No sé si lo sabes, pero los Ford tenemos raíces rusas...

—Bueno me alegro, pero dime... ¿lo lograron? —Era desesperante actuar como si no quisiera ahorcarla con mis manos para obligarla a que soltara la sopa.

—¿Qué cosa? —preguntó genuinamente confundida.

«Serás...».

—La exclusiva, quiero saber... ¿esos medios pudieron obtener la exclusiva? Saber lo que en realidad pasó. —En este punto, mi paciencia había saltado de la azotea y la incertidumbre estaba por sacar lo peor de mí.

Se puso de pie y recogió sus carpetas. ¿Qué? ¿Eso era todo?

¡Maldición!

Imité su gesto y forcé una sonrisa amigable.

—Lo cierto es que realmente no recuerdo si lo hicieron o no. Pero busca en internet. Por allí sepultado debe estar.

Negué. ¡Maldición! Tenía que existir una manera de aclarar todo el asunto sin hablar con Mark/Alexey. O sin recurrir a Alex...

—¿Pero sabes qué es lo que jamás voy a olvidar?

—¿Qué? —Dudaba que algo de lo que pudiera decirme ahora me ayudara.

—Al hombre que se quedó con su esposa...

Mi estómago se sintió raro. ¿Hombre?

Disimulé mi confusión, ¿había más implicados? ¿O acaso se estaba refiriendo a Alex? No estaba lista para ir a hablar con él y enfrentarlo...

—Serguéi Ivánov.

Cuando aquel nombre abandonó sus labios, disimulé el temblor que azotó sin piedad mi cuerpo.

Serg...

Serguéi Ivánov.

No.

Eso no podía ser cierto.

Una mirada soñadora abrumó los rasgos de su maquillado rostro mientras afirmaba:

—Te juro que después de verlo es imposible culpar a su esposa de patearle el trasero a su marido y quedarse con él. No recuerdo cómo era el exesposo, pero de seguro no tan guapo.

No podía moverme.

Serguéi Ivánov... *Tenía que ser una puta broma.*

—¡Jesús! —Suspiró y empezó a abanicarse con la mano, su balbuceo era un sonido chillón a lo lejos—. Si no sabes quién es él te recomiendo buscarlo en Google. Créeme, él definitivamente pone en ridículo a nuestro jefe cuando de ser sexi se trata. ¿Sabes?, la semana pasada tuve suerte de verlo en los juzgados. Es una delicia saber que abrió una filial de su bufete aquí, poder verlo en ocasiones hace que soportar la mierda en la corte tenga su maldito merecido.

Me dejé caer sobre la silla y me desconecté de su animada actualización. Si antes creía que toda la situación con Mark/Alexey estaba jodida, ahora era insostenible.

Irreversible.

Terrible.

¿Cómo podría alguna vez luchar por un lugar en su corazón cuando la mujer que aún era dueña de su amor era la misma que había sido capaz de conquistar al diablo de ojos violáceos?

El maldito caballero de la muerte.

Al que todos temían. Y yo no era la excepción.

¡Mierda!

57. LEYENDAS

Existían muchas leyendas en Italia. Algunas de amor y otras que solo hablaban de fantasmas, casas o bosques embrujados. Pero existía esta otra que estaba segura había sido creada para generar miedo y angustia entre la población: «La leyenda de los asesinos rusos».

Hombres sanguinarios capaces de aniquilar sin sentir pesar o dolor y que no hacían distinción entre niños o mujeres. Si tu nombre aparecía en su lista, podías ir despidiéndote de tus seres queridos e intentar acabar con tu vida por tu propia cuenta, porque si llegabas a caer en las manos de uno de ellos la desgracia caería sobre tu casa.

Tu familia sería la más perjudicada.

Gracias a esas leyendas muchos grandes empresarios se abstendían de hacer negocios con los rusos. Mi padre, un hombre soberbio y ruin, juraba no temerles, pero era notable cómo perdía color su semblante cuando le mencionaban a uno en específico. Quizá no temía a todos, pero sin duda el asesino de ojos violáceos era otra historia.

Gracias a su particular miedo crecí escuchando hablar sobre un asesino. Uno en particular. Un hombre que no sabían si era real, pero que tenía fama de arrasar familias enteras. Su nombre era... *Serguéi Adrik Ivánov*, a quien llamaban «el caballero de la muerte».

Un hombre que algunos juraban estaba poseído por Azrael, el demonio de la muerte encargado de ayudar a las almas a encontrar su descanso eterno. La diferencia radicaba en que Ivánov se ocupaba de adelantar su ida de este mundo. Aunque su verdadera identidad estaba oculta a la población en general, algunas familias habían pagado *billones* por conocerla, como si por ver su rostro algún día les librara de su suerte. Y vaya sorpresa me llevé cuando a mis quince años vi por primera vez su fotografía.

¡Dios...!

Esos ojos.

Esa mirada...

Él, en general, era como un sueño peligroso hecho realidad capaz de asesinar sin piedad con sus propias manos.

Recordé a mi madre preguntar con una mirada ausente en su rostro durante una de nuestras aburridas tardes de tejer: «¿Quieren ver cómo lucen los verdaderos demonios?». Como era la menor, estaba acostumbrada a que me ignorara y me sorprendió notar que sus hermosos ojos verdes estaban mirando directamente hacia mí, por lo que asentí presa de la curiosidad. Esperaba la imagen de un demonio o algo desagradable, porque era normal en ella hacernos ese tipo de jugarretas, pero en cambio... en aquel trozo de papel que había sacado del interior de uno de los pesados portafolios de mi padre, el rostro de uno de los hombres más hermoso que había visto me miraba fijamente.

Ojos violáceos que eran imposibles de olvidar.

Y entonces dijo: «Este hombre que veis aquí, aparecerá en vuestras vidas cuando vuestros esposos sean lo suficientemente estúpidos de hacer un trato con Vladislav Ivánov, el maldito ruso que engendró al demonio de ojos violáceos».

Entonces lo entendí. Él era de quien había crecido escuchando. *El hombre a quien todos temían.* Un hombre capaz de destrozarlo todo y yo... yo tenía ahora que buscarlo si quería obtener respuestas.

¡Maldición!

58. APUESTAS

Me sorprendió lo fácil que fue encontrarlo. Esperaba que, así como sucedió al intentar buscar información sobre Alexey Románov, me lanzara a varios perfiles falsos, pero mi sorpresa fue enorme cuando lo primero que apareció fue su foto seguida de la publicidad directa de su nuevo y exclusivo bufete de abogados, que se encontraba aquí, en California.

Tuve que tomar varias respiraciones porque la sensación de que podría desmayarme en cualquier segundo me invadió. Los nervios al estar tan cerca de averiguar toda la verdad sobre Mark me sembraron dudas de si era consciente de la magnitud de aquella pericia.

Al contactarlo podrían ocurrir cosas malas. Muchas cosas malas, que por otro lado solo me afectarían a mí.

Anoté la dirección en una pequeña hoja blanca que tenía sobre el escritorio. No quedaba tan lejos de aquí. Le diría a Bob que tenía una pequeña emergencia y que necesitaba marcharme un par de horas.

Cuando el peso de lo que estaba a punto de hacer amenazó con sofocarme, corrí al baño a mojarme el rostro. Ahora, restaba averiguar cuánta suerte me acompañaba.

Cuando regresé a mi oficina por poco sufrí un ataque; Mark estaba parado en la puerta y Maya brillaba por su ausencia.

—Pregunté por ti y Maya antes de irse dijo que te vio correr al baño. —Hice una mueca cuando su ceño se frunció y cayó sobre mi ligeramente abultado vientre.

Era hora de despedirse de la pizza y empezar a hacer algo de ejercicio. No estaba embarazada y tampoco quería hablar de esa posibilidad con él. Tenía que esforzarme por mirarlo como siempre o él sabría que algo andaba mal.

—No es lo que estás pensando... —Caminé y él se hizo a un lado para permitirme entrar en la oficina—. He tenido un día algo estresante, por lo que solo necesitaba refrescarme. —Me senté en la silla y lo enfrenté mientras, disimuladamente, cubría el pequeño papel blanco donde había anotado la dirección—. A diferencia de otras personas que cada vez que las miro lucen

más perfectas e impolutas. —Bajé la voz para que solo él pudiera escuchar—. ¿Le he dicho que esta mañana se ve delicioso, señor... *Ro* —el *Románov* bailó en mis labios, pero rápidamente lo cubrí con un disimulado carraspeo—, ¿Wright?

Imaginé que mi actuación fue digna del Óscar, porque sus labios se contrajeron y una pequeña sonrisa calentó mi corazón.

¿Cómo había podido enamorarme de un hombre que aún conservaba la foto de su boda y que de alguna manera estaba involucrado con el diablo de ojos violáceos?

Me enderecé y oculté mi dolor con una sonrisa profesional. Hoy compraría un tarro gigante de helado y lloraría mis penas viendo una serie mala en Netflix. Nada como aliviar el mal de amores viendo un drama que te daban ganas de pegarte un tiro.

—Quería reunir al equipo... —su mirada deambuló por todo el espacio que estaba desierto y sonrió—, para conversar sobre las propuestas en el caso de la petrolera. Pero veo que hoy ha sido un lunes ocupado.

«Actúa normal, no como una novia que ocultaría cosas. Cosas que tienen que ver directamente con un pasado que es obvio que quiere olvidar».

—Edward está en el juzgado atendiendo la demanda de la exesposa de este jugador... —Empecé a mover las cosas sobre mi escritorio tratando de encontrar mi cuaderno de apuntes. Cuando lo encontré, me relajé y recité el paradero de mis compañeros, al menos, esta vez se habían dignado a decirme dónde estarían—. Maya creo que está sacando copias de la demanda que analizaremos esta tarde sobre el caso Rossmut... —Cuando su ceño se frunció, recordé que de esto no le había platicado. Cuando tienes problemas de amor, al parecer se altera el flujo de información entre las parejas—. Es como llamamos en público al caso del banco del estado.

—Brillante.

—Gracias.

Sus ojos resplandecieron comprendiendo que la idea había venido directamente de mí.

—George está tratando de conseguir declaraciones en los alrededores del banco, calculo que a las cuatro será la hora perfecta para que pueda venir y alegrar a las masas con su visita, así descansaremos de mirar a tanto hombre feo...

Desde aquella noche en mi apartamento, las cosas habían estado algo

calladas entre nosotros. Gracias a mi broma, sus hombros perdieron rigidez y casi pareció divertido.

—Te he dicho que tienes una boca...

—Bueno, realmente no eres el único, pero lo siento, estoy decidida a compartir con todos las cosas locas que pululan en mi cabeza, jefe.

Mis pezones se irguieron cuando su mirada cayó sobre mis labios. Mis piernas aún dolían por la forma en que habían sido sujetadas por él mientras me follaba duro contra la pared de su habitación esta mañana.

Nadie había dicho lo placentero que podía llegar a ser el sexo de reconciliación.

—Infórmales que los veré a las cuatro de la tarde en la sala de juntas del piso treinta. Espero que se presenten con sus notas e ideas, porque quien hoy no venga preparado quedará fuera del caso. —Una sonrisa merodeó sus carnosos labios.

—Anotado. —Simulé que escribía, lo que hizo que negara con la cabeza. Él sabía perfectamente que yo sería una pésima asistente.

Me gustaba lo que me hacía sentir su sonrisa y lo que esta le hacía a su rostro. Después de leer sobre su pasado me preguntaba qué clase de cosas tenían que suceder en tu vida para provocar que creyeras que no eras digno de amor.

Mark salió de la oficina, yo tomé mi bolso y el papel blanco y corrí al elevador. Tenía que acechar a mi única oportunidad de mantener la cabeza lúcida.

Estaba enamorada y eso hacía las cosas peligrosas.

59. DULCES MENTIRAS

No hubo suerte. Serguéi Ivánov no estaba en su bufete. Se había retirado por el resto del día. Escribí un breve mensaje en italiano sobre una hoja de mi agenda, la arranqué y se la entregué a su asistente, una hermosa rubia con impresionantes ojos azules que no se veía muy feliz de verme.

—Les diré al señor y la *señora* Ivánov que la competencia los está buscando.

Me alejé antes de decir algo que lamentaría. Esa mujer era exasperante. Durante todo el tiempo que estuve allí, no dejó de decirme cuán duro me patearía el trasero la esposa de su jefe cuando se enterara que lo andaba buscando.

Nina Notovitch.

Estaba claro que esta mujer era leal a la familia. Luché para no mostrarme alterada cuando su nombre fue pronunciado con respeto y admiración. Aún no podía explicarme cómo una persona como él, un temido asesino, podía tener esta vida tranquila y hogareña. Era surrealista.

Alex se ofreció a ayudarme con el caso del banco, por lo que cuando llegué del bufete fui en su búsqueda. Fue muy duro tener que estar en su presencia sin poder decirle que sabía sobre el secreto de su hermano. Sobre *su* secreto.

Esperaba que Ivánov aceptara mi petición de cita antes de que la situación se me escapara de las manos. No tuve que esperar mucho tiempo, un mensaje a las dos de la mañana me despertó.

Era él.

Jardín japonés Hagiwara. 14,00 h. Una oportunidad.

¡Demonios!

60. MOMENTOS

El Jardín de té de Hagiwara quedaba dentro del parque Golden Gate; era un hermoso y pacífico lugar donde las familias venían para aprender un poco de la cultura japonesa y se deleitaban con las hermosas construcciones, que decoraban las cinco hectáreas que comprendían este lugar lleno de historia y mitos. Su casa de té era famosa y año tras año era visitada por innumerables turistas que no perdían oportunidad de fotografiar sus senderos y estanques, cuyas flores eran originarias de Japón. Cada primavera este lugar era un verdadero espectáculo para la vista.

Me preguntaba por qué no se me habría ocurrido traer a Leo a este hermoso sitio. Seguro que le encantaría ver cómo...

—Francamente, no sé si debería hacerle una reverencia o simplemente estrecharle la mano..., *duquesa*. Dígame, ¿qué prefiere usted?

Me levanté sobresaltada del banco que había acaparado cuando llegué hacía más de una hora y miré tras de mí.

¡Santo Dios!

Serguéi Ivánov poseía una voz ronca que erizaba la piel. No podía creer que se encontrara realmente aquí, luciendo intimidante en toda su alta y aterradora gloria y vistiendo una chaqueta negra sobre una camisa gris, vaqueros oscuros y pesadas botas. No sabía dónde diablos mirar. Mi garganta sufrió un espasmo. Luego otro. *Y otro*. Él sabía quién era.

¡Oh, Dios mío!

Esto era malo.

Malísimo.

Tuve un duro momento para disimular lo afectada que estaba por su presencia y de su conocimiento sobre mi verdadera identidad. En la nota que le dejé, solo le había escrito mi número de contacto acompañado de mi nombre real. Debía de ser un verdadero conocedor del vino si el nombre de Catrina Antinnori le decía algo. O quizá el de mi esposo.

Quise patearme, por supuesto que él sabría quién era. Era el maldito caballero de la muerte y lo sabía todo. Al menos, las cosas importantes.

Como, por ejemplo, quién era mi maldito marido. Me lamenté no haber pensado en él cuando escribí mi nombre real. Una de las cosas que había descubierto gracias a mis hermanas el día que me sacaron del infierno era que mi querido esposo era un narcotraficante. Le llamaban el Castillo Blanco de la mafia y su temida reputación se extendía a varios países.

El demonio de ojos violáceos sonrió ligeramente mientras se sentaba en el banco frente a mí y enarcó una ceja. Su cuerpo era todo ángulos fuertes que, gracias a sus casi dos metros de altura, se veía tan...

—¿Duquesa?

Salí del embrujo de sus embriagantes e irreales ojos y me dejé caer en el banco. Me aclaré la garganta y miré sus pesadas botas negras.

Maya no bromeaba, él simplemente era *hermoso*.

—¿Sabe quién soy? —pregunté sin reconocer mi voz.

—¿Debería no saberlo?

¡Diablos! Quizá quedar con él no había sido tan buena idea.

—Por su doloroso encogimiento —ni siquiera había sido consciente de que lo había hecho—, supongo que esperaba que no supiera con quién me iba a reunir. Pero siento mucho decirle que, a diferencia del idiota de Alexey Románov, al que usted conoce como Mark Wright —mi alma se fracturó con la primera verdad—, procuro mantenerme informado sobre las cosas que pueden alterar mi rutina.

Levanté la mirada sorprendida.

—¿También sabe sobre nosotros?

Sus labios se convirtieron en una fina línea y, en lugar de responder mi pregunta, sentenció:

—Mi tiempo es muy limitado, duquesa, le aconsejo que pregunte lo que sea que quiera saber porque no aceptaré reunirme otra vez con usted.

—Yo... yo... —Mi boca se secó.

Maldición, no sabía qué decir ni por dónde empezar. Él me ponía más que nerviosa y se me complicada mucho el ordenar las ideas en mi cabeza. Ya me había confirmado que Mark era realmente Alexey y eso despejaba mucho el panorama.

—Yo... —Perdí el hilo cuando apoyó sus antebrazos sobre sus fuertes piernas y me miró atento.

Mi rostro probablemente estaba tan rojo como un tomate. Me aclaré varias veces la garganta. ¿Por qué tenía que lucir tan... *así*? Mark era muy atractivo,

pero el asesino ruso tenía una belleza cautivadora. Un atractivo implacable.

—Hace poco descubrí que Mark... que Mark Wrigth es... es realmente Alexey Románov. No es que él me lo haya dicho, pero la cuestión es que encontré la foto... —Empecé a divagar mientras retorcí mis manos y me obligaba a sostener su intensa mirada—. En ella, Nina... —ni siquiera se inmutó cuando pronuncié el nombre de su esposa—, ellos, en esa foto... —no tenía idea de cómo iba a reaccionar—, se habían casado. Después de eso no pude detenerme y busqué y busqué y ya sabe qué pasa cuando buscas, terminas encontrando cosas que a lo mejor no quieres saber, pero la cuestión es que las encontré y ahora yo solo... solo quiero saber si Nina... —Dios, esta era la parte difícil y que probablemente me haría asesinar—. Si Nina aún lo ama como él la ama a ella porque... —susurré cerrando los ojos—, porque, bueno, yo... yo estoy enamorada de él... y...

Mi voz murió. No sabía qué más podría decir que arrojara algo de luz a esta situación.

—Ya veo.

Abrí los ojos y guardé silencio. No sabía la manera correcta de empezar a preguntarle directamente todas las dudas que flotaban en mi cabeza. ¿Su esposa también seguía enamorada de Alexey? ¿O ya lo había olvidado? ¿Acaso era eso posible? Y si no era así, ¿había posibilidad de que ellos dos nos dejaran y se volvieran a unir para formar una hermosa familia feliz?

La idea de que Leo la quisiera levantó una pesada ola de celos y dolor. Suspiré. Estaba hecha un verdadero lío. No ayudaba que mi cabeza recordara que Mark, después de tanto tiempo, aún siguiera amando a una mujer que estaba con otro hombre.

Por alguna extraña razón, creía que la hermanita de la que hablaba Leo era una hija que en algún momento había tenido con Nina. Pero ¿cuándo? ¿Qué pasó? ¿Fue su muerte el motivo por el cual se separaron?

Tenía dudas, miedos y preguntas para llenar un estadio de fútbol.

—Deberías hablar con Románov.

Mi estómago cayó al igual que mis hombros: tenía razón. Era injusto esperar que él respondiera todas mis dudas. Ni siquiera sabía en qué estaba pensando cuando fui hasta su oficina y le dejé aquella nota. Mark y Alex pensaban que yo me encontraba en una cita con un doctor porque había amanecido sintiéndome mal.

Mis mentiras seguían aumentando y quizás, después de lo que me atreví a

hacer hoy, no merecía que Mark me abriera su corazón.

—Las personas de Japón creen fervientemente... —levanté la mirada. Su voz flotó tan firme y atrayente que, aunque lo hubiera deseado, no hubiera podido apartar la mirada de él—, que las personas que están predestinadas a estar juntas tienen un hilo rojo atado a su dedo meñique, el cual jamás podrá romperse sin importar las cosas malas que pasen a su alrededor o lo lejos que algunas decisiones puedan llevarlo. Ellos siempre encontrarán la manera de estar juntos porque su destino es permanecer de esa manera. Juntos hasta el día en que mueran.

Mi pecho fue víctima de un agudo dolor. Serguéi Ivánov no podría estar insinuando...

—Cuentan que hace mucho tiempo, en Japón, un guapo y fuerte emperador se enteró que en los alrededores de su ciudad vivía una bruja muy poderosa que tenía la capacidad de ver el hilo rojo del destino. Aunque al principio le costó creer, se convenció de que no le haría daño conocerla y poner a prueba su místico don.

»Cuando sus guardias trajeron a la bruja, este le ordenó que buscara inmediatamente el otro extremo del hilo que llevaba atado al meñique. La bruja, temiendo por su vida, aceptó sin rechistar, pues se dio cuenta de que él era un hombre incrédulo y que no dudaría en matarla si rehusaba. Así que con el pasar de los días esta empezó a seguir y seguir el hilo que tenía el emperador firmemente sujeto a su dedo meñique.

»Para el final del día, la bruja guio al emperador hasta un mercado a las afuera de la ciudad, donde una pobre campesina con un bebé en los brazos ofrecía sus humildes productos a los transeúntes, pero sin éxito. Al llegar hasta donde estaba la pobre y sucia mujer, se detuvo frente a ella, la invitó a ponerse de pie e hizo que el guapo emperador se acercara. Le dijo: «Aquí termina tu hilo», pero el joven emperador enfureció creyendo que era una burla por parte de la falsa bruja. Poseído por la ira, arremetió contra la campesina, que aún llevaba a su pequeña hija en los brazos, y la hizo caer bruscamente al suelo provocando que el bebé se hiciera una gran herida en la frente. Consumido por la rabia de tal tomadura de pelo, ordenó a sus guardias que detuvieran a la infame y mentirosa bruja y le cortaran la cabeza. Y así lo hicieron. La bruja murió y a la ciudad entera se le ordenó no volver a hablar de aquella tarde en la que el emperador creyó ingenuamente que iba a encontrar a su alma gemela.

»Muchos años después, llegó el momento en que este emperador debía casarse y su corte real le recomendó que lo mejor era desposar a la hija de un general muy poderoso y famoso que habitaba en la región circunvecina. El emperador aceptó el consejo y envió una misiva al general. Este, sintiéndose muy honrado por el ofrecimiento del emperador, aceptó y sin dudar prometió la mano de su única hija. Y fue así cómo comenzaron con los preparativos de lo que prometía ser el enlace más fructífero de la historia. Cuando el día de la boda llegó, los nervios estaban a flor de piel porque este también sería el momento en que vería por primera vez la cara de su esposa.

»Las puertas del templo fueron abiertas y ella entró con paso seguro. Al levantarle el velo para ver por primera vez su rostro, el emperador palideció porque en aquel hermoso rostro una cicatriz muy peculiar estropeaba la delicada piel de su frente. Era la cicatriz que él mismo había provocado al rechazar su propio destino dos décadas antes. Un destino que la bruja había puesto frente a él y que decidió descreer. Según ellos, y basándose en esta historia, es imposible escapar de la persona que nació para amarnos. En pocas palabras, nuestro hilo, aparte de darnos las dichas más grandes, también puede provocarnos nuestros más grandes dolores, pero no por ello se romperá su lazo. Eso es imposible.

Mis ojos hacía tiempo que se habían anegado de lágrimas porque la comprensión sobre lo que implicaba aquella leyenda había aplastado gran parte de mis esperanzas.

—Hace unos seis años, visité a un brujo en la región de medio oriente. Cuando llegué a él, este ya me estaba esperando porque sabía quién era yo y a qué había ido a su choza.

Envolví los brazos a mi alrededor. Serguéi Ivánov sabía que yo tenía plena conciencia de quién era en realidad, pero no se mostraba perturbado por ese hecho. Me preguntaba si Nina sabía sobre él. O si quizás era como yo y vivía en las sombras.

Ignorar las cosas muchas veces resultaba mejor que el tener completo conocimiento de lo que nos rodeaba.

—Me dijo que no iba a suplicar por su vida, pero que, si me interesaba, él podía decirme dónde encontrar mi *hilo rojo* a cambio de preservarla.

Una señora con varios hijos pequeños, que me recordaron a Leo, pasó y forcé una sonrisa mientras limpiaba las lágrimas que ya picaban en mis mejillas. La señora se alejó lanzándome una mirada preocupada y mirando de

rejo a mi acompañante.

Presentí que debía pedirle que se detuviera, pero no encontré la voz para hacerlo. Una parte de mí quería escuchar la historia y luego llegar a mi apartamento y llorar mientras tomaba una larga ducha.

—A pesar de que no estaba interesado, dijo que lo haría porque sentía pena por mí. —Su mirada resplandeció—. Quizás aceptando su destino creyó que sería conveniente provocarme un gran dolor; aseguró que mi hilo rojo había muerto diez años atrás, robando mi oportunidad de ser verdaderamente feliz, y que la mujer que ahora amaba con locura era el hilo rojo de mi principal enemigo.

Cerré los ojos cuando el dolor de sus palabras se abrió paso en mi pecho y una avalancha de lágrimas constriñeron mi garganta. ¡Sentí tanto dolor al confirmar lo que ya veía venir! Nina Notovitch era el hilo rojo de Alexey Románov. No importaba cuántas veces cambiara de nombre o de ciudad. Ellos estaban predestinados a estar juntos. Lo que explicaba por qué después de tanto tiempo él seguía enamorado de ella. Y ella...

—¿Y qué hiciste después? —Me oí preguntar.

Dolía reconocer que ya sabía lo que tenía que hacer. Dolía admitir que por mi bien emocional lo mejor sería...

—Lo asesiné.

Una ráfaga de viento levantó los mechones de mi cabello. Su largo cabello en la parte superior revoloteó, pero no hizo nada por meterlo detrás de su oreja. A pesar de ser abogado, llevaba un corte que dejaba que su cabello largo en la parte superior de su cabeza estuviera peinado hacia la derecha, mientras que el lado izquierdo era corto y estaba ligeramente rapado.

Lucía sexi, sofisticado y peligroso.

¿Nina era consciente de lo embriagante y hermoso que era? Mark era increíble, no me malentiendas, seguía perdidamente enamorada de él, pero jamás me había transmitido la seguridad que salía en oleadas de Serguéi Ivánov.

—Escucha, el amor no es sencillo. Creer que existe un manual para hacer las cosas bien es mentirse, la realidad es que los sentimientos son volátiles. Uno cambia. Sin importar lo que hagas o cuánto te aferres. Los sentimientos cambian con cada decisión, con cada amanecer, con cada tristeza provocada por una mentira. E incluso con las alegrías que deseamos con tanta añoranza que perduren en nuestras relaciones. Es el ciclo inevitable y transitorio de la

vida, es de tontos e ingenuos aferrarse a la creencia de que el amor se mantendrá intacto y sin alteración. Este necesita mutar. Porque es energía. Es pasión. Es... *vida*.

Se levantó, pero yo permanecí sentada. Dudaba que mis piernas pudieran sostenerme.

—Uno elige a quién amar, no lo decide un maldito hilo. —Lo dijo con tanta convicción que le creí—. Y puede que aquel brujo dijera la verdad y mi mujer sea el maldito hilo rojo del hombre del que estás enamorada, pero eso no altera lo que yo siento por ella. Y jamás lo hará. Porque mucho tiempo atrás decidí que amaría a Nina Notovitch hasta el día en que mi cuerpo dejara salir el último suspiro y ella está malditamente de acuerdo con ello.

—Pero y si...

—Pero y si nada. No soy el mayor fan de Alexey Románov, demasiada agua corriendo peligrosamente bajo nuestro puente, pero si lo amas la mitad de lo que yo amo a mi esposa, encontrarás una manera de amarlo y aceptar lo que no puedes cambiar. El destino podrá decir que ellos deben estar juntos, pero tú siempre tendrás la última palabra.

—Entonces sí crees en el hilo rojo.

Asintió.

—En ese caso, ¿cómo puedes aferrarte y amarla aun cuando sabes que ella podría regresar a los brazos de Mark? ¿O acaso eso no es lo que dicen las leyendas, lo que exige el destino?

Negó y me sostuvo con su enigmática mirada.

—Es probable que una parte de ella siempre lo ame, pero es conmigo con quien quiere estar y eso es suficiente. *Para mí es suficiente*.

Abrí la boca para decirle que por más bonito que se escuchara, la realidad era que no quería perseguir a un hombre que siempre amaría a otra mujer. No era así de fuerte y era probable que jamás lo fuera.

Tenía el agónico presentimiento de que Nina era una mujer que tenía algo especial para que estos dos hombres estuvieran enamorados de ella.

—Tienes que entender algo, Catrina Antinnori, el verdadero amor no es un hilo. El verdadero amor es quien se esmera por merecerte cada día. Quien hace lo posible y hasta lo imposible por poner una sonrisa en tu rostro y por aferrarse a tu mano cuando todos te han dado la espalda. Es quien hace temblar tu corazón cuando te mira y quien transforma todo tu mundo con su personalidad. —La comisura derecha de su sensual boca se alzó ligeramente

—. El maldito hilo podrá estar atado a su dedo meñique, pero soy yo quien la cargaría entre los brazos e iría hasta el maldito infierno por verla sonreír. Por lo que a mí respecta, yo soy el amor de su vida y el resto, puras patrañas.

—Me gustaría ser así de fuerte, pero no puedo...

—Como te dije, Alexey Románov podrá ser su hilo rojo, pero yo elegí ser el hombre que merece que ella llame suyo. Cuando decidas que ha llegado el momento de hablar con él, asegúrate de tener claro si quieres ser la mujer de su vida. Aquella mujer que merece que él haga el largo y solitario camino hasta el infierno solo para protegerte, o simplemente un motivo para que él siga creyendo que con la única mujer que podrá ser feliz yace en otra cama, bajo mi protección. Esa misma mujer por la que te estoy diciendo todo esto, pues ella me pidió que no pusiera una bala en tu cabeza y te tratara con respeto.

Me tensé mientras sin darme otra mirada se alejaba en silencio. Por un largo rato me quedé meditando sus palabras. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo al reconocer que Nina era quien realmente me había ayudado.

Ahora podía ver por qué era tan especial.

Me levanté cuando la noche llegó y mi móvil se volvió loco con llamadas y mensajes de Mark. Aún no tenía claro qué quería hacer, pero sabía que jamás podía ser la mujer que mereciera que Mark bajara al infierno mientras no le dijera quién era realidad.

Esperaba que el hecho de que admitiera que había hablado con el hombre que ahora dormía con su exesposa lo distrajera lo suficiente para que mi admisión no lastimara su corazón.

Dios, algo me decía que no iba a correr con tanta suerte.

61. VERDADES A MEDIAS

Alexey

E ¿En qué momento las cosas con Emilia se habían complicado tanto? ¿Dónde había perdido el norte y había empezado a comportarme como el idiota que juré que ya no sería? Quería pensar que esto era una pesadilla. Pero la verdad era un feo cartel luminoso que se podía ver desde la luna.

Lucía hermosa y frágil sentada en su sofá de segunda mano. Sus ojos y nariz estaban rojos y la palidez de sus mejillas era dolorosamente notable; decir la verdad te alteraba de una manera que una mentira jamás lo haría.

—¿Era necesario buscarlo y hablar con él?

Abrió la boca y esperé. Pero mi corazón dolió profundamente cuando cerró la boca y una lágrima recorrió en silencio su mejilla. No había palabras y eso era lo que más quemaba.

Ella sabía que había hecho mal.

—Si me hubieras preguntado, te lo hubiese dicho —admití mirando aquellos orbes verdes que apretaban la soga de mi corazón—. No inmediatamente, quizás te hubiera pedido un día o dos, quizás una semana hasta hacerme a la idea de que tenías conocimiento de gran parte de una vida que quería borrar. Sobre todo, las partes malas.

Asintió, pero no ofreció nada.

Dolió escuchar que había indagado sobre mi pasado hasta llegar a la maldita verdad. Pero me destrozó cuando admitió que había ido a buscar al hombre que podría haberla asesinado si hubiese creído que la estaba enviando para hacerle daño a Nina.

¡Jesús!

¿Era acaso consciente del peligro al que se había expuesto? La ira me acorraló y me dio una patada.

—Solo quería entender...

—La gran Emilia Jones siempre quiere entender —dije con sarcasmo mientras levantaba la voz—. ¡No! Ella no puede detenerse un momento y

pensar que quizás las personas no queremos que vaya por ahí revolviendo nuestros pasados de mierda, ¿pero acaso a ella le importa? ¡Por supuesto que no! Porque lo único que le interesa es siempre tener la razón y la última palabra.

Lágrimas cayeron abatidas y me sentí como la mierda. Pellizqué el puente de mi nariz y traté de calmarme, pero el rostro de Ivánov y esos malditos ojos violetas parpadearon en mi cabeza y me sentí más enojado.

—Alexey...

—¡Alexey no existe, maldita sea! —exploté. Mi pecho subía y bajaba y ni siquiera podía mirarla.

Y aunque Leo dormía en su cama no pude contenerme.

—Si realmente quieres saber... Si realmente quieres entender cuánto de jodido está el hombre al que le has permitido besar cada centímetro de tu cuerpo, pues prepárate, porque no te va a gustar.

Y se lo dije.

Le grité lo jodido y loco que había estado por la mujer de mi hermano y cómo había asesinado a sangre fría a Fredek Ivánov. Narré con morbosa intensidad cómo de bajo caí y me convertí en el despreciable hombre que viajó hasta España para seducir a la prometida de Serguéi Ivánov, para luego arrebatársela sin remordimiento y castigarla con un matrimonio sin amor.

Mi maldita voz se rompió cuando hablé de Nina. De lo mucho que me amó y de lo tarde que me di cuenta de que también la amaba. De cómo la noticia de que tendríamos una hija llegó iluminándolo todo y me hizo creer en los milagros, para luego irse gracias a que la vida estaba empecinada en cobrarse mis pecados. De cómo al final tuve que renunciar a la mujer que amaba porque ella se había enamorado del hombre que, para empezar, siempre había estado destinado a ella.

Para cuando terminé, me sentí físicamente enfermo y mi hijo se había despertado llorando. No lo soporté más y salí de su apartamento azotando la puerta mientras huía como un cobarde.

No estaba listo para aceptar que, luego de todo lo que le había confesado, de alguna manera ella desearía quedarse conmigo. No cuando allá afuera había muchos hombres que no estaban tan jodidos como yo ni merecían morir por lo que habían hecho.

62. SEGUNDAS OPORTUNIDADES

Catrina

Cuando Mark salió de la casa, me precipité hacia la habitación y recogí a un angustiado Leo, que lloraba asustado por los gritos de su padre.

—No pasa nada, cariño. Papá va a estar bien.

Me tomó algunos minutos hacer que se tranquilizara y volviera a dormir. Recogí el móvil de mi mesita de noche y busqué su contacto en la mensajería instantánea. Quería aliviar en algo su dolor; primero probé llamándolo, pero, como imaginé, no contestó. Desistí. Las notas de voz tenían que funcionar para traerlo de vuelta a casa.

Me acomodé en el sofá, respiré profundamente y abrí mi corazón mientras lágrimas calientes corrían libres por mi rostro sintiéndose felices. Le conté todo. Que estaba sedienta de afecto y cariño debido a la indiferencia de mis padres y que me casé con un hombre que no supe que era un maldito demonio hasta cuando ya fue demasiado tarde. Todo resumido en tres notas de voz hasta que un golpe resonó en mi puerta.

Respiré aliviada. Quizás era Mark, que por fin había recapacitado y regresaba para solucionar las cosas. Quería envolver mis brazos a su alrededor y abrazarlo para aliviar su dolor. Me había matado escucharlo pronunciar varias veces la frase de *los pecadores* porque podía ver cuánto daño le hacía realmente. Él se había enamorado de Nina, pero demasiado tarde.

Abracé más fuerte a Leo y me estremecí mientras caminaba hacia la puerta de entrada. Quería que el rostro de su padre fuera lo primero que viera, dado que se durmió muy inquieto. A pesar de ser pequeño, Leo había sentido la angustia de su padre. Era comprensible que reaccionara así. Fue muy jodido lo que había hecho Nina. No la culpaba. Tuvo sus razones, pero obligarlo a jugar a la maldita ruleta rusa cuando estaba destrozado física y mentalmente... ¿No había visto que él ya había cambiado?

¿Que era sincero y estaba listo para amarla de verdad?

«Firmé el divorcio porque la segunda vez que presionó el revólver no lo hizo contra ella. —Su cuerpo se había sacudido como rehusándose a creer lo que había pasado hacía muchos años atrás—. Me apuntó justo aquí... —había señalado con mano temblorosa su corazón—, y ni siquiera hizo una puta pregunta, solo jaló el gatillo y lo supe... ella y yo ya no existíamos. Eso era todo. La había perdido para siempre».

Abrí la puerta esperando ver a Mark o a Cole. No me sorprendería que se tratara de mi sexi vecino, pues los gritos de Mark habían sido potentes y las paredes eran demasiado delgadas. Quizás había querido darme unas horas hasta que me tranquilizara. O tal vez pensó que, para esta hora, Mark habría regresado.

—Cole, si vienes a ver cómo...

Traté de cerrar la puerta y presioné mi cuerpo contra ella tratando de cerrarla con todas mis fuerzas.

¡Oh, diablos, no!

Esto no podía ser cierto.

¡No!

«Por favor, Dios, no permitas que...».

Algo pesado explotó contra la puerta y nos hizo volar varios metros y estrellarnos contra el piso. Mi cabeza rebotó varias veces y mi cuerpo protestó por el insoportable dolor, que se disparó por todas mis extremidades.

Dios... esto tenía que ser una horrible pesadilla.

Mis tímpanos cimbraban como locos gracias a un agudo silbido que amenazó con dividir mi cabeza en dos. Me esforcé por aclarar mi visión, pero era complicado debido a que la lámpara sobre nosotros parpadeaba incontrolablemente.

El llanto histérico y asustado de Leo se abrió paso entre la neblina de mi confusión y miré al imponente hombre, que jamás creí que vería otra vez, caminar despacio hacia el interior de mi departamento. Mi cuerpo empezó a temblar mientras trataba en vano de alejarme de él. Presioné con fuerza el cuerpo de Leo y rogué al cielo por un milagro.

Este pequeño niño era la única persona en este mundo que no quería que fuera arrastrada hasta las entrañas del infierno.

—Duquesa...

Alessio Ricci se irguió orgulloso y sus blancas carillas centellaron hacia mí mientras acomodaba sus caros gemelos de oro. Sonrió lascivamente al ver mis

piernas desnudas, gracias a que llevaba un corto y ajustado pantalón de mezclilla.

Mi estómago se llenó de púas y el vómito se alzó vengativo en mi garganta.

No... No...

—Su amado esposo, el duque Bruno Gagliardi, desea saber si ya está lista para regresar a casa, porque él está más que ansioso por continuar la última conversación que mantuvieron.

¡Dios mío!

63. SUPERFLUO

Alexey

La forma de permitir a la ira consumirme provocó que tratara de una manera despreciable a una mujer que lo único que había hecho desde que nos conocimos fue demostrar que se preocupaba genuinamente por nosotros. Eso me elevaba un par de peldaños en la escala de los hombres que no merecían tener una dama a su lado a quien amar.

¡Pedazo de mierda! Eso era realmente.

Un infeliz pedazo de mierda. Eso sonaba mucho mejor.

Aceleré y me metí por la transitada y siempre congestionada carretera 405, el infierno de cualquier mortal que tuviera la desgracia de necesitar llegar temprano a un lugar; te atrapaba en un gran tramo de más de cuatro millas y podía romper y convertir en cenizas la paciencia del monje más devoto. Cometí esta barbaridad y estupidez, ya no era sorpresa considerando mi largo historial de meter la pata, porque deseaba tener unas horas para pensar en un lugar que no fuera su pequeño apartamento o mi oficina.

Mentirme a mí mismo ya no daba resultado, tenía que reconocer que esta mujer había desentrañado un pequeño lugar en mi sombrío corazón y ahora habitaba allí. ¿Por cuánto tiempo? Si me basaba en nuestra última conversación, apostaría que como mínimo tendría que besar los pies de Buda para que ella me permitiera volver a hablarle.

Mi móvil, tirado sobre el salpicadero, se iluminó con el nombre de ella, pero aún no estaba listo. ¿O sí? Mi dedo índice se disparó, pero por unos cuantos segundos dudé si deslizar o no el pequeño botón verde y abrir la llamada. Suspiré dándome por vencido y mi dedo selló nuestro destino; corté la llamada.

Un largo minuto después este volvió a sonar y a sonar y cancelé la llamada. Para la quinta vez, silencié el móvil y lo coloqué sobre el asiento del copiloto, cerré los ojos y sopesé mis opciones. Mi experiencia con las mujeres era terrible, había pasado de la mujer perfecta que jamás perdía los papeles, que

creía firmemente en el diálogo y las reconciliaciones, Nina Notovitch, mi exmujer, a dejar embarazada a una loca que sufría un caso severo de amor enfermizo por las revistas basura y los tacones altos, los mismos que no dudaba en lanzarme a la cabeza cada vez que hacía algo que ella *consideraba* malo. Sin contar que se había marchado exigiendo una enorme cantidad de dinero a cambio de la custodia completa de nuestro pequeño hijo de dos años.

Lo sé, no tienes que decirlo, eso de elegir mujeres no era mi fuerte.

Casi cuatro horas después y habiendo avanzado solo veinte kilómetros, no era un juego eso de que esta infernal carretera quebraba hasta el espíritu más fuerte, recogí el móvil y revisé el buzón, tan ensimismado había estado en mis pensamientos que no me percaté de que las llamadas habían cesado; la aplicación de mensajería instantánea era otra historia, tenía al menos tres notas de voz de casi una hora cada una. ¡Mierda!

Necesitaba reunir el coraje necesario para aceptar su reproche, no hubiera dedicado todo ese tiempo a grabarse si no estuviera enojada y a punto de crucificarme.

Suspiré resignado. Después de cómo la traté lo mínimo que podía era dejarla desahogarse. Acerqué un poco el móvil a mi oreja y la respiración se atoró en mi pecho cuando su delicada voz perforó el silencio. Levantó la pesadez que sentía en el corazón y sin evitarlo me sentí con esperanza. Tal vez, no era malo todo lo que decía allí.

—Mmm... la verdad es que no sé cómo empezar o qué decir, pero me alegro de que estés lejos porque, si estuvieras frente a mí, dudo que fuera valiente...

—Suspiró y fui capaz de sentir su nerviosismo.

Su tristeza.

Su falta de ánimo.

Podía imaginarla perfectamente sentada en el sofá y jugueteando con sus manos. El llanto de Leo era imperceptible e imaginé que había logrado calmarlo. Quise patearme cuando recordé el llanto angustiado de mi hijo y cómo había huido.

Qué ejemplo más brutal era el que le estaba dando.

—Pero imagino que las cosas que tanto nos duelen, aquellas que tanto daño nos hacen, jamás son fáciles de sacar de nuestros corazones. De nuestras almas. —Se le escapó una risa incómoda y me hubiera gustado estar allí para abrazarla—. ¡Perdón! ¡Perdón! —La seriedad azotó su voz—. No pienses que me estoy burlando de ti, no es así, en todo caso, aquella risa de hace unos

segundos es porque aún no me creo que vaya a ser capaz de mostrarte el peor de los mundos. Un mundo que fue mi hogar mucho tiempo. Lo cierto es que mientras estabas parado frente a mí, gritando todas las cosas que te hacían imperfecto, solo podía pensar en lo que también me hace imperfecta e indigna de ti y de Leo. No soy quien tú crees y es probable que te des cuenta de que... no merecía indagar en tu pasado. No cuando el mío tampoco es un jardín de flores.

Algo en su voz activó mis alertas. Enderecé la columna y me preparé para los secretos escondidos de la mujer con la que dormía.

De la mujer de la que me estaba enam...

—Primero, me gustaría decirte que fue desatinado y muy cruel por mi parte haberte juzgado con liviandad y buscar a... bueno, ya sabes a quién, para obtener respuestas a preguntas que solo tú podías contestar. Pero no me arrepiento. Hablar con él me ayudó a averiguar que, lejos de ser el hombre que pensaba, eres uno que estuvo dispuesto a dejarme entrar. A darme una oportunidad. Justifico mi acción porque soy imperfecta y a veces es más fácil ver la paja en el ojo ajeno que ignorar que tu ojo no solo tiene una, sino demasiadas que dificultan tu visión. Solo cuando has delirado entre los dedos del diablo, suspirado en su boca y pensado que estabas segura en sus brazos, adquieres el don de diferenciar a un pecador de un maldito demonio... y tú, mi querido Alexey Románov, estás lejos de ser un demonio...

Un escalofrío recorrió mi cuerpo por el tono de su voz. Había algo que estaba contenido, algo que siempre noté que ella quería decir, pero nunca se atrevió.

—Mi nombre real es Catrina... —Presioné torpemente el botón para detener la grabación.

¡¿Qué mierda acababa de decir?!

Aquello fue como un jarrón de agua fría; retrocedí un poco la nota de voz, pero esta empezó a reproducirse desde el inicio.

¡Diablos!

—Mi nombre real es Catrina, Catrina Antinnori, y no espero que mi verdadero nombre signifique algo para ti... —Me congelé. Literalmente. Se equivocaba.

¡Demonios!

Quitó las luces de parqueo y giré bruscamente invadiendo el carril contrario. Tenía que llegar a ella y que me explicara en persona todo el maldito asunto

porque yo sabía perfectamente quién era.

O, mejor dicho, con qué demonio se había casado. Y ese infeliz no era una puta broma.

¡Maldición!

64. DESEOS IMPERDONABLES

Cuando fui capaz de llegar al apartamento, mis piernas amenazaron con dejarme caer. Cole, el maldito vecino, estaba gritando órdenes a varios hombres que recogían pruebas de un lugar que claramente había sido implosionado con algún tipo de granada. Y ese lugar era el maldito apartamento de Emilia Jones.

Corrí hacia él sorteando hombres vestidos de negro, que desaparecían a gran velocidad por las escaleras de emergencia gritando órdenes y pidiendo actualizaciones.

Las venas de su cuello estaban abultadas y la mirada en su rostro era una mezcla de ira y pánico.

¡¿Qué había ocurrido?!

—¿Dónde están? —Un mal presentimiento se abrió paso en mi pecho—. ¿Están bien? —Me ignoró y perdí mi mierda—. Contéstame de una puta... — Me abalancé hacia su rostro y traté de sostenerlo desde las correas de su chaleco antibala.

—Escucha, maldito idiota... —Cargó contra mí, pero no retrocedí. Nuestras frentes chocaron y respiramos pesadamente. Todo su equipo se paralizó—. Si le llega a pasar una maldita cosa...

—¿Dónde está? —Rechiné mis dientes.

—¿Te dice algo el nombre Bruno Gagliardi?

La maldita pesada sensación gobernó mi cuerpo.

—El jodido duque de la mafia...

Asintió, pero no retrocedió. Lo hice yo, porque la situación me superó. Esto era malo. Si el maldito infeliz los tenía a ella y a mi hijo...

¡Jesús! El maldito lunático tenía una fea reputación y solo podía imaginar que por eso Catrina había cambiado de nombre tratando de huir de él. *¿Pero por qué demonios no me lo había dicho?*

¿Cómo diablos una mujer como ella terminaba casada con alguien como él? Ni siquiera podía sentirme enojado con ella por haber querido escapar de ese loco.

—La saqué de Verona cuando la mierda se puso fea. Y fea ni siquiera empieza a describir las cosas que vivió con ese maldito infeliz...

Le lancé una mirada angustiada. Arrastró una pesada mano por su cara.

—Mi nombre real es Greg Baker y soy el marido de su hermana mayor, Alma. Es mejor que te sientes, tengo una jodida y muy mala historia que contarte y que seguro pondrá tus pelos de punta.

65. MISERICORDIA

Para cuando Greg terminó de contarme todo el infierno por el que había pasado la dulce mujer, que me había demostrado que a veces el amor viene de donde menos lo esperas, mi viejo instinto asesino rugió sediento de sangre.

Bruno Gagliardi merecía morir.

Por cada tormento que vivió.

Por cada golpe que recibió.

Deseaba poder borrar sus heridas con besos y cobijarla entre mis brazos para nunca dejarla ir.

¡Maldición!

Al menos, la parte de que Greg trabajaba en seguridad no era mentira. De hecho, él era el dueño de la empresa de seguridad internacional que me había mencionado Catrina.

Catrina Antinnori tenía veintinueve años y ya había tenido que soportar mierda realmente mala. Por suerte, el equipo de Greg ya estaba ubicándola, pero necesitaba tener un plan de respaldo. Leo estaba en serio peligro y la responsabilidad de que saliera de esta jodida situación indemne era solo mía. De nadie más.

Dmitri enloqueció cuando le conté lo sucedido. Intentó levantarse, pero sus rodillas cedieron y fue un momento realmente doloroso cuando maldijo no poder ser capaz de caminar. No me quedó más remedio que drogarlo para que no interfiriera. Suficiente mal estaba la situación para tener que preocuparme de que mi hermano menor saliera herido.

Aunque me gustaría creer que podría hacerlo solo, lo cierto era que esta vez necesitaba al hombre que ponía a sudar al papa cuando lo veía.

La vida tenía curiosas maneras de ponerte frente a tus demonios. O, quizá, solo era el hecho de que no me sentía cómodo reconociendo que necesitaba ayuda, lo que me hacía sentir al borde del colapso.

«Prioridades, Alexey».

Malditas prioridades.

Un tono después, una voz gutural y soñolienta dijo:

—Bufete Ivánov & Asociados. —Se aclaró la garganta—. ¿Cuál es su emergencia?

—Soy Ale... —Me lo pensé mejor y utilicé un nombre seguro—. Soy Mark Wright y esperaba que me pudiera proporcionar el número personal de Serguéi... —Forcé a que las malditas palabras abandonaran mi garganta—. Serguéi Ivánov.

—¿Puede proporcionarme su... —un bostezo interrumpió su diplomático discurso y de no ser porque era consciente de que eran las tres y pico de la madrugada hubiera encontrado desagradable su gesto—, su número de socio o cliente?

¡Demonios!

—¿Número de socio?... —Solté una risa incómoda. ¡Maldición!—. Es gracioso que lo mencione, porque yo realmente no... no soy un cliente de ustedes. —¡Mierda! La línea quedó en absoluto silencio. Ni siquiera era capaz de oír los ocasionales bostezos que llenaban cada pocos segundos el auricular, por lo que me apresuré a confesar—. Pero el señor Ivánov es un viejo *amigo*. —Aquella definición sonó ridícula para mis oídos—. Si usted me ayuda a contactarlo yo...

—Mire, señor *Wright* —toda la cordialidad que tenía la voz fue arrancada de golpe para ser sustituida por un tono de displicencia—, ¿tiene usted una maldita idea de la hora que es?

De hecho, sabía con precisión que hora era porque frente a mí se encontraba el reloj de madera empotrado en la pared de mi oficina. Una oficina que rehusaba a abandonar si no encontraba la solución a mi puto problema, pero no me atreví a contestar porque en esta posición yo era quien necesitaba localizarlo y ella era la única capaz de ayudarme.

No enojar a la asistente era de vital importancia.

—Sí, sé lo tarde o temprano que es, según la perspectiva de cómo se vea, pero es que...

—Pero es que nada —refutó furiosa—, nos encontramos ante la situación de que considera gracioso llamar a un número privado a las *tres* de la madrugada cuando ni siquiera es socio de la firma o, en el mejor de los casos, un cliente —puntualizó—. Además, recuerdo perfectamente que en la página web, de donde estoy segura consiguió la información de este bufete, indica con letras grandes, que obviamente usted ha decidido ignorar, vaya el infierno a saber

por qué, que este número solo es en caso exclusivo de emergencias para clientes estúpidos que no pueden recordar el maldito número de su abogado asignado. Puede ahorrarse sus disculpas patéticas por interrumpir mis pocas horas de sueño y meterse por el cul...

De pronto, la línea quedó tan en absoluto silencio que casi parecía que hubiera finalizado la llamada. O, al menos, eso creí, ya que su discurso no llegó a su clímax.

Menuda asistente la que se manejaba Ivánov.

Estaba a punto de alejar el móvil para regresarle la llamada, cuando su voz inundó otra vez el auricular.

—¿Sabe qué?, ahora que recuerdo, la última vez que contesté una llamada a estas horas se trató de la prometida perdida de mi jefe... —comentó con sarcasmo.

Mi corazón se saltó varios latidos.

—Perdón, ¿cómo dijo?

Bufó una maldición mientras murmuraba algo que no logré captar.

—... por lo que, con mi suerte, usted será algún hermano perdido o vaya el cielo a saber a estas alturas de qué va todo el asunto que se trae esta loca familia —refunfuñó—. Juro que tengo que conseguir un aumento de sueldo por soportar estas cosas. —Y sin perder aliento recitó de sopetón un número de móvil y cortó la llamada.

¡Maldita sea! Alejé el móvil y quedé mirándolo. ¿Qué diablos acababa de suceder?

Acaso se estaba refiriendo a... mi corazón aporreó mi pecho. Negué con la cabeza sintiéndome demasiado exhausto y me concentré en tragarme el puto orgullo y llamarlo. Por suerte, siempre mantenía activado el grabador de llamadas, así que solo me llevó algunas repeticiones anotar el número correctamente.

¡Muchísimas gracias, querida tecnología!

El infierno sabía que ni loco volvería a llamar a esa desesperante mujer. Tampoco creía que respondiera. Era certero suponer que a estas alturas habría bloqueado mi número para que no la siguiera acosando. Definitivamente, mi encanto con las mujeres dejaba mucho que desear. Cuando estuve seguro de que tenía el número correcto anotado, lo marqué sin cuestionar las repercusiones. Mientras el tono sonaba, la angustia me tragaba entero.

¡Vamos, vamos! Tenía que contestar... porque si no...

—Más vale que alguien esté muriendo. —Su voz rasposa e inconfundible envió una cascada de alivio a mi torrente sanguíneo. El número había sido el correcto. Me aclaré la garganta mientras me levantaba del sillón, demasiado nervioso y asustado como para mantenerme sentado mientras sostenía esta indeseada conversación.

—Soy Alexey...

El silencio fue su respuesta y supe que el tiempo no estaba a mi favor.

¡Mierda!

—Y necesito... —Ahora no era el momento para quedarme sin palabras—. Necesito tu maldita ayuda para... —El infeliz *robaesposas* cortó la llamada.

Dejé caer el teléfono sobre la moqueta y la desesperación me llevó a arrodillarme mientras lágrimas de impotencia se abrían paso por mis mejillas.

¡Dios!

¡No!

¡No!

¿Cómo diablos iba a salvar a mi familia?

66. INEFABLE

Serguéi me miraba estoico mientras le narraba mi plan. Tenía que dar resultado porque no solo perdería a mi hijo, sino que le fallaría a Catrina.

Y estaría maldito si permitía aquello.

Ahora estaba seguro de que mis sentimientos por ella eran mucho más fuertes que cualquier otra cosa que hubiera sido capaz de sentir hacia otra mujer que no fuera Nina. Estaba dispuesto a sangrar por ella. No era que ya no amara a Nina, pero era un hecho que esta mujer había logrado hacerse un hueco en mi maldito corazón. Y estaba determinado a salir de la casa donde la tenían con ella entre mis brazos.

Greg ya la había localizado y estaba ideando un plan para entrar con sus hombres y rescatarla. No le había mencionado que estaba buscando refuerzos porque no sabía si Serguéi vendría. Y menos después de cortarme sin siquiera dejar explicárselo.

—¿Y crees que esa *mierda de plan* nos llevará a algún lado?

Mantuve a raya mi lengua.

—¿Mierda de plan? —Negué con la cabeza mientras me sentaba frente a él y lo miraba fijamente—. Pasé cinco horas desarrollando la estrategia perfecta para colarnos en aquella maldita fortaleza y sacarlos con el menor daño posible y tú solo dices... ¿mierda de plan?

No contestó.

¡Maldición! Estaba a segundos de perder mi mente.

Se levantó de la silla y, sin pronunciar una palabra, caminó hacia la puerta.

—¿Adónde diablos crees que vas?! —Rugí perdiendo por completo el control. El miedo de perderlos me tenía golpeando paredes y maldiciendo en ruso—. Estamos planeando nuestro ataque y tú... y tú... ¿te vas a ir?

Se detuvo a diez pasos de la puerta.

—Estás muy equivocado si piensas que por entrar como ratones en la noche evitarás que alguien salga herido. —Ahora fue su turno de negar con la cabeza—. Me queda claro que eres un inútil a la hora de elaborar un plan para mantenerlos a salvo. Deberías sentirte avergonzado.

Puse los ojos en blanco.

—¿Eso quiere decir que tienes un plan mejor? Porque el tiempo se nos está acabando...

Asintió mientras miraba su caro reloj.

Dios... este maldito...

—¿Y sería pedirte mucho que me explicaras cuál es?

Sonrió y su sonrisa fue diez veces más aterradora que la que me dio aquella noche cuatro años atrás.

—Nina tiene un dicho... —Mi corazón aporreó mi pecho—: «Atropella primero, pregunta después».

Fruncí el ceño, no sabía cómo diablos interpretar aquello.

—¿Y eso qué demonios significa?

Sus extraños ojos violáceos resplandecieron y, por primera vez luego de sus palabras, entendí la suerte que tenía de seguir respirando.

—No se me conoce por ser un hombre que toca los timbres antes de aparecer en las casas.

¡Demonios!

A pesar de su advertencia, jamás había estado preparado psicológicamente para ver en acción al maldito *caballero de la muerte*.

67. INCONMENSURABLE

Catrina

Tenía que haber una manera de sacarnos de esta mansión. La que fuera, no importaba el costo. Deambulé sin rumbo fijo por toda la habitación tratando de encontrar una efímera oportunidad de sacar del infierno a este inocente niño, pero las ideas se esfumaban o eran absurdas. En este punto, no importaba qué pasara conmigo siempre y cuando pudiera lograr que Leo llegara a salvo al lado de su padre.

Jamás podría vivir sabiendo que otra víctima había sido tocada por el odio desmedido de mi marido.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Leo extendió sus pequeños brazos y con las manos temblorosas me apresuré a recogerlo del piso. Había empezado a llamarme así cuando el estrés había superado su mente infantil. Estaba asustado. Yo también. Empecé a arrullarlo hasta que sus hermosos ojos grises empezaron a cerrarse poco a poco.

«Eso es mi pequeño, angelito, duerme. Al menos, en tus sueños estarás a salvo de esta locura que por mi culpa te ha arrastrado».

Cuando Leo se quedó profundamente dormido, empecé a llorar.

«¡Piensa, Catrina! ¡Piensa en algo, maldita sea!».

Me estaba quedando sin argumentos para prolongar lo inevitable. La pregunta que acechaba mi cabeza y me robaba la calma era: ¿hasta cuándo Bruno soportaría compartirme con este hermoso ángel? Aunque eso pareciese ridículo, era lo que me tenía nerviosa y asustada. Según mis cuentas basadas en mi propia experiencia, dudaba que fuese más allá de un par de días.

Después de tres años de la misteriosa muerte de mi hijo, y luego de una de sus intensas palizas por algo que francamente ya no recordaba, me regaló un labrador. Un hermoso ejemplar de pelaje marrón y cautivadores ojos negros.

Aquel regalo fue uno de tantos que estúpidamente habían reforzado mi creencia de que este loco podría tener algo de amor en su frío corazón. Pero me equivocaba.

Nadie imaginó lo rápido que me encariñé y cuánto llegué a amarlo en tan poco tiempo. Xavier, como había decidido llamarlo, se convirtió en mi mejor amigo. El único ser vivo con quien deseaba compartir cada minuto libre que tenía.

Recordé que había transcurrido una semana de aquel bello gesto, me encontraba jugando en el patio trasero con él. Tan perdida estaba en la dicha que me provocaba verlo jugar que ni siquiera noté que Bruno había llegado. Para cuando fui consciente de su presencia junto a mí, no me preguntes cómo lo supe, me bastó mirarlo a los ojos para saber que me quedaría sin mi mejor amigo. Me levanté del césped y con todas mis fuerzas empecé a gritarle a Xavier para que se alejara. Para que se salvara.

—¡Corre! ¡Corre!

Empecé a llorar cuando mi mejor amigo en lugar de hacer lo que le estaba ordenando se acercó a mí, oscilando su larga y peluda cola en señal de saludo hacia el recién llegado.

—Por favor, vete... Xavier..., no... no vengas. Yo... ¡Maldita sea! ¿Por qué no me obedeces? —Me ahogué con un horrible sollozo.

Mi cuerpo empezó a temblar violentamente preso del dolor y la impotencia.

—¡Por favor, Bruno...! —Xavier se sentó frente a mí y bajó su cabeza para que lo acariciara—. ¡Por favor! —La voz me tembló mientras me arrodillaba y abrazaba muy fuerte a mi mejor amigo. Traté de protegerlo con mi cuerpo de cualquier castigo que mi desalmado esposo creyera que merecía.

Había descubierto con horror que a él le gustaba infligir dolor a las personas. Y yo era su favorita.

—Por favor, yo... —Me levanté y me obligué a tocar su cuerpo. Atrás habían quedado las noches donde me hacía arder de pasión y olvidarme de mi nombre. Ahora sufría inconsolablemente cada vez que tenía que permitir que me besara—. Haré lo que tú quieras, pero no lastimes a Xavier... Él...

Pero mi suplicas no fueron escuchadas. Sacó su semiautomática del saco y sin pestañear ni perder un segundo le disparó a mi mejor amigo en medio de la cabeza.

Todavía hoy podía escuchar mis gritos desconsolados mientras me arrastraba del cabello hasta el interior de la maldita mansión.

Cuando me soltó, caí estrepitosamente sobre mi espalda, pero a pesar del dolor me arrastré hasta la puerta de cristal que nos separaba del patio y lloré en silencio viendo cómo mi mejor amigo se desangraba hasta morir.

—Que nunca se te olvide. Tienes prohibido *amar* a otra persona que no sea yo. Y eso incluye estúpidas mascotas. ¿Te queda claro, Catrina?

Hice una mueca de dolor cuando su mano grande y tosca sujetó sin delicadeza mi cabello y lo jaló hacia un lado obligando a mi rostro enfrentar al suyo. Mi corazón trastabilló porque sus ojos azules estaban vacíos de cualquier arrepentimiento y eso hizo que una sensación de pérdida y angustia golpeará con fuerza mi garganta. Hacía mucho tiempo que se le había caído la máscara y ahora podía ver lo que era en realidad.

Un verdadero demonio.

—¿Te queda claro, Catrina?

No contesté y me limité a observarlo fijamente. Algo estúpido por mi parte, porque su puño se estrelló sin titubar contra mi rostro. Horas después recuperé el conocimiento y no me sorprendió para nada ver que aún seguía en el mismo lugar donde había recibido el golpe.

Me levanté, abrí la puerta y cojeando un poco llegué hasta el lugar donde había sido inmensamente feliz hasta hacía unas pocas horas. Me senté y la sangre de mi mejor amigo manchó mi vestido, pero no me importó. Las horas pasaron y la noche llegó avivando mis deseos de huir de este infierno.

Aquel día mi corazón se rompió en un millón de dolorosos fragmentos. No solo me había demostrado que podía ser cruel, sino que reafirmó mi certeza de que él había asesinado a nuestro hijo.

A sangre fría.

Aquella misma semana, el plan para escapar que habían puesto en marcha mis hermanas dio resultado. Me odié por no haberlo intentado cuando Xavier aún estaba vivo y podía disfrutar de la libertad que tanto soñaba.

Tenía que sacar lo más rápido de esta casa a Leo, porque si no me daba prisa, él correría la misma suerte de Piero y Xavier.

Y antes preferiría matar con mis propias manos a mi esposo, aunque me costara la vida en el proceso.

68. ETÉREO

La puerta de la habitación donde me tenían encerrada golpeó bruscamente la pared y Leo empezó a llorar sobresaltado por todo el ruido y la densa oscuridad que nos rodeaba.

¿Por qué rayos no encendían las malditas luces y evitaban este horrible sobresalto?

Con mucho esfuerzo, vi cómo los guardias se dispersaron por la habitación alumbrando con sus pequeñas linternas las esquinas, mientras el maldito Alessio caminaba presuroso hacia mí.

—¡Levántate, zorra! —gruñó furioso mientras me jalaba con fuerza el brazo para ponerme de pie. Aunque no fue mi intención, mis piernas se enredaron con el edredón y caí con fuerza sobre la moqueta.

—¡Ahh...! —grité involuntariamente mientras trataba sin éxito de liberarme del fiero agarre sobre mi brazo. El dolor se disparó a mi columna; no obstante, el imbécil mejor amigo de mi marido, sin importarle el daño, me sujetó con brusquedad del brazo para ponerme otra vez de pie y alumbrarme con su estúpida linterna.

Luego de llorar me había recostado en la cama y me había quedado dormida con Leo sobre mí. No confiaba en dejarlo fuera de mi alcance y su peso me había ayudado a descansar un poco. Ahora me sentía estúpida por haberme dormido.

—Levanta tu culo perezoso, maldita puta gorda, que el ruso ha llegado y tu benévolo marido quiere que seas testigo de su muerte.

Aunque la habitación estaba sumida en la oscuridad, gracias al brillo de la linterna que estaba asesinando mi córnea, vi cómo una sonrisa maliciosa se abrió paso en su atractivo rostro.

¿Cómo alguien que podía lucir tan bien en el exterior podía estar tan podrido? ¿Alguna vez pensaría en Dante y se sentiría mal por haber ocasionado su muerte? Estaba segura de que gran parte de la locura de Bruno era por culpa de este maldito enfermo.

Esperaba que el infierno estuviera esperando por él.

Alessio Ricci manipuló la prueba de ADN. Según aquella maldita hoja, Piero no era hijo de Bruno sino de Dante y mi marido no dudó en asesinarlo a sangre fría delante de mí.

Cuando aquel recuerdo acuchilló mi pecho, olvidé el dolor que atormentaba mis piernas y empecé a rezar desconsoladamente: «Por favor, Dios, no permitas que sea cierto...».

No permitas que estos infelices se salgan con la suya.

—Una muerte que será despiadada y dolorosa. Ya conoces a Bruno, estas cosas lo entretienen mucho.

Mi corazón empezó a correr vertiginosamente. ¡Oh no! Era cierto, Alexey había venido a por su hijo.

Y todo por mi culpa.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —Leo, gateando sobre el colchón, trató de llegar a mí, pero Alessio le dio una fuerte bofetada que lo lanzó contra las almohadas.

¡Maldito infeliz!

—¡No! —grité y arremetí contra el cobarde, sin perder un segundo tomé entre mis brazos a un histérico y asustado Leo, cuyo llanto y gritos, estaba segura, se podían escuchar por toda la mansión.

Por la escasa luz me era imposible saber el daño que había recibido en su rostro. Los brazos de Leo inmediatamente rodearon mi cintura mientras su pequeño cuerpo se estremecía asustado y preso de la situación.

Empecé a llorar. Todo esto era una pesadilla terrible. Y daría lo que fuera por despertar.

—¡Cállate, maldito mocoso! —gritó furioso mientras daba largas zancadas para acercarse otra vez a nosotros con la intención, quizá, de seguir golpeándolo. Con algo de esfuerzo liberé sus delgados brazos del contorno de mi cintura y cubrí con mi cuerpo su pequeño ser, justo a tiempo de que una fuerte patada impactara contra mi espalda.

¡Mierda!

Un fuego intenso lamió mis músculos inferiores y me pregunté si sería capaz de sacar ileso de esta habitación a Leo. Era una cuestión de vida o muerte, algo me decía que, si salía con vida de aquel despacho, lo haría más sola y destrozada que nunca.

—¡Debí haber puesto una bala en su maldita frente cuando llegué a tu asqueroso apartamento! —Sus patadas y golpes se volvieron eternos. Mi

cuerpo estaba recibiendo gran daño por su ataque de furia, pero Leo estaba bien y eso era lo importante.

—¡Zorra! ¡Zorra! —Una patada en mi costado derecho me hizo gritar y gemir de dolor. ¡Diablos!—. ¡Maldita puta...!

Estaba a segundos de perder el sentido, por lo que me aferré con las fuerzas que aún me quedaban al pequeño niño que había iluminado mi vida cuando menos lo había esperado.

Me sentía devastada porque por mi culpa Leo moriría. Alexey también correría la misma suerte y todo por...

Unas fuertes palmadas o disparos detuvieron los golpes. Me encontraba demasiado desorientada y era incapaz de concentrarme en algo más que no fuera proteger a Leo de los golpes de este lunático y el dolor que pitaba en mis oídos.

La sensación de alivio que me invadió cuando los golpes cesaron fue reemplazada por un horrible escalofrío que recorrió mi dolorida columna ante la idea de que fuese el diablo en persona, que había venido a por mí. Empecé a cuestionarme cómo de loca y desesperada me sentía para arrojarme del cuarto piso por la ventana y probar si tenía la suerte de que a Leo no le sucediera nada malo con la caída. Utilizaría la oscuridad para llevar a cabo el plan cuando menos lo esperaran.

Tenía que procurar que Leo cayera sobre mí. Si no...

Escuché que alguien hablaba, una voz que me parecía vagamente familiar. Dios, creí que era Bruno y, y... de pronto, una maraña de ruido insoportable y disparos explotó a nuestro alrededor; el llanto de Leo poco ayudó para que pudiera precisar quién o qué era lo que había ocasionado el maldito alboroto que nos rodeaba.

Con mi cuerpo aun cubriéndolo, nos arrojé al piso. Era más seguro si lo mantenía allí y buscaba una manera de llegar hasta la ventana para probar mi teoría. Caer desde cuatro pisos no podía doler mucho. Leo estaba histérico entre mis brazos y no lo culpaba. Necesitaría largas sesiones de terapia luego de esta noche.

Estaba lista para arrastrarme hasta donde supuse se encontraba la ventana, cuando varias linternas cayeron al piso y me mostraron una escena que quedaría grabada para siempre en mi cabeza.

¡Dios...!

Limpié mis llorosos ojos varias veces, quizás estaba soñando.

Era imposible.

Serguéi Ivánov, vestido con un impecable traje de tres piezas color negro, arremetió sin piedad contra cada uno de los hombres de mi esposo con movimientos fluidos. Sin titubear, empezó a degollarlos o romperles el cuello mientras se protegía de los disparos del imbécil de Alessio con los cuerpos inertes.

Serguéi lucía tan... tan aburrido mientras mataba que me dio una muestra de primera mano de por qué temían su presencia. Me perdí comprobando cuántos hombres le quedaban a Alessio y vi con satisfacción que menos de cinco. Luego... luego solo sería él contra el caballero de la muerte.

Mi atención regresó de golpe a Serguéi cuando un guardia corrió hacia él disparando como un loco. Sin mostrarse preocupado, lanzó hacia adelante al hombre que estaba usando como escudo, se agachó, sacó de su pierna derecha una cuchilla y se la clavó en el ojo. Me estremecí.

¡Jesús!

Él era simplemente...

Leo se desmayó entre mis brazos y me sentí agradecida. Cerré los ojos y lo cobijé un poco más contra mi cuerpo mientras lágrimas de alivio manchaban mis pálidas mejillas, agradecida por la presencia del único hombre capaz de ayudar a Alexey a sacar a su hijo con vida de este infierno.

¡Muchas gracias, Dios!

Gracias por salvar a Leo.

Gracias por no permitir que el maldito de mi marido lastimara a este hermoso ángel.

Abrí los ojos mientras la fuerza resurgía de mi magullado cuerpo y sujetaba con más fuerza al niño que sentía como hijo. Y lo protegería como tal.

Era hora de escapar.

Era hora de regresar a Leo con su padre. Y de que yo enfrentara a mi maldito demonio.

69. DEMONIOS

Nina Notovitch

Había jurado no inmiscuirme, pero ya me conoces... vivía haciendo esos planes de mierda una y otra vez que muy pocas veces llegaban a buen puerto.

«Más envejecen las penas que las canas», solía decir mi padre.

Presioné el acelerador a fondo haciendo que el pavimento crujiera bajo las ruedas, al mismo tiempo que estas lanzaban un molesto chirrido que estaba segura habría despertado hasta al diablo.

Vaya manera tan delicada de huir.

Me encontraba en desacuerdo con que el maldito engendro, que adoraba golpear mujeres y asesinar niños, fuera despedido de este mundo por otro hombre. *No*. El maldito merecía que fuese una mujer quien lo hiciera sufrir y yo estaba más que dispuesta a servir a la causa, en vista de que a Catrina aún le tomaría algunos años recuperar su confianza y creer que no necesitaba ser la dulce damisela en apuros, esa que siempre era rescatada por el «príncipe de ojos grises» que no podía distinguir el amor, aunque este le golpeará en la cara.

Alexey tenía que sacar su puta cabeza del trasero o iba a perderla.

Llegar hasta el maldito no fue fácil, pero la satisfacción de su rostro cuando me vio valió la pena que mi querido esposo buscara más tarde represalias por mi desobediencia. Jugué con mi mejor carta... la paciencia. En eso las mujeres éramos expertas. Claro que el infeliz no contaba con que las mujeres fuésemos capaces de muchas cosas aparte de abrir las piernas; cuando me vio aparecer en la puerta de su oficina ni se molestó en llamar a seguridad.

El hombre era más estúpido de lo que creía.

—Eres Nina... —dijo evaluando con indiferencia mi atuendo mientras se arreglaba los puños de su camisa blanca—. La mujer del caballero de la muerte. Me parece curioso que hayas venido, considerando que tu marido está ayudando a tu exmarido.

No me molesté en reaccionar a su pequeño comentario.

Cuando Serguéi me contó que Catrina Antinnori lo había buscado para conversar, supe que de alguna manera ella estaba involucrada sentimentalmente con Alexey y que por ese motivo buscaba hablar con él; lo convencí de ir a verla y, renuente, aceptó con la condición de que yo mantendría las distancias. No me quería cerca y me explicó la causa.

Bruno Gagliardi.

El maldito era un serio caso de padres permisivos y estúpidos, criaron a un hombre egocéntrico y mezquino que pensaba que tenía el derecho de poseer y destruir.

Catrina Antinnori, cuyo nombre no significaba nada para mí, al parecer había quedado atrapada por el cautivante atractivo de este sujeto cuando era apenas una adolescente. Demasiado tarde descubrió que ese maldito engendro era lo peor que le había pasado.

Mi corazón había sentido una pena invaluable cuando me dijo que los rumores decían que él había asesinado a su pequeño hijo de ocho meses.

¡Maldito enfermo!

Mi plan era mantenerlo con vida el mayor tiempo posible para que sufriera, pero fue imposible cuando sus siguientes palabras abrieron una brecha que no podría cerrar, ni aunque pidiera perdón de rodillas.

—En todo caso, me alegra que te hayas unido a la fiesta. —Sonrió mientras me miraba con petulancia y caminaba con elegancia hacia mí. El maldito duque de no sé qué mierda tenía ganas de morir—. Porque me gustan las perras que dan pelea. Sin duda, esas son las más deliciosas de romper.

Solo así todo se fue a la mierda.

Sin pestañear y de un fluido y certero movimiento atravesé su pecho con la katana que me había comprado hacía una semana en Ebay.

¿Quién creería que realmente se podían conseguir cosas interesantes en aquellas páginas de compras masivas?

Lo gracioso de todo esto era que el pobre infeliz ni siquiera lo vio venir. La sensación fue tan placentera como acogedora. En serio, ¿qué creía que iba a hacer con la maldita espada que tenía en la mano? *¿Peinarme el cabello con ella?*

—Sucede que a esta *perra* no le gustan los amos abusivos —dije lentamente mientras veía su cuerpo perder el equilibrio y derrumbarse sobre sus rodillas. Sus manos cubrieron el lugar donde la sangre empezó a correr como las

cataratas del Niágara. Su pulcra camisa blanca se tornó de un salvaje rojo. Su respiración salió a ráfagas mientras sus ojos no daban crédito a lo que había pasado en cuestión de segundos—. Y, estimado duque —me acerqué lo suficiente para que pudiera distinguir mis palabras—, discúlpame si no tengo ni puta idea de quién rayos eres, pero déjame decirte que tu principal error fue creer que las mujeres somos seres estúpidos, débiles e indefensos, porque lo cierto es... —acaricié con mi mano enguantada su barbilla y la sostuve firmemente para que viera mis ojos. La vida se estaba escurriendo de su cuerpo y él nada podía hacer ya para evitarlo—, que si nos diera la puta gana... podríamos gobernar el maldito mundo.

Sangre brotó de su boca, mi casta señal para abandonar este infierno. Golpeé fuertemente su rostro con mi codo mientras extraía sin ceremonias mi espada de su pecho.

Era hora de sufrir, maldito engendro.

Sus labios cubiertos de sangre se abrieron y escupieron sangre. La palidez había tomado de rehén a su piel y estaba disfrutando del espectáculo de ver a un hombre, que por fuera parecía ser la promesa de un futuro lleno de amor, sexo y pasión, desangrarse hasta que escuché pasos. Abrí mis piernas para buscar el balance correcto y de un fluido y fuerte movimiento, tal como me había enseñado mi marido, corté su cabeza sin pestañear.

Un abusador menos en esta sociedad de mierda.

Eso había ocurrido hacía quince minutos.

Hice un cambio y bajé la velocidad, era inútil tratar de llegar rápido a casa cuando mi marido ya sabía que esta noche lo había desobedecido.

Otra vez.

Algunas cosas jamás cambiarían y Serguéi tenía que haber visto venir este desenlace, eso no impedía que tuviera que prepararme para el día largo que me esperaba por delante.

70. DESEOS QUE NO SON DESEOS

Catrina

No sé qué dolió más, si el hecho de que Nina Notovitch hubiera sido capaz de decapitar a mi marido sin el más mínimo esfuerzo, o ver la desesperación de Alexey por verla otra vez.

Ni siquiera había reparado en mí cuando nos encontramos en el pasillo. Imaginé que el hilo rojo que los ataba de por vida tenía poderes mágicos y cuando ella se encontraba cerca él podía sentirlo.

Cuando llegamos a la oficina de Bruno, agradecí al cielo que Leo yaciera desmayado en mis brazos. Bruno estaba boca abajo en un charco de sangre que corría sin rumbo por toda la moqueta. Sangre que provenía de muchas partes. Pero la principal fuente era el certero corte que había separado su cabeza de su cuerpo. La misma que yacía boca arriba mirándonos aterradora.

Una imagen que jamás olvidaría en mi vida.

Serguéi y Alexey compartieron una silenciosa mirada, que me dijo más de lo que me hubiera gustado saber, y mis entrañas se retorcieron. Mientras la mirada ligeramente molesta de Serguéi regresó al cuerpo sin vida en medio de la sala, Alexey Románov estaba a punto de enloquecer mientras su mirada revoloteaba por toda la habitación tratando de encontrar a la mujer que no había visto en más de siete años.

¿Tenía que darle su espacio y tener su momento?

O en todo caso, ¿Serguéi Ivánov permitiría que él se acercara a ella?

Aún estaba tratando de procesar la escena y todo lo que esto representaba, cuando el chirrido de unos neumáticos azotó el insufrible silencio que nos rodeaba. Alexey se abalanzó hacia el balcón abierto. Su desesperación abrió un profundo pozo donde las dudas y el dolor hicieron un picnic.

—¡Maldición!

Repitió varias maldiciones antes de regresar a la habitación. Abrí la boca para preguntarle si había alcanzado a verla, pero su pregunta me hizo cerrar la boca y fruncir el ceño.

—¿Dónde rayos está Ivánov?

Miré sobresaltada hacia atrás y, efectivamente, nos encontrábamos solos en la fría habitación.

—Pero ¿cómo diablos...? —empecé a preguntar, pero Alexey me tomó de la mano y me jaló hacia la salida—. Vamos. —Tomó a Leo en sus brazos. Cuando el peso y calor de mi pequeño mejor amigo abandonó mi cuerpo me sentí desnuda e indeseada—. Es hora de largarnos de este lugar antes de que la policía llegue. —Una sonrisa irónica tocó sus labios—. Debo reconocer que fue una estrategia inteligente la de Ivanóv la de hackear primero el sistema de seguridad y que las cámaras rodaran en bucle, así no grabaron nuestra estancia en este lugar. Jamás sabrán que estuvimos aquí.

Mis pensamientos quedaron apresados en mi garganta mientras nos marchábamos sin mirar atrás. A pesar de que oficialmente era viuda, el dolor que sentí en mi corazón al recordar la respuesta espontánea de Alexey hacia su exmujer me provocó un agudo dolor que rivalizaba con la pérdida de mi hijo.

Las palabras de Serguéi se repitieron alto y fuerte.

«Alexey Románov podrá ser su hilo rojo, pero yo elegí ser el hombre que la merece. Cuando decidas que ha llegado el momento para hablar con él, asegúrate de tener claro si quieres ser la mujer de su vida. Aquella mujer que merece que él haga el largo y solitario camino hasta el infierno solo para protegerte».

Ahora podía verlo, pero... ¿estaba lista para reclamar ese lugar?

La verdad era que, aunque lo intentase, jamás podría ser como ella. Nina Notovitch. La mujer que no había temblado en presencia de un verdadero demonio.

71. DECISIONES

¿Cómo decirle al hombre del que estaba enamorada que me dolía compartirlo con el recuerdo de su exmujer? Un recuerdo que respiraba y vivía a pocas millas de distancia de nosotros.

Quizá me estaba ahogando en un vaso de agua.

Cerré los ojos y suspiré mientras acercaba la taza humeante de café y sorbía un poco. Podía imaginarme la conversación en mi cabeza como también podía verme recogiendo mis cosas y abandonando esta ciudad. Sin él de mi mano.

—¿Segura de que no quieres hablar con un profesional? —Me sobresalté y abrí los ojos. La profunda e ilícita voz que derribaba cada noche mis muros acarició mi mejilla derecha—. Ha pasado una semana y has estado muy callada. Tanto que ya me estoy preocupando. —Soltó una ligera risa que se vio falsa ante la preocupación sincera que brilló en sus piscinas grises. La misma preocupación que astilló mi corazón.

Definitivamente, me estaba ahogando en un vaso de agua.

Mark —había decidido que lo llamaría así— se apartó de mí y me miró intensamente cuando su pequeña broma no fue capaz de levantar las comisuras de mis labios. La noche había llegado demasiado pronto en este domingo familiar y Leo ya estaba disfrutando de su cama, luego de pasar un largo día jugando en el parque japonés. Esos paseos estaban ayudando a que él olvidara el traumático momento.

Mientras lo veía jugar traté de imaginarme la vida sin estas dos personas y un dolor sordo se abrió paso en mi pecho.

«No pienses en ello».

«¡Maldición!, no pienses en ello».

Ahora eran mi familia y tenía que encontrar una manera rápida de hacer las paces con la idea de que Alexey Romanóv siempre tendría a otra mujer viviendo en su corazón.

Más fácil decirlo que hacerlo.

Después de acostar a Leo, decidí que para relajarme me prepararía una taza de té, pero acabé haciéndome un café bien cargado mientras dilataba mi

llegada a la habitación.

Una habitación donde me esperaba mi sexi novio.

Por un momento, me permití perderme en su actual apariencia. Su torso estaba descubierto y las gotas de agua, por la ducha que recién había disfrutado, resbalaban de manera deliciosa por su *sixpack*. Su cabello húmedo estaba desordenado y un poco pegado a su cuero cabelludo. Cuando me di cuenta de que la inspección quizás estaba siendo muy larga negué con la cabeza sintiéndome expuesta, a pesar de que mi pijama térmico cubría cada centímetro de mi piel.

El invierno le estaba dando una paliza a mi trasero mientras que mi novio disfrutaba de las inhóspitas temperaturas como si de un día de campo se tratara.

Los rusos y su amor injustificado por las temperaturas bajas.

Me aclaré la garganta mientras me levantaba y me acercaba a él para envolver mis brazos en su cintura. Se sintió reconfortante y me aferré a esa sensación. Podía ser peor, luego de verla podría haber decidido que no quería estar conmigo y que la esperaría hasta que ella decidiera abandonar al caballero de la muerte.

Por supuesto, era más sabio esperar que un burro volara a que Nina Notovitch dejara de amar al ruso de ojos violáceos.

¿Entonces de qué tenía miedo?

—Estoy bien —prometí, sus fuertes brazos se cerraron a mi alrededor y me relajé, saboreando el momento.

—Si es así, ¿por qué se siente cómo si me estuvieras mintiendo?

Mis manos picaron por arañar su espalda. Enterré mi rostro en su pecho y suspiré.

—Quizá sea porque sabes perfectamente que es lo que me tiene tan callada, pero, al igual que yo, fínges que se trata de otra cosa porque te aterra sostener la conversación que se ha dilatado demasiado tiempo.

Nuestro viejo amigo, el silencio, llegó, se sentó en mi silla y empezó a tomarse mi café.

—Catrina... —Suspiró pesadamente y mi corazón se contrajo por el dolor que se podía palpar en cada sílaba—. Sé que piensas que estoy aún enamorado de ella, pero no...

—¿Entonces será así? —Me alejé sintiéndome molesta y lo miré fijamente a los ojos mientras atraía su frente a la mía. Nuestros ojos se enlazaron en una

batalla donde ninguno podría resultar ganador—. ¿Me vas a mentir descaradamente después de todo este tiempo juntos, después de verte llorar atrapado en las profundidades de tus pesadillas donde revives perderla una y otra vez?

Su mirada ardió en la mía, pero no se atrevió a negarlo.

—Porque no quiero que lo ocultes. —Y lo decía en serio—. No quiero que finjas emociones o en el peor de los casos que lo justifiques diciendo que lo haces por mí.

Solté una risa triste, cerré los ojos y luché contra las lágrimas. Cuando los volví a abrir un fuego que antes no había en mi pecho me dio la fuerza que necesitaba para ser sincera.

Dos días después del rescate, pude sentirme lista para abrirle mi corazón al hombre que había elegido amar el resto de mi vida. Una de las cosas más difíciles fue contarle cómo había descubierto que mi pequeño hijo había muerto. No había sido fácil, pero encontré la manera adecuada de narrarle lo duro y terrible que fue acercarme a su cuna, extrañada de que no me hubiera levantado a media noche para comer, y descubrir su cuerpo sin vida. Mi amado Piero había sido víctima de los celos y obsesión de Bruno Gagliardi.

Él se había estremecido y preguntado si podía abrazarme. Solo cuando sus brazos se apretaron fuertemente a mi alrededor, me permití revivir todo el amargo dolor que fue tratar de convencer a mis padres de que él lo había asesinado. Aunque mis hermanas en ese momento no dijeron nada, ellas me creyeron. Y fue entonces cuando organizaron mi plan de escape, el cual tomaría tres años en concretar dado que necesitaban que mi nuevo comienzo fuera en otra ciudad, lejos.

Siempre les estaría agradecida a ellas y a Greg, que resultó ser mi cuñado. Ni siquiera me había dado cuenta de que él era el hombre que cuidó de mí en Rocaro Terme. Él y Alma se habían conocido en Nueva York y el amor había surgido de inmediato. El reencuentro con mis hermanas fue devastador para mis emociones. Lloré lo que parecieron años sin poder creer que ellas estuvieran aquí, en California, abrazándome y diciéndome que me amaban. Ellas y Greg me habían salvado y dado otra oportunidad para conocer lo que era el verdadero amor. Lo que era tener una familia real.

Sin la intervención de ellos, yo aún seguiría atrapada en un matrimonio infeliz y abusivo.

Cuando Mark me preguntó por qué me había quedado al lado de él, miré

hacia el piso y admití en voz alta lo que siempre me daba tanta vergüenza confesar.

Me quedé con Bruno porque, a pesar de saber que él no me merecía y que era un completo idiota, quería merecer el amor de mis padres. Buscaba su aceptación. Me preocupaba qué dirían y mi baja autoestima me hacía pensar que, si lo abandonaba, difícilmente un hombre me querría luego de saber todos los abusos que había recibido por su parte.

Mark guardó silencio y no presionó, solo me permitió sacar todo el dolor de mi pecho. Se sintió bien poder decirle en voz alta lo mucho que extrañaba a mi hijo. Piero debió haber sido amado y protegido por su padre, pero recibió lo contrario.

Lo único que había quedado pendiente de hablar era de sus sentimientos. Hasta ahora.

—Mark Wright, quiero que me mires a los ojos y me digas si hay posibilidad de que un día me ames tanto como la amas a ella. Ahora que ya sabes todo sobre mí, necesito saber si esta relación será como la que merezco. —Su ceño se arrugó y trató de alejar su frente de la mía, pero no se lo permití. Esta noche tendríamos esta conversación porque no creía que mi cabeza o estómago pudieran soportar otra semana de sospechas—. Si no puedes responder con sinceridad... —dejó de forcejear y su dolorida mirada golpeó de manera brusca mi corazón—, creo que los dos sabemos quién es la persona que está sobrando en la vida del otro.

Algo de lo que dije hizo que sus brazos se envolvieran bruscamente en mi cintura y tirara de mí con toda su fuerza hacia su cuerpo.

—No necesito asegurarte nada. —Esta vez fui yo quien trató de alejarse de su toque mientras las lágrimas que tanto esfuerzo me había costado refrenar ahora viajaban libremente por mi rostro.

Mi pecho quemó de forma insoportable. El pensamiento de salir corriendo para ocultarme del mundo y llorar en privado provocó que mi corazón roto cobrara vida y enloqueciera mi ser.

—Suéltame —siseé mientras trataba en vano de romper su fiero agarre en mi cintura. El olor del gel de baño hizo más difícil mis deseos de alejarme, pero tenía que ser fuerte—. Solo necesito alejarme un momento. Yo...

—Tú no te irás a ningún lado —afirmó, reforzando el agarre en mi cintura con su brazo izquierdo mientras que con su mano derecha trataba de atraer mi cabeza a la suya. Luego de unos segundos de rehusarme a obedecer, cedí—.

No tengo que asegurarte nada porque el amor que siento por ti jamás será igual al amor que sentí y siento aún por Nina. —Un tembloroso suspiro abandonó mis labios y busqué fuerzas para tranquilizarme y entender lo que el hombre que tenía en sus manos mi corazón trataba de decirme—. Tú eres única, Catrina, y, por lógica, el amor que siento hacia a ti tiene que ser único y sin repeticiones baratas. —Abrí los ojos y me perdí en el gris más hermoso que había visto en la vida mientras el latido desenfrenado de mi corazón me llevaba a un lugar donde el amor que sentía por este hombre era tan brillante y calentaba igual que el sol—. Solo te pido que confíes en mí cuando digo que estoy perdidamente enamorado de la hermosa mujer que sostengo en estos momentos entre mis brazos. De la misma mujer que se enamoró primero del ser humano que más amo en este mundo y, por si fuera poco, aceptó a este destruido hombre que creía que ya no había redención para él. Me hiciste un regalo. Me devolviste la fe en que puedo volver a amar y ser correspondido. —Su brazo abandonó mi cintura, se unió a la izquierda y juntas acunaron mi rostro—. Dos personas a las cuales poder llamar hogar.

Mis labios buscaron desesperados los de él. Mis manos recorrieron suavemente cada contorno y relieve de su marcado pecho mientras sus manos permanecieron aferradas a mi rostro. Cada ondulación de nuestra respiración me recordaba que este preciso instante era nuestro.

Solo de los dos.

Mis manos encontraron el camino hasta la borde de su pantalón negro y tiré hacia abajo liberando su furiosa longitud. El gemido que reverberó en su garganta me envió a un éxtasis donde la cordura había salido de paseo y había dejado colgado el letrero de «salieron a comer».

Era hora de trabajar en nuestros felices para siempre.

72. UN CORAZÓN NUEVO

Alexey

Si quería empezar a hacer las cosas bien con Catrina, tenía que empezar por demostrarle que realmente había aprendido a valorar las oportunidades que la vida me estaba entregando.

—No tenemos que hacer esto, en serio —dijo cuando la ayudé a salir del coche. Leo se había quedado en California con Dmitri. Por lo que tenía un margen de tiempo considerable para poder explicarle a esta mujer lo que aceptarla en mi mundo significaba.

Esperaba que me diera la oportunidad de amarla.

Hacia poco menos de una hora que habíamos aterrizado en Moscú y Catrina no tenía idea de adónde la había traído. O, al menos, fue así hasta que estacioné en el bordillo del único lugar por el que siempre valdría la pena soportar doce horas de viaje.

El único lugar que para toda la vida tendría la mitad de mi corazón.

—No solo necesito hacerlo, quiero hacerlo. —Acaricié su rostro y me maravillé con la fuerza con la que sus ojos brillaban: el amor percibido en aquellas vetas doradas, que embellecían sus iris verdes y habían robado poco a poco mi corazón.

Esto era lo correcto.

—Te amo y no hay nada que puedas mostrarme o decirme que me haga cambiar de parecer. —Sonreí cautivado por la sencillez y sinceridad de sus palabras—. Puedo ver que todo esto te causa estrés y lo que menos quiero es que luego de haber pasado por el infierno creas que necesito que abras tus viejas heridas para calmar mis celos. —Negó y su mirada perdió algo de brillo. Abrió la boca, quizás para disculparse como siempre hacía, pero yo me apresuré y dije:

—No es por eso por lo que te he traído aquí. —Tomé su mano enguantada y maniobré a su alrededor para quedar tras su espalda, con sus manos firmemente atrapadas entre las mías y su espalda relajada contra mi pecho—.

Te he traído aquí porque quiero que conozcas a... —Mi pecho se comprimió, pero me obligué a mantenerme firme—. Porque quiero que conozcas a mi hija. Naomi Románov Notovitch.

—Mark... —Sesgó un poco su cabeza para poder mirarme hacia atrás. No necesité ver el dolor en su mirada para saber que estaba llorando. Retiró suavemente su mano derecha de la mía y secó una lágrima que corría asustada por mi mejilla—. Me siento tan... —Me contempló por algunos segundos. Segundos donde pude corroborar una vez más que esta mujer era todo lo que necesitaba para empezar a sanar. Para empezar a ser feliz—. Tan honrada.

Miró al frente y admiró en silencio la belleza que nos rodeaba. Luego de que Nina abandonara nuestra casa aquella noche del 12 de marzo de 2019, quemé el lugar completamente. Con todos los cuerpos sin vida dentro. Había terminado de fingir ser un hombre que no era y quise borrar con fuego todos mis pecados.

No funcionó.

Pero al menos ya no existía un recuerdo permanente de las cosas terribles que había hecho. Las mentiras que mancharon las paredes de aquella casa que alguna vez albergó mi razón de vivir. Que cobijó a la mujer que trató con todas sus fuerzas de darme un hogar, pero cuyo espíritu debilité con mi estupidez y egoísmo; como aquella antigua y elegante casa, todo su amor se redujo a cenizas. Matándonos en el acto.

—Es muy hermoso.

Catrina se alejó de mis brazos y caminó por el estrecho sendero. Su mirada recorrió con asombro y fascinación todo el jardín, que se abría como un abanico a cada paso.

Aquel terreno donde una vez estuvo edificada una casa ahora era un hermoso y gigante jardín rodeado de flores exóticas, con un precioso lago artificial en el corazón del inmenso lugar.

Cuando la mirada de Catrina se trabó con el arte que hacía de este un lugar deslumbrante y mágico, su respiración se atascó en sus pulmones y corrió. Corrió como si su vida dependiera de ello. Me apresuré a seguir su paso.

En medio del hermoso lago, la escultura a tamaño real de una madre de cabello largo bailando con una hermosa niña de coletas, mientras estas reían y daban vueltas, hizo que mis rodillas se sintieran inestables. El artista que contraté hacía ocho años había hecho un trabajo espectacular al plasmar la verdadera felicidad en sus inocentes rasgos.

Podía sentir el amor vibrar fuera de ellas.

—Ella está ahí, ¿verdad? —preguntó emocionada, su pecho subía y bajaba rápidamente. Asentí mientras me permitía disfrutar de la tranquilidad y la belleza del lugar. De la felicidad real de la mujer que había descubierto mi mayor secreto.

—Esto es... —miró al frente, los ojos anegados de lágrimas—, es perfecto. Mágico. —Su voz tembló presa de la emoción.

—Después de que las autoridades liberaran mi dinero, utilicé gran parte para construir este jardín. —La mirada de Catrina cayó intensa y feroz sobre mi rostro—. Quería que ella viviera en el lugar donde su madre había pasado gran parte de aquellos ocho meses soñando con su llegada, muriendo por sostenerla y luchando con toda su fuerza para que llegara sana y salva. Era lo mínimo que podía hacer por ellas dos. Era lo mínimo que podía hacer luego de que tuvieran que decirse adiós de una manera tan apresurada.

Catrina caminó lentamente hacia mí con una mirada decidida en sus ojos. Sus manos envolvieron mi cintura y descansó su cabeza sobre mi pecho.

—Las immortalizaste en una hermosa escultura para que el mundo entero fuera testigo de su amor. Imagino que tu hermosa hija está enterrada allí, ¿verdad?

Asentí mientras besaba su cabello.

Cuando el parque estaba a punto de ser finalizado ordené que exhumaran el pequeño féretro de mi hija y lo trasladaran a este lugar. A su nuevo hogar. Su santuario. Porque, después de todo, Nina no había fracasado en su intento de tener una familia y Naomi era la prueba de ello.

Nuestra hermosa hija siempre sería la prueba irrefutable de que los milagros existían.

—Mi preciosa Naomi yace ahí —señalé la parte inferior de escultura de mármol—, enterrada en su base. Cobijada por todo el amor que solo su madre fue, es y siempre será capaz de darle.

Después de eso ninguno dijo nada. Nos quedamos sentados en silencio admirando al sol cayendo tras la escultura. Cuando las farolas se encendieron supe que el momento de decir hasta luego había llegado.

Elevé una plegaria al cielo por el alma de mi pequeña hija. También aproveché aquel instante para decirle lo mucho que la amaba y prometí visitarla pronto.

La tristeza que siempre me embargaba cuando tenía que marcharme acarició

suavemente mi corazón, pero ya no desgarró en dos mi alma como solía hacerlo. Y entendí que el tiempo de disfrutar de las segundas oportunidades que la vida me estaba regalando había llegado y este era el lugar perfecto para empezar a hacerlo.

Catrina entrelazó firmemente su mano con la mía y, por primera vez en más de ocho años, no hice solo aquel triste recorrido por el estrecho y oscuro sendero, alejándome de la familia que una vez tuve y no supe conservar.

Pero ahora tenía una nueva compañera.

Una persona a la que podía mirar y llamar mi hogar.

Con la que podía soñar con un futuro que no estuviera cubierto de espinas y dolor. Disfrutar de un presente donde la vida me sonreía luego de haberme dado la espalda por un largo tiempo.

Era hora de empezar a trabajar en nuestro hogar.

73. ADIÓS, AMOR

Los Ángeles, California.

Un año después.

Alexey

Me congelé mientras la multitud de persona se abría paso en la acera de enfrente y me daba la oportunidad de vislumbrar el rostro de la mujer que siempre habitaría en mi corazón y que jamás tendría la oportunidad de acariciar otra vez en la vida.

Nina Notovitch.

Su curvilínea figura estaba cubierta con un sencillo vestido blanco con lunares rojos, que acentuaba el color saludable de sus mejillas. Su cabello rubio era otra vez largo y lleno de vida. Este cubrió sus hombros cuando dejó caer la cabeza hacia atrás y rio con todas sus fuerzas sin importarle las miradas de mal gusto que se ganó. Las cadenas que sujetaban firmemente su recuerdo en mi memoria se sacudieron y rugieron cautivadas. Esa era la Nina que siempre recordaría. *La mujer que siempre amaría.*

La brillante jovencita con risa escandalosa y sentimientos puros que no podía ocultar la gravedad de sus sentimientos por este idiota.

Serguéi Ivánov se veía extraño y domesticado con un portabebés de color azul sujeto a su pecho y que mantenía en su sitio a un pequeño niño de cabello negro, el cual se revolvía angustiosamente como queriendo liberarse. Su paso antes firme y seguro, ahora era torpe y algo gracioso mientras su pequeña hija de cabello rubio, que me recordó al de la mujer que caminaba a su lado, saltaba y tiraba de su mano con alegría y efusividad mientras hablaba sin detenerse a tomar aire.

No estaba preparado y creo que jamás lo habría estado para la magnitud de los sentimientos que se entretejieron y explotaron en mi pecho.

Ese podría haber sido yo.

El hombre de caminar gracioso y desgarbado que deambulaba cansado, pero con una sonrisa feliz y satisfecha en su rostro.

Una vez fui aquel.

No me preguntes cómo lo supo, pero de pronto la mujer, que siempre sería lo mejor que me pasó en la vida, levantó la mirada y miró fijamente mis ojos. El tiempo simplemente se detuvo.

El mundo dejó de girar y compró un boleto para sentarse en primera fila y admirar el caos que había provocado el destino.

Podían separarnos algunos metros, pero jamás la había sentido más cerca.

El silencio atacó mis oídos y solo fui capaz de escuchar los latidos desbocados de mi adolorido corazón, que amenazaba con no resistir el fulgor que irradiaba la criatura que había derribado todas mis defensas hasta convertirme en un hombre que no tenía miedo a morir.

El marrón más intenso y hermoso que había visto en mi vida sometió a mi pálida mirada y la redujo a jadeos ahogados, a frases de lamentos y disculpas mal articuladas que jamás podrían expresar el verdadero arrepentimiento que navegaba profundamente en mi pecho y que siempre viviría en mi conciencia.

Su paso no titubeó ni mostró signos de que se sentía igual de conmocionada al verme. Y, extrañamente, aquello... aquello solo dolió un poco.

Cuando sus labios se curvaron en una sonrisa, todo se estrelló de golpe contra mi cuerpo. Nina me había sonreído como solía hacerlo cuando llegaba a casa luego de un largo día en la oficina. Había sonreído como la Nina que me pertenecía. La mujer a la que puse un maldito anillo barato en su dedo anular.

Lo hizo como la mujer que me amaba.

El ruido se alzó violento y letal dejándome casi sordo, la realidad de que me encontraba en medio de una acera y en compañía de mi hijo mientras personas murmuraban insultos porque obstaculizaba su paso se estrelló sin piedad. Su esposo, ajeno a nuestro fortuito encuentro, ingresó en la cafetería que se encontraba tras ella. Catrina también había entrado en la heladería a mis espaldas y yo me había quedado paralizado porque había divisado su hermoso rostro.

Quise levantar la mano para saludarla apropiadamente, pero moverme fue una misión imposible. Rebuscó en su enorme bolso y sacó un cuaderno grande, parecido al que utilizaban los dibujantes callejeros que animaban las calles de esta acelerada ciudad. Lo abrió y con la sonrisa aún plasmada en sus suaves labios garabateó algo con la ayuda de un marcador negro.

Los segundos pasaron y la incertidumbre atacó sin clemencia mi pecho, pero

esta se desvaneció inmediatamente y el peso aplastante de una horda de sentimientos nuevos abrieron el candado que mantenía cautivos todos mis viejos sentimientos por esta mujer.

Nina había escrito: «Ten una buena vida, Alexey».

Mi garganta se sintió apesada y mis ojos picaron. Era la misma frase que había murmurado hacía más de diecinueve años, cuando trató de abrir con dificultad la puerta de su pequeño coche aparcado en el estacionamiento de la Universidad de Barcelona para poder huir de mí.

El día que había decidido robarla de otro hombre.

Sentí mis labios curvarse en una sonrisa cuando los recuerdos asaltaron mi cabeza. Ella guardó el cuaderno y giró sobre sus talones.

—¿Quién es esa mujer tan bonita, papá?

Miré a mi hijo, tenía la mirada clavada en mi rostro. La confusión estropeaba su frente.

—Ella... —Miré por donde asumí había entrado y mi corazón saltó emocionado. Ella estaba esperando que unas personas salieran del local, cuando la entrada quedó despejada miró sobre su hombro una última vez y me guiñó un ojo antes de desaparecer en su interior—. Ella es Nina Notovitch y es mi mejor amiga en el mundo entero.

Y eso jamás cambiaría.

—Es muy bonita. —Sonrió y miró por donde había desaparecido Nina—. Yo también quiero tener una mejor amiga que se vea tan hermosa como ella. ¿Puedo tener una, papá?

Levantó la mirada esperanzado, solté una pequeña risa.

—Y la tendrás —prometí—. La tendrás siempre y cuando la valores por lo que hay en su corazón y no por su apariencia física.

Frunció el ceño.

—¿Pero es que no me estás escuchando? —Puso los ojos en blanco mientras tiraba de mi mano hacia el interior de la heladería—. Dije que quiero una mejor amiga *guapa*, no que quiero una novia.

Catrina estaba de espaldas a nosotros conversando con algunas personas y sonreí. Esta era una de las cosas que más amaba de ella. Podía hacerse amiga de una multitud en cuestión de segundos.

—Mamá —gritó Leo mientras corría y abrazaba su pierna.

—Hola, guapo, estaba pensando qué había ocurrido con mis dos hombres favoritos del mundo mundial. —Se agachó, recogió a Leo y besó su mejilla.

Este arrugó su rostro y se secó la mejilla mientras hacia una mueca.

—Aquí no, mamá —se quejó mi pequeño hijo—, sabes que las demostraciones públicas de afecto me dan asco.

Solté una risa y negué con la cabeza.

—¿Pero es que acaso una madre no tiene permitido besar a su hijo dónde desee?

Besó todo el rostro de Leo sin su consentimiento y este chilló emocionado.

—Entonces —dijo cesando el ataque de besos y centrando su atención en mí —, ¿dónde estábais?

La necesidad imperiosa de mentir estaba ahí. Pero luego vi la confianza endulzar su mirada y decidí empezar a ser más franco con mis sentimientos. Si quería demostrar que había cambiado, tenía que empezar a decir lo que realmente pasaba por mi cabeza. Abrí la boca para decirle que había visto a Nina, pero mi hijo me robó la oportunidad.

—Nos demoramos porque papá vio a su mejor amiga en el mundo entero. — Leo soltó una risa mientras envolvía los brazos en el cuello de una muy sorprendida Catrina—. ¡Si la hubieses visto, mamá! —La emoción crepitó fuera de su cuerpo ajeno a la perturbación en mi mujer—. Es muy hermosa. Como una hermosa muñeca, pero claro, no es más hermosa que tú. —Besó cariñosamente su mejilla—. Tú siempre serás la mamá más hermosa del mundo mundial.

Catrina enarcó una ceja en mi dirección mientras correspondía a los mimos de nuestro hijo. Esperé que me hiciera un drama, como me hubiera hecho cualquier mujer. Pero me sorprendí cuando su brazo libre envolvió mi cuello y me atrajo hacia su cuerpo.

—Espero que haya sido bueno verla. Que haya sido bueno para los dos — susurró bajito. La estreché entre mis brazos, agradecido de que, en lugar de resentirme, ella pudiera entenderlo.

Sin duda, esta mujer era mi complemento.

—Lo fue.

Se alejó, me miró a los ojos y asintió.

—En ese caso, me alegro muchísimo. —Se encogió de hombros y sonrió mientras me palmeaba demasiado fuerte el pecho—. Espero que ese haya sido el cierre que necesitabas, porque si mi hijo me vuelve a decir que te has quedado mirando a otra mujer, juro que te castro, Mark Wright.

Eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada.

Como dije, Catrina era mi complemento. No había duda.
Ella era perfecta para mí.
Ahora solo restaba ver si yo lo era para ella.

EPÍLOGO

Trece años después.

Otoño, 2039.

Alexey

El otoño había llegado con prisas y nuestra pequeña casa a las afuera de la ciudad quedó cubierta de hojas secas. Hojas que me sacaban canas verdes cada mañana.

Maldita fuera la vejez.

A principio de año, Leo nos comunicó su decisión de estudiar arte y viajar por el mundo mientras la pequeña Valentina, la hermosa niña de enormes ojos marrones que secuestró nuestras almas aquella tarde en el orfanato general ya hacía dieciocho años, expresó su deseo de seguir nuestros pasos. Quería ser abogada, por lo que pronto estaríamos diciéndole también adiós. La universidad de Yale sería su nuevo hogar los próximos cuatro años y estábamos seguros de que ella sería no solo la mejor abogada del maldito país, sino la más luchadora de todas. Aunque estaba preocupado por las cosas que podrían ocurrirle. Por años intentamos tener un hijo, pero los maltratos recibidos por Bruno Gagliardi habían lastimado severamente el útero de Catrina. Ella jamás podría ser madre, pero no le importaba. Me decía que se sentía muy feliz por tener a los dos en su vida y que no los cambiaría por nada en el mundo.

Parir lo podía hacer cualquier mujer, pero convertirse en una verdadera madre muy pocas.

—Ya quita esa cara. —Mi mujer deambuló directamente a mis brazos, tomó mi rostro en sus manos y lo acarició—. Nuestra hija será todo lo que quiera ser y nosotros, como buenos padres que somos, estaremos en primera fila apoyándola. Eso incluye casarse o tener hijos fuera del matrimonio.

Gruñí una maldición, pero asentí no muy convencido.

—Pero es que ella se irá a kilómetros de distancia y mientras estoy seguro de que Leo sabe cuidar de él, Val es otra historia.

Besé lentamente sus labios, Catrina gimió y sonrió. A pesar de la edad que me acompañaba, podía decir que nuestra intimidad aún seguía teniendo esa química arrebatadora que me había tomado por sorpresa ya muchos años atrás.

—Lo dices porque Leo aceptó el entrenamiento, pero Val no.

Hacía cinco años había decidido que era buen momento para que mis hijos aprendiesen defensa personal, cosa mala si tu hija menor tenía doce años y se impresionaba con facilidad.

—Solo espero que sepa diferenciar a las personas malas de las buenas y que, en caso de que la situación lo requiera, pueda llamarnos y reconocer que necesita ayuda.

—Y según tú, eso sería... ¿todos los días? —bromeó mi mujer mientras se alejaba de mis brazos y empezaba a sacar las compras de las fundas.

Era sábado y habíamos salido temprano a hacer las compras de la semana. Nuestra hija había decidido quedarse en casa leyendo un poco.

—No te voy a mentir, pero me sentiría mejor escuchando su voz unas quince veces al día.

Asintió mientras llevaba las naranjas al fregadero y procedía a desinfectarlas.

—Es lógico que como padre tengas miedos...

—Yo no tengo miedo...

Ignoró lo que dije y siguió sacando las cosas.

—Pero es ilógico también querer que ellos vivan en una burbuja que los libre de lidiar con problemas, con desamores, con...

—Pero es que no quiero que la lastimen... —La frustración hizo mella en mi corazón—. Si te soy sincero, solo espero que no conozca a alguien como...

—¿Como tú? —Se giró a tiempo para mirarme a los ojos. Miré hacia el patio donde se encontraba nuestra hija leyendo mientras cada pocos segundos revisaba su móvil.

Seguro que se trataba de aquel muchacho que había conocido en el centro comercial cuando había salido con sus amigas y que no paraba de enviarle mensajes e invitarla a salir. Por una parte, me sentía tranquilo de que se marchara porque este muchacho tenía algo que no me agradaba. Podían ser los celos de los que me acusaba mi mujer, pero mi instinto jamás fallaba. Y por si acaso, ya estaba preparando una visita sorpresa a su casa por la noche, solo para dejarle claro con quién diablos se estaba metiendo.

—Mark...

Val me recordaba mucho a Nina, algo que por supuesto no le había dicho a mi esposa. Y ero por ello que me sentía tan protector. Había notado con fascinación mientras crecía que mi pequeña hija era una mujer muy sensible. Piadosa y muy hermosa, pero, sobre todo, empática. Valentina tenía el mismo grado de inocencia del que me había aprovechado cuando conocí a la mujer que me demostraría que la belleza iba más allá de una cara bonita y el buen sexo. Y era aquello lo que me quitaba el sueño.

No quería que apareciese alguien igual a mí y la lastimara. Y como el karma era un perro, era lógico que me diera donde más me dolía. A veces, los hombres lastimábamos a las mujeres, olvidando que no nos gustaría que se lo hicieran a nuestras hijas.

Qué imbéciles éramos. Si tan solo nos detuviéramos y pensáramos en todo el daño que...

—Mark Wright, escúchame... —Miré sintiéndome un poco desorientado a Catrina.

Por su expresión me imaginaba que llevaba rato llamándome por mi nombre; se secó las manos en el delantal y sonrió tristemente mientras rodeaba la isla.

—Tienes que dejar ir al hombre que fuiste, porque ya no eres más ese hombre. Y si acaso lo dices porque crees en el karma —llegó hasta mí y tomó otra vez mi rostro entre sus manos—, déjame decirte que ya te cobró, y hasta con intereses.

Fruncí el ceño porque no comprendía a qué se refería.

—No entiendo...

—Sufriste mucho, al igual que todos. E incluso perdiste una hija, por lo que, a mi parecer y puede que esté equivocada, pienso fervientemente que la vida ya no tiene más cosas que reclamarte, porque el karma hizo su trabajo cuando te dejó sin nada.

No supe que estaba llorando hasta que sus manos retiraron suavemente una lágrima de la esquina de mi ojo derecho.

—Nuestros hijos van a estar bien. Y en caso de haber problemas, como los tiene cualquier joven de su edad, sé que ellos encontrarán la manera de salir de ellos... con o sin nuestra ayuda. Solo tenemos que confiar en ellos y en lo que les hemos enseñado. —Sus ojos también se llenaron de lágrimas—. Que nuestra familia es para siempre... y lo más importante, que nuestros lazos jamás se romperán.

La estreché entre mis brazos y, mientras enterraba mi rostro en su cuello y

aspiraba su aroma a pétalos de rosa, supe sin lugar a dudas la suerte que tuve de que fuera a pedir trabajo a mi empresa cuando yo la había rechazado. Aquel día me había salvado la vida y ni siquiera me había dado cuenta.

Catrina había sido lo que necesitaba sin saber cómo llamarlo o cómo empezar a buscarlo. Ignoraba qué nombre tenía, pero siempre había sido ella: *Catrina*. Y ahora entendía por qué Nina me había rechazado... Un rechazo que había dolido tanto aquella noche ya hacía mucho tiempo... Después de treinta años al fin lo comprendía, ella siempre sería la mujer que amaría, pero Catrina... ella era mi futuro.

El lugar al que realmente pertenecía.

Y así como Nina pertenecía a Serguéi, yo pertenecía a Catrina. Mi propio cielo personal.

Mi puto mundo.

La hermosa mujer con la que bailaré hasta el último día de mi vida.

EPÍLOGO 2

Nina y Serguéi

Podía contemplarla por siempre.

Veinticinco años a su lado y aún me sentía inestable al pensar en vivir un solo día sin aquella hermosa mujer que sonreía frente a la cámara del móvil de nuestra preciosa hija, quien intentaba inmortalizar este día para siempre.

Su matrimonio.

Cayetana, de apenas diecinueve años, se había casado hacía menos de dos horas con aquel joven panadero con quien me opuse a que saliera en un inicio.

«Estás exagerando», había dicho mi mujer cinco años atrás cuando prohibí que este joven —en ese entonces de dieciocho años— visitara a mi hija de apenas catorce. Que la invitara a salir cuando ella debería estar pensando en muñecas y maquillaje y no en besos y citas. Pero el cáncer, que había sacudido con fuerza otra vez nuestro mundo, consumió gran parte de mis pensamientos haciendo que mis prioridades cambiaran con relación a mi joven hija. Cinco años después estas eran las consecuencias.

El cáncer también había consumido mi energía. Porque mientras duró la batalla, donde casi estuve seguro de que la perdería, ella se apoyó en mí como si yo fuera un enorme faro y un inocente náufrago me buscara para resguardarse de la tormenta.

Una tormenta que duró casi tres años y que me mantuvo sobre mis rodillas incontables noches.

Me senté frente a la mesa ubicada al lado de la fuente central que adornaba el elegante salón, cuya reserva había costado el salario de diez años, y admiré en silencio los rostros sonrientes de todos los presentes. La gran mayoría, familia de los novios y algún que otro compañero de trabajo. Cayetana y el idiota de su marido, al cual había amenazado la noche anterior con secuestrar y torturar antes de asesinarlo a sangre fría cuando lo encontré durante su estúpida despedida de soltero en un bar local con una *stripper* sentada sobre sus piernas, bailaban cariñosamente mientras sus manos no podían mantenerse

quietas. Era como un pulpo horrible queriendo devorar a mi pequeña hija.

Si era inteligente y sabía lo que le convenía, mantendría su maldita polla en los pantalones y le sería fiel por el resto de su vida.

Mis hijos, Yuri y Nickolay, ahora ya unos adolescentes de trece y quince años que me daban pelea para irse a dormir, bailaban con varias jovencitas. Sonreí cuando mi hijo menor Nickolay besó tímidamente la mejilla de la jovencita con la que estaba bailando y se alejó para acercarse a otra que lo estaba esperando.

Tenía que ir preparándome psicológicamente para los próximos años, porque al paso agigantado que estos dos se movían pronto estaríamos celebrando más matrimonios. Y el maldito dinero no crecía de los putos árboles.

Media hora después, mi hija abandonó al gilipollas y se reunió con su grupo de amigas, mi corazón saltó. Ella podría tener mis ojos y altura, pero todo lo demás era de su madre. Su carácter siempre gentil y elocuente. Su vena protectora y comentarios sarcásticos e irónicos, que te robaban una sonrisa aunque solo quisieras llorar. Pero lo que más me gustaba de ella, era cuando dejaba su cabello suelto, tan rubio como el de mi esposa, y caía con ondas sueltas que me recordaban a una Nina más joven. A una Nina más...

—¿Debería ponerme celosa porque estás mirando a las amigas de nuestra hija y amenazarlas de muerte como hiciste ayer con su marido o tengo permitido también mirar a los amigos de ella? Vi uno que quizás ya esté en esta moda de salir con mujeres mayores.

Una sonrisa sincera tocó mis labios y miré a la impresionante mujer vestida con un sencillo vestido de color turquesa, que realzaba sus hermosos ojos marrones.

Mi mujer era simplemente perfecta.

—Señora Ivánov, ¿le han comentado que tiene una vena algo sádica y muy agresiva?

Se sentó a mi lado y sonrió como solo ella sabía. Mi corazón inmediatamente subió a la garganta, tratando de escapar para irse y quedarse a vivir con ella. *Solo con ella.*

—Eso me han dicho. —Acercó lo suficiente su rostro y cepilló suavemente sus labios contra los míos; *ahí* estaba otra vez la sensación. La maravillosa emoción que nublaba mi juicio y me convertía en masilla entre sus pequeñas manos.

Sujeté su cuello y la atraje con fuerza para darle un verdadero beso y

perdernos por un par de segundos en un frenesí donde nuestras almas harían el amor hasta el cansancio. Gimió bajito mientras sus manos imitaban mi movimiento y se apoderaban de mi cuello; arañó un poco la piel, como me gustaba.

Era como un barco encallado en una hermosa isla desierta que ni las olas más fuertes podían desarraigar de su pálida y caliente arena. Quería morir aquí. En la calidez de su boca y rodeado de su delicado perfume.

Una ola de gritos, aplausos y vitoreos hizo que ella rompiera el beso y tocásemos tierra firme. Sus mejillas enrojecieron, soltó una suave risa, miró a nuestro alrededor y levantó la mano mientras decía con voz jovial al público que se había inmiscuido en nuestro pequeño momento privado:

—Lo sé, pero nadie puede culparme. —Cuando sus ojos me miraron, brillaron rebosados de amor y devoción—. Mi esposo es endiabladamente atractivo y yo soy muy afortunada de que sus labios solo quieran besarme a mí. Que sus manos solo quieran acariciar mi alma.

Las mujeres fueron las más emocionadas y gritaron en acuerdo, yo me mantuve firme, con la mirada fija en sus ojos. Jamás había lucido más hermosa que con las mejillas rojas y los labios hinchados, por mis besos.

Perfecta.

Cuando las luces bajaron de intensidad y los acordes de una balada cursi, *A thousand years*, de Cristina Perri, creí que se llamaba la canción, empezaron a resonar por todo el salón, mi preciosa esposa envolvió su mano con la mía y me levantó; obedecí porque con ella iría al mismo infierno.

Aferré mi mano a la suya mientras caminábamos hacia una pista de baile iluminada por algunas luces de Navidad, que decoraban la parte superior del salón y que simulaban un cielo negro y estrellado.

Un firmamento oscuro que no tenía fin.

Gracias a los tacones no tuvo problema en rodear mi cuello con sus manos mientras acercaba su rostro a mi mejilla, salpicada con algo de barba, y la recargaba ahí. Su cálido aliento acarició el lóbulo de mi oreja izquierda y arruinó con su voz ronca y desafinada una de las canciones de amor más emblemáticas de todos los tiempos.

—Te he amado por mil años... —susurró—, y te amaré mil años más...

Apegué su cuerpo el mío y suspiré. Mecí su cuerpo al compás de la melodía mientras podía sentir sus lágrimas humedecer mi piel.

—Mil años no serán suficientes —dije acariciando su cintura revestida de

seda, que cubría su hermoso cuerpo y le daba una apariencia de hada. Me alejé un poco, su mirada vidriosa chocó con la mía y recargué mi frente contra la suya. Memoriqué este momento—. Quiero un millar de eternidades contigo y rehúso a que sea menos que eso.

Cerró los ojos y suspiró mientras una sonrisa feliz tocaba sus labios.

—Entonces te daré mi eternidad. Y la siguiente. Y la siguiente —susurró con voz ahogada—. Y todas las vidas que me den. Te juro que en cada una de ellas te buscaré, Serguéi Ivánov, para seguir viviendo nuestro amor. La eternidad no podrá evitarlo y sentirá celos de nosotros.

Acercó tímidamente su boca a la mía y la sostuvo ahí. A tan solo un suspiro de mis labios y admitió:

—No supe lo que era el amor hasta que envolviste firmemente tu mano en la mía y me sostuviste mientras mi mundo se caía a pedazos. Mientras mi cuerpo cambiaba y se revelaba contra mí. —Besó dulcemente mis labios antes de volver a dejar caer su frente contra la mía—. Tú fuiste mi milagro y veinticinco años después puedo decir que lo mejor que me pasó fue que me rompieran el corazón. Porque tú armaste uno nuevo. Uno más fuerte. Más grande. Y sin pensarlo dos veces te quedaste a vivir ahí. Lo convertiste en tu hogar. Y yo amé cada maldito minuto de ello.

Mi mano derecha abandonó su cintura y acaricié su mejilla. Era hora de dejarla ver un poco de la oscuridad que habitaba en mí.

—Hubo días en los que me preguntaba si la mañana siguiente de una de tus recaídas sería el día en que tendría que decirte adiós. Despedirme del amor de mi vida, y eso hacía que por largar noches no pudiera dormir —confesé con voz serena. Ella alejó su rostro y me miró con sorpresa.

Era la primera vez que le abría la puerta para que pudiera ver al hombre asustado que vivió mucho tiempo atrapado dentro mí. Un hombre que temía no ser lo suficientemente fuerte y despedirse de la única persona a la que jamás sabría cómo decirle adiós.

—¿Por qué nunca me dijiste que tenías miedo?

Negué y besé sus labios.

—No quería que tus ojos dejaran de brillar. —Nuevas lágrimas salieron a consolarla, pero fue en vano. La mujer que se mecía suavemente ya no necesitaba consuelo—. Además, tenías esa fe inquebrantable de que con mi apoyo todo lo vencerías y pensé egoístamente... ¿y si esto es lo que ella realmente necesita?, ¿y si son mi fuerza y templanza lo que la animan a seguir

luchando? ¿Lo que la tiene sonriendo con más fuerza y resistiendo todos esos días de mierda?

Cerró los ojos y me abrazó, como lo hizo aquella joven mujer hacía dos décadas, cuando regresé a sus brazos luego de que estúpidamente creyera que podría ser feliz con otra mujer. Dos años que había desperdiciado buscando algo que ya tenía: la mujer ideal que me ayudaría a ser la mejor versión de mí.

—Usted realmente es un hombre sorprendente, Serguéi Ivánov.

—Y usted —besé su frente—, es una mujer increíblemente fuerte, señora Ivánov.

Continuamos bailamos algunos minutos, disfrutando en silencio de nuestra compañía. Atesorando estos momentos que iluminarían los días tristes cuando nuestra casa quedara vacía y nuestros hijos partieran a vivir sus vidas. Cuando uno de los dos tuviera que decir adiós primero.

Bailamos hasta que nuestros pies dolieron y el animador anunció que los recién casados abandonarían la recepción. Todos tomaron su turno para despedirse, pero yo preferí guardar distancia. Admirar en silencio a aquella joven novia que arrojó su ramo para que varias mujeres pelearan a muerte por obtenerlo, mientras los rostros de sus acompañantes perdían color y soltaban risas incómodas y palabras falsas de apoyo.

¡Pobres hombres!

¿Quién hubiera adivinado que las mujeres creían en esa vieja superstición y obligaban a sus novios a cumplirla?

Cayetana se detuvo frente a mí con lágrimas en los ojos varios minutos después.

—Gracias papá.

Asentí y la atraje a un abrazo que duró por siempre mientras fulminaba con la mirada al maldito ladrón que había osado llevarse a mi niña. Él novio tragó forzosamente y asintió.

Chase Thompson no tenía una maldita idea en el lío que acababa de meterse.

—Gracias por regalarme este día. Por hacerlo perfecto. —Suspiró y se alejó—. Pero, sobre todo, gracias por no asustar a mi esposo. —Soltó una risa irónica y bufó—. Por un momento tuve la estúpida idea de que habías ido a su despedida de soltero y lo habías intimidado. Ya sabes —se encogió de hombros mientras arreglaba mi corbata—, que lo habías amenazado a muerte y todo eso. Más aun cuando recibí su llamada a las dos de la mañana y,

borracho, me juró amor eterno y prometió ser siempre fiel.

Nina me lanzó una mirada risueña mientras cubría su boca y sofocaba una risa. Chase se atragantó con un gemido y miró sus zapatos negros.

—Te amo, papá. —Mi hermosa e inocente hija me abrazó otra vez antes de alejarse definitivamente de mí y perderse entre los brazos de su madre; empezaron a susurrarse algunas cosas mientras caminaban despacio hacia la puerta principal.

Chase, el maldito idiota *robahijas*, aprovechó ese momento y se acercó con la mano extendida.

—Señor Ivánov —se aclaró la garganta cuando sujeté firmemente su mano y lo atraje hacia mi hombro, simulando un fraterno abrazo entre hombres—, muchísimas gracias por confiarme a su hija, prometo que...

—En primer lugar —rechiné mis dientes—, yo no te he confiado ni una maldita cosa. —Planté una sonrisa feliz en mi rostro. Varios invitados alzaron sus copas y aplaudieron mientras que Chase se ponía más tieso que un palo—. Tú jodidamente aprovechaste el momento perfecto donde mi atención estaba en otra cosa más importante y la robaste. Quiero que recuerdes que, si la haces llorar, si tan solo haces que sus días sean una mierda, sé manejar de cinco maneras diferentes un fusil de asalto con silenciador y que los accidentes existen. Aparte de que tengo un sótano en un edificio abandonado con tu nombre grabado en él. Pero, sobre todo, recuerda que soy un maldito buen abogado y tu culo quedará en la calle antes de que puedas decir: «Lo siento, Cayetana».

Solté su mano y me alejé palmeando su espalda. Un poco demasiado fuerte. Miré hacia donde habían caminado las mujeres de mi vida y mis ojos chocaron con los de mi esposa. Una sonrisa concedora adornó sus labios y negó mientras le daba un último abrazo a nuestra hija.

Chase se alejó torpemente de mí y se reunió con su esposa, entre aplausos y gritos abandonaron la recepción. Entre una lluvia de arroz subieron en la limusina y desaparecieron en las sólidas calles de Los Ángeles.

El pozo que sentí en mi pecho se hizo más profundo y me obligué a permanecer pegado al piso.

Ella estaría bien.

Por si acaso, pediría a mi asistente que el lunes a primera hora solicitara que me enviaran mi fusil de asalto desde nuestra casa en Moscú. Solo por precaución.

—Yuri y Nickolay quieren quedarse un poco más —me informó mi esposa mientras caminaba hacia mí. Cuando llegó a mi lado, pasó sus brazos por mi cuello—. Me preguntaba si mi esposo tenía deseos de disfrutar de un *tour* privado por los oscuros balcones de este salón. He escuchado que son muy hermosos y... ¿ya te dije que son oscuros?

Solté una risa y sus ojos brillaron.

—Creí que ya sabías que contigo iría hasta el fin del mundo y regresaría.

—Eso era lo que quería escuchar. —Guiñó un ojo, coqueta, y besó castamente mis labios.

Entrelazó nuestras manos y me arrastró hacia el pasillo por donde desaparecían los camareros; un letrero rojo con letras de color blanco en la parte superior de la pared advertía: «Acceso reservado solo para empleados».

¿Adónde me estaba llevando?

El *balcón* era un cuarto pequeño y oscuro abarrotado de suministros de cocina. El olor a mantequilla y carne asada flotaba en el aire. Me empujó contra la pared del fondo y sus labios atacaron los míos. Fue un beso feroz y necesitado que gritaba que su alma se encontraba en el mismo punto que la mía. Y no había retorno.

Me abandoné a la pasión y dejé de pensar en la puerta que se encontraba sin seguro y en todas las cosas inapropiadas que podían hacer públicas los empleados si nos descubrían en esta situación.

Luego habría tiempo para pensar en aquellas cosas.

Mientras le hacía el amor a la mujer de mi vida contra la blanca pared de aquel silencioso lugar, donde sus gemidos fueron música para mis oídos, entendí que, aunque mañana las cosas se pusieran difíciles, Nina Notovich siempre sería la mejor maldita cosa que me pasó en la vida.

Y yo jamás me permitiría olvidarlo.

Visiones de una joven Nina acudieron a mi mente consumida de deseo y mis estocadas se volvieron tan fuertes y precisas que arrancaron un largo gemido de su garganta e hicieron que sus uñas rastrillaran mi cuello. Cerré los ojos y pude verla con una claridad espeluznante sentada en aquella mesa del restaurante, con ese feo turbante cubriendo su cabeza desprovista de cabello y ofreciéndole una sonrisa amable al camarero.

En ese instante aquella mujer de frágil apariencia se convirtió ante mis ojos en la mujer más valiente y fuerte que había conocido.

Ella dijo que no supo lo que era el amor hasta que mi mano se aferró a la de

ella y no la soltó. Pero lo que ella no sabía era que el descubrimiento mayor se lo llevó mi corazón, porque jamás imaginé que alguien podría meterse tan profundamente en mi piel y que lo único que desearía sería ver y respirar la esencia de esa persona. Que el imaginarme estar sin ella me postraría de rodillas y rogaría a un ser, en el que no creía, para que no me la arrebatara.

Supliqué y lloré por un milagro.

El milagro de que no me quitara la felicidad que había descubierto. El pedacito de cielo que dormía entre mis brazos cada noche antes de susurrar lo mucho que me amaba.

Este era el lugar en el que mi corazón anhelaba vivir por siempre. Embriagado por la exquisitez de la sencillez y el carisma de una mujer que, por dos ocasiones, había tenido que dormir con una bestia enardecida que había buscado refugio en su cuerpo. Y que dio pelea para abandonarlo.

No podía culparlo. *Él también se había enamorado de ella.*

Su clímax llegó, duro y estremecedor, y no dudó en arrastrarme con él. Mis dedos se clavaron en sus piernas y me permití disfrutar de las olas del placer que arrullaron mis recuerdos.

Recuerdos que me acompañarían muchos años después, cuando nuestro cabello se volvió completamente gris y su memoria empezó a fallar. El alzhéimer había tocado su puerta, pero este no se iría. Era el regalo que nos había dejado su lucha contra el cáncer.

Momentos especiales que narré una y otra vez hasta que sus hermosos ojos marrones me miraron por última vez antes de susurrar con aquella dulce y ronca voz:

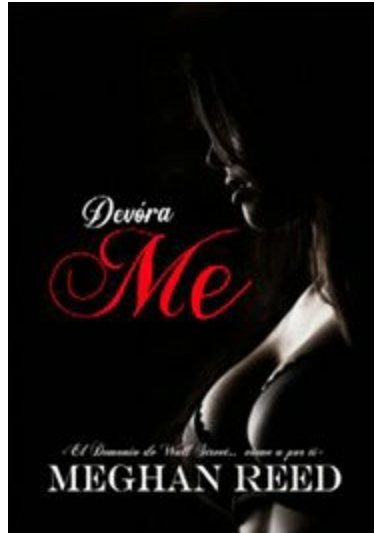
—La eternidad apenas empieza y yo estaré esperando por ti. —Besó mis labios reseco y envejecidos por los años que consumían a pasos agigantados nuestros años aquí, en esta tierra—. Mi hermoso ruso de ojos violáceos. Mi verdadero hogar. Mi todo.

Dos meses después de extrañarla como un loco, al fin pude reunirme otra vez con ella. Y aquel día... aquel *momento* cuando pude sostenerla nuevamente entre mis brazos y besar sus labios, descubrí que se podía amar de una manera que no había sido inventada.

De una manera tan especial que hacía pedazos la imaginación. Porque el verdadero era vida... y mientras nos amáramos seríamos eternos.

Fin

SINOPSIS DE DEVÓRAME



Atrevida

Hilarante

Diferente

Irreverente

#Unahistoriadeamor erótica

¡La pasión como nunca experimentada!

No tengas miedo, «*El demonio de Wall Street*» viene a por ti.

Atrévete a disfrutar de una historia erótica y apasionante.

Devórame

La vida cruelmente me ha enseñado, que no siempre tener mala suerte es que se te derramé el café sobre tu única camisa limpia minutos antes de salir para el trabajo. O, que pierdas el metro; o, que tu jefe, te sorprenda viendo porno en la computadora de la oficina. Mi nombre es Dayanna Scott y mi vida cambió dramáticamente cuando él entró en ella.

Todos le temen.

Todos lo odian.

Yo... bueno, esperemos al final del día para analizar mis sentimientos sobre este hombre. Porque Damien Vittori es todo lo que una chica como yo debería temer. Después de todo, él es el maldito «*DEMONIO DE WALL STREET*».

Pero algo de embriagador tiene su cuerpo que le hacen cosas raras a mi piel. Quiero hacer tantas cosas que no sé ni por dónde empezar cuando estoy siendo devorada por su pecadora boca y, es que todo estaba bien, hasta que... quedé embarazada. Entonces su verdadera personalidad salió a flote y tuve que huir.

Pero, olvidé que huir nunca da resultados y ahora, él me ha encontrado, y quiere arrebatarme lo único que hace latir mi corazón. La razón de mi existencia: nuestro hijo. ¿Y creé que se lo voy a hacer fácil? Tal parece, que no soy la única que no hizo la tarea.

Dame un [clic](#) y te llevo a *Devórame* en Amazon.com

Dame un [clic](#) y te llevo a *Devórame* en Amazon.es

Dame un [clic](#) y te llevo a *Devórame* en Amazon.com.mx

SINOPSIS DE LA APRENDIZ

*No te pierdas de disfrutar la **nueva edición** de LA APRENDIZ*



Lo he amado.

Lo he aborrecido.

Lo he añorado.

Nos conocimos, me enamoré. Me gustaría decirte que las chispas volaron, pero jamás he sido buena con las mentiras.

En ocasiones, el maldito Cupido viene y te arroja una de sus estúpidas flechas, pero el muy perezoso se olvida de dispararle la misma cosa endiablada a la otra persona involucrada en el embrollo y, como resultado, terminas dueña de un corazón roto y muchos sueños y expectativas vacías.

Dicen que el amor todo lo soporta, todo lo vence... Bueno, creo que en alguna parte se olvidaron de especificar que no es del todo cierto.

A veces, el amor es solo mierda barata que te venden las grandes empresas para que compres su basura cursi.

Porque después de todo, él no era un hombre que renunciaba fácilmente a lo que le llamaba la atención. Y yo, para suerte o desgracia, me había convertido en algo realmente interesante. Aunque su boca era chocolate derretido y su cuerpo me hacía delirar mientras sus codiciosas manos me hacían suya una y

otra vez, Alexey Románov-Nicoláyevich no era el hombre quien yo creí que era, y ahora, estoy lista para patearlo justo en los huevos.

Mi nombre es Nina Notovitch y mis lágrimas no serán las únicas en caer; es una promesa.

Prepárate para experimentar en carne propia lo que una mujer herida es capaz de hacer.

Una apasionante historia llena de erotismo que hará temblar tus torneadas piernas. Porque después de amar a Alexey Ramánov, jamás verás al amor igual; es una promesa.

Dame un [clic](#) y te llevo a *La Aprendiz* en Amazon.com

Dame un [clic](#) y te llevo a *La Aprendiz* en Amazon.es

Dame un [clic](#) y te llevo a *La Aprendiz* en Amazon.com.mx

SOBRE LA AUTORA

Meghan Reed tiene treinta años y escribe porque le apasiona. Tiene dos perros y un gato a los cuales ama con absoluta locura.

No cree en el amor, aunque sus libros siempre tienen aquel final feliz que ella aún no puede conseguir en la vida real.

Si te has divertido y pasado un gran momento, no seas tímida y déjale tu valoración y comentario en AMAZON o GOODREADS, siempre es grato saber qué piensan las hermosas lectoras y las impresiones sobre la historia que acaban de leer.

Puedes seguirla en sus cuentas oficiales para estar al día de las noticias o las futuras publicaciones de sus nuevos libros:

Facebook: [@meghanreed](#)

Instagram: [@meghanreed_oficial](#)

Twitter: [@MeghanR22105428](#)